

# Sharpe



*La venganza de Sharpe*

**Bernard Cornwell**

Lectulandia

Sharpe, tras sus intensas experiencias en España, se traslada a Francia, donde interviene en la batalla de Toulouse, tras la que se firma la paz con Napoleón. Sin embargo, eso no supone un descanso para el duro Richard Sharpe. Mientras espera ser repatriado a Inglaterra, se presenta una nueva dificultad: una acusación de robo que le llevará ante un tribunal militar y que puede dejar una fea mancha en su impecable historial...

**Lectulandia**

Bernard Cornwell

# **La venganza de Sharpe**

**Richard Sharpe y la paz de 1814**

**Richard Sharpe - 21**

ePub r1.1

viejo\_oso 09.05.14

Título original: *Sharpe's Revenge*

Bernard Cornwell, 1989

Traducción: Montse Batista

Editor digital: viejo\_oso

Escaneo del texto: maperusa

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

## PRÓLOGO

El comandante Richard Sharpe había hecho todo tipo de preparativos para su propia muerte. Su caballo, *Sycorax*, y su magnífico catalejo francés serían para el capitán William Frederickson; sus armas pasarían a ser de la propiedad del sargento Patrick Harper, y todo lo demás iba a pertenecer a su esposa, Jane. Es decir, todo excepto el uniforme con el que Sharpe luchaba siempre. Éste consistía en unas botas altas de montar, un capote de la caballería francesa y la desteñida casaca de color verde de los fusileros del XCV. Sharpe había pedido que lo enterraran vestido con ese uniforme.

—Si no fueran a enterrarle a usted con esos andrajos —observó Frederickson con desdén—, los quemarían de todos modos.

Era cierto que las botas de cuero tenían profundas marcas de cuchillos, bayonetas y sables, que el capote tenía tantos parches de tejido artesanal de color marrón que semejaba más a unos viejos bombachos de labrador que al uniforme robado a un coronel de cazadores de la Guardia imperial de Napoleón, y que la casaca verde estaba tan gastada y descolorida que ni siquiera una polilla hubiera podido sacar de ella una comida decente; pero seguían siendo las ropas con las que Sharpe combatía y, por lo tanto, significaban mucho para él. Tal vez pareciera un espantapájaros con el viejo uniforme, pero llevarlo puesto para la batalla era una de sus supersticiones obsesivas, lo cual era el motivo de que, en una fría mañana del mes de marzo de 1814 y a pesar de hallarse a kilómetros de distancia de cualquier soldado enemigo, Sharpe vistiera esas ropas viejas.

—Tendrá que quitarse la casaca. —Frederickson, que comprendía el supersticioso apego de Sharpe al uniforme, advirtió a su amigo.

—Ya lo sé. —No había ningún detalle de esa mañana que Sharpe no hubiera ensayado una y otra vez en su mente. Lo que iba a ocurrir aquella mañana se llamaba «césped antes de desayunar». Sonaba inofensivo, pero bien podía significar la muerte.

Los dos hombres se hallaban en un bajo acantilado cubierto de hierba encima de un gris y sombrío Atlántico. Un extenso y ondulante oleaje arreciaba desde el oeste para romper contra las rocas que había a sus pies. Al norte del acantilado se hallaba el puerto francés de San Juan de Luz, abarrotado de embarcaciones mercantes y barcos pesqueros, mientras que en el fondeadero más alejado del puerto estaba anclada una pequeña flotilla de la Armada británica. La flotilla estaba compuesta por tres balandros, dos fragatas y un enorme barco de guerra con los lados a cuadros como un damero, el *Vengeance*.

Era un amanecer que hacía temblar de frío, aunque se acercaba la primavera y con ella llegaría el resurgir de la batalla. El emperador Napoleón había rechazado los acuerdos de paz que le ofrecían sus enemigos, por lo que los ejércitos franceses

tendrían que luchar para defender su patria. En esos momentos su enemigo era toda Europa. El ejército de británicos, españoles y portugueses de Wellington había tomado el extremo sudoeste de Francia y pronto atacaría avanzando aún más hacia el interior, mientras que, al norte, los prusianos, austriacos y rusos llevaban a cabo escaramuzas para atravesar las fronteras septentrionales de Napoleón.

Nada de eso le pareció de una importancia inmediata al comandante Richard Sharpe mientras empezaba a caminar sobre la helada hierba de la llana cumbre del acantilado. Soplaban un frío viento proveniente del océano y William Frederickson se guareció de él al abrigo de unos torcidos y raquíuticos pinos. Sharpe, que caminaba de un lado a otro, hacía caso omiso del viento; en cambio, estaba obsesionado con la idea de su propia muerte. Decidió que lo más importante era que se ocuparan bien de Jane. Ella ya tenía ese trozo de papel que le otorgaba poderes sobre el dinero de Sharpe; ese dinero eran las ganancias del saqueo del bagaje francés que había realizado tras la batalla de Vitoria. Ese día hubo muchos soldados que se hicieron ricos, pero pocos se enriquecieron tanto como el comandante Richard Sharpe o el sargento Patrick Harper.

Sharpe dio unos pasos y se acercó a Frederickson.

—¿Qué hora es?

Frederickson intentó torpemente abrir la tapa de su reloj con las manos enguantadas.

—Las seis y veinte.

Sharpe gruñó y se dio la vuelta. El amanecer había dotado a las grises nubes de una pálida luminosidad, mientras que el mar estaba tan oscuro que parecía hecho de una pizarra líquida que se moviera sin prisa. A los pies de Sharpe, un pequeño barco de pesca de alta proa se había acercado peligrosamente a las rocas. Los pescadores echaban por la borda las langostas. Sharpe pensó que tal vez su enemigo se estaría comiendo una de esas langostas esa misma noche mientras que él yacería frío como la piedra a dos metros bajo suelo francés. Césped antes de desayunar.

—¡Maldita sea! —dijo con repentina irritación—. ¿Por qué no podemos luchar con espadas?

—Porque Bampfylde eligió las pistolas. —Frederickson acababa de encender un puro y el viento se llevó rápidamente el humo en un remolino.

—Maldita sea. —Sharpe se dio la vuelta de nuevo. Estaba nervioso y no le importaba mostrar su nerviosismo ante Frederickson.

El capitán de los fusileros era uno de los mejores amigos de Sharpe y un hombre que sabía hasta qué punto podían los nervios convertir tu barriga en un nudo apretado y frío antes de una batalla. Frederickson, mitad inglés y mitad alemán, era un hombre de aspecto aterrador que había perdido la mayor parte de sus dientes y uno de sus ojos en los campos de batalla españoles. Sus soldados, con torpe afecto, lo llamaban

como a una flor de su tierra, Dulce William, aunque en el campo de batalla lo era todo menos dulce. Era un soldado, tan duro como cualquier otro en el Ejército y lo bastante para comprender que un hombre valiente pudiera estar casi paralizado de miedo.

Eso Sharpe también lo entendía, pero aun así se sorprendió del temor que sentía esa fría mañana. Era soldado desde que se había alistado en el XXXIII como un recluta de dieciséis años. Durante los veintiún años que habían pasado desde entonces se había abierto camino a través de brechas defendidas, había estado en la línea de mosquetes y había negociado la muerte con un enemigo que se encontraba a menos de cuarenta pasos; había destrozado cargas de caballería con lluvia de balas, había llevado a cabo la lucha solitaria del escaramuzador delante de la línea de batalla, había visto cómo la artillería enemiga destrozaba a sus soldados dejando sólo unas rojas piltrafas y había hecho todas esas cosas más a menudo de lo que podía recordar. Había combatido en Flandes, la India, Portugal, España y Francia. Había empezado como soldado raso de casaca roja para convertirse en uno de los oficiales de su majestad. Había tomado un estandarte enemigo y había sido capturado. Lo habían herido. Había matado. Otros hombres se habían pasado la vida dominando las técnicas de la paz, pero Richard Sharpe se había convertido en un experto en la guerra. Pocos soldados habían luchado tan a menudo, pocos habían combatido tan bien, y en esos momentos, pensaba Sharpe, los agolpados recuerdos de tantas contiendas minaban su confianza. Sabía que la suerte de los largos años sangrientos no podía durar, o tal vez fuera que entonces era más consciente del peligro que la mayoría y, por tanto, lo temía. Que un soldado que había peleado en los campos de batalla más horribles pudiera morir a consecuencia de la hierba en ayunas parecía un apropiado giro del destino.

—¿Por qué lo llaman «césped antes de desayunar»? —le preguntó a Frederickson, quien, sabiendo que Sharpe ya conocía la respuesta y que la pregunta había surgido sólo a causa de la irritación de su amigo, no se molestó en contestar.

—Es un nombre ridículo —le había dicho Jane dos semanas antes—, un nombre de lo más estúpido.

«Césped antes de desayunar» no era otra cosa que un duelo que, según la tradición, se llevaba a cabo al amanecer y, por regla general, en algún prado de césped que proporcionaba espacio suficiente para que las pistolas o las espadas hicieran su trabajo.

—Si insistes en batirte en ese estúpido duelo volveré a casa. No permitiré que te destruyas, Richard.

—Entonces será mejor que te vayas a casa —había dicho Sharpe—, porque voy a batirme.

La discusión había empezado como una refriega, pero se transformó en una



virulenta y agotadora pelea que había amargado las dos últimas semanas. Los motivos por los que Jane no quería que Sharpe comiera césped antes de desayunar estaban bien justificados. Para empezar, cabía la posibilidad de que lo mataran, lo cual haría de ella una viuda; pero incluso si vencía seguiría siendo un perdedor. En el Ejército se habían prohibido los duelos, y si Sharpe insistía en batirse, su trayectoria profesional se arruinaría en un solo instante. La carrera de su marido era algo que Jane valoraba mucho, y no quería verla peligrar, ni por un duelo, ni por las escaramuzas del final de una guerra. Jane dijo que era hora de que Richard regresara a Inglaterra y obtuviera los aplausos por sus hazañas. En Inglaterra, en opinión de ella, sería un héroe y podría tener la recompensa de un héroe. ¿No le había concedido una audiencia el príncipe de Gales? ¿Y no se aseguraría entonces ese príncipe de que el comandante Sharpe se convirtiera en sir Richard? Jane quería que Sharpe abandonara el Ejército, que se olvidara del duelo y que tomara un barco para volver a casa; pero en lugar de eso, como el tonto testarudo que era, él se quedaría para comer césped antes de desayunar, y Jane vio cómo todo ese prestigio futuro y todas esas recompensas principescas se desvanecían como el humo de una pistola en el viento. Por lo tanto, lo había intentado con su ultimátum: si Sharpe se empeñaba en batirse, ella lo avergonzaría públicamente yéndose a casa. Sharpe logró ponerla en evidencia, al precio de quince días de sufrimiento frío y silencioso.

Frederickson volvió a manosear su reloj.

—Las seis y media.

—Hace frío —Sharpe parecía notar la temperatura por primera vez.

—Dentro de una hora —dijo Frederickson— estaremos desayunando chuletas y budín de guisantes.

—Usted tal vez.

—Lo estaremos —insistió Frederickson pacientemente y luego se volvió para observar un pequeño carruaje negro que apareció al pie de la baja colina. El cochero fustigó los caballos, que subieron por el camino de tierra lleno de rodadas, y luego se dirigió hacia los torcidos pinos, donde se detuvo con un repiqueteo de las cadenas de los arreos y el chirrido de los frenos. El sargento Harper, con un aspecto desvergonzadamente jovial, salió del abarrotado interior y le dedicó a Sharpe una sonrisa confiada.

—¡Buenos días, señor! Un poco frescos.

—Buenos días, sargento.

—Traigo a ese granuja, señor —Harper señaló a un hombre vestido de negro que había compartido el carruaje.

—Buenos días, doctor —dijo Sharpe, educado.

El doctor hizo caso omiso del saludo. Era un francés magro y de edad avanzada que permaneció dentro del pequeño carruaje. Llevaba consigo una bolsa negra que

sin duda contenía bisturíes, serruchos para cortar huesos, escoplos y pinzas. El doctor se había mostrado reacio a acudir a esa matanza al amanecer, y por eso Frederickson le había encomendado a Harper la misión de asegurarse de que ese hombre estuviera levantado y dispuesto. Ningún médico británico, ni de la Armada ni del Ejército, hubiera estado deseoso de servir en esa ceremonia ilegal que bien podría llevar a todos los implicados a un consejo de guerra.

—Anoche estaba bebido, señor —le confió Harper, que llevaba una casaca verde de los fusileros tan desteñida como la de Sharpe o la de Frederickson.

—¿Quién estaba bebido? ¿El doctor? —preguntó Sharpe.

—No, señor. El que estaba ebrio era el capitán Bampfylde. Se quedó en tierra, ¿sabe?, y lo vi en el patio de esa enorme posada que hay detrás de la cordelería. —Harper se rió con un placer desdeñoso—. Estaba borracho como una cuba. Me parece que está nervioso como un gato.

—Yo también estoy nervioso —espetó Sharpe—. Anoche apenas pude dormir. —Ni la noche anterior, porque la expectativa de ese duelo lo había tenido despierto mientras trataba de prever lo que podría ocurrir esa fría mañana. Entonces iba a descubrir lo que estaba predestinado, y la proximidad del descubrimiento no hacía más que sumarse al miedo. Confesó todo eso a Harper y se alegró de haberlo hecho, porque el irlandés era el amigo más íntimo de Sharpe y había compartido con él todas las batallas desde que el ejército de Wellington había desembarcado por primera vez en Portugal.

—Pero usted no estaba borracho, señor. Esta mañana Bampfylde va a sufrir esos malditos tembleques. Lo van a atiborrar de huevos; eso es lo que harán. —Harper, diez centímetros más alto que el metro ochenta de Sharpe, parecía divertido ante el inminente enfrentamiento. No tenía ninguna duda de que Sharpe mandaría la odiosa alma de Bampfylde a la condenación eterna.

Y Sharpe no tenía ninguna duda de que se merecía esa suerte. Bampfylde era un oficial de Marina, capitán del gran *Vengeance*, que estaba anclado en el fondeadero más distante, y apenas unas semanas antes había dirigido una expedición al norte para tomar un fuerte costero francés. Sharpe había sido el oficial de alto rango en tierra y, en cuanto se capturó el fuerte, marchó tierra adentro para emboscar la ruta de suministros de los franceses. Había vuelto al conquistado fuerte Teste de Buch para encontrarse con que Bampfylde se había ido. A Sharpe, con dos compañías de fusileros y fuerzas de la Infantería de marina, lo habían dejado varado en el fuerte, donde fue sitiado por una brigada francesa al mando de un general llamado Calvet. Gracias a Dios, a la suerte de los fusileros y a la ayuda de un corsario americano, Sharpe había salvado a sus hombres. Pero no a todos; en el fuerte habían muerto demasiados, y la culpa era de Bampfylde. Sharpe, al volver de la ferocidad de la batalla contra Calvet con un espíritu destructor a causa de la indignación, había

desafiado al Oficial de Marina a ese enfrentamiento.

—Ojalá fuéramos a pelear con espadas.

—Espadas o pistolas, ¿a quién le importa? —dijo Harper alegremente.

—A mí me importa.

—Sea como sea, es un cabrón muerto.

—Es un cabrón difunto. —Frederickson balanceó los brazos para entrar en calor y entonces, aparentemente ajeno a las tensiones que carcomían a Sharpe, le preguntó a Harper si la compañía estaba lista para iniciar la marcha.

—Sí, señor.

—Bien. —Porque en cuanto se batiera ese duelo, Frederickson llevaría a su excelente compañía de fusileros del LX hacia el este para unirse al ejército. El sargento Harper iría con Frederickson, porque, al igual que Sharpe, se había distanciado de su antiguo batallón. Éste, el de los Voluntarios del Príncipe de Gales, tenía un nuevo coronel que había nombrado a sus propios comandantes y a un nuevo brigada del regimiento, lo cual dejó a Sharpe y Harper a la deriva.

Harper fue reclutado con entusiasmo por Frederickson, quien, a su vez, fue reclamado con el mismo entusiasmo por el general de división Nairn, un escocés a quien por fin le habían dado su propia brigada de combate y quería que los soldados de Frederickson añadieran un mortífero aguijón a su línea de escaramuza. Nairn también quería a Sharpe, no para esa línea de avanzada, sino para que fuera jefe de su estado mayor.

—Pero yo nunca he sido oficial del estado mayor —había protestado Sharpe.

—Y yo nunca he estado al mando de una brigada —había replicado Nairn alegremente.

—Debo hablarlo con Jane —había dicho Sharpe, y entonces había vuelto a su alojamiento para romper el frío silencio de una semana; pero su discusión sobre la oferta de Nairn no había sido más afortunada que las riñas con lágrimas y arrebatos de ira sobre el duelo. Jane seguía insistiendo en que se fueran a casa y en esa ocasión añadió un nuevo motivo para que Sharpe abandonara el Ejército: cuando llegara la paz, se dispararía el precio de la propiedad en Inglaterra, lo cual hacía aún más sensato poner rumbo a casa en esos momentos y encontrar un hogar en Londres. Sharpe protestó enérgicamente ante la idea y aseguró que él nunca viviría en Londres, que era una ciudad vil, corrupta, sucia y abarrotada de gente y que, aunque no tenía ningún reparo en comprar una casa, ésta tenía que estar en el campo. Sin ningún buen motivo para ello, quería vivir en Dorset. Una vez alguien había encomiado ese condado, y esa idea se le había grabado irreversiblemente en la cabeza.

Al final, tras agotadoras discusiones, habían llegado a regañadientes a un mutuo acuerdo: Jane se iría a casa para aprovecharse del precio de la propiedad en esos momentos, pero buscaría una casa de campo en Dorset. Mientras tanto, y si

sobrevivía al duelo, Sharpe entraría al servicio del general de división Nairn.

—Pero ¿por qué? —había suplicado Jane con lágrimas en los ojos—. Tú mismo dijiste que tenías miedo de luchar en más contiendas. ¡No puedes combatir y vivir para siempre!

En realidad, Sharpe no podía decirle por qué se negaba a volver a casa antes del final de la guerra. Por supuesto que no quería ser un oficial del estado mayor, y no tenía reparos en reconocer su reticencia a enfrentarse a más batallas; pero había una razón más profunda que se oponía a esos ruegos y que arrastraba su alma como una corriente oscura y torrencial: sus amigos estarían en la brigada de Nairn (el propio Nairn, Frederickson y Harper). Habían muerto muchos compañeros, y quedaban muy pocos, y Sharpe sabía que si abandonaba a esos buenos amigos en las últimas semanas de una larga guerra no se lo perdonaría nunca. Se quedaría y combatiría; pero primero mataría a un oficial de Marina, si es que no moría él.

—Ya veo a esos cabrones —dijo Frederickson alegremente.

Por el camino que iba a la ciudad se acercaban tres jinetes a buen paso. Llevaban todos capas de la Marina de color azul oscuro y sombreros tricornios. Sharpe dirigió la mirada más allá de los tres oficiales de Marina para ver si venía a caballo desde la ciudad algún policía militar para detener el duelo y arrestar a los participantes. El desafío no era exactamente un secreto; de hecho, la mitad de los oficiales de suministros en San Juan de Luz le habían deseado suerte a Sharpe, así que podía suponer que la policía militar había optado por ser sorda y ciega ante la ilegalidad del duelo.

Los oficiales de Marina subieron la colina a lomos de sus caballos y, sin dirigir apenas la mirada hacia Sharpe, desmontaron a unos cincuenta metros de distancia. Uno de los oficiales sostuvo las riendas de los caballos, otro empezó a caminar nervioso de un lado a otro y el tercero se acercó a los tres fusileros.

Frederickson, que era el padrino de Sharpe, se dirigió al encuentro del oficial de Marina que se aproximaba.

—¡Buenos días, teniente!

—Buenos días, señor. —El teniente Ford era el padrino de Bampfylde. Llevaba un estuche de madera en su mano derecha—. Me disculpo por el retraso.

—Nos alegramos de que hayan llegado —Frederickson miró hacia donde estaba el capitán Bampfylde, que seguía caminando de un lado a otro de manera nerviosa por detrás de los tres caballos—. ¿Está dispuesto su apadrinado a presentar sus excusas, teniente?

La pregunta se hizo con diligencia y con la misma diligencia fue contestada.

—Por supuesto que no, señor.

—Lo cual es lamentable. —Frederickson, cuya compañía había sufrido las consecuencias de la cobardía de Bampfylde en el fuerte Teste de Buch, no parecía

lamentarlo en lo más mínimo. De hecho, su voz estaba llena de alegría por la expectativa de la muerte de Bampfylde—. ¿Damos comienzo al acto, teniente? —Sin esperar respuesta, le hizo una seña a Sharpe a la vez que Ford se la hacía a Bampfylde.

Los dos duelistas se pusieron frente a frente sin mediar palabra. A Sharpe le pareció que Bampfylde estaba pálido, pero bastante sobrio. Lo cierto es que no temblaba. Tenía un aspecto enojado, aunque no se podía esperar menos de cualquier hombre que hubiera sido acusado de flagrante cobardía.

Ford abrió el estuche de madera y sacó dos pistolas especiales para batirse en duelo. Como Bampfylde había sido el desafiado, se le había ofrecido la elección de las armas, y había escogido un par de pistolas de percusión de cañón largo fabricadas en Francia. Frederickson las sopesó en sus manos, examinó los percutores, luego tiró de la baqueta de una de las pistolas y sondó ambos cañones. Estaba comprobando que ninguna de las dos pistolas tuviera un estriado oculto en la parte trasera de sus cañones. Ambas eran de poco calibre. En la medida en que la enorme destreza de un artesano podía conseguirlo, eran armas idénticas.

El doctor estaba inclinado hacia delante dentro del carruaje para observar los cuidadosos preparativos. Su cochero, envuelto en una capa, permanecía junto a las cabezas de los caballos. Harper esperó junto a los pinos.

Ford cargó ambas pistolas mientras Frederickson lo observaba con atención. El teniente utilizó una fina pólvora negra que se administró con una pequeña taza para medir. Ford estaba nervioso, le temblaba la mano y el viento se llevó un poco de pólvora; pero él tomó un pellizco de más con cuidado para compensar la pérdida. Apretaron la pólvora con la baqueta y luego envolvieron cada una de las bolas de plomo en un parche de cuero engrasado. Las balas, por cuidadosa que fuera su fundición, nunca acababan de ser de un calibre perfecto, pero el parche de cuero hacía que encajaran lo más certeramente posible y, de ese modo, proporcionaba a las pistolas una precisión añadida. Se habría logrado una aún mayor si los cañones de las armas hubiesen sido estriados, pero eso se consideraba poco deportivo. Introdujeron las bolas en los cañones y luego golpearon la baqueta con un martillo de latón para asegurarse de que los proyectiles estuvieran bien colocados contra la carga de pólvora.

Una vez cargados los cañones, Ford abrió la cajita de hojalata que contenía los pistones. Cada pistón consistía en una lámina de cobre delgada como el papel que encerraba una diminuta carga de pólvora negra. Cuando el percutor de la pistola golpeaba la lámina de cobre, la pólvora escondida explotaba y lanzaba una llama minúscula por la chimenea hacia la carga comprimida del cañón. Las armas como éstas eran elaboradas, caras y mucho más fiables que los anticuados fusiles de chispa, tan propensos a humedecerse. Ford apretó con cuidado los pistones al colocarlos en

los pequeños huecos bajo los dos percutores y después bajó estos últimos para asegurar las armas. Entonces, con un curioso aire de poca seguridad, ofreció las dos culatas a Frederickson.

El capitán, ante la elección que de ese modo se le ofrecía, miró a Sharpe.

—Cualquiera —dijo Sharpe de manera cortante. Era la primera palabra que pronunciaba uno de los duelistas desde que se habían encontrado. Bampfylde miró a Sharpe cuando el fusilero habló y luego desvió rápidamente la mirada. El oficial de Marina era un joven regordete de tez suave, mientras que Sharpe tenía una piel morena cubierta de cicatrices y unos huesos angulosos. Una cicatriz en la mejilla izquierda del fusilero le deformaba la boca y le daba a su rostro un involuntario aspecto de burla que sólo desaparecía cuando sonreía.

Frederickson eligió el arma de la derecha.

—Los abrigos y los sombreros, señores, por favor —dijo en tono solemne.

Sharpe había previsto ese ritual, pero aun así no dejó de parecerle extraño y burdo mientras se sacaba el chacó y después se desprendía de la raída casaca de fusilero. En la manga de la casaca había una sucia insignia de tela, una corona de hojas de roble que demostraba que una vez había dirigido un destacamento de asalto hacia una brecha que había sido atacada salvajemente con fuego y acero. Le dio la chaqueta a Frederickson, quien tendió a cambio la pistola cargada a Sharpe. El viento agitó el cabello negro de Sharpe y él lo apartó de sus ojos con irritación.

Bampfylde se desprendió de la capa marinera que llevaba sobre los hombros y después se desabrochó los botones de la casaca azul y blanca. Debajo llevaba una camisa de seda blanca metida en la faja que rodeaba la pretina de los pantalones blancos del uniforme. Se decía que era más fácil, y por lo tanto mucho más seguro, sacar trozos de seda de una herida de bala, motivo por el cual muchos oficiales insistían en vestir de seda en la batalla. La camisa de Sharpe era de lino manchado.

Ford cogió el sombrero, la capa y la casaca del capitán Bampfylde y se aclaró la garganta.

—Darán diez pasos, señores, según yo los vaya contando —Ford estaba muy nervioso; tragó flema y se aclaró la garganta una vez más—, tras lo cual se darán la vuelta y dispararán. Si no se da una satisfacción al primer intercambio pueden insistir en disparar una segunda vez y así sucesivamente.

—¿Está satisfecho con su posición? —le preguntó Frederickson a Bampfylde, que dio un respingo cuando se le dirigieron de ese modo. Después echó un vistazo por el acantilado como si buscara un lugar más seguro para combatir.

—Estoy conforme —dijo tras una pausa.

—¿Comandante? —le preguntó Frederickson a Sharpe.

—Conforme. —La culata de la pistola estaba hecha de madera de nogal sombreada. La pistola parecía pesada y desequilibrada en la mano de Sharpe, pero

eso se debía sólo a que no estaba acostumbrado a ese tipo de armas. No había duda de que era una pistola de gran precisión.

—Si se dan la vuelta, señores... —A Ford le temblaba la voz.

Sharpe se volvió de forma que quedó mirando al mar. El viento, que soplaba más fuerte, había empezado a salpicar el pizarroso oleaje con riachuelos de espuma blanca. El viento, observó él, venía directo a su rostro, de manera que no tendría que apuntar mal la pistola para compensar la fuerza transversal de la brisa.

—Pueden amartillar las armas —dijo Frederickson. Sharpe tiró del percutor y notó que encajaba en su lugar. Le abrumó una repentina preocupación de que el pistón pudiera caerse de su hueco, pero cuando miró vio que los extremos de las láminas de cobre estaban ondulados de tan bien encajados y que el pistón estaba adecuadamente apretado.

—Diez pasos, señores —anunció Ford—. Uno. Dos...

Sharpe caminó con su paso normal. Mantenía la pistola bajada. No creía haber demostrado ningún miedo ante Bampfylde, pero su barriga era como de hielo nudoso y le temblaba un músculo en el muslo izquierdo. Tenía la garganta seca como el polvo. Podía ver a Harper por el rabillo del ojo.

—Siete. Ocho. —Ford había subido la voz para que se oyera por encima del sonido del viento del mar. Sharpe se encontraba lo bastante cerca del borde del acantilado para ver a los pescadores de langosta franceses impulsando unos largos remos para evitar la engullidora resaca del recortado pie del acantilado.

—Nueve —gritó Ford. Siguió una perceptible y nerviosa pausa antes de la última palabra—. Diez.

Sharpe dio el último paso y volvió la espalda al viento del Atlántico. Bampfylde ya levantaba su pistola. Daba la impresión de estar muy cerca de Sharpe, quien de pronto parecía incapaz de levantar su brazo derecho. Estaba pensando en Jane: sabía que ella esperaba con una horrible incertidumbre; luego movió el brazo con una sacudida, porque la pistola de Bampfylde ya no era nada más que un agujero redondo y negro que apuntaba directamente entre sus ojos.

Observó el agujero negro y de pronto sintió la cálida calma de la batalla. Ese sentimiento de seguridad fue tan inesperado, aunque tan familiar, que sonrió.

Y Bampfylde disparó.

La llama atravesó la nube de humo en dirección a Sharpe, pero él ya había oído cómo la bala pasaba junto a su cabeza con un chasquido como el de un látigo de cuero sacudido con fuerza. La bala no podía haber pasado a más de quince centímetros de su oído izquierdo, y Sharpe se preguntó si las dos pistolas se desviaban hacia la derecha. Esperó; quería que el viento disipara el humo de la pistola de Bampfylde. Seguía sonriendo, aunque él no lo sabía. Bampfylde, sin duda a causa de los nervios, había abierto fuego demasiado deprisa, desperdiciando así su disparo.

Entonces Sharpe tenía todo el tiempo que necesitaba para venganza los soldados que habían muerto en la fortaleza de Teste de Buch.

El viento diseminó el humo y dejó al descubierto a Bampfylde, de perfil ante Sharpe. El capitán de la Marina escondía el estómago para hacer de su cuerpo un blanco más pequeño. La mira de la pistola de Sharpe se recortaba contra la blanca camisa de seda. Entonces alineó la muesca trasera con el punto de mira, movió la pistola ligeramente hacia la izquierda por si acaso el arma tendía hacia la derecha. Apuntaría bajo, ya que la mayoría de las pistolas disparaban alto. Si ésa no disparaba alto, entonces le haría una herida en el vientre a Bampfylde. Eso le mataría, pero despacio, tan despacio como habían muerto algunos de los soldados de Sharpe después de que Bampfylde los hubiera abandonado tras las líneas enemigas.

Su dedo rodeó el gatillo. En esos momentos el humo ya se había alejado completamente de Bampfylde y no era más que un tenue retal de distante neblina que se arremolinó en lo alto del borde del acantilado antes de dirigirse tierra adentro.

—¡Dispare, maldita sea! —Bampfylde espetó las palabras en voz alta, y Sharpe, que había estado a punto de disparar, vio que el capitán de la Marina temblaba visiblemente.

—¡Dispare, maldito sea! —gritó Bampfylde de nuevo, y Sharpe supo que había ganado completamente, porque había reducido a ese hombre orgulloso a un cobarde que se estremecía. Sharpe había acusado a Bampfylde de cobardía y en ese momento demostraba su acusación.

—¡Dispare! —Bampfylde pronunció la palabra con desesperación.

Sharpe bajó la boca de la pistola para compensar el tirón hacia arriba y disparó.

La pistola de Sharpe no se desvió hacia arriba en absoluto, pero tenía una ligera tendencia a disparar hacia la izquierda más que hacia la derecha, y como resultado, en lugar de un tiro en el vientre, la bala rasgó las dos nalgas de Bampfylde, le desgarró los pantalones blancos de la Marina y le hizo unos boquetes sangrantes en la carne. Bampfylde chilló como un cerdo atrapado y se tambaleó hacia delante. Soltó la pistola y cayó de rodillas, y Sharpe sintió el júbilo de un trabajo bien hecho. Vio la sangre que brillaba en los blancos bombachos. El doctor corría torpemente con su bolsa de color negro, pero Ford ya se había arrodillado junto al herido Bampfylde.

—No es más que una herida superficial, señor.

—¡Me ha roto la espalda! —Bampfylde pronunció las palabras entre dientes como prueba de su dolor.

—Le ha rayado el culo. —Frederickson esbozaba una sonrisa burlona.

Ford levantó la mirada hacia Frederickson.

—¿Estáis de acuerdo en que se ha satisfecho el honor, señor?

A Frederickson le estaba costando no reírse.

—Sumamente de acuerdo, teniente. Que tenga un buen día.



El doctor se arrodilló al lado del capitán de Marina.

—Una herida superficial, nada más. Sólo será necesario un vendaje. Quedará contusionada y dolerá, Es usted un hombre afortunado.

Ford traducía sus palabras para el consternado Bampfylde, pero el capitán no escuchaba. En lugar de eso miraba fijamente a través de lágrimas de ira y vergüenza al fusilero de cabello negro que se había acercado y estaba de pie junto a él. Sharpe no dijo nada: se limitó a bajar la humeante pistola y se alejó. No había conseguido matar al individuo, lo cual le enojaba, pero se había restablecido el honor de los muertos en Teste de Buch. Se había comido su césped antes de desayunar, y entonces Sharpe debía consolidar su frágil paz con Jane, mandarla lejos con todo su amor y regresar después al lugar que mejor conocía y más temía: el campo de batalla.

\* \* \* \*

Burdeos todavía pertenecía al emperador, aunque nadie podía decir por cuánto tiempo. Los embarcaderos del río estaban vacíos, los almacenes desnudos y las arcas de la ciudad secas. Había unos cuantos soldados que todavía proclamaban su lealtad a Napoleón, pero la mayoría anhelaba la paz que reactivaría el comercio, y como símbolo de ese vivo deseo se hacían escarapelas blancas, insignia de la casa real francesa. Al principio las mantenían escondidas, pero, a medida que pasaban los días, cada vez las llevaban más como un abierto desafío a las tropas bonapartistas que quedaban. Esos defensores imperiales eran pocos y lastimosamente débiles. Algunos veteranos lisiados y pensionistas guarnecían los fuertes del río y medio batallón de jóvenes soldados de infantería custodiaba la prefectura, aunque o mejor de las tropas se había dirigido hacia el sur y el este para servir de refuerzo a mariscal Soult y, animada por su ausencia, la hambrienta ciudad mostraba su desafección y rebeldía.

Una mañana de marzo, fresca a causa del frío viento y húmeda por la lluvia que provenía del Atlántico, un único carro llegó a la prefectura de la ciudad. El carromato llevaba cuatro pesados embalajes e iba escoltado por un escuadrón de soldados de caballería que, por extraño que parezca, estaban al mando de un coronel de infantería. El carro se detuvo en el patio de la prefectura, y los miembros de su escolta de dragones, montados en unos caballos cansados y llenos de barro, se inclinaron sobre sus sillas con la mirada perdida. Llevaban el pelo peinado con *cadettes*, unas pequeñas trenzas que les colgaban junto a las mejillas y que eran señal de su condición de élite.

El coronel de infantería, entrado en años y lleno de cicatrices, se apeó despacio de su montura y se dirigió al pórtico de entrada, donde un centinela presentó su mosquete. Estaba demasiado cansado para responder al saludo del centinela, por lo que se limitó a empujar la pesada puerta. La escolta de caballería quedó al mando de

un sargento de los dragones que tenía un rostro con la textura del cuero rajado por un cuchillo. Estaba sentado con su pesada espada de hoja recta apoyada sobre el arco de la montura, y el nervioso centinela, que intentaba que la mirada hostil del sargento no se posara en él, vio que el filo del embotado acero tenía intensas muescas como resultado de un combate reciente.

—¡Eh, cara de cerdo! —El sargento se había dado cuenta del furtivo interés del centinela.

—¿Sargento?

—Agua. Traiga un poco de agua para mi caballo.

El aludido, que tenía órdenes de no moverse de su puesto, trató de no hacer caso del mandato.

—¡Cara de cerdo! He dicho que traiga un poco de agua.

—Se supone que no debo moverme... —El centinela se calló al ver la estropeada pistola que había sacado el sargento de una vaina de la montura.

El sargento echó hacia atrás el pesado percutor de la pistola con el pulgar.

—¿Cara de cerdo?

El centinela miró fijamente la negra boca del arma y se fue corriendo a buscar un cubo de agua mientras, en el piso de arriba, al coronel de infantería le habían indicado el camino hacia una estancia grande y tenebrosa que en su día había sido refinada con paredes de mármol, un techo con molduras de yeso y un pulido suelo de madera de boj, pero que entonces estaba sucia, desordenada y fría a pesar del pequeño fuego que ardía en la ancha chimenea. Un hombre menudo con gafas era el único ocupante de la habitación. Se sentaba encorvado sobre una mesa de malaquita verde en la que había un montón de papeles ondulados entre los gruesos cabos de las velas apagadas.

—¿Es usted Ducos? —preguntó el soldado de infantería por todo saludo.

—Soy el comandante Pierre Ducos —repuso él sin levantar la vista de su trabajo.

—Yo soy el coronel Maillot. —Maillot parecía estar demasiado cansado incluso para hablar mientras abría la alforja y sacaba un mensaje sellado que colocó sobre la mesa. Maillot dejó deliberadamente el despacho encima del papel en el que Ducos escribía.

Pierre Ducos no hizo caso del insulto. En lugar de eso, cogió el mensaje y se fijó en el sello rojo en que se veía la insignia de una abeja. Tal vez otros hubieran mostrado asombro al recibir una misiva con el sello privado del emperador, pero la actitud de Ducos pareció expresar la irritación de que el emperador tuviera que cargarlo con más trabajo. Ducos no abrió el mensaje inmediatamente como hubieran hecho otros, sino que, en lugar de eso, se empeñó en terminar el trabajo que el coronel había interrumpido.

—Dígame, coronel —Ducos tenía una voz extraordinariamente profunda para ser un hombre tan enclenque—, ¿cuál sería su opinión sobre un general de brigada que

permite que un puñado de vagabundos derrote a su mando?

Maillot estaba demasiado cansado para expresar opinión alguna, así que no dijo nada. Ducos, que estaba escribiendo su informe confidencial al emperador sobre los acontecimientos ocurridos en el fuerte Teste de Buch, mojó la pluma en la tinta y siguió escribiendo. Pasaron cinco minutos enteros antes de que se dignara cerrar su tintero y abriera el despacho del emperador. Éste contenía dos hojas de papel, que leyó en silencio, y acto seguido, obedeciendo las instrucciones reflejadas en una de las hojas, tiró la otra al fuego.

—Le ha costado bastante localizarme.

Las palabras eran descorteses, pero Maillot no mostró resentimiento mientras se acercaba al fuego y sostenía sus manos heladas sobre el ínfimo calor que desprendía la página ardiendo.

—Hubiera llegado antes, pero los caminos no son precisamente seguros, comandante. Incluso llevando una escolta de caballería, uno ha de tener cuidado con los bandidos. —Pronunció con sorna la última palabra, pues ambos sabían que los «bandidos» eran desertores de los ejércitos de Napoleón, o bien jóvenes que habían huido al campo para evitar que los reclutaran. Lo que Maillot no dijo era que esos bandidos habían atacado su carromato. Habían muerto seis de los dragones, incluido el segundo al mando de Maillot, pero éste había contraatacado y luego había dejado que los dragones supervivientes persiguieran y castigaran a los forajidos. Maillot era un veterano de las guerras del emperador y no iba a permitir que unos simples vagabundos lo insultaran.

Ducos se desenganchó las gafas de las orejas y limpió las redondas lentes con un extremo de su casaca azul.

—¿El envío está a salvo?

—Abajo. Es un carro de artillería que hay aparcado en el patio. La escolta necesita comida y agua, y sus caballos también.

Ducos frunció el entrecejo para demostrar que él estaba por encima de tratar con unas necesidades tan rutinarias como la comida y el agua.

—¿Sabe la escolta lo que hay en el carro?

—Claro que no.

—¿Qué creen que es? Maillot se encogió de hombros.

—¿Importa eso? Sólo saben que han traído a Burdeos cuatro embalajes sin marcar.

Ducos levantó la hoja de papel que quedaba del despacho.

—Esto me da autoridad sobre la escolta, e insisto en saber si se puede confiar en ellos.

Maillot se sentó en una silla y estiró sus largas piernas, cansadas y salpicadas de barro.

—Están al mando de un buen soldado, el sargento Challon, y no hacen nada para contrariarle. Pero ¿se puede confiar en ellos? ¿Quién sabe? Es probable que a estas alturas se imaginen lo que hay en los embalajes, aunque hasta ahora se han mantenido leales. —Reprimió un bostezo—. Lo que más los preocupa ahora es la comida y el agua.

—¿Y a usted, coronel? —preguntó Ducos.

—Yo también necesito comida y agua.

Ducos hizo una mueca para demostrar que su pregunta había sido mal entendida.

—¿Qué hará usted ahora, coronel?

—Regresaré al lado del emperador, por supuesto. El envío es responsabilidad suya. Y, si me perdona, me alegraré muchísimo de quitármelo de encima. Un soldado debería estar luchando en estos momentos, no haciendo de jefe de bagajes.

Ducos, a quien le acababan de otorgar la responsabilidad de un jefe de bagajes, volvió a colocarse las gafas limpias en el rostro.

—El emperador me concede un gran honor.

—Confía en usted —dijo sencillamente Maillot.

—Igual que confía en usted —Ducos le devolvió el cumplido.

—Llevo muchos años con él.

Ducos miró al cano Maillot; sin duda había estado con el emperador durante muchos años, pero nunca lo habían ascendido por encima del rango de coronel. No faltaban los franceses que habían empezado como soldados rasos para llegar a comandar ejércitos enteros, aunque no era el caso de ese veterano alto, lleno de cicatrices y con ese rostro obstinadamente digno de confianza. En suma, decidió Ducos, ese Maillot era un idiota, uno de los leales mastines del emperador, un soldado para hacer recados; un hombre sin imaginación.

—Burdeos no es un lugar seguro —observó Ducos en voz baja, como si hablara consigo mismo—. El alcalde ha mandado un mensaje a los ingleses pidiéndoles que vengan. Él cree que no sé nada de ese mensaje, pero tengo una copia sobre esta mesa.

—Entonces arréstelo —soltó Maillot con toda tranquilidad.

—¿Con qué? En estos momentos la mitad de la guardia de la ciudad lleva la escarapela blanca, y la otra mitad haría lo mismo si tuviera suficientes agallas. —Ducos se levantó y se dirigió a una ventana que había en el otro lado de la habitación, desde donde observó la lluvia que caía en grandes franjas sobre la plaza de Saint Julien—. El carromato estará a salvo aquí esta noche —afirmó—, y sus soldados pueden quedarse en algunos de los alojamientos que hay vacíos. —Ducos se dio la vuelta y esbozó una inesperada sonrisa—. Pero usted, coronel, ¿me haría el honor de cenar en mis aposentos?

Lo único que Maillot deseaba hacer era dormir, pero sabía en qué consideración tenía el emperador a ese hombrecillo con gafas, así que, por cortesía y porque Ducos

insistió calurosamente en su invitación, hubo de aceptar de mala gana. No obstante, para su sorpresa, Ducos resultó ser un anfitrión asombrosamente divertido, y Maillot, que por la tarde había podido dedicar un par de horas a un sueño exhausto, se encontró con que el hombrecillo que hablaba con tanta franqueza de sus servicios al emperador se había ganado su simpatía.

—Nunca he sido un soldado por naturaleza como usted, coronel —dijo Ducos con ademán modesto—. Mis habilidades se han usado para corromper, burlar y engañar al enemigo. —Esa noche Ducos no habló de sus antiguos fracasos, sino de sus éxitos, como el de esa ocasión en la que había atraído a unos guerrilleros españoles con el pretexto de negociar una tregua y de cómo los mataron salvajemente a todos cuando llegaron confiados. Ducos sonrió al recordarlo—. A veces echo de menos España.

—Nunca he luchado allí —Maillot se sirvió más brandi—, pero me han hablado de los guerrilleros. ¿Cómo se puede combatir contra soldados que no llevan uniforme?

—Matando a tantos civiles como sea posible, por supuesto —repuso Ducos, y luego añadió con añoranza—: Lo que sí echo en falta es el clima cálido.

Maillot se rió al oírlo.

—Es evidente que no ha estado en Rusia.

—No, no he estado. —Ducos se estremeció sólo de pensarlo, luego giró sobre su silla para observar la noche con detenimiento—. Ha dejado de llover, mi querido Maillot. ¿Quiere dar una vuelta por el jardín?

Los dos hombres caminaron por el empapado césped; el humo de sus cigarros se elevaba a través de las ramas de los perales. Maillot de la de estar acordándose todavía de la campaña rusa, porque de pronto soltó una corta carcajada y comentó lo listo que había sido el emperador en Moscú.

—¿Listo? —Ducos parecía sorprendido—. No nos pareció muy listo a los que no estábamos allí.

—A eso me refiero —dijo Maillot—. Nos enteramos del descontento que reinaba en Francia y ¿qué hizo el emperador? ¡Ordenó que las bailarinas del ballet de París actuaran sin faldas ni medias! —Maillot se rió al acordarse; entonces se volvió de cara a la alta pared de ladrillos y se desabrochó los bombachos. Siguió hablando mientras orinaba—. Más adelante oímos que París ya se había olvidado de las muertes en Rusia, porque sus habitantes no podían hablar de nada que no fueran los muslos desnudos de mademoiselle Rossillier. ¿Estaba usted en París en esa época?

—Estaba en España. —Ducos se hallaba justo detrás de Maillot. Mientras el más veterano hablaba, había sacado una pequeña pistola de su bolsillo trasero y sin hacer ruido echó hacia atrás su engrasado percutor. En esos momentos apuntaba a la base del cuello de Maillot—. Estaba en España —repitió, y con una mueca cerró los ojos

con fuerza al tiempo que apretaba el gatillo. La bala destrozó una de las vértebras de Maillot y empujó hacia atrás su canosa cabeza en un sangriento paroxismo. El coronel pareció dar un suspiro arrepentido al derrumbarse. La cabeza se le fue hacia delante y golpeó contra el enladrillado; luego el cuerpo dio una sacudida y se quedó completamente inmóvil. El humo maloliente de la pistola se entretuvo entre las ramas de los perales.

A Ducos le vinieron arcadas, sintió náuseas y logró controlarse. Una voz gritaba desde una casa vecina: quería una explicación sobre el disparo, pero como Ducos no respondió ya no hubo más preguntas.

Al amanecer el cuerpo estaba escondido bajo el abono.

Ducos no había dormido. No fue la mala conciencia ni la repugnancia por la muerte de Maillot lo que le había mantenido despierto, sino la enormidad de lo que esa muerte representaba. Al apretar el gatillo, Ducos había abandonado todo aquello que una vez significó tanto para él. Lo habían educado para creer en el carácter inviolable de los ideales revolucionarios y luego se dio cuenta de que las ambiciones imperiales de Napoleón eran en realidad los mismos ideales, pero transmutados por la genialidad de un hombre en una única e irremplazable gloria. En esos momentos, cuando la gloria de Napoleón se había derrumbado, los ideales debían seguir vivos; sólo entonces fue consciente Ducos de que Francia en sí era la personificación de esa grandeza.

Así, esa húmeda noche Ducos se convenció a sí mismo de que la irrelevante parafernalia de la Francia imperial podía sacrificarse. Surgiría una nueva Francia y Ducos la serviría desde una posición de poderosa responsabilidad. Sin embargo, por el momento era necesario un tiempo de espera y seguridad. Así que, por la mañana, mandó llamar al sargento de los dragones Challon a la prefectura; allí hizo que el entrecano militar se sentase al otro lado de la mesa de malaquita verde y empujó hacia él la hoja que quedaba del despacho del emperador.

—Lea eso, sargento. Challon cogió el papel con confianza y entonces, al darse cuenta de que no podía engañar al oficial de las gafas, lo volvió a dejar.

—No sé leer, señor.

Ducos se quedó mirando fijamente esos ojos inyectados de sangre.

—Ese pedazo de papel lo pone a usted en mis manos, sargento. Está firmado por el emperador en persona.

—Sí, señor. —La voz de Challon sonó apagada.

—Significa que usted me obedece.

—Sí, señor.

Entonces Ducos se arriesgó. Desplegado encima de la mesa había un periódico y le ordenó a Challon que lo tirara al suelo. Al sargento le desconcertó esa orden, pero obedeció. Luego se quedó parado. En el periódico había escondidas las escarapelas

blancas, dos grandes escarapelas de vistosa seda blanca.

Challon se quedó mirando los símbolos de los enemigos de Napoleón y Ducos observó al sargento con trenzas. Challon no era un hombre muy perspicaz, y su rostro curtido y lleno de cicatrices revelaba sus pensamientos con tanta claridad como si los expresase en voz alta. Lo primero que Ducos descubrió en su cara fue que el sargento Challon sabía lo que se ocultaba en los cuatro embalajes. Ducos se hubiese asombrado si Challon no lo hubiera sabido. La otra cosa que reveló el sargento fue que él, al igual que Ducos, deseaba hacerse con el contenido.

Challon levantó la vista hacia el pequeño comandante.

—¿Puedo preguntar dónde está el coronel Maillot, señor?

—El coronel Maillot ha contraído una fiebre repentina que mi médico cree que resultará ser fatal.

—Siento oír eso, señor —la voz de Challon era inexpresiva—, porque a algunos de los muchachos les caía bien el coronel, señor. —Por, un segundo, mientras miraba esos ojos duros, Ducos pensó que había calculado muy mal. Entonces Challon dirigió la mirada hacia las comprometedoras escarapelas—. Pero algunos aprenderán a vivir con su dolor.

Una sensación de alivio inundó a Ducos, aunque era demasiado listo para demostrar ni ese alivio ni el miedo que lo había precedido. Ducos supo entonces que Challon era su hombre.

—La fiebre —dijo Ducos suavemente— puede ser contagiosa.

—Eso he oído, señor.

—Y nuestra responsabilidad exigirá al menos seis hombres. ¿No está usted de acuerdo?

—Creo que serán más los que sobrevivirán a la fiebre, señor —replicó Challon igual de elíptico que Ducos. Entonces eran cómplices de traición y ninguno de ellos podía exponerlo abiertamente, aunque ambos se entendían a la perfección.

—Bien. —Ducos recogió una de las escarapelas. Challon dudó, cogió la otra y de esa forma su pacto quedó sellado.

Dos mañanas después hubo una niebla marina que provenía del estuario del Garona y que envolvió Burdeos con una humedad pegajosa a través de la cual nueve jinetes se dirigieron al este al amanecer. Pierre Ducos iba en cabeza, vestido con ropa de civil y con una espada y dos pistolas al cinto. El sargento Challon y sus hombres llevaban los vestigios de sus uniformes verdes, aunque todos los soldados de caballería se habían desecho de sus pesados cascos metálicos. Las bolsas de sus monturas estaban repletas, al igual que las alforjas de los caballos de carga que conducían tres de ellos.

El engaño, el timo, el disimulo y la burla; ésas eran las habilidades que Ducos le había ofrecido a su emperador, unas habilidades de las que entonces debía servirse

para sus propios fines. Los caballos hicieron resonar los cascos a través de la puerta exterior de la ciudad, agitaron la niebla al pasar y se fueron.



# CAPÍTULO 1

—Naturalmente que el par lo sabía —el general de división Nairn hablaba del duelo—, pero, entre usted y yo, no creo que le desagradara la idea. La Marina lo ha estado molestando bastante últimamente.

—Esperaba que me arrestaran —dijo Sharpe.

—Si hubiera matado a ese sinvergüenza lo habrían hecho. Ni siquiera Wellington puede ignorar completamente la muerte de un capitán de Marina, pero fue ingenioso que se limitara a rayarle el culo. —Nairn soltó una alegre y rugiente carcajada al pensar en la herida de Bampfylde.

—Yo intenté matarle —confesó Sharpe.

—Fue mucho más inteligente por su parte dejarle el trasero dolorido. Y permítame decirle cuánto me alegro de verlo, mi querido Sharpe. Confío en que Jane esté bien.

—Ya lo creo, señor. El tono de Sharpe hizo que Nairn dirigiera una mirada divertida al fusilero.

—¿Es posible que su matrimonio esté pasando por un mal momento, Sharpe?

—El peor, señor.

Sharpe había tardado tres días en alcanzar al ejército que avanzaba y medio día más en encontrar a Nairn, cuya brigada se hallaba en el flanco izquierdo de la avanzada. Al final, había descubierto al escocés en lo alto de una colina que se alzaba sobre un vado que los británicos habían tomado esa mañana y a través del cual marchaba toda una división en esos momentos. De los franceses sólo se divisaban a lo lejos unos cuantos escuadrones de caballería que se retiraban, aunque una batería de artillería enemiga disparaba de vez en cuando desde un bosquecillo que había a unos dos kilómetros pasado el río.

—¿Ha traído consigo a Frederickson? —preguntó entonces Nairn.

—Sus soldados están al pie de la colina.

—¡Le rayó el culo! —Nairn se rió de nuevo—. ¿Puedo suponer, por su mal momento matrimonial, que Jane no está con usted?

—Zarpó hacia casa hace dos días, señor.

—Es el mejor sitio para una mujer. En realidad a mí nunca me pareció bien que los oficiales cargaran por ahí con sus mujeres como si se tratara de parte de su equipaje. Sin ánimo de ofender, por supuesto: Jane es una chica encantadora, pero sigue siendo equipaje para un ejército. ¡Pero bueno! ¡Cielo santo! —Esas últimas palabras eran un saludo a una bala de cañón francesa que cruzó el río con gran estruendo y rebotó colina arriba, lo que obligó a Nairn a realizar una frenética evasión que casi lo hizo caer de su montura—. Ya ve lo que ocurre, Sharpe: los malditos franceses tratan de detenernos en cada río; nosotros flanqueamos a esos hijos de puta

y seguimos avanzando.

Al pie de la ladera, la brigada de Nairn esperaba pacientemente su turno para cruzar el vado. La brigada estaba compuesta de un batallón de Highlanders y dos del condado inglés.

—¿Qué quiere que haga exactamente? —le preguntó Sharpe a Nairn.

—No tengo ni idea. Diviértase. ¡Yo lo estoy haciendo! —y en efecto, el escocés, que había soportado durante años el espantoso trabajo del estado mayor a las órdenes de Wellington, se deleitaba con su nuevo mando. Sólo lamentaba que, de momento, no hubiese tenido lugar ninguna batalla en la que pudiera demostrar lo idiota que había sido Wellington al no darle una brigada mucho antes—. ¡Maldita sea, Richard! Ya no queda mucho de la guerra, y quiero tener la oportunidad de encontrarme con los que apestan a ajo.

Puede que a Sharpe le hubiesen ordenado que se divirtiera, pero pronto descubrió que ser jefe del estado mayor en una brigada traía consigo unos días enormemente largos y unos problemas aparentemente interminables. Trabajaba allí donde resultara estar el cuartel general de Nairn, a veces en alguna granja confiscada, aunque por regla general, en un conjunto de tiendas que se montaban dondequiera que acampaba la brigada. A veces Sharpe oía el sonido de las armas en el este y sabía que una retaguardia francesa había entrado en acción, pero no tenía ni el tiempo ni la responsabilidad de unirse a la batalla. Lo único que sabía era que cada río que cruzaban y cada kilómetro de tierra capturado significaban más trabajo para los atribulados oficiales del estado mayor, que tenían que hacer coincidir los soldados con la comida, las armas con la munición y las órdenes del cuartel general de la división con una realidad más aciaga.

Era un trabajo beneficioso. Sharpe siempre había expresado un desprecio de soldado de combate hacia la mayoría de los oficiales del estado mayor, porque pensaba que tales criaturas arrogantes trabajaban poco y cobraban demasiado; pero cuando descubrió los problemas que conllevaba organizar una brigada, aprendió que era su trabajo, y no el de Nairn, solucionarlos. Así que un día típico, sólo dos semanas después de haber llegado a la brigada, empezó con la petición de un comandante de una batería de la artillería montada cuya carreta de suministros se había perdido en un laberinto de senderos franceses detrás del avance británico. Recuperar el carromato errante no habría formado parte de las obligaciones de Sharpe, de no ser porque los artilleros estaban destacados a apoyar las posiciones de vanguardia de Nairn, y Sharpe sabía que la artillería de campaña era inútil sin las descargas de las armas de fuego, por lo que ordenó que un edecán fuera en busca de los suministros perdidos.

A la hora del desayuno una patrulla de la caballería ligera de la legión del rey alemán trajo a una veintena de prisioneros franceses a la granja que hacía de cuartel

general temporal de Nairn. El comandante de la caballería pidió a gritos un oficial competente y, cuando apareció Sharpe, señaló a los asustados soldados enemigos:

—¡No quiero a estos cabrones!

Él y sus soldados se alejaron al galope, y Sharpe tuvo que dar de comer a los franceses, vigilarlos y encontrar asistencia médica para la media docena de hombres que tenía la cara y los hombros rajados por los sables alemanes.

Llegó un mensaje de la división ordenando a Nairn que trasladara a su brigada unos cinco kilómetros al este. Se suponía que la brigada disfrutaba de un día de descanso mientras las divisiones del sur los alcanzaban, pero era evidente que las órdenes habían cambiado. Sharpe mandó a un ayuda de campo en busca de Nairn, que no había dejado escapar la oportunidad de ir a cazar patos, y entonces, cuando ya tenía a todos los secretarios, cocineros, prisioneros y criados de los oficiales listos para ponerse en marcha, otro mensaje anuló el primero. Se descargaron las mulas y se enviaron avisos urgentes para revocar las órdenes de marcha que hacía rato se habían mandado a los batallones. Se mandó a otro edecán para decirle a Nairn que podía continuar matando patos.

Luego, tres policías militares llevaron al cuartel general a un hombre de los Highlanders. Lo habían pillado robando un ganso de un aldeano francés y, aunque no había duda de que el escocés era culpable y el ganso estaba muerto, Sharpe supo que Nairn encontraría algún motivo para perdonarle la vida a un compatriota escocés. Llegaron dos oficiales españoles pidiendo instrucciones para la división del general Morillo y, como no tenían prisa y Wellington había hecho hincapié en que era fundamental tratar bien a los aliados españoles, Sharpe insistió en que se quedaran a compartir la comida que prometía ser cocinada a toda prisa con ganso robado y pan duro. Más tarde llegó el cura de un pueblo para que lo tranquilizaran con la noticia de que las mujeres de su parroquia iban a estar a salvo de verse molestadas por los británicos y a continuación mencionó que había visto a algunos miembros de la caballería del mariscal Soult al noroeste de su aldea. Sharpe no creyó esa información, que habría implicado que los franceses estaban intentando una marcha por los flancos; pero tuvo que informar de ello a la división, que luego no hizo nada al respecto.

Por la tarde hubo una docena de normas nuevas que los administrativos copiaron y mandaron a los tres batallones de Nairn. Sharpe se preguntó si tendría tiempo entonces para unirse a los españoles, que habían alargado la sobremesa, pero se le vino encima el problema del ganado de la brigada.

—No están nada bien, señor. —El jefe de los arrieros, un hombre de Yorkshire, miró con pesimismo a las bestias que habían conducido hasta un prado detrás del cuartel general. A los animales los habían mandado como despensa andante de la brigada y se suponía que el hombre de Yorkshire arriaba la manada a medida que la

brigada avanzaba.

—Eso lo ha hecho la humedad, señor.

—Se las ve gordas —observó Sharpe con la esperanza de que el optimismo alejara el problema.

—Están rollizas, tiene razón —reconoció el hombre de Yorkshire—; pero debería ver sus pezuñas, señor. Es muy cruel hacerle eso a un animal.

Sharpe se agachó junto a la vaca que tenía más cerca y vio que la pezuña se le había separado de la piel. El espacio que quedaba entre ésta y aquélla estaba lleno de una secreción lechosa y espumosa.

—Cuando empiezan a supurar de ese modo —dijo el arriero en tono grave—, ya no hay nada que hacer. Han caminado su último kilómetro, señor, y no puedo comprender la naturaleza de un hombre que le haga esto a una criatura. Las reses no pueden caminar igual que los soldados, señor; tienen que descansar. —El hombre de Yorkshire estaba amargado y resentido.

Doscientas cabezas de ganado clavaron sus miradas llenas de reproche en Sharpe cuando se alzó.

—¿Están todas así?

—Todas menos unas cuantas, señor, y eso significa que habrá que matarlas. No hay otra solución.

Así que hubo que ir a buscar a los carniceros, conseguir la autorización para la munición y encontrar barriles y sal para conservar la carne. Durante toda la tarde, el sonido de los bramidos y de los disparos de mosquete mezclados con la fetidez de la sangre y el humo de la pólvora inundaron el cuartel general. Al menos, los sonidos y los olores sirvieron para echar a los dos españoles, que parecían resueltos a agotar ellos solos el preciado tesoro de brandy requisado de Nairn. Llegó un ayuda de campo de la división a pedir explicaciones sobre los disparos y Sharpe mandó al soldado de vuelta con una queja cortante sobre la calidad del ganado. De la queja, ya lo sabía, no iban a hacer ni caso.

Al final del día y a pesar de la actividad incesante, Sharpe tenía la sensación de que la mayor parte de su trabajo estaba todavía sin terminar. Se lo dijo a Nairn cuando se encontraron antes de la cena en el salón de la granja. El escocés, como siempre, estaba lleno de vida.

—¡Cuatro pares de patos! Casi tan satisfactorio como una buena batalla.

—Yo ya tengo suficiente trabajo sin combatir —refunfuñó Sharpe.

—Ya habló el verdadero oficial del estado mayor. —Nairn estiró las piernas para que su criado pudiera sacarle las botas llenas de barro—. ¿Alguna novedad importante? —le preguntó.

Sharpe decidió no preocupar a Nairn con el asunto del ganado.

—El único aspecto notable del día de hoy, señor, es que el coronel Taplow no

causó problemas.

El teniente coronel Taplow estaba al mando de uno de los dos batallones ingleses de Nairn. Era un hombre bajito y colérico con unos modales asombrosamente descorteses y que en cada orden percibía un desaire a su dignidad. A Nairn le caía bastante bien ese asqueroso.

—No es nada difícil entender a Taplow. Piense en él como el típico inglés: testarudo, tonto y serio. Como un pedazo de carne de cerdo poco hecha.

—O de ternera en salazón. —Sharpe no iba a caer en la trampa del escocés—. Espero que le guste la carne de ternera salada, señor, porque va a acabar hartado de ella.

Al día siguiente continuó el avance. Todas las aldeas recibían a los británicos con una hosca curiosidad que después se convertía en asombrada aprobación cuando los lugareños descubrían que, a diferencia de sus propios ejércitos, éste pagaba por la comida que se llevaba de los graneros y los almacenes. Los soldados encontraron a muchachas francesas, que se unieron a las esposas españolas o portuguesas que seguían rezagadas el avance de los batallones. Las mujeres causaban más problemas que los soldados, ya que muchas de las esposas españolas tenían un odio a las francesas imposible de erradicar y que podía conducir rápidamente a salvajes peleas con cuchillos. En una ocasión Sharpe tuvo que separar a dos mujeres a golpes y entonces, cuando la chica española dejó de lado a su enemiga francesa e intentó apuñalar a Sharpe, él la dejó sin sentido con la culata de su fusil antes de espolear a su caballo para que siguiera adelante.

El sargento Harper, antes de partir para San Juan de Luz, había mandado a casa a su esposa española. Ella y el bebé habían ido a Pasajes, justo al otro lado de la frontera con Francia, con órdenes de esperarlo allí.

—Le irá bien, señor —le había dicho Harper a Sharpe—. Ella es más feliz con su propia gente.

—¿No está preocupado por ella?

La pregunta asombró a Harper.

—¿Por qué debería estarlo? Le di dinero, y sabe que iré a buscarlos a ella y al bebé cuando sea el momento.

Tal vez Harper no se preocupara por su Isabel, pero a Sharpe se le hacía difícil de soportar la ausencia de Jane. Se convenció a sí mismo de que era poco razonable esperar que alguna carta le hubiera llegado ya desde Gran Bretaña, pero él seguía buscando ansioso en cada nueva saca de correo que llegaba a la brigada. Otras veces trataba de imaginarse dónde estaba Jane y qué hacía. Construyó un sueño en su cabeza de la casa que ella compraría: una elegante casa de piedra situada en una campiña tranquila y llana. Habría un lugar en la casa donde podría colgar su fea y pesada espada y otro sitio para su maltrecho fusil. Se imaginaba las visitas de los amigos y unas largas conversaciones a la luz de las velas en las que recordarían esos

días de primavera cada vez más largos en que perseguían a un ejército a lo largo y ancho de su propia patria. Pensaba en una habitación para los niños, donde sus hijos crecerían lejos del hedor del humo de la pólvora.

Eran los sueños de paz de un soldado, y la paz se respiraba en el ambiente al igual que el aroma de la flor del almendro. Cada día llegaban nuevos rumores sobre el final de la guerra; llegaron a decir con toda seguridad que Napoleón se había envenenado; después, un rumor contradictorio afirmó que el emperador había abatido a un ejército ruso al norte de París, pero al día siguiente un coronel español juró por las seis heridas sangrantes de Jesucristo que los prusianos habían derrotado de forma aplastante a Bonaparte y habían echado su cuerpo a los perros de caza para que se lo comieran. Un desertor italiano del Ejército del mariscal Soult informó de que el emperador había huido hacia los Estados Unidos, mientras que el capellán de los fusileros del coronel Taplow estaba completamente seguro de que Napoleón negociaba una paz personal con el príncipe regente de Gran Bretaña; al capellán se lo había contado su mujer, cuyo hermano era el maestro de baile de una amante del príncipe de la que éste se había desentendido.

Avivadas por tales rumores, las habladurías en el Ejército cada vez giraban más en torno a la misteriosa condición de época de paz. La mayoría de los hombres no había conocido nunca una época de paz entre Francia y Gran Bretaña excepto durante unos pocos meses en 1803. Esos hombres eran soldados, se dedicaban a matar a los franceses, y para ellos la paz era más una amenaza que una promesa. Las amenazas de paz eran muy reales: desempleo y pobreza, mientras que las promesas de paz eran más infundadas y, para la mayoría de los hombres del Ejército, inexistentes. Un oficial podía renunciar a su puesto, coger su media paga y probar suerte en la vida civil, pero la mayor parte de los soldados se había alistado de por vida, y para ellos la paz significaría simplemente su dispersión por diferentes plazas alrededor del mundo. Licenciarían a unos cuantos, pero sin pensión y con un futuro sombrío en un mundo donde otros hombres habían aprendido oficios útiles.

—¿Me conseguirá papeles? —le preguntó una noche Harper a Sharpe de todas formas.

—Le conseguiré papeles, Patrick, se lo prometo. —Los «papeles» eran el certificado de baja que garantizaría que al sargento Patrick lo habían retirado por las heridas recibidas—. ¿Qué hará entonces? —inquirió Sharpe.

Harper no tenía ninguna duda.

—Ir a buscar a mi esposa, señor, e irme con ella a casa.

—¿A Donegal?

—¿Dónde si no?

Sharpe estaba pensando que Donegal se encontraba bastante lejos de Dorset.

—Vamos a echar de menos a nuestros amigos —dijo entonces.

—Ésa es la verdad, señor.

Sharpe había hecho una visita a la compañía del capitán William Frederickson, que había tomado un molino de viento situado en una baja colina sobre un ancho arroyo flanqueado de árboles. La cena de los fusileros consistió en cerdo asado, un plato por el que el capitán Frederickson tenía debilidad, lo cual significaba que no había cerda ni lechón que estuviera a salvo cerca de su línea de marcha. A Sharpe le ofrecieron una generosa ración de la carne robada, después de lo cual Frederickson lo condujo por el vertiginoso armazón de escaleras que subían hasta la parte más alta del molino. Allí Frederickson abrió una puertecita y los dos oficiales avanzaron a gatas para salir a una diminuta plataforma que permitía el acceso al enorme eje del molino. El aire del este aventaba la llovizna.

—Allí —Frederickson señaló hacia el este.

Al otro lado del arroyo, pasado el oscuro entramado de un bosque que había más allá, se divisaba un débil punto de luz en el cielo nocturno. Sólo había una cosa que pudiera desprender una luz como aquella: las llamas de las fogatas del campamento de un ejército que se reflejaban en las nubes bajas. Los dos oficiales de los fusileros estaban dirigiendo su mirada hacia los franceses.

—Están acampados alrededor de Toulouse —dijo Frederickson.

—¿Toulouse? —repitió Sharpe con aire distraído.

—Es una ciudad francesa, aunque no es de esperar que alguien tan encumbrado como un oficial del estado mayor lo sepa. También es el lugar donde el mariscal Soult espera detenernos, a menos que la guerra termine antes.

—Quizá nos estemos haciendo ilusiones. —Sharpe tomó la botella de vino que Frederickson le ofrecía—. Boney ya se ha salvado otras veces del desastre.

—Habrà paz —dijo con firmeza Frederickson—: todo el mundo está harto de luchar. —Hizo una pausa—. Me pregunto qué diablos haremos todos durante la época de paz.

—Descansar —dijo Sharpe.

—¿En su casa de Dorset? —A Frederickson, que sabía que Jane había regresado para adquirir una propiedad en el campo, le hacía gracia—. Y al cabo de un mes deseará endemoniadamente volver a estar aquí bajo la lluvia, preguntándose lo que estarán planeando esos cabrones y si tendrá suficiente munición para pasar la mañana.

—¿La tiene usted? —preguntó Sharpe con inquietud profesional.

—Le robé cuatro cajas de cartuchos al intendente de Taplow. —El Dulce William se quedó callado al tiempo que una ráfaga de viento agitaba las aspas del molino, plegadas y amarradas.

Sharpe dirigió la mirada hacia el campamento francés.

—¿Es una ciudad grande?

—Bastante.

—¿Fortificada?

—Supongo que sí. —Frederickson volvió a coger la botella de vino y se la llevó a la boca—. Y me figuro que será una ciudad muy jodida de tomar.

—Todas lo son —replicó Sharpe con sequedad—. ¿Se acuerda de Badajoz?

—Dudo que lo olvide algún día —respondió Frederickson, aunque ningún soldado que hubiera luchado en esa acequia de sangre podría hacerlo.

—La tomamos por Pascua —dijo Sharpe—, y la semana que viene es Pascua.

—¡Por Dios! ¿Ya es Pascua? —preguntó Frederickson—. Por Dios que lo es.

Se quedaron los dos en silencio, preguntándose ambos si esa iba a ser su última Pascua. Si la paz era una promesa, se veía sin duda obstaculizada por esa enorme mancha de luz roja, puesto que, a menos que los franceses se rindieran en los próximos días, tendría que librarse una batalla. La última.

—¿Y usted qué hará, William? —Sharpe tomó la botella y bebió.

Frederickson no necesitó que le explicara la pregunta.

—Quedarme en el Ejército. No conozco otra forma de vida y no creo que fuera un buen comerciante. —Manipuló el pedernal y el eslabón, prendió una chispa en la caja de la yesca y se encendió un puro—. Me parece que tengo talento para la violencia —dijo en tono divertido.

—¿Eso es bueno? —preguntó Sharpe.

Frederickson se desternilló de risa ante esa pregunta.

—¡La violencia solucionó su problema con el maldito Bampfylde! Si no se hubiera batido con ese cabrón puede estar seguro de que incluso ahora le estaría dando dolores de cabeza en Londres. Tal vez la violencia no sea buena, amigo mío, pero tiene una cierta eficiencia a la hora de resolver algunos problemas que de otra forma no tendrían solución. —Frederickson cogió la botella—. No puedo decir que me entusiasme el ejército en tiempos de paz, pero probablemente haya otra guerra dentro de poco.

—Debería casarse —le dijo Sharpe tranquilamente. Frederickson adoptó una actitud despectiva ante la idea.

—¿Por qué los hombres condenados animan a los demás para que se unan a ellos en la horca?

—Eso no es cierto.

—El matrimonio es un apetito —dijo ferozmente Frederickson—, y cuando se ha disfrutado de la carne lo único que queda es una carcasa de huesos secos.

—No —protestó Sharpe.

—Espero que no sea verdad —Frederickson brindó por Sharpe con la botella de vino medio vacía—, y por encima de todo espero que no sea verdad por todos mis queridos amigos que han depositado sus esperanzas de felicidad en tiempos de paz en



algo tan deliberadamente frágil como una esposa.

—No es cierto —insistió Sharpe, y acarició la esperanza de encontrar una carta de Jane cuando volviera al cuartel general.

Pero no había ninguna. Se acordó de las discusiones que habían tenido antes del duelo y se preguntó si su propia felicidad en tiempos de paz se habría echado a perder por culpa de su tozudez.

Y por la mañana a la brigada se le ordenó avanzar hacia el este. Hacia Toulouse.

\* \* \* \*

Al encontrar al sargento Challon, el comandante Pierre Ducos, sin ser consciente de ello, había dado con su instrumento perfecto. A Challon le gustaba tener una mujer en su cama, comida en su mesa y vino en su panza, pero lo que más le gustaba era que alguien tomara las decisiones por él, y estaba dispuesto a recompensar a aquel que quisiera hacerlo con una lealtad emperrada.

No se trataba de que Challon fuera tonto ni mucho menos, pero el sargento de los dragones pensaba que había otros hombres más inteligentes que él y enseguida descubrió que Pierre Ducos se encontraba entre los hombres más listos que había conocido nunca. Eso lo reconfortaba, puesto que si iba a sobrevivir a su traición, a la causa del emperador necesitaría inteligencia.

Los nueve jinetes se habían desplazado en dirección este desde Burdeos. Su ruta los llevó más al norte de donde el mariscal Soult se retiraba ante el Ejército británico y más al sur de donde el emperador protegía París con un deslumbrante despliegue de maniobras defensivas. Ducos y sus hombres se adentraron en las desiertas tierras altas de la Francia central. Vivieron bien durante el viaje: había dinero para una habitación en una posada todas las noches, dinero para aquellos soldados que quisieran prostitutas, dinero para comida, dinero para caballos de repuesto y dinero para sustituir los uniformes de los dragones por buena ropa de civil, aunque Ducos se dio cuenta de que todos los soldados se quedaron con la chaqueta color verde del uniforme. Eso era orgullo, el mismo orgullo que hacía que los dragones llevaran el pelo tan largo que, un día, quizá tuvieran que volver a trenzarlo con las características *cadnettes*. El hecho de tener ese dinero en su poder también hacía que los nueve soldados cabalgaran con cautela, ya que los bosques estaban llenos de peligros, aunque evitaron los caminos principales y viajaron sin ningún percance rodeando los lugares donde los forajidos hambrientos tendían emboscadas desesperadas.

Ducos, el sargento Challon y tres de los soldados de caballería eran franceses. Uno de los otros dragones era alemán, un sajón descomunal con ojos del color de un cielo invernal y unas manos que, a pesar de la pérdida de dos dedos en la derecha, todavía eran capaces de romper el cuello de un hombre con facilidad. Había un

polaco de aspecto sombrío y calmado, aunque parecía ansioso de complacer a Ducos. Los otros dos dragones eran italianos reclutados en esos primeros momentos emocionantes de la trayectoria de Napoleón. Todos hablaban francés, todos confiaban en Challon y, puesto que éste confiaba en Ducos, estaban encantados de ofrecer lealtad al pequeño comandante de las gafas.

Tras una semana de viajar hacia el este Ducos encontró una granja abandonada en las tierras altas donde los nueve hombres se recluyeron durante unos cuantos días. No se estaban ocultando, ya que Ducos no tenía ningún problema en dejar que los dragones se dirigieran a caballo hasta la ciudad más cercana siempre que le trajeran de vuelta cualquier periódico viejo que estuviera disponible.

—Si no nos escondemos —se quejó uno de los italianos a Challon—, entonces ¿qué estamos haciendo? —A los italianos no les gustaba eso de estar inmovilizados con las primitivas comodidades de una granja con el tejado de hierba, pero Challon les dijo que tuvieran paciencia.

—El comandante está olisqueando el viento que sopla —decía Challon y, en efecto, Ducos husmeaba los extraños vientos que soplaban por Francia y empezaba a detectar peligro en ellos. Tras dos semanas en la granja, contó sus temores a Challon. Los dos hombres descendieron a pie por el valle, cruzaron un prado sin cortar y pasearon a lo largo de un rápido arroyo.

—¿Se da cuenta —dijo Ducos— de que el emperador no nos perdonará nunca?

—¿Tiene eso alguna importancia, señor? —Challon, el perpetuo soldado, sujetaba una carabina con su mano derecha mientras sus ojos observaban el extremo del bosque al otro lado del arroyo—. Que dios bendiga al emperador, señor, pero no puede durar para siempre. Esos cabrones lo atraparán más tarde o más temprano.

—¿Conoció usted al emperador? —preguntó Ducos.

—Nunca tuve ese honor, señor. Lo veía con bastante frecuencia, por supuesto, pero nunca llegué a conocerlo, señor.

—Tiene un sentido del honor corso. Si hacen daño a su familia, sargento, Napoleón nunca lo perdonará. Mientras le quede aliento en el cuerpo perseguirá la venganza.

Esas sombrías palabras pusieron nervioso a Challon. Los cuatro embalajes que había escoltado hasta Burdeos contenían objetos que pertenecían al emperador y a su familia, y éste no iba a tardar en tener todo el tiempo libre del mundo para preguntarse qué le había ocurrido a ese valiosísimo envío.

—Aun así, señor, si está en la cárcel, ¿qué puede hacer?

—El emperador de Francia —dijo Ducos con pedantería— es el jefe del Estado francés. Si es derrocado, Challon, habrá otro jefe de Estado. Ese hombre, me imagino que el rey, se considerará el legítimo heredero de Napoleón. Supongo que le gustaría morir de una vejez tranquila en Francia; ¿me equivoco?

—No, señor.

—A mí también. —Ducos miraba fijamente por encima de la corriente y de los oscuros árboles hacia un alto peñasco de pálida roca que dos águilas sobrevolaban en círculo en medio del frío viento; pero no veía la roca, ni siquiera los hermosos pájaros, sino que recordaba el fuerte Teste de Buch donde, una vez más, un fusilero lo había humillado. Sharpe. Era curiosa, pensó Ducos, la frecuencia con la que Sharpe se había cruzado en su camino, y aún más curioso lo a menudo que ese ordinario soldado había logrado frustrar sus planes más meticulosos. Había ocurrido de nuevo en ese fuerte sumido en la ignorancia de la costa francesa, y Ducos, que buscaba un golpe inteligente que les proporcionara la libertad tanto a él como a Challon, se había dado cuenta de que pensaba cada vez más en el comandante Richard Sharpe.

Al principio a Ducos le había molestado esa intrusión de Sharpe en sus pensamientos, pero esos dos últimos días había empezado a comprender que había un posible propósito en esa intromisión. Tal vez Ducos tuviera la posibilidad de vengarse de su antiguo enemigo y al mismo tiempo ocultar el robo. Se trataba de un plan complicado, pero cuanto más lo analizaba Ducos, más le gustaba. Lo que entonces necesitaba era el apoyo de Challon, puesto que sin el coraje físico del sargento y sin la lealtad que los otros dragones sentían por él, la intriga estaba condenada al fracaso. Así que, mientras paseaban junto al arroyo, Ducos le habló al sargento en voz baja y tono apremiante, y lo que dijo sirvió para tender un puente dorado hacia un maravilloso futuro para el sargento Challon.

—Supondrá una visita a París —advirtió Ducos— y después un asesinato en algún lugar de Francia.

Challon se encogió de hombros.

—No parece demasiado peligroso, señor.

—Después de lo cual abandonaremos Francia, sargento, hasta que se calmen las cosas.

—Muy bien, señor. —Challon se contentaba con que sus obligaciones quedasen claras. Ducos podía planearlo todo y Challon sin duda se encargaría del asesinato. Su mundo había consistido siempre en eso: se conformaba con dejar que los oficiales idearan los planes de campaña; él cortaría y despedazaría con el acero para hacer que esos planes salieran bien.

En la ingeniosa mente de Ducos las ideas se agolpaban hacia delante y hacia atrás, intuyendo los peligros que entrañaban sus pensamientos y tratando de adelantarse a esos riesgos.

—¿Alguno de sus hombres sabe escribir?

—Herman es el único, señor. Es un granuja listo para ser sajón.

—Necesito escribir un informe oficial, pero no de mi puño y letra. —Ducos frunció el ceño de pronto—. ¿Cómo puede escribir? Le faltan dos dedos.

—Yo no he dicho que escribiera de forma legible, señor —dijo Challon con reprobación—, pero ha recibido cartas.

—No importa —pues Ducos vio que la ilegible caligrafía del sajón podía ser incluso una ventaja. Y se dio cuenta de que ése era el sello distintivo de un buen plan, cuando incluso sus aparentes debilidades se convertían en verdaderas ventajas.

Así que aquella noche, a la luz parpadeante de las velas, los nueve hombres hicieron un pacto solemne. Se trataba de un trato entre ladrones por el que se comprometían a seguir el cuidadoso plan de Ducos y, para promover ese plan, el sajón escribió laboriosamente un extenso documento al dictado de aquél. Después, mientras los dragones dormían, Ducos escribió su propio informe completo que pretendía explicar la suerte que había corrido el bagaje perdido del emperador. Luego, al día siguiente por la mañana, con las alforjas y las bolsas de sus monturas todavía repletas, los nueve soldados se dirigieron a caballo hacia el norte. Se enfrentaban a unas cuantas semanas de riesgo, unos cuantos meses en los que deberían mantenerse ocultos y, finalmente, el triunfo.

## CAPÍTULO 2

Durante los días que siguieron pareció que Wellington le ofrecía una oportunidad a la paz, ya que interrumpió su avance directo hacia Toulouse y, en su lugar, ordenó al Ejército que realizara una serie de confusas maniobras que no harían más que retrasar cualquier enfrentamiento con las fuerzas del mariscal Soult. Si las maniobras estaban pensadas para ofrecer a los franceses una oportunidad para retirarse, éstos no la aprovecharon, sino que se limitaron a esperar en Toulouse mientras las fuerzas de los británicos, españoles y portugueses realizaban su lento y pesado avance. Una noche, la brigada de Nairn marchó bajo un aguacero hacia el lugar donde los ingenieros estaban instalando un pontón para cruzar un ancho río. Sharpe sabía que ése no era el Garona porque así constaba en sus órdenes, pero no tenía ni idea de cuál era la parte de Francia por la que pasaba. Tampoco importó mucho, puesto que la noche se convirtió en un fracaso cuando los ingenieros se dieron cuenta de que su puente era demasiado corto. Los soldados de Nairn, durmieron al borde del camino mientras los ingenieros maldecían y lidiaban con las toscas embarcaciones de hojalata que deberían haber transportado la vía de madera. Al final se suspendió el cruce.

Tres días después instalaron con éxito un puente en otro lugar del río, que emplearon las tropas para cruzar; sin embargo, el pontón parecía conducir tan sólo a una ciénaga donde la artillería se hundía hasta los ejes. En España no se habría cometido un error así, porque allí siempre había serviciales guías locales ansiosos por guiar al Ejército británico hacia los odiados franceses; pero en la propia tierra del emperador no había una ayuda como aquella. Tampoco había ninguna clase de oposición por parte de la población local, que simplemente parecía haberse vuelto insensible por los años de guerra.

Así las cosas, se ordenó a las tropas que se abrían camino penosamente por el pantano que volvieron y se desmanteló el puente. No hubo ninguna intromisión por parte del ejército del mariscal Soult, que se hallaba afianzado en los alrededores de la ciudad. Un desertor alemán informó de la disposición del enemigo y dijo también que el emperador Napoleón se había suicidado.

—Un soldado alemán dirá cualquier cosa con tal de conseguir una comida decente —refunfuñó Nairn—, y uno inglés haría lo mismo por una botella de ron.

No llegó confirmación alguna sobre la muerte del emperador. Parecía ser que Napoleón todavía estaba con vida, no se había tomado París y, por lo tanto, la guerra continuaba. Wellington ordenó que se fabricara un nuevo puente y en esa ocasión cruzó casi todo el Ejército para encontrarse con que estaban al norte de Toulouse y entre dos ríos. Marcharon hacia el sur y para el Viernes Santo ya se habían acercado lo bastante para oler el fuego de las cocinas de la ciudad. Al día siguiente el Ejército se acercó aún más, y Sharpe, que cabalgaba delante con Nairn, vio qué clase de

obstáculos protegían la ciudad. Entre los británicos y Toulouse se extendía una larga cadena de colinas peraltadas. Pasadas las colinas había un canal, pero la cadena de montañas era lo que proporcionaba verdadera protección a la ciudad, porque era terreno alto y quien se apoderara de él podía verter una asesina lluvia de disparos sobre sus enemigos. Sharpe extendió el catalejo y observó la cima de la cresta, donde vio marcas frescas de tierra recién cavada, lo cual revelaba que los franceses, lejos de estar dispuestos a rendirse, todavía estaban fortificando la cima de la colina.

—Odio esas malditas trincheras —le dijo a Nairn.

—¿Les ha hecho frente antes?

—En los Pirineos. No fue agradable.

Empezó a llover al tiempo que los dos hombres regresaban a caballo a donde estaban las líneas británicas.

—Mañana es Domingo de Pascua —dijo Nairn con malhumor.

—Sí.

Nairn tomó un largo trago de ron de su petaca y después se la ofreció a Sharpe.

—Incluso para un incrédulo como yo, es un día puñeteramente inapropiado para combatir, ¿no cree?

A Sharpe le impidió responder un cañonazo que tronó detrás de él. Se dio la vuelta sobre su montura y vio la sucia bocanada de humo en la cresta de la colina y, al cabo de sólo un segundo, vio que un chorro de agua salpicaba y moría en los pantanos del oeste. Los franceses estaban ajustando la mira de sus doce libras, esas mortíferas armas con cañones de más de dos metros.

Al pensar en esas armas utilizadas de manera eficiente, Sharpe sintió una repentina punzada en el estómago. De alguna forma se había convencido de que no habría lucha, de que los franceses se darían cuenta de lo imposible de su causa; sin embargo, incluso en esos momentos los artilleros enemigos alineaban sus baterías y Sharpe podía oír el chirrido del acero de las espadas que se afilaban contra la piedra en las líneas de la Caballería británica. A la hora del almuerzo, que la familia militar de Nairn tomaba dentro de una enorme tienda, Sharpe se encontró deseando que se anunciara la paz esa misma tarde, pero, cuando llegó un mensaje, resultó que eran órdenes para que la brigada se preparara para la batalla que tendría lugar al día siguiente.

Nairn brindó solemnemente por sus ayudantes de campo.

—Por la muerte de los franceses en Pascua, caballeros.

—Muerte a los franceses —los edecanes repitieron el antiguo brindis y luego se pusieron en pie para beber a la salud del rey.

Sharpe durmió mal. No fue el trabajo lo que lo mantuvo despierto; las últimas órdenes sobre el avance ya se habían copiado y enviado mucho antes de caer la noche. Tampoco era la cena de ternera en salazón y vino agrio lo que le impedía

descansar: era el temor de un soldado antes de la batalla, ése mismo temor que no lo había dejado dormir la noche anterior al duelo con Bampfylde. El temor era miedo, puro miedo, y Sharpe sabía que, batalla tras batalla, el miedo que sentía era cada vez peor. Cuando se unió al Ejército como soldado raso era joven y engreído; incluso se sentía lleno de euforia antes de un combate. Entonces se creía inmortal, y eso le daba la seguridad de que podía atacar, destrozar y matar a cualquier soldado que se enfrentara a él. En esos momentos, como oficial (además de como casado) sabía más cosas, y por lo tanto tenía más miedo. Podía morir al día siguiente.

Probó los viejos trucos para hacerse con una certeza, tratando de obtener un augurio de vida o muerte de las cosas comunes y corrientes. Si un gorrión se posaba a ese lado del charco, entonces viviría. Despreciaba esa clase de obsesiones supersticiosas y, sin embargo, no podía evitar permitírselas, aunque demasiado a menudo en el pasado había intentado creer en alguno de esos triviales presagios. En realidad, Sharpe sabía que cada uno de los soldados de los dos ejércitos trataba de arrebatar esas profecías a sus miedos, pero eran pocos los que se permitían ver la muerte escrita en los astros, aunque muchos de ellos debían morir. La víspera de la batalla era momento de talismanes, amuletos, fetiches y plegarias, pero el amanecer traería consigo los golpes de culata de los mosquetes, el silbido de los sables y el sonido de los disparos de artillería que destrozaba el cerebro. Así que Sharpe se estremeció en la noche y esperó que su muerte fuera rápida y que no tuviera que gritar bajo el escalpelo del cirujano.

Al amanecer la lluvia había cesado y por la campiña soplaba un viento que lo secaba todo. Unas nubes altas huían raudas de la salida del sol al tiempo que Sharpe caminaba entre las humeantes fogatas del campamento en busca de un armero de la caballería que pudiera afilarle la espada. Era la espada de un soldado de la Caballería pesada, un arma de largo filo, gravosa y desequilibrada. Era demasiado pesada y difícil de manejar para la mayoría, incluso para los soldados fornidos que montaban caballos grandes y que se entrenaban con pesas para fortalecer los brazos con los que blandían sus aceros. A Sharpe le gustaba esa espada, y era lo bastante fuerte para hacer de ella un arma manejable y mortífera.

Encontró a un armero que pasó el filo por su rueda de pedal y después la suavizó en su mandil de cuero. Sharpe le dio una moneda y compartió con él una taza de hojalata llena de té.

Después, con el engrasado filo de la espada seguro en su vaina, regresó a la tienda de Nairn y en su exterior encontró al viejo escocés desayunando pan, carne fría de ternera en salazón y té fuerte. Nairn observó con aire divertido cómo Sharpe desenrollaba la vieja y raída casaca de su mochila.

—Mientras usted estaba ausente —dijo Nairn— se me ofreció la oportunidad de volver a ver a nuestro noble coronel Taplow.

Sharpe agradeció que lo distrajeran de sus miedos.

—Cuéntemelo, por favor.

—Va a llevar a cabo una ceremonia de la Sagrada Comunión sólo para oficiales, fíjese usted, detrás de las letrinas dentro de diez minutos. Está usted invitado, pero me tomé la libertad de rehusar en su nombre. Y resulta que en el mío también.

Sharpe soltó una carcajada. Estaba sentado enfrente de Nairn y se preguntó si su mano derecha temblaba o no cuando la alargó para coger una rebanada de pan horneado dos veces. La mantequilla estaba rancia, pero la sal de la ternera suavizaba el agrio sabor. Nairn se sacó un trozo de ternera en salazón de entre los dientes.

—Imaginar a Taplow en sus oficios sagrados es bastante repugnante. ¿Cree usted que Dios escucha a un hombre o así? —Nairn vertió ron en su té.

—No lo sé, señor.

—¿No es usted creyente, Sharpe?

—No, señor.

—Ni yo tampoco, por supuesto, pero aún así estuve medio tentado de asistir a los ensalmos mágicos de Taplow. Sólo por si acaso servían de algo. Estoy endiabladamente nervioso Sharpe.

Sharpe sintió un repentino y fuerte aumento de su afecto por Nairn.

—Yo también, señor.

—¿Usted? ¿De verdad?

Sharpe asintió con un movimiento de la cabeza.

—De verdad. Esto no es algo a lo que uno se acostumbra con el paso del tiempo.

—¿En cuantas batallas ha peleado?

Sharpe remojaba un pedazo de pan duro en su té. Lo dejó allí mientras pensaba y luego se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo, señor! En docenas de esas malditas cosas. Demasiadas.

—Suficientes para tener derecho a ser cauto, Richard. Hoy no tiene que comportarse de manera heroica. Deje eso para algún teniente sin experiencia que tenga la necesidad urgente de hacerse un nombre.

Sharpe le dio las gracias con una sonrisa.

—Lo intentaré, señor.

—Y si hoy hago algo estúpido, ¿me lo dirá?

Sharpe levantó la vista hacia el escocés, sorprendido por esa confesión de incertidumbre.

—No le va a hacer falta que lo haga, señor.

—Pero ¿me lo dirá? —insistió Nairn.

—Sí, señor.

—No es que vaya a compartir la gloria con usted, Sharpe, no debe pensar eso, aunque tal vez yo dijera después que «me fue de moderada utilidad.» —Nairn se rió y



luego saludó con la mano a dos de sus otros ayudantes que se acercaban a la mesa del desayuno—. ¡Buenos días, señores! Anoche pensaba que quizá París no cuente.

—¿París? —preguntó uno de los desconcertados ayudantes de campo.

Era evidente que Nairn estaba pensando en el final de la guerra.

—Tal vez los aliados del norte tomarán París, pero puede que Napoleón no haga más que replegarse una y otra vez; nosotros seguiremos avanzando y algún día del próximo verano nos encontraremos todos justo en medio de Francia. En el centro estará Boney en persona y con él todos los soldados franceses que queden con vida y el resto de Europa rodeándolo, y entonces tendremos una batalla como Dios manda. Una última y verdadera mierda de matanza. No parece justo haber llegado tan lejos y no haber luchado directamente contra Napoleón en persona. —Nairn miró con añoranza por encima del campamento, donde el humo de las hogueras de la comida se combinaba en madejas como la neblina de noviembre—. Reservaré a los soldados del regimiento de los Highlanders, Sharpe. De ese modo nadie podrá acusarme de demostrarles ningún favoritismo.

Era un mundo extraño, pensó Sharpe, aquel en el que dejar a un batallón apartado de la línea de combate se interpretaba como un insulto.

—Sí, señor.

—Supongo que no tiene sentido darle órdenes directas al capitán Frederickson.

—No si quiere que esas órdenes se cumplan, señor. Pero él sabe lo que tiene que hacer, y sus hombres agradecerán que les haga una visita.

—Claro, claro. —Nairn añadió más ron a su té y frunció el ceño—. Los fusileros de Frederickson son los únicos soldados de esta brigada que comen como es debido. ¡Nunca toman ternera en salazón! ¿Por qué nunca los pillamos saqueando?

—Porque son fusileros, señor. Son demasiado listos.

Nairn sonrió.

—Por lo menos no habrá más ternera en salazón cuando ganemos esta batalla: tendremos víveres franceses.

Llegaron los demás ayudantes con los rostros relucientes por las navajas de afeitarse. Sharpe todavía no se había afeitado y de pronto tuvo la irracional convicción de que sobreviviría a ese día si no se afeitaba; luego otro impulso igual de fuerte le dijo que sólo viviría si lo hacía, y notó en su barriga el retortijón, como un reptil, ocasionado por el miedo. Dirigió la mirada hacia la larguísima colina que, al igual que los campamentos británicos, estaba coronada por una cambiante capa de humo. Éste era lo bastante espeso para sugerir la gran cantidad de soldados franceses que estarían defendiendo el terreno alto ese día. Sharpe pensó en Jane y de pronto anheló la casa de Dorset con su promesa implícita de una habitación para los niños. Estaba a punto de preguntar si había llegado algún correo cuando una luz brilló en la cima de la colina y Sharpe supo que era el sol que se reflejaba en un catalejo mientras un

oficial enemigo observaba las líneas británicas. El miedo se agitó dentro de él. Sintió la tentación de beber un poco del ron de Nairn, pero se contuvo.

La espera iba carcomiendo el temor. Las primeras brigadas españolas, portuguesas y británicas habían emprendido la marcha mucho antes del amanecer, desplegando sus largas filas desde el campamento con un movimiento lentamente macabro; pero la brigada de Nairn sería una de las últimas en abandonar las líneas. Sólo podían esperar, con seguridad fingida, mientras iban transcurriendo los minutos. Nairn revisó a sus batallones y les lanzó unos bruscos ánimos a los soldados. Algunos de los del cuerpo de Highlanders entonaban salmos, pero sus melodías eran tan parecidas a un canto fúnebre que Sharpe se alejó para no oírlos. Había decidido que su supervivencia radicaba en no afeitarse.

Pasó otra media hora antes de que llegaran las órdenes de la división y al fin Nairn pudo mandar a sus soldados que avanzaran. El batallón de Taplow se puso al frente y los Highlanders marcharon en la retaguardia. La brigada siguió a los otros batallones, que ya se dirigían hacia las laderas del sur de la cadena de colinas. Sharpe, montado en su yegua *Sycorax*, vio las divisiones españolas que esperaban en el extremo norte de la montaña. Ese día aquellos españoles tenían el lugar de honor, porque serían ellos los que realizarían el ataque principal hacia la columna vertebral de las colinas. Habían solicitado que se les concediera ese honor. Mientras ellos atacaban, los británicos y portugueses, al mando del mariscal Beresford, asaltarían el extremo sur de las montañas para romper las defensas francesas. Había otros escuadrones británicos rodeando la ciudad con la intención de efectuar unos amenazadores amagos de ataque pensados para que el mariscal Soult dejara de concentrar su ejército en las colinas.

Los franceses, a salvo en los cerros, veían todo lo que Wellington planeaba. Ese día no podía haber ningún engaño, ningún juego de manos para cegar al enemigo y burlarlo. Costaría trabajo, mucho trabajo, trabajo para la bayoneta y la bala, trabajo para la infantería.

La marcha hacia el sur no era fácil, pues el terreno era blando. La brigada de Nairn, entre las últimas de la larga columna de Beresford, encontró las huellas revueltas en una ciénaga. Al principio su único problema era el barro que se pegaba, pero a medida que su recorrido se torcía y se acercaba más a las colinas, la brigada se puso a tiro de los artilleros franceses. Nairn ordenó a sus soldados que se dirigieran hacia el oeste de donde estaban las huellas a través de los campos pantanosos, pero aún así las descargas alcanzaron las columnas de su batallón. La artillería británica intentó reaccionar, pero estaba disparando colina arriba a unas baterías enemigas bien atrincheradas tras unos fuertes emplazamientos.

—¡Cierren filas, escoria! —bramó el teniente coronel Taplow a su compañía en cabeza después de que una bala de cañón se hubiera estrellado contra una hilera de

soldados, lo que dejó a tres de ellos ensangrentados y temblando sobre el suelo empapado—. ¡Déjenlos ahí! —gritó a dos soldados que se agachaban para ayudar a las víctimas—. ¡Les digo que los dejen o haré que los azoten!

En la retaguardia de los fusileros de Taplow tocaba una banda cuya música sonaba irregular debido al accidentado avance por el blando terreno cubierto de matas. Se ordenó a los chicos de los tambores que atendieran a los tres soldados, pero dos de ellos ya estaban muertos, y el tercero no iba a vivir mucho más. El cirujano del batallón lo remató con un rápido corte de cuchillo y después, encogiéndose de hombros, se limpió las manos cubiertas de sangre en sus bombachos grises.

La artillería francesa hacía surgir humo de la cresta de la colina. Sharpe, con la mirada dirigida hacia el este, distinguía en ocasiones el trazo de una línea oscura en el cielo y sabía que estaba mirando una bola de cañón en el punto más alto de su arqueado vuelo; también sabía que una línea perfilada como aquella sólo era visible en el cielo cuando la bala iba directa al observador. En esos momentos sintió la tentación de espolear a *Sycorax* para que avanzara y simular que tenía alguna obligación urgente, pero se refrenó para que ningún soldado creyera que era un cobarde. En lugar de eso, cabalgó a un ritmo constante, estremeciéndose por dentro, y ocultó su alivio cada vez que fallaba una bala. Una descarga golpeó contra el barro justo delante de *Sycorax* e hizo que la yegua se encabritara frenética. De algún modo Sharpe mantuvo los pies en los estribos y su trasero en la silla mientras los pedazos de barro húmedo caían como lluvia a su alrededor. La yegua no estaba debidamente adiestrada para el combate, pero era un caballo bueno y seguro. Había sido un regalo de Jane, y pensar en ello le causaba a Sharpe un vehemente y sentimental deseo de ver a su esposa. Se preguntaba si se habría perdido su correspondencia, porque aún no había llegado ninguna carta suya; entonces pasó una bala de cañón justo por encima de su chacó y decapitó a un casaca roja que marchaba a la izquierda de Sharpe, el cual olvidó a su mujer con el repentino resurgir del miedo.

—¡Cierren filas! —gritó un sargento—. ¡Cierren filas! —Era la letanía de la batalla y el único obituario del soldado raso.

—Supongo que usted está acostumbrado a esto. —Un teniente, uno de los ayudantes de campo más jóvenes de Nairn, apretó el paso al lado de Sharpe. Delante de ellos, los soldados pisoteaban las entrañas de un compañero en el barro, pero el teniente no se dio cuenta o no reconoció lo que veía.

—No creo que uno se acostumbre nunca —dijo Sharpe, aunque no era cierto: uno sí se acostumbraba a aquello, pero eso no evitaba el temor. No había duda de que el teniente, para quien la guerra era algo nuevo, estaba aterrorizado, aunque se esforzaba para no demostrarlo—. Es mejor —aseguró con toda sinceridad—, cuando ya puedes responder a los disparos. Entonces es mucho menos espantoso.

—Muchísimas gracias, señor; no estoy asustado.

—Yo sí. —Sharpe esbozó una sonrisa, luego miró a su derecha y vio que de momento los hombres de Frederickson estaban ilesos. Frederickson había llevado a sus fusileros más cerca del enemigo, lo cual había sido un movimiento inteligente, ya que los casacas verdes suponían un blanco pequeño y en apariencia insignificante comparado con la larga y torpe columna de casacas rojas. Los franceses disparaban por encima de las cabezas de los fusileros.

Un oficial de caballería pasó al galope junto a los soldados de Frederickson y se dirigió a la cabeza de la columna de Beresford. Sharpe reconoció a ese hombre como uno de los ayudantes de campo de Wellington, y por lo aprisa que iba supuso que llevaba un mensaje urgente. Llegó una pista acerca de su contenido cuando el extremo norte de las colinas hizo explosión con fuego de cañones. Sharpe giró sobre su silla de montar y vio que los franceses descubrían una docena de baterías para martillar sus proyectiles colina abajo contra los españoles que atacaban.

El teniente frunció el ceño.

—Creí que se suponía que teníamos que atacar al mismo tiempo que los hispanos, señor.

—Se suponía que sí.

Algo había salido mal, aunque sólo Dios sabía qué era. Los españoles, en lugar de esperar hasta que el ataque de diversión de Beresford estuviera en posición en el sur, habían cargado de forma precipitada subiendo las laderas de la parte norte de la cadena de colinas. Sus brillantes uniformes y colores chillones eran un despliegue de valentía, pero el aguerrido alarde estaba siendo destripado por los concentrados disparos de los mortíferos cañones de doce libras.

—¡Alto! ¡Alto! —Los oficiales de división bajaban galopando de vuelta a la columna de Beresford—. ¡A la derecha! ¡A la derecha!

Los oficiales y sargentos del batallón se unieron al grito, y la enorme columna se detuvo y se dio la vuelta torpemente para quedar frente a la inhóspita y empinada ladera del centro de la cadena de colinas.

Nairn, que había estado galopando a la cabeza de su brigada, espoleó a su caballo y retrocedió.

—¡En columnas de media compañía! —ordenó.

Parecía que el mariscal Beresford debía de estar considerando un asalto inmediato a la cresta de la colina. Por supuesto, si Beresford iba a desviar la atención del ataque de los españoles no podía esperar hasta alcanzar las laderas menos empinadas del extremo sur de las colinas, sino que se vería obligado a lanzar a sus once mil soldados en una desesperada escalada colina arriba contra las trincheras de los franceses.

Las baterías francesas, al ver que los batallones británicos y portugueses se agitaban para formar las columnas de ataque, siguieron disparando.

—¡Al suelo! —gritó Nairn—. ¡Al suelo!

Los batallones se echaron al suelo con el fin de convertirse en un blanco más pequeño y bajo para la artillería enemiga, pero hicieron que los oficiales a caballo se sintieran horriblemente expuestos. Sharpe miró hacia la cresta de la colina y tuvo miedo de esa cuesta escarpada que debía de socavar los músculos. El sol, que se alzaba por encima de la cumbre, comenzó, de pronto, a resultar cegador.

—¡Aguarde aquí, Sharpe! —Nairn estaba excitado—. Voy a averiguar que está ocurriendo. ¡Usted espere aquí!

Sharpe esperó. Después del desayuno había metido un poco de pan y carne de ternera en una de las bolsas de su montura y entonces, repentinamente hambriento, mordisqueó un pedazo de carne.

—¡La han cagado! —El coronel Taplow, con su rojo semblante malhumorado como siempre, llegó a caballo junto a Sharpe—. ¡Los españoles la han cagado, Sharpe!

—Eso parece, señor. —Una bala de cañón golpeó el suelo a su izquierda. *Sycorax* empezó a moverse de lado hasta que Sharpe la tranquilizó.

—¿Lo parece? —A Taplow le indignó lo suave de la expresión—. La han cagado; eso es lo que han hecho. ¡Cagarla! —Señaló hacia el norte, de donde estalló un nuevo sonido cuando las descargas de los mosquetes franceses empezaron a despellejar a los españoles. El traqueteo de los mosquetes era un ruido fuerte, un sonido de esquirlas que ponía en evidencia la cantidad de defensores que habían estado esperando a los españoles—. Han avanzado demasiado pronto. —Taplow parecía deleitarse con el error de los españoles—. No podían quedarse con los bombachos puestos, no. Demasiado maldito entusiasmo, Sharpe. No tienen monteros de traílla, ése es su problema. No tienen aguante. No como los ingleses. Ahora dependerá de nosotros, Sharpe, ya verá. ¡Dependerá de nosotros!

—Ya lo creo, señor.

La descarga de los mosquetes era interminable; formaba un continuo sonido aterrador semejante al que producirían millones de barandas de madera al romperse. Y cada uno de esos chasquidos significaba que habían lanzado otra bala ladera abajo para que hiciera blanco en las agrupadas tropas españolas.

—¡Ajá! ¡Ya se lo dije! ¡No tienen aguante! —alardeó triunfalmente Taplow porque los españoles habían empezado a batirse en retirada. Al principio fue un movimiento lento, poco más que un ligero retroceso, pero rápidamente se convirtió en una veloz carrera para escapar de las destructoras balas. A Sharpe le sorprendió que los españoles hubieran recorrido tanta distancia trepando como lo habían hecho y dudó que cualquier otra tropa del mundo hubiera podido llegar más lejos; pero el coronel Taplow no era tan magnánimo—. Son todo cebo y sin nada de carga, ése es el problema de los españolitos: no tienen aguante, Sharpe; no tienen aguante. Tome un huevo duro.

Sharpe aceptó el huevo duro y se lo comió mientras la columna de Beresford esperaba pacientemente. En esos momentos el calor del sol ya era perceptible y la leve neblina que envolvía los pantanos del oeste había desaparecido por completo. Una garza batió con torpeza las alas en el aire y se dirigió volando hacia el sur. Una bala de cañón alcanzó a la banda de Taplow, y Sharpe observó cómo una trompeta salpicada de sangre saltaba por los aires.

—¡Ahora dependerá de nosotros! —afirmó Taplow con inmensa satisfacción—. No sirve de nada confiar en los extranjeros, Sharpe; lo único que hacen es fastidiarlo todo. Deje que lo salude.

De pronto Sharpe se dio cuenta de que el irascible Taplow le tendía la mano. Él se la estrechó.

—¡Buen soldado! —dijo Taplow—. ¡Estoy orgulloso de conocerle! Aunque siento que no tomara usted la comunión. Uno debería saldar cuentas con el Todopoderoso antes de matar a los enemigos del rey: es lo correcto. ¿Se ha fijado en que su sirviente se olvidó de afeitarse esta mañana? Azote a ese tipo. ¡Y ahora déjeme desearle que tenga un buen día!

Taplow se fue al galope hacia el sur, donde estaban sus soldados, y Sharpe suspiró. El huevo le había calmado un poco el hambre, por lo que volvió a meter el trozo de carne de ternera salada en su bolsa. *Sycorax* bajó la cabeza para pacer en la hierba pisoteada.

Llegaron nuevas órdenes. Se tenía que reanudar la marcha hacia el sur porque estaba claro que no se ganaba nada con asaltar el centro de la colina entonces, cuando el ataque de los españoles ya había sido rechazado. Nairn dijo que había una esperanza de que los españoles se reagruparan y volvieran a atacar, pero no pudo ofrecer ninguna explicación sobre el carácter prematuro de su primer asalto.

—Tal vez han querido poner fin a la guerra sin nosotros.

La columna de Beresford volvió a formar y avanzó con dificultad. El cañoneo a distancia de los franceses continuó. Los soldados marcharon en silencio, sin cantar siquiera, porque todos sabían que pronto tendrían que desviarse hacia el este y asaltar la colina. Habían visto un ataque repelido de forma sangrienta y podían adivinar que, incluso en esos momentos, el mariscal Soult estaba mandando refuerzos a las laderas de la parte sur del collado. Desde el norte y el este de la ciudad llegaba la amortiguada explosión de los disparos de artillería a medida que los cañones aliados disparaban a las defensas, pero era dudoso que los franceses se dejaran engañar por unos amagos de ataque tan evidentes como aquéllos. Sabían la importancia que tenían las colinas y que éste era sin duda el motivo por el que la cima resultaría ser un infierno de trincheras y baterías. Los temores se retorcían en el interior de Sharpe, agravados por el cañoneo que retumbaba en el cielo como los golpes de un martillo gigante.

La infantería de Beresford siguió marchando durante otra hora antes de girar a la derecha hacia las laderas de la parte sur de las montañas. Al menos la larga marcha por el frente enemigo había conducido a los soldados de Beresford a un lugar que los franceses no habían fortificado. No había ningún cañón orientado hacia esas laderas del sur que se alzaban extendiéndose de forma incitante hacia el cielo brillante y pálido. Sin embargo, lo que había más allá del horizonte era otra cosa.

Se ordenó a las brigadas que formaran en tres extensas líneas; cada una de ellas consistía en dos brigadas en formación de dos soldados. Los hombres de Nairn constituirían el extremo derecho de la segunda línea. Llevó bastante tiempo preparar la formación, un trabajo que era mejor dejar para los sargentos, por lo que los oficiales observaron el horizonte y fingieron no tener miedo. El único enemigo que había a la vista, aparte de los pocos oficiales que se divisaban alguna que otra vez cuando avanzaban con su montura para observar lo que había ladera abajo, eran unas fuerzas de caballería que se desplegaban justo por debajo del centro de la colina. Habían mandado a la caballería enemiga para que amenazara el flanco derecho del asalto de Beresford, pero unas fuerzas de caballería aún mayores formadas por jinetes británicos y alemanes salieron al galope para cortarles el paso.

—¡Adelante, escaramuzadores! —Un edecán cabalgó a medio galope a lo largo de la primera línea.

—Creo que pondremos a los muchachos de la ligera en el flanco —observó Nairn—. ¿Se encargará de ello, Sharpe?

—¿Puedo quedarme con ellos, señor?

Nairn dudó y luego asintió con la cabeza.

—Pero infórmeme de cualquier amenaza. —Le tendió la mano—. Recuerde que esta noche cena conmigo, así que tenga cuidado: no quiero escribirle una carta triste a Jane.

—Tenga cuidado usted también, señor.

Sharpe reunió a las tres compañías ligeras de la brigada y las mandó corriendo al flanco derecho, donde se unirían a los fusileros de Frederickson. A medida que se desarrollara el ataque, los soldados de esa avanzada se dispersarían para luchar sus batallas solitarias contra las tropas ligeras de los franceses. Sharpe, un escaramuzador por naturaleza, quería combatir con ellos y, como siempre, quería combatir a pie. Mandó llamar a un empleado del cuartel general y le dio las riendas de *Sycorax*.

—No deje que se meta en líos.

—Sí, señor.

Un tambor ejecutó un redoble al tiempo que Taplow sacaba el estandarte de su batallón. Sharpe, al pasar por delante del grupo del estandarte, se quitó el chacó para saludar las dos pesadas banderas bordeadas de colores. Una descarga de los franceses disparada al azar a una distancia extrema desde una de las baterías situadas en el

centro de la colina chocó contra el suelo húmedo y, en vez de rebotar, abrió un surco que se llenó de lodo delante de Sharpe. Él se limpió el barro de la cara y cogió el fusil que llevaba en bandolera.

El fusil era otra de las excentricidades de Sharpe. No era extraño que un oficial llevara una pistola en la batalla, aunque resultaba chocante que emplease un arma larga; con todo, Sharpe se empeñaba en seguir con el arma de soldado raso. La cargó mientras caminaba, comprobó que el pedernal estuviera bien colocado en el rastrillo forrado de piel y luego se la volvió a echar al hombro.

—Bonito día para una batalla. —Frederickson saludó alegremente a Sharpe.

—¿Cree que el día de Pascua es apropiado?

—Trae una promesa implícita de que nos alzaremos de la tumba. No es que tenga intención alguna de comprobar esa promesa... —Frederickson dirigió la mirada de su único ojo hacia el horizonte—. Si usted fuera el mariscal Soult, ¿qué tendría aguardando allí arriba?

—Todos y cada uno de los malditos cañones de campaña de mi ejército. —El nudo se fue enroscando en el estómago de Sharpe cuando se imaginó los eficientes doce libras franceses alineados rueda con rueda.

—Esperemos que no tenga suficientes cañones. —Frederickson no parecía esperanzado. Al igual que Sharpe, podía imaginarse los grupos de caballos arrastrando los cañones de campana desde donde habían rechazado el ataque de los españoles hacia un lugar donde pudieran diezmar el nuevo asalto.

Unos toques de trompeta sonaron en la lejanía a la izquierda de donde estaba Sharpe, se repitieron más cerca y la primera línea de ataque de Beresford empezó a avanzar. La segunda esperó un momento antes de que se le ordenara también ponerse en movimiento. Casi enseguida, la cuidadosa alineación de las delgadas hileras de soldados se onduló debido a lo desnivelado de terreno. Los sargentos empezaron a gritar las órdenes a los soldados para que tuvieran cuidado con la alineación. Los caballos de los oficiales se asustaron, como si presintieran lo que les esperaba.

—¿Está aquí para tomar el mando? —le preguntó Frederickson a Sharpe al tiempo que la avanzadilla iniciaba la marcha.

—¿Es usted el capitán más antiguo?

Frederickson lanzó una adusta mirada a los capitanes de las tres compañías ligeras de los casacas rojas.

—Y con mucha ventaja.

Por su tono amargo Sharpe supo que Frederickson estaba molesto porque no lo ascendían. Evidentemente, el rango era más importante para un soldado que tenía pensado quedarse en el Ejército, y Frederickson sabía muy bien lo mucho que podía costar un ascenso en tiempos de paz, cuando no había cañones ni mosquetes que crearan convenientes vacantes. Y él se merecía un ascenso más que cualquier otro



soldado que conociera Sharpe. Éste tomó nota mentalmente de preguntarle a Nairn si podía ayudar y acto seguido sonrió.

—No voy a estorbarle, William. Me limitaré a observar, así que luce su propia batalla.

—La última —dijo Frederickson casi maravillado—. Estoy convencido de que éste será nuestro último combate. Hagamos que sea bueno, señor: mandemos algunas almas al infierno.

—Amén.

Las tres líneas de avanzada parecían muy frágiles mientras realizaban el ascenso. El recorrido que trazaban se veía interrumpido por el estandarte del batallón, unas manchas de tela de color vivo custodiadas por las largas alabardas de acero reluciente. Siguiendo a las tres líneas iban las bandas de batallón, todas tocando melodías distintas de manera que los golpes de sus grandes tambores, que hacían vibrar las entrañas, desentonaban. La música era desenfadada, rítmica y sencilla: la música adecuada para morir.

Los fusileros de Frederickson se mezclaron con los casacas rojas de las otras tres compañías ligeras. Éstos llevaban los mosquetes de repetición pero de corto alcance, mientras que los casacas verdes tenían fusiles más certeros, de más largo alcance, aunque lentos de recargar. La combinación de armas podía ser mortífera; los fusiles mataban con precisión y estaban protegidos por los mosquetes. En esos momentos los soldados se habían dispersado para crear una cortina con el fin de repeler el ataque de cualquier escaramuza francesa.

Sin embargo, hasta entonces ningún enemigo había amenazado el trabajoso avance. Incluso las baterías de la parte central de la colina habían detenido sus aventurados disparos. Sharpe no veía nada más que el horizonte vacío y una voluta de nubes altas. La delgada capa de hierba que cubría la ladera estaba más seca que el terreno que se extendía al pie. Una liebre atravesó a toda velocidad el frente de avance, dio un giro brusco y se fue correteando colina abajo. Un halcón se cernió durante unos segundos sobre el estandarte de Taplow y luego se alejó con desdén hacia el oeste. Desde el otro lado de la cima llegaba el sonido de una banda de franceses que tocaba una marcha rápida, la única evidencia de que un enemigo auténtico estaba esperando que llegaran las líneas de Beresford.

La ladera se empinaba y Sharpe se quedaba sin aliento. La invisibilidad del enemigo no parecía presagiar nada bueno. El mariscal Soult había dispuesto de tres horas para observar los preparativos de ese ataque, tres horas durante las cuales pudo preparar una recepción de mil demonios para las tres líneas que subían trabajosamente por la colina. En algún lugar por delante de la línea de ataque, más allá del horizonte vacío, el enemigo aguardaba con los cañones de los fusiles cargados y las espadas desenvainadas. Estaban a punto de jugar una vez más al viejo

juego, el juego de los malditos ingleses contra los franchutes, el juego de Crecy y Agincourt, Ramillies y Blenheim. La atmósfera era muy limpia, tanto que cuando Sharpe se volvió pudo distinguir a una mujer que llevaba a pastar a dos vacas a casi un kilómetro de distancia pasado el río del lado oeste. La visión de esa mujer hizo que Sharpe pensara en Jane. Sabía que podía haberla acompañado a casa sin avergonzarse en absoluto y que en esos instantes podía estar sentado en Inglaterra, pero en lugar de eso se hallaba en una ladera, en Francia y al borde del horror de un combate. Volvió a girar hacia el este justo a tiempo para ver que un casaca roja de entre la avanzadilla del flanco de Frederickson se doblaba por la mitad, se agarraba el vientre y empezaba a respirar con dificultad. En un primer momento, Sharpe pensó que el soldado se había quedado sin resuello; entonces vio la bocanada de sucio humo blanco más arriba en la ladera. El casaca roja cayó hacia atrás con los pantalones grises empapados de sangre. Más escaramuzadores franceses dispararon desde posiciones que estaban ocultas tras unas peñas. El enemigo pronto estaría en el flanco de la avanzada a menos que los hicieran cambiar de dirección.

—¡Vamos a echar de aquí a esos cabrones! —Frederickson se había dado cuenta del peligro tan pronto como Sharpe. Hizo que una compañía de casacas rojas abriera fuego graneado para contener al enemigo mientras el sargento Harper dirigía un pelotón con las espadas caladas en los fusiles a una carga de flanqueo. Los franceses no se quedaron para defender los peñascos, sino que se retiraron ágilmente hacia arriba, hacia el horizonte vacío. Uno de los franceses que se batían en retirada fue alcanzado en la espalda por una bala de fusil y Marcos Hernández, uno de los fusileros españoles de Frederickson, sonrió de placer ante su mortífera puntería.

—¡Alto el fuego! —gritó Frederickson—. Bien hecho, muchachos. ¡Ahora no se agrupen al subir! ¡No están enamorados unos de otros, así que desplieguense! —El Dulce William se había sacado el parche del ojo y la dentadura postiza, de manera que parecía un ser monstruoso salido de la tumba. Parecía estar mucho más contento entonces, cuando se habían realizado los primeros disparos.

Hernández recargó su fusil y luego hizo una muesca en la culata para señalar que había matado a otro odiado francés. Los supervivientes de la avanzada francesa corrían por la línea del horizonte, desde donde llegó el repentino sonido de tambores franceses concentrados, aunque la fuente del ruido permanecía oculta. Los instrumentos repiqueteaban en el cielo. Sharpe había oído por primera vez ese sonido malicioso cuando tenía dieciséis años y desde entonces se había encontrado con él en innumerables campos de batalla. Sabía lo que presagiaba. Estaba escuchando el *pas de charge*, el latido de un imperio y el sonido que llevaba a la carga a la Infantería francesa.

—¿Ve usted algún cañón, sargento? —le gritó Frederickson a Harper, que se encontraba en la ladera, unos metros más arriba.

—¡Ni uno, señor!

Entonces, de la línea del horizonte, como si hubiera sido sembrada por dientes de dragón, emergieron los soldados.

\* \* \* \*

—¡Por Cristo en su cielo escocés! —El general de división Nairn, rodeado por sus ayudantes de campo más jóvenes, parecía indignado con el enemigo—. Hubiera dicho que a estas alturas esos cabrones con cabeza de chorlito ya habrían aprendido. —Enfundó la espada y dirigió una mirada de adusta desaprobación a las dos columnas enemigas.

—¿Aprendido, señor? —preguntó en tono nervioso el joven edecán para quien ésta era su primera batalla.

—Está a punto de ver a esos condenados franchutes más condenados todavía. —Nairn sacó un reloj del bolsillo de su chaleco y abrió la tapa—. ¡Dios santo! ¡Si van a presentar batalla sería mejor que lo hicieran como es debido!

El ayuda de campo no lo comprendía, pero todos los veteranos que formaban parte del ataque británico sabían lo que estaba a punto de suceder y se sintieron aliviados por ello. Habían trepado con miedo a que los estuviera aguardando la artillería, que hubiera causado sangrientos destrozos en las tres líneas de ataque. Habían temido más todavía a la combinación de artillería y caballería, ya que esta última hubiera obligado a que la infantería atacante formara en cuadros de protección, que hubiesen sido un blanco de primera para los artilleros franceses. En lugar de eso, se vieron ante la táctica francesa más antigua: un contraataque realizado por soldados de infantería concentrados en columnas.

Dos de esas columnas avanzaban por la línea del horizonte. Ambas columnas constituían inmensas formaciones de soldados apretujados, filas y filas de infantes agrupados en arietes humanos que apuntaban a las aparentemente frágiles líneas británicas. Eran las mismas columnas que el emperador Napoleón había conducido por todo un continente para aplastar a los ejércitos enemigos y convertirlos en muchedumbres destrozadas y presas del pánico, pero ninguna columna como aquella había destrozado nunca un ejército en el que Wellington estuviera al frente.

—¡Alto! —La orden se gritó por todas las líneas de británicos y portugueses. Los sargentos alinearon los batallones mientras los escaramuzadores se preparaban para rechazar a las tropas ligeras francesas que avanzaban delante de las columnas y tenían que desestabilizar la línea británica disparando sus mosquetes al azar.

Las compañías ligeras francesas no constituían ninguna amenaza para Beresford: lo que debía causar el caos entre sus hombres era el ímpetu de las dos enormes columnas. No obstante, al igual que Wellington, Beresford se había enfrentado a

demasiadas columnas para estar preocupado en esos momentos. Su primera línea se ocuparía de la amenaza, mientras que la segunda y la tercera serían meros espectadores. Los soldados de esa primera línea se pusieron en posición de firmes, los mosquetes apoyados contra el suelo, y miraron fijamente hacia la inclinada extensión de césped sobre la que marchaban las dos gigantescas formaciones. Las columnas francesas tenían un aspecto imparable; parecía que iban a tener suficiente con su propia fuerza para atravesar las delgadas líneas de soldados que esperaban. Por encima de las cabezas de los franceses ondeaban sus banderas y sus águilas. En el centro de las formaciones, los tambores seguían tocando el *pas de charge*, deteniéndose únicamente para dejar que los soldados que marchaban gritaran: «*Vive l'Empereur!*», entre una y otra ráfaga de redobles. Los veteranos de los batallones de británicos y portugueses que aguardaban y que ya habían visto todo eso otras veces parecían indiferentes.

Los soldados de la escaramuza se replegaron lentamente ante el peso de las compañías ligeras enemigas, pero habían hecho su trabajo, que era evitar que el fuego de la avanzadilla francesa alcanzara a las líneas que esperaban. Los oficiales franceses, con las espadas desenvainadas, marchaban con seguridad al frente de las columnas. El general de división Nairn observó la columna más cercana con un catalejo y luego plegó los tubos de un golpe.

—¡Allí no hay muchos bigotes! —Los viejos veteranos con bigote, la espina dorsal de Francia, yacían en sus tumbas, y Nairn había visto lo jóvenes que eran esos franceses que contraatacaban. Tal vez fuera ése el motivo por el que Soult los había lanzado al ataque en columna, porque a las tropas novatas sin experiencia la mera proximidad de sus compañeros en esa concentración de soldados apretujados les daba ánimos. Era una formación apropiada para un ejército reclutado, de ciudadanos, pero esos ciudadanos reclutas se acercaban entonces a los asesinos profesionales de Gran Bretaña y Portugal.

Cuando las columnas estuvieron a unos ochenta pasos de la línea delantera de Beresford, los oficiales británicos y portugueses se movieron para dar una sencilla orden lacónica:

—¡Presenten armas!

Cuatro mil mosquetes pesados surgieron con un solo movimiento susurrante. Las tropas que iban en cabeza de las dos columnas francesas, al verse ante la muerte, frenaron el paso; pero el empuje de los soldados que iban detrás los obligó a seguir avanzando.

—¡No disparen! —advirtieron los sargentos a los casacas rojas, que echaron hacia atrás los percutores de sus armas. Los franceses, nerviosos a causa de la silenciosa amenaza, abrieron fuego mientras avanzaban. En realidad sólo pudieron disparar los soldados de las primeras dos filas; el resto estaba ahí sólo para añadir peso. Puede

que cayera algún hombre aquí y allá en la línea de los casacas rojas, pero la puntería de los franceses se echó a perder por la necesidad de tener que disparar en marcha.

—¡Cierren filas! —Un sargento arrastraba a un soldado muerto para sacarlo de la línea de ataque.

—¡Alto el fuego! —Un oficial, con la delgada espada desenvainada, observó cómo se acercaba la columna francesa de casacas azules. Había cuatro mil mosquetes apuntando a las cabezas de los soldados de las dos columnas.

Un redoble de tambores, una pausa, «*Vive l'Empereur!*».

Un latido del corazón. Los mosquetes británicos estaban firmes y las espadas de los oficiales levantadas, mientras que los soldados de ambos ejércitos se encontraban entonces tan cerca que podían ver las expresiones en los rostros de los demás.

—¡Fuego!

Como un enorme chasquido, o como una gigantesca explosión ahogada, cuatro mil mosquetes escupieron humo y plomo y, con el retroceso, cuatro mil culatas recubiertas de latón golpearon los hombros de los soldados como coces de mula. El humo que arrojaron ocultó a los franceses.

—¡Carguen!

Sharpe, que seguía apartado en el flanco derecho, vio que la columna enemiga más cercana temblaba cuando las pesadas balas dieron en el blanco. Las casacas azules estaban salpicadas de sangre. Toda la primera línea se hundió y cayó, lo mismo que la mayor parte de la segunda. Sólo quedó un oficial en pie y estaba herido. Las siguientes filas de tropas francesas se encontraron con que la barrera de sus propios muertos y heridos les obstaculizaba el paso; pero entonces, la mera concentración de la columna del fondo forzó a la nueva fila frontal a saltar por encima de los cuerpos y continuar el avance. «*Vive l'Empereur!*».

—¡Fuego!

En esa ocasión fueron los disparos mortíferos de las secciones los que salieron de las líneas británicas y portuguesas.

Horas de entrenamiento habían convertido a esos soldados en máquinas de matar. Cada una de las secciones de un batallón disparó un par de segundos después de que lo hiciera la sección que tenían a su izquierda; de esta manera, las balas parecían no terminarse nunca cuando atravesaron la cortina de humo para alcanzar a los franceses. El fuego hizo trizas al enemigo y despellejó a los soldados del frente y los flancos de las columnas, de forma que parecía como si el enemigo dirigiera su marcha hacia una invisible máquina de picar carne. Los supervivientes franceses, obligados de forma inexorable a situarse en las líneas del frente, trataron de abrirse camino en medio de la tormenta de descargas de mosquete; pero no había soldado capaz de sobrevivir a esos disparos. Antaño, en los gloriosos días en que el nombre del emperador infundía el miedo en toda Europa, las columnas habían vencido porque

intimidaban a sus enemigos; pero los soldados de Wellington hacía mucho tiempo que dominaban el macabro arte de manchar de sangre la gloria de los franceses. Lo hicieron con varias descargas de mosquete, el fuego de mosquete más rápido del mundo. Sus rostros se tiznaban con las explosiones de la cebadura en las cazoletas de sus armas y sus hombros se contusionaban a causa de los golpes del retroceso a medida que destrozaban al enemigo. Los soldados abrían los cartuchos uno tras otro de un mordisco, los cargaban y los disparaban, mientras que en la línea de frente británica, el relleno de los mosquetes ardía pálido sobre la hierba chamuscada.

Las columnas no podían moverse. Unos cuantos soldados valientes trataron de avanzar, pero sucumbieron ante las balas.

Los supervivientes retrocedieron poco a poco y el redoble de los tambores decayó.

—¡Alto el fuego! —gritó una voz británica—. ¡Calen las bayonetas!

Cuatro mil soldados sacaron sus hojas de cuarenta centímetros y las encajaron en las calientes bocas de los fusiles.

—¡Presenten armas! —Las voces de los oficiales y sargentos eran calmadas. La mayoría de esos hombres eran veteranos y se enorgullecían de parecer impasibles ante la carnicería de una batalla—. ¡Avanzarán los batallones! ¡Adelante!

Los batallones marcharon de forma imperturbable a lo largo de la línea de frente y se adentraron en la niebla de su propio humo. Habían disparado a ciegas a través de la asfixiante cortina, pero era difícil fallar contra una columna aunque el humo impidiera la visión a los soldados. Al final, atravesaron la humareda para ver la matanza a que habían dado pie sus disciplinados disparos.

Las espadas de los oficiales bajaron con un golpe.

—¡A la carga!

Entonces, y sólo entonces, los soldados británicos y portugueses gritaron. Hasta ese momento habían permanecido en silencio, pero en ese instante, con los rostros ennegrecidos y las bayonetas niveladas, gritaron con entusiasmo e iniciaron una rápida marcha.

Los franceses rompieron filas. Echaron a correr. Dejaron atrás dos montones de ensangrentados soldados muertos, agonizantes y heridos, y retrocedieron a toda prisa hacia un lugar seguro. Un joven tambor lloraba porque tenía una bala en las tripas. Moriría antes del mediodía, y el resto no dudaría en destrozarse su tambor para utilizarlo como leña.

—¡Alto! —Los británicos no aprovecharon su carga. No era necesario porque las columnas habían huido presas del pánico.

—¡Formen filas! ¡Desmonten las bayonetas! ¡Adelante la avanzadilla! ¡Carguen!

El general de división Nairn bajó la mirada a su reloj y observó que habían tardado exactamente tres minutos y veinte segundos en romper el ataque de los

franceses. En otros tiempos, reflexionó, cuando había más bigotes en las filas enemigas, les hubiera llevado unos seis minutos más. Guardó el reloj.

—¡Avanzará el batallón!

—¡Silencio en las filas!

—¡Adelante!

Las líneas aparentemente endebles empezaron a avanzar de nuevo. En dos lugares ensangrentados los hombres pasaron con torpeza por encima de los montones de enemigos muertos. Los soldados, que tenían una larga práctica en ese arte, arrastraron los cuerpos de sus enemigos unos cuantos pasos dándose el tiempo suficiente para vaciar los bolsillos y las bolsas de los muertos o heridos. Cogieron comida, monedas, talismanes y bebida. Un casaca roja le propinó una patada al instrumento del tamborilero herido y lo mandó cuesta abajo. Los bordones del tambor vibraron mientras rebotaba y caía rodando por la extensa colina.

—¡Me da la impresión de que va a ser una Pascua tranquila! —dijo Frederickson alegremente.

Pero entonces llegaron a la línea del horizonte, quedó al descubierto la meseta que había en la cima de las montañas y ya nada pareció tranquilo.

## CAPÍTULO 3

La batalla, como por consentimiento mutuo, se detuvo para darse un respiro.

Beresford aprovechó la tregua para dividir su ataque. La división situada a su izquierda se alejaría entonces en sentido oblicuo con el fin de amenazar el territorio que quedaba entre las colinas y la ciudad, mientras que la de la derecha, en la que estaba la brigada de Nairn, avanzaría en dirección norte por la cima de las lomas. Iban a arrastrar la artillería montada cuesta arriba para compactar el ataque de Beresford. Transcurrió la mañana. Muchos de los soldados que esperaban se quedaron dormidos con las mochilas por almohada y con los rostros resguardados de la luz del sol por los mohosos chacós. Algunos comieron y unos pocos se limitaron a observar el cielo con la mirada perdida. Algunos observaban las colinas en que se hallaban las aterradoras defensas francesas. No pasaban muchos minutos sin que una bala de cañón perdida de los franceses atravesara a saltos las líneas soñolientas, provocando una irritada confusión a lo largo de su trayectoria de rebotes. A veces un proyectil de obús estallaba repentinamente sobre el césped, pero los disparos eran esporádicos y permitieron a la mayoría de los soldados en espera hacer caso omiso del enemigo. Sharpe vio que un fusilero martillaba pacientemente el maleable plomo de una bala de mosquete hasta convertirla en un cubo perfecto, tras lo cual marcó unos agujeros en las caras dando unos toques con una aguja de chimenea para hacer un dado. Nadie quería jugar con ese hombre, que, indignado, tiró el cubo de plomo.

A primera hora de la tarde, los batallones que habían roto las columnas gemelas de los franceses fueron trasladados a la retaguardia de las nuevas formaciones de Beresford. Entonces la brigada de Nairn formaba el flanco derecho de la primera línea. Tenía sus dos batallones ingleses delante y a los Highlanders de reserva. Los soldados de la Artillería montada apilaron la munición disponible junto a las posiciones avanzadas, mientras que los escaramuzadores se desplegaron a modo de cortina protectora más adelante todavía.

Sharpe avanzó dando un paseo para unirse a Frederickson, que le ofreció un pedazo de salchicha de ajo francesa.

—Supongo —Frederickson miraba fijamente hacia la meseta de las colinas— que éste sería un buen momento para renunciar al Ejército.

Sharpe sonrió ante esa broma macabra y luego sacó su catalejo para enfocar la fortificación más próxima. No dijo nada y su silencio no auguraba nada bueno.

—Esos malditos franceses deben de saber que la guerra está perdida —observó Frederickson con irritación—. Entonces, ¿por qué prolongan la matanza?

—Por orgullo —dijo Sharpe de manera cortante, aunque en realidad se preguntaba por qué se empeñaban sus propios compatriotas en tomar Toulouse si de verdad se creía que el emperador estaba condenado al fracaso. Tal vez la paz fuera



una quimera. Tal vez fuera sólo un rumor que se desvanecería al igual que el hedor de la sangre y el humo de pólvora de ese campo de batalla.

Además, tal como Sharpe sabía muy bien, habría mucha más sangre y humo en esa alta cadena de colinas. Los franceses estaban esperando, preparados, y la infantería de Beresford debía avanzar entonces a través de una serie de poderosas fortificaciones que se extendían a lo largo de la espina dorsal de las lomas. Había baterías de cañones y trincheras, todos reforzados con baluartes de tierra que, coronados con empalizadas, se alzaban como pequeñas fortalezas de banda a banda de la línea de ataque. Uno de los bastiones, mayor que los demás, dominaba el centro de la colina y, al igual que sus hermanos pequeños, se encontraba frente a una zanja cuya empalizada de madera tenía troneras para la artillería.

No era de extrañar que la escalada de Beresford por la ladera sur no se hubiera encontrado con la oposición de la artillería pesada francesa, porque todos los cañones enemigos estaban entonces atrincherados en lugar seguro dentro de los pequeños fuertes.

Frederickson le tomó prestado el catalejo a Sharpe y estuvo observando las formidables defensas un buen rato.

—Se supone que la Pascua es un día para los milagros, ¿no es así?

Sharpe sonrió diligente y luego se volvió para saludar al sargento Harper.

—Hoy nos vamos a ganar los garbanzos, sargento.

—Sí, señor. —Harper aceptó el catalejo que le ofrecía Frederickson y realizó un rápido examen del enorme baluarte que había en el centro de la cresta—. ¿Por qué no nos limitamos a aplastar a esos cabrones a cañonazos hasta que queden hechos papilla?

—No podemos subir las armas grandes hasta aquí arriba —contestó Frederickson con buen humor—. Hoy sólo tenemos artillería montada.

—Cerbatanas —espetó Harper con desdén; luego le pasó el catalejo a Sharpe—. ¿Sabe dónde están nuestros muchachos, señor?

«Nuestros muchachos» eran los Voluntarios del Príncipe de Gales, el batallón en el que Sharpe y Harper habían luchado muchos años.

—Han salido hacia el este. —Sharpe señaló vagamente en esa dirección. Seguía sin poder ver la ciudad de Toulouse, que quedaba oculta tras un saliente de la montaña, pero el humo de las armas que se percibía a lo lejos revelaba el lugar donde los amagos de ataque de Wellington amenazaban la periferia al este de Toulouse.

—Entonces hoy no tendrían que recibir una gran paliza —dijo Harper esperanzado.

—Supongo que no. —De repente Sharpe deseó volver a estar con los Voluntarios del Príncipe de Gales, que, al mando de su nuevo coronel, no tenían que enfrentarse a esas colinas del diablo llenas de fuertes, trincheras y cañones. Ellos estarían a salvo

mientras él era horriblemente consciente de los síntomas del terror. Notaba los latidos del corazón, el sudor frío que le cubría la piel y un músculo que temblaba en su muslo izquierdo. Tenía la garganta reseca, se notaba el estómago vacío y quería vomitar. Trató de sonreír e intentó encontrar algunas palabras informales que demostraran que no tenía miedo, pero no se le ocurrió nada.

Se oyó el ruido de cascos a su espalda y, al volverse, pudo ver al general de división Nairn que avanzaba a medio galope hacia la línea de escaramuza. El general frenó su caballo e hizo una mueca ante el paisaje que tenía delante.

—Nos encontramos en el flanco adecuado, así que atacaremos las baterías.

Ésa era una perspectiva más halagüeña que la de asaltar los bastiones mayores. Las baterías construidas en el borde de la colina eran las posiciones desde las cuales habían cañoneado a la larga marcha de acercamiento y las habían levantado simplemente para defender a los artilleros del fuego de contraataque de las baterías. Así que no había ninguna fortificación orientada hacia el centro de la colina, por lo que la brigada de Nairn sólo tendría que ocuparse de las trincheras de flanqueo y de los cañones de las baterías que habían sido arrastrados fuera de sus troneras y dispuestos como artillería de campaña normal y corriente. Esos cañones más próximos contaban con el apoyo de cómo mínimo dos batallones de la Infantería francesa que esperaban formados en tres anchas líneas para sumar su descarga cerrada a los disparos de los artilleros.

Nairn, pareció estremecerse al mirar hacia la cima de la colina; después le pidió prestado el catalejo a Sharpe, y a través de él observó largo rato y con atención las posiciones del enemigo. No dijo nada cuando cerró los tubos, aparte de expresar su sorpresa ante la evidente calidad del catalejo.

—¿Dónde lo consiguió?

—En Vitoria —respondió Sharpe. El catalejo había sido un regalo que el emperador Napoleón le había hecho a su hermano, el rey José de España, que lo había perdido cuando los británicos capturaron su bagaje tras la batalla de Vitoria<sup>[1]</sup>. Una pequeña placa de latón encastrada en el marfil del cilindro dejaba constancia del obsequio.

Nairn le tendió el catalejo a Sharpe.

—Detesto tener que estropear su disfrute, comandante, pero le necesito.

Sharpe recuperó su caballo. Su tarea consistiría en transmitir las órdenes de Nairn una vez iniciado el avance. Los edecanes más jóvenes estarían haciendo lo mismo, pero el rango y la reputación de Sharpe le conferirían una autoridad que podía serle útil a Nairn. En ocasiones, Sharpe ya lo sabía, tendría que hacer uso de su propio criterio y luego afirmar que su decisión fue una orden verbal de Nairn en persona.

Pasó otra hora más antes de que se diera la orden para avanzar. Los franceses habían bombardeado de manera irregular a los soldados que esperaban durante el

prolongado retraso, pero la propia parvedad del cañoneo era una prueba de que la verdadera acción de la artillería no empezaría hasta que las tropas británicas y portuguesas se hubieran acercado más a los cañones. Algunos soldados protestaban por la espera; otros aseguraban que era necesaria para que los españoles pudieran reagruparse y atacar de nuevo desde el extremo más lejano de la cresta. Dos capellanes guiaban unas mulas cargadas con cantimploras de agua de repuesto entre las tropas que esperaban. Los irlandeses que había en las filas se santiguaban. El ruido más fuerte que se oía en las lomas, aparte del ocasional estallido de un cañón francés, era el de las gaitas de los regimientos de los Highlanders.

—Va a ser un asunto sangriento, seguro. Un asunto muy, muy sangriento —confió Nairn a Sharpe por cuarta o quinta vez. El escocés estaba nervioso. Sabía que ésa sería su única oportunidad de librar un combate con su brigada y temía que lo fueran a encontrar esperando.

Sin embargo, la verdadera responsabilidad no recaía en Nairn, ni siquiera en Wellington, que dirigía la batalla en el flanco del norte, sino en el soldado corriente. Era el casaca roja o el casaca verde el que tenía que avanzar con la certeza de que la mejor artillería de Europa estaba esperando para diezmar sus filas. Un chelín, un tercio de pinta de ron y dos libras de pan horneado dos veces eran la paga diaria en esos momentos, y a cambio tenían que marchar hacia el infierno y salir victoriosos.

—Ya falta poco —dijo Nairn, como si quisiera consolar a los ayudas de campo que se amontonaban a su alrededor.

Los edecanes de la división galopaban por el ramal sur de la cadena de colinas. Las bandas formaban en filas y se izaban las banderas. Los artilleros británicos daban un último ajuste al recorrido de sus cañones.

—Saludos del general, señor —un capitán de caballería detuvo su caballo cerca de Nairn—, y pregunta si está usted preparado.

—Salude de mi parte al general. —Nairn desenvainó su espada. No se había dado ninguna orden real de avanzar, ni tampoco era necesario, porque, en cuanto los batallones que iban en cabeza vieron llegar al edecán de la división, se les ordenó ponerse en pie. Lo que los esperaba en la colina era un anticipo del infierno, así que parecía mejor enfrentarse a él enseguida.

—Transmita mis saludos al coronel Taplow —le dijo Nairn a Sharpe— y dígame que no deje que sus hombres se vayan hacia la derecha.

—Por supuesto, señor. —Sharpe picó con las espuelas los ijares de *Sycorax*. La preocupación de Nairn por el flanco derecho era justificada, ya que, cuando el ataque encontrara oposición, los soldados de la derecha tendrían la tentación de ponerse a salvo bajo la ladera oeste de la colina.

Taplow no esperó la llegada de Sharpe, sino que ya había ordenado a sus hombres que avanzaran. Lo hicieron en dos líneas tras la cadena de escaramuzadores. La

delantera estaba compuesta de cinco compañías y la trasera de cuatro. El batallón llevaba las bayonetas caladas y sus banderas se alzaban entre las dos líneas. Sharpe encontró a Taplow montado en un caballo gris justo delante del grupo que llevaba los estandartes.

—Saludos del general, señor.

—¡No nos va a encontrar esperando! —le atajó Taplow—. ¡Ya le dije que dependería de nosotros! —Estaba de muy buen humor.

—Está ansioso, señor, porque sus soldados no se desvíen demasiado hacia la derecha. —Sharpe expresó la advertencia de Nairn con todo el tacto que pudo.

—¡Maldito sea! ¿Cree que somos unos aficionados? —La ira de Taglow fue instantánea y abrumadora—. Dígale que marcharemos hacia los cañones. ¡Directo a los cañones! Moriremos como ingleses, no como escoceses que tratan de pasar desapercibidos. Maldito sea comandante, y que tenga un buen día.

El otro batallón inglés de la brigada de Nairn marchaba a la izquierda de Taplow, y detrás iban los Highlanders que avanzaban al son sobrecogedor de sus gaiteros. Se trataba de un batallón orgulloso y reservado que seguía al jefe de su clan hacia la guerra. Muchos de ellos no hablaban inglés: sólo gaélico. Podían ser terroríficos en combate, mientras que, fuera del campo de batalla, poseían una sería cortesía. En el lado izquierdo de la brigada de Nairn; extendiéndose por la espina dorsal de la cresta, avanzaba otra brigada.

Frederickson, con los escaramuzadores de los dos batallones ingleses, se encontraba mucho más adelantado que los batallones que iban en cabeza. Los artilleros franceses, que esperaban con los botafuegos humeantes, no hicieron ni caso de la línea de avanzada. Esperarían hasta que los objetivos más voluminosos de los batallones, en formación cerrada, se acercaran más.

La espera no fue muy larga. Sharpe, de vuelta junto a Nairn sólo a unos pasos por delante de los Highlanders vio que un artillero francés le daba una última vuelta a la clavija elevadora de su cañón y luego se apartaba de un salto mientras el botafuego bajaba y se quedaba en alto cerca del cebo.

—Que Dios nos ayude —dijo el agnóstico Nairn y entonces en voz mucho más alta, añadió—: ¡Aguanten, muchachos, aguanten!

—*Tirez!* —gritó el comandante de la batería.

La colina pareció estallar en cañonazos. Las llamas salían disparadas de los cañones de las armas y expulsaban un humo espeso como niebla que se alzaba por encima de la cumbre. La descarga rasgó los batallones que avanzaban. Sharpe vio que una bala abría un ensangrentado agujero en la primera línea de Taplow mataba a otro, soldado en la segunda, luego rozaba el césped y, con el rebote hacia arriba, derribaba una fila de Highlanders. Esa única bala había convertido a cuatro soldados en un amasijo de carne, sangre y hueso astillado. Los gritos de los heridos empezaron a

competir con la música de las bandas y el estrépito de las armas enemigas. No era solamente esa batería más próxima la que disparaba, sino los artilleros del bastión central y también otros artilleros, situados a más distancia y altura en la colina, que podían lanzar sus proyectiles por encima de las cabezas de su propia infantería para que cayeran en picado, rebotaran y causaran destrozos entre las tropas británicas.

—Pobres muchachos. —Nairn observaba el batallón de Taplow, cuyos soldados se desplomaban muertos o heridos detrás de sus filas.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —gritaban los sargentos.

Un abanderado de quince años y orgulloso de estar en su primera batalla quedó destripado. Un sargento que iba por detrás en un flanco del chico muerto birló seis guineas del bolsillo del faldón del cadáver sin ni siquiera romper el paso.

—¡Cierren filas, cabrones! ¡Cierren filas!

Un proyectil de mortero aterrizó justo enfrente de la línea trasera de Taplow y, como la mecha todavía humeaba, los soldados que estaban más cerca se dispersaron. El proyectil explotó sin causar daños mientras Taplow reprendía a los soldados por ser unos cobardes.

Los fusileros de Frederickson habían avanzado bastante y en esos momentos trataban de eliminar a los artilleros enemigos, pero el humo creaba una cortina perfecta para esconder al contrario. Asimismo, la humareda servía para que el objetivo de la artillería francesa fuera menos claro, pero, mientras apuntaran recto hacia delante, difícilmente podían fallar. Los soldados de la escaramuza francesa, armados con mosquetes, amenazaban a los hombres de Frederickson, aunque hasta el enemigo más valiente se resistía a acercarse demasiado a esos mortíferos fusiles. Harper les cantaba objetivos a sus hombres:

—¿Ve a ese oficial, Marcos? Mate a ese hijo de puta.

—¡Dígale a Taplow que cambie de dirección y avance hacia la batería! —le gritó Nairn a Sharpe por encima del ruido de los cañones enemigos—. ¡Yo pondré a los Highlanders detrás de él!

Sharpe volvió a espolear a *Sycorax*. La yegua estaba nerviosa a causa de los horribles ruidos. Los cañones provocaban un estallido grave y percutor que rompía los tímpanos mientras que el paso de las balas por encima de la cabeza hacía el mismo ruido que unos pesados toneles rodando por un suelo de madera. Una bala de cañón que se acercara demasiado sonaba como a tela rasgada, pero con un chasquido mucho más repentino y abrumador, que hacía que los contendientes se estremecieran una vez repuestos de la estupefacción que provocaba al surcar el aire. Por detrás de todos los ruidos estaba el sonido de las bandas y la música desgarradora de las gaitas. Los soldados chillaban, los sargentos gritaban y entonces un nuevo ingrediente se sumó a esa cacofonía: el traqueteo estruendoso de una descarga de infantería. Era una descarga de los franceses. El enemigo no se veía a causa del humo de los cañones,

pero mientras Sharpe cabalgaba hacia Taplow observó que la humareda se dispersaba a medida que la atravesaban las balas provenientes del centro de la colina.

—¡Cuidado ahora! ¡Cuidado! —Taplow iba sobre su montura justo detrás de su línea de frente. Su caballo se apartó de un soldado herido que vomitaba sangre y Taplow golpeó con la fusta la grupa del animal para mantenerlo firme y obediente. Detrás de él, las banderas del batallón se agitaban cuando eran alcanzadas por las balas de los mosquetes.

—Saludos del general de división Nairn, señor... —empezó a decir Sharpe.

—¡Maldito Nairn!

—Si cambiara de dirección, señor, hacia la batería...

—Cuando lo considere oportuno, señor; cuando lo considere oportuno. Maldito sea. —Taplow hizo girar a su caballo y se alejó de Sharpe—. ¡Bien hecho! —animaba a sus soldados—. ¡Cierren filas, muchachos! ¡Manténganse firmes ahora! ¡Ya llegará nuestro turno! ¡Acabaremos con esos cabrones en un minuto! ¡Cierren filas! ¡Aguanten, aguanten!

Cuando la línea de ataque estuvo a unos cien pasos de los cañones franceses, el enemigo cambió las rondas de disparos por los botes de metralla. Los botes recubiertos de estaño se abrían por la mitad con el fuego expulsado por la boca del arma y esparcían una carga de bolas de plomo como perdigones. En vez del golpe quirúrgico de las balas, cada una de las descargas hacía un agujero enorme y desigual en las filas que avanzaban. La línea de Taplow se estaba viendo rápidamente reducida e iba sembrando su ancho recorrido con un desparramamiento de muertos y heridos. Al final, la matanza y el ruido frenaron el avance del batallón y esa prueba del miedo de sus soldados alentó a Taplow a atravesar las filas con su caballo.

—¡A la carga, cabrones! ¡A la carga por Inglaterra!

Liberados, los soldados del batallón fueron a la carga. Gritaban de miedo, pero corrieron hacia delante y el humo de los cañones sirvió para esconderlos de sus enemigos. Una pequeña hondonada en el terreno les ayudó a que se librasen de lo peor de las descargas de metralla cuando se arrastraban hacia el humo y la línea de cañones enemiga.

—¡Venga, bastardos! ¡Maten a esos hijos de puta! —Taplow iba delante de sus hombres, cargando como un soldado de caballería con su espada en alto, cuando dos botes le explotaron de lleno en la cara de manera que tanto hombre como caballo se convirtieron al instante en pedazos de carne ensangrentada que con el estallido del arma salló despedida hacia atrás hecha jirones y salpicó a las tropas que seguían.

—¡Al ataque! —Fue un abanderado quien retomó el grito.

De Taplow no quedó nada más que sangre, huesos y trozos de carne esparcidos por toda la colina. Sus soldados cargaron pasando por encima de los restos destrozados de su coronel y su caballo y se adentraron en la humareda. Un proyectil

disparado desde la parte más alta de la colina explotó a unos diez metros por detrás de *Sycorax* y la yegua, aterrorizada, salió disparada hacia delante y se metió entre la niebla del humo de los cañones.

El humo era acre. Sharpe quería desenvainar su espada, pero necesitaba las dos manos para dominar el pánico de *Sycorax*. El caballo atravesó la humareda a toda velocidad y Sharpe vio un tumulto de casacas rojas dando machetazos y estocadas a los artilleros franceses. Era una venganza, y ninguno de los fusileros aceptaría la rendición de un enemigo. Los artilleros iban a pagar por el daño que habían hecho, así que las bayonetas destripaban y se clavaban.

*Sycorax* se detuvo, temblando, porque una trinchera francesa le impedía el paso. La zanja era poco profunda, como si estuviera a medio terminar. Un casaca roja y dos franceses yacían muertos en su interior. Sharpe desenvainó la espada y trató de sacar algo en claro del caos que había al otro lado de la trinchera. Los hombres de Taplow peleaban, acuchillaban y se abrían camino como podían a través de la batería al tiempo que, a sólo unos setenta pasos a su izquierda, un batallón de refresco enemigo marcha a entre la humareda. El único hombre que se dio cuenta de esa amenaza fue Frederickson, que había dispersado a sus escaramuzadores en una endeble línea para bloquear la aproximación del enemigo; pero un puñado de fusileros no podía tener ninguna esperanza de detener el decidido ataque de un batallón al completo. Los soldados de Taplow se encontraban en un desorden total, buscando únicamente venganza; sin embargo, en cualquier momento el contraataque enemigo caería encima de ellos como un trueno.

—¡Formen compañías! —gritó Sharpe a los fusileros. Espoleó a *Sycorax* para cruzar al otro lado de la poco profunda trinchera y entonces se sirvió de la cara de la hoja para avisar a los soldados que daban caza a los últimos artilleros, los cuales intentaban encontrar refugio bajo los calientes tubos de sus cañones—. ¡Formen compañías! —Encontró a un comandante—. ¿Está usted al mando ahora?

—¿Al mando? —El hombre se quedó aturdido.

—Taplow está muerto.

—¡Dios santo! —El comandante se quedó boquiabierto al escuchar a Sharpe.

—¡Por el amor de Dios, haga formar a sus soldados! Están a punto de ser atacados.

—¿En serio?

Sharpe se volvió hacia la izquierda y vio que el batallón francés había detenido su avance mientras calaba las bayonetas, aunque, a pesar del pequeño retraso, no podía quedar más de medio minuto antes de que los franceses avanzaran sobre la batería capturada, donde harían picadillo a los casacas rojas. Sharpe gritó a los soldados que formaran y unos cuantos sargentos se dieron cuenta del peligro y retomaron la llamada; pero Sharpe sabía que era imposible: los hombres de Taplow estaban ajenos

a todo lo que no fuera la batería capturada y su pequeño saqueo. En menos de un minuto los aplastarían. Soltó una maldición entre dientes: ni siquiera se le había ocurrido a nadie clavar los cañones enemigos, y Sharpe deseó haberse acordado de poner un martillo y unos cuantos clavos en la bolsa de su montura.

Entonces, afortunadamente, oyó el estrépito de una descarga y vio a los Highlanders que salían de entre la masa de humo. Nairn los había llevado hacia la izquierda de la carga de Taplow, por lo que los escoceses cayeron sobre el flanco del batallón francés que avanzaba. Bastaron dos descargas cerradas por parte de los escoceses para que los franceses renunciaran al contraataque.

Sharpe encontró al primer comandante de Taplow.

—¡Forme su Batallón!

—No puedo...

—Hágalo. ¡Ahora! Si no, haré que lo arresten. ¡Muévase!

Un soldado de la artillería francesa, herido de una docena de cuchilladas, se desplomó junto al caballo de Sharpe. Los casacas rojas se estaban bebiendo el agua sucia de pólvora de los cubos que había junto a las armas, en los que se mojaban los escobillones de los cañones entre disparo y disparo. A los ingleses heridos los dejaron apoyados contra los cestos de mimbre llenos de tierra que formaban las troneras de los cañones. Uno de esos cestos pareció explotar en sucias trizas bajo el impacto de una carga de disparos, y Sharpe se dio cuenta de que las armas francesas que había en lo más alto de las colinas habían empezado a disparar hacia la batería capturada.

—¡Ahora usted es la reserva! —gritó Sharpe al comandante—. ¡Divida a sus hombres y formen filas detrás de los Highlanders!

No esperó para ver si le obedecía, sino que salió tras los escoceses que marchaban hacia delante. A la izquierda de éstos, más allá de donde se encontraba el segundo batallón de Nairn, había otra brigada que avanzaba. Al parecer, el ataque había roto la corteza exterior de los franceses, pero, con ese avance, los británicos harían que los franceses se apretujaran en una defensa aún más gruesa e impenetrable.

Sharpe pasó junto a un fusilero muerto y se sintió aliviado al ver que no era Harper. El ataque de Nairn, ardiente y sangriento, iba bien. La compañía de granaderos de los Highlanders se encontraba dentro de una trinchera enemiga, dirigida por un grupo de oficiales y sargentos que utilizaban sus enormes espadas tradicionales escocesas para abrirse paso entre los franceses. Los tiradores de primera de Frederickson eliminaron al enemigo que huía. Dos gaiteros, aparentemente ajenos a ese horror, tocaban sus instrumentos con calma. Sharpe creyó que había algo en esa música que la hacía apropiada para un campo de batalla. El ruido era el mismo que haría un hombre al que estuvieran despellejando vivo, pero parecía llenar de terror al enemigo al mismo tiempo que inspiraba ferocidad en los escoceses. Un caballo sin jinete, con el cuello cubierto de sangre, galopaba presa del pánico hacia las líneas



enemigas.

—¡Taplow ha muerto! —Sharpe encontró a Nairn. Nairn se quedó mirándolo de hito en hito como si no lo hubiera oído y suspiró.

—¡Tanto rezar antes de la batalla...! Pobre hombre.

La brigada vecina había tomado por asalto un pequeño bastión y Sharpe vio que sus fortificaciones eran un hormiguero de soldados de infantería británicos y portugueses. Las bayonetas se alzaban y caían. A su juicio, el ataque había llegado a un punto en el que la habilidad de un soldado ya no podía controlarlo; entonces ya no era más que una multitud de soldados enloquecidos librados al combate, y siempre que pudieran seguir avanzando, la victoria era posible.

Sharpe perdió la noción del tiempo. El miedo había desaparecido; siempre parecía desvanecerse en cuanto el peligro estaba presente. Los soldados de Nairn, mermados y manchados de sangre, avanzaron en medio de los disparos. El humo se hizo más espeso. Los contendientes yacían a puñados, cubiertos de sangre, allí donde los habían alcanzado los botes de metralla. Los heridos se arrastraban en busca de ayuda, o vomitaban, o gritaban, o se limitaban a quedarse tumbados sin hacer ruido para dejar que les llegara la muerte. El orden parecía haberse esfumado. En lugar de batallones marchando orgullosos hacia el ataque, a Sharpe le pareció entonces que el asalto consistía en pequeños grupos de soldados que avanzaban unos pocos metros como una exhalación y luego reunían el valor suficiente para realizar otro avance rápido. Algunos de los hombres buscaban refugio y tuvieron que ser reconducidos de vuelta a la avanzada. En algunos lugares se divisaba un estandarte entre la humareda. De vez en cuando, una ovación anunciaba que se había tomado una trinchera enemiga. Un cañón de la Artillería montada se puso en posición y disparó con rapidez contra la cegadora niebla.

La defensa se concentró. El fuego del enemigo, que había sido tremendo al comenzar el asalto, pareció doblarse en intensidad. Los soldados de Nairn, divididos en unidades que nadie dirigía, se echaron al suelo. Él trató de forzarlos a seguir adelante, pero la brigada estaba exhausta. Sin embargo, la división calculó el momento a la perfección, porque en el preciso instante en el que Nairn se dio cuenta de que no podía pedirles más a sus hombres, una brigada de reserva apareció por detrás se desplegó junto a los soldados que quedaban de los tres batallones del general.

El escocés tenía lágrimas en los ojos, tal vez por los muertos, tal vez de orgullo: sus soldados lo habían hecho bien.

—Enhorabuena, señor —repuso Sharpe, y lo decía en serio, porque los hombres de Nairn habían penetrado profundamente en las horribles defensas.

Nairn negó con la cabeza.

—Tendríamos que haber llegado más lejos. —Frunció el ceño al tiempo que

escuchaba el sonido de la batalla—. Aunque algunos pobres bastardos le están dando duro.

—El bastión grande, señor. —Sharpe señaló al frente y a la izquierda, donde, entre la cambiante cortina de humo de los cañones, se distinguía una humareda blanca más espesa que delataba la posición del gran bastión central. Las descargas de los mosquetes chasqueaban en sus paredes de tierra.

—Si tomamos ese fuerte —observó Nairn—, la batalla está ganada.

Pero eran otros soldados los que tendrían que asaltar el bastión. Eran soldados de refresco, hombres de los Highlanders de la brigada de reserva, que se dirigieron hacia la vorágine al son de sus gaitas. Nairn no podía hacer nada más que observar. Envainó su espada como si supiera que no la iba a necesitar más, ya no en esa batalla, sino en esa guerra.

—Avanzaremos siguiendo el ataque, Sharpe.

—Sí, señor.

Sharpe se alejó a caballo para reorganizar los dispersos batallones. Las balas pasaban silbando junto a él; un proyectil cayó justo por encima de su cabeza y hubo un momento en que le pareció que el agudo silbido de un bote de metralla lo había elegido como objetivo, aunque, de alguna manera, él podía considerarse un hombre muy afortunado. Un ejército se desangraba a su alrededor, pero él estaba vivo. Pensó en Jane, en Dorset y en todos los placeres que le aguardaban con la paz, y rezó para que la victoria se alcanzara pronto y sin ningún percance.

\* \* \* \*

Los artilleros franceses abrieron unas sangrientas brechas en las filas de los Highlanders que atacaban el bastión. Los botes de metralla estallaban a quemarropa, reforzados por las descargas de los mosquetes de la Infantería que se alineaba en la empalizada y disparaba contra el enjambre de soldados que cruzaban como podían la seca zanja pasando por encima de los cuerpos de los hombres de su clan.

—¡Menos mal que son ellos y no yo! —El sargento Harper estaba de pie junto al caballo de Sharpe.

La compañía de Frederickson había salido bastante bien parada de ese horror. Sólo había perdido a seis soldados. El batallón de Taplow se había resentido mucho más: cuando Sharpe lo había vuelto a formar, parecía tener la mitad de soldados que cuando se empezó el ataque, y éstos estaban tan aturdidos que daban la impresión de haber entrado en trance. Algunos incluso lloraban porque Taplow había muerto.

—Les caía bien —le había explicado a Sharpe el capitán de la compañía ligera—. Los azotaba y los maldecía, pero les caía bien. Con él sabían dónde estaban.

—Era un hombre valiente —dijo Sharpe.

—Le atemorizaba la paz. Creía que sería aburrida.

Los Highlanders escarbaron en la pared de tierra. Los mosquetes franceses trataban de destrozarlos, pero, de un modo u otro, los escoceses subieron y clavaron las bayonetas por encima de la barricada. Un soldado trepó hasta la parte más alta y se cayó; otro se puso en su lugar y, de pronto, los escoceses ya estaban haciendo pedazos la empalizada y entraban en tropel por las brechas. Los vítores de los atacantes sonaron débiles a través del humo. Las compañías de apoyo cruzaron la zanja llena de muertos y tomaron el bastión.

Sharpe envainó su espada. Observó, sorprendido, que no tenía ni una gota de sangre. Pensó que tal vez no habría de matar en esta última batalla, y entonces una certeza supersticiosa le sugirió que sólo sobreviviría si no intentaba matar a nadie. Se pasó la mano por la barbilla sin afeitar y se olvidó de los augurios de la vida y la muerte cuando una enorme descarga cerrada martilleó en el lado más apartado del bastión capturado.

—Dios salve a Irlanda. —La voz de Harper era de sobrecogimiento.

Los franceses lanzaron un contraataque contra el bastión, igual de desesperado que el asalto de los Highlanders, y Sharpe vio con horror cómo el enemigo de casaca azul despejaba las murallas recién conquistadas. Los soldados luchaban cuerpo a cuerpo, pero los franceses tenían la ventaja de ser más numerosos y estaban ganando por la simple fuerza del ímpetu.

Los supervivientes del regimiento escocés saltaron para escapar del fuerte; los franceses les dedicaron unos desdeñosos vítores, y entonces los batallones de reserva, formados por más soldados escoceses, avanzaron gruñendo con las bayonetas extendidas.

—¡Formaremos como reserva! —le gritó Nairn a Sharpe.

—¡Adelante escaramuza! —gritó éste a su vez.

La brigada de Nairn había marchado con una fuerza de tres batallones, pero entonces formaron en sólo dos. Los reducidos Highlanders se hallaban a la izquierda, y lo que quedaba de los dos batallones ingleses formó en bloque a la derecha. Los soldados se pusieron en cuclillas y rezaron para que no se les necesitara. Tenían el rostro ennegrecido por los residuos de pólvora sobre los que el sudor trazaba unas sucias líneas blancas.

El segundo ataque escocés entró como pudo en el bastión. De nuevo las bayonetas se alzaron y cayeron sobre el parapeto y de nuevo los escoceses echaron a los franceses. El humo cambió de rumbo y no permitía ver la lucha, pero las gaitas seguían sonando y las exclamaciones volvían a ser en gaélico.

Sharpe dejó su espada envainada mientras se dirigía hacia Nairn a lomos de *Sycorax*. Sobre su cabeza se alzaron dos alondras por encima de la humareda, algo incongruente en ese día de lucha. La yegua se alejó dando un respingo de un sargento

escocés muerto. La batalla se había vuelto tranquila, o eso le parecía a Sharpe. Los soldados peleaban y morían a menos de doscientos pasos hacia el norte y los cañones que los rodeaban, inmersos en una nube de humo, no dejaban de tronar con la amenaza de golpear las entrañas que encontrarán al paso de sus proyectiles, pero eso a él no le parecía amenazador. Se acordó de los restos de la ternera en salazón que tenía en la bolsa y se quedó asombrado al encontrarse con que una bala de mosquete de los franceses se había alojado en la carne correosa y llena de cartílago. Extrajo la bala de plomo y le hincó el diente a la comida.

—Hay otra brigada a unos cuatrocientos metros por detrás de nosotros —observó Nairn—. Si cae el fuerte van a seguir adelante hasta el extremo de la cresta.

—Bien.

—Gracias por todo lo que ha hecho —le dijo el escocés.

Sharpe, turbado por el elogio, movió la cabeza en señal de negación.

—Ni siquiera mojé mi espada, señor.

—Yo tampoco. —Nairn dirigió la mirada al cielo.

Una bala de cañón francesa disparada a ciegas desde el flanco izquierdo y dirigida a los escoceses que habían tomado el baluarte se desvió y le cortó la cabeza al caballo de Sharpe con un estallido de sangre tibia. Durante un segundo Sharpe se quedó sentado sobre la yegua decapitada; entonces el cuerpo cayó hacia delante y él sacó los pies de los estribos y se echó a un lado con desesperación, porque el cadáver de su montura amenazaba con caérsele encima.

—¡Maldita sea! —Sharpe se quedó tumbado sobre un charco de sangre de caballo aún caliente y luego se puso en pie con dificultad—. ¡Maldita sea!

Nairn dominó su impulso de reírse de la indecorosa caída de Sharpe. En lugar de eso le dijo:

—Lo siento.

—Era un regalo de Jane. —Sharpe se quedó mirando a ese amasijo de muerte que había sido *Sycorax*. El cuerpo descabezado todavía temblaba.

—Era un buen caballo —dijo Nairn—. Guárdese la silla.

Se dio la vuelta en su montura para ver si alguno de sus caballos de reserva estaba a la vista, pero una repentina descarga de mosquetes lo obligó a volverse de nuevo.

Otro contraataque de los franceses avanzó rápidamente, esta vez flanqueando y asaltando el baluarte, y de nuevo un mayor número de soldados obligó a los escoceses a retroceder. La infantería de casacas azules se apiñó por las paredes del bastión, retumbaron los mosquetes y por segunda vez los franceses retomaron el fuerte. Se escucharon los gritos de los Highlanders a los que estaban dando caza en el interior del patio.

—Hoy están luchando bien esos malditos franceses —el tono de Nairn hacia evidente su desconcierto.

El enemigo corría por la empalizada matando con la bayoneta a los soldados escoceses heridos. En efecto, esos franceses combatían con un brío que en el ataque anterior, realizado en columna, no habían demostrado. Un estandarte con un águila brillaba en medio del humo, y bajo su brillo Sharpe vio a un general francés. El hombre estaba de pie con las piernas ampliamente separadas sobre el parapeto sur del fuerte. Era una pose arrogante que sugería que el francés era el señor de ese campo de batalla y que podía igualar con creces cualquier cosa que los británicos le echaran encima. Los fusileros de Frederickson debían de haber visto al general enemigo, porque pudieron oírse los disparos de una docena de ellos; pero ese día el francés tuvo mucha suerte.

—¡Ése es Calvet! —Sharpe había enfocado al francés con el catalejo y reconoció la figura rechoncha y baja del hombre con el que había luchado en Teste de Buch—. ¡Es el maldito Calvet!

—Démosles una lección a esos cabrones. —Nairn desenvainó su espada. Era evidente que con la última expulsión de los escoceses no había tropas de refresco que pudieran lanzarse contra el baluarte reconquistado. Si le daban a Calvet más de unos minutos, reorganizaría sus defensas y redoblaría la dificultad de tomar el fuerte. Ése era el momento de contraatacar, y la brigada de Nairn era la que se encontraba más próxima.

—¡Rápido, Sharpe! ¡Acabemos con esto!

Calvet se apartó imperiosamente. Sus hombres avanzaban desde ambos flancos del bastión. La trinchera del fuerte estaba repleta de soldados muertos y agonizantes.

—¡En pie! —Nairn se había situado en el espacio entre sus dos batallones—. ¡Calen las bayonetas! —Esperó a que las cuchillas estuvieran colocadas y después agitó su sombrero tricornio—. ¡Adelante! ¡Que se oigan las gaitas!

Los dos batallones avanzaron. Hasta entonces habían pasado desapercibidos. Los franceses despejaban sus troneras y las cornisas a las que se subían para disparar por ellas mientras uno de los batallones de Calvet formaba en tres filas frente a la empalizada hecha pedazos y la zanja empapada de sangre. Fue un oficial de ese batallón el primero que se dio cuenta de la amenaza de Nairn y dirigió un grito de advertencia al parapeto del fuerte.

A nadie se le había ocurrido clavar los cañones para inutilizarlos, y los soldados de la artillería francesa los cargaron entonces con botes de metralla y dispararon estrépitos de muerte hacia el ataque de Nairn. Sharpe, que se apresuraba para alcanzar al escocés a caballo, vio caer a Nairn, pero sólo era su caballo el que había resultado herido. El viejo escocés, sin el sombrero y por completo despeinado, se levantó y blandió su espada.

—¡Adelante!

El fuerte había sido capturado dos veces y dos veces lo habían vuelto a tomar. Ese

burdo cuadrado de tierra con sus maltrechas empalizadas parecía arrastrar a los soldados hacia el horror de su interior; era casi como si ambos ejércitos hubieran acordado que quien capturara el fuerte ganaría también la batalla. Sharpe se dio cuenta de que a su derecha el terreno estaba despejado, un terreno que debía de flanquear la humeante fortificación; pero la serenidad, la única que podría haber sugerido que se ocupara ese terreno, había sido reemplazada por un orgullo salvaje que no iba a permitir que el general Calvet tuviera la satisfacción de mantener el baluarte. Nairn, a quien durante tanto tiempo se le había negado la oportunidad de mostrar sus habilidades, se erigió en el maestro de esa batalla. No eran sólo los cañones del bastión a los que tenía que enfrentarse, puesto que en el batallón de la Infantería francesa los soldados cargaban sus mosquetes a la espera del asalto de Nairn.

—¡Aguanten, muchachos, aguanten! —Nairn había lanzado su ataque llevado por un impulso y se dio cuenta de que tenía que tomárselo con más calma para que a sus soldados no los traicionara el miedo o la impaciencia—. ¡Vigilen la alineación! —Le sonrió a Sharpe cuando se unió a él—. ¡Un último esfuerzo, Sharpe, sólo un último esfuerzo!

Una de las banderas de los Highlanders cayó, aunque la recuperaron y la izaron de nuevo. Una bala de cañón le cortó la pierna a un sargento a la altura de la rodilla. Las gaitas avivaban el fervor en los corazones que decaían. La Infantería francesa había cargado y alzado los mosquetes. No había ni rastro de Calvet, que debía de haberse quedado dentro del bastión. Sharpe observó que los franceses amartillaban los mosquetes.

—¡Destrozaremos a esos cabrones! —gritó Nairn—. ¡Los destrozaremos!

La Infantería francesa disparó y el aire se llenó de la escindida descarga y del ensordecedor silbido de sus balas. De las cañoneras brotó un humo espeso como la sangre y Sharpe vio que el terreno que había ante él se revolvía al ser alcanzado por los botes de metralla. Nairn se tambaleó hacia atrás y Sharpe se volvió alarmado hacia él.

—¡No es más que la pierna, muchacho! ¡No es nada! ¡Siga! ¡Siga! —Nairn estaba herido, aunque seguía eufórico. Cojeaba, pero no dejó que Sharpe se quedara con él—. ¡Deles una descarga cerrada, Richard, ésta es su oportunidad!

—¡Brigada! —la voz de Sharpe sonó tremenda—. ¡La brigada se detendrá! ¡Presenten armas!

Los casacas rojas se detuvieron. Alzaron sus pesados mosquetes. El batallón de los franceses sabía lo que se avecinaba e intentó desesperadamente volver a cargar. Sharpe levantó su espada, se detuvo un instante y luego la bajó de golpe.

—¡Fuego!

Siguió una descarga atronadora y una exhalación de humo acre no había tiempo

para preguntarse el daño que habían hecho las balas.

—¡Carguen!

—¡Lleve a los muchachos hacia el objetivo, Richard! —le gritó Nairn—. ¡Llévelos hacia el objetivo!

—¡Carguen! —Sharpe sintió que aumentaba la furia, la irrazonable furia de la batalla, la ira que sólo disminuía con la victoria. Eran esa misma ira y ese orgullo los que habían hecho que Taplow apretara el paso delante de sus soldados hacia una muerte certera y los que hicieron que Nairn condujera a sus hombres hacia ese caldero que era el territorio asesino de la fortificación.

—¡Carguen! —Una bala de mosquete le pasó justo por delante de la cara. En esos momentos Sharpe podía distinguir los rostros de los soldados de la Infantería francesa, que tenían un aspecto sumamente joven y desesperadamente asustado.

—¡Carguen! —Ése era Nairn, que estaba entonces detrás de Sharpe, y la palabra pareció arrojar a lo que quedaba de la brigada hacia el hedor de los cuerpos y la sangre entre los que se situaba el enemigo. Los Highlanders se abalanzaron contra la Infantería francesa, que no tenía donde batirse en retirada. El enemigo vaciló y estuvo perdido. El batallón inglés de Nairn se acercaba a su flanco.

Las bayonetas de los escoceses avanzaron y regresaron ensangrentadas. Los hombres de los clanes tenían mucha experiencia en la guerra y en luchar contra reclutas. Sharpe, situado en uno de sus flancos, vio correr al enemigo, pero, presas del pánico, los franceses se abalanzaron sobre los ingleses que se aproximaban. Había un chico que corría derecho hacia Sharpe; entonces, al ver al oficial inglés, el muchacho alzó su bayoneta para atacar. Sharpe se hizo a un lado con desdén y le puso la zancadilla. Lo dejó tendido en el suelo para que uno de los soldados de Frederickson lo desarmara o lo matara.

Un cañón disparó botes de metralla hacia el tumulto de soldados que peleaban y mató tanto a escoceses como a franceses.

—¡Abran fuego! —gritó Frederickson, y sus escaramuzadores dispararon hacia las troneras. Un artillero salló despedido hacia atrás. Un francés gritaba a voz en cuello desde la empalizada. Los Highlanders de Nairn ya estaban destrozando la inclinada pared de tierra de la cara sur del fuerte.

—¡A la derecha! ¡A la derecha! —le gritó Sharpe al provisional batallón inglés para que torciera su avance y le siguiera hacia la pared oeste del baluarte.

Sharpe saltó por encima de la zanja y trató de alcanzar la empalizada. Un mosquete le tiró un fogonazo; entonces resbaló en la tierra mojada y cayó de espaldas al pie de la trinchera al tiempo que los soldados de Frederickson saltaban por su lado. El sargento Harper había sacado su pistola de siete cañones del portafusil. La disparó al azar hacia arriba e hizo retroceder a tres soldados franceses, que dejaron un espacio por donde los fusileros pudieron alcanzar la parte superior. Sharpe fue tras ellos. La

sangre de un soldado le empapó la cara, un cuerpo le cayó encima, pero lo apartó para ayudar a otro soldado a tirar de la empalizada. Una astilla de madera le rasgó la mano al tirar pero entonces el parapeto se resquebrajó, cedió hacia el exterior y dejó un espacio por el que podía pasar un hombre. Una bayoneta francesa trató de alcanzarlos, pero Sharpe clavó su espada y le rajó el antebrazo al soldado, que dejó caer el mosquete y la cuchilla.

Un casaca verde entró por la brecha, le dispararon y otro soldado lo apartó a un lado. Harper estaba arrancando otra parte de la barricada, sacando un cesto de mimbre lleno de tierra que causó el desmoronamiento de toda una sección de las defensas encima de un casaca roja herido. Harper gritaba su propio desafío en gaélico. Los casacas rojas se mezclaban con los casacas verdes y toda esa masa de soldados escarbaba y rompía el montículo de barro y la empalizada de madera. Pisoteaban a los heridos y se abrían paso a la fuerza hacia donde los mosquetes franceses martilleaban y las bayonetas se clavaban. Un francés alargó demasiado su cuchillada, le agarraron el arma y el hombre grito al tiempo que lo arrastraban hacia las dagas que le aguardaban. En esos momentos, Sharpe estaba encajado en una brecha de la empalizada y trataba desesperadamente de esquivar una bayoneta cuando de repente toda una sección de la pared que había tras él se vino abajo hacia adentro bajo el peso de los atacantes. Se oyeron gritos de victoria y de pronto los británicos cayeron sobre la estrecha cornisa bajo las troneras luego bajaron de un salto al patio donde el general Calvet trataba de alinear a sus soldados formando un grupo sólido; pero los Highlanders de Nairn ya habían atravesado la pared sur, y en esos momentos los primeros de esos escoceses dirigían sus bayonetas hacia los asustados soldados de Calvet. El patio había quedado igual que un matadero a raíz de los dos ataques previos.

—¡Acérquense a ellos! ¡Acérquense! —gritó Sharpe y acto seguido bajó de un salto al patio.

Ahora se trataba de sangre, hedor y hojas de acero en un espacio muy reducido. Un oficial francés trató de batirse en duelo con Sharpe, pero el fusilero no tenía tiempo para tamañas heroicidades y se limitó a echarse hacia delante con el fin de evitar la arremetida del soldado y golpearle en la cara con la guarnición de su espada. El francés cayó de espaldas y Sharpe le dio una patada en las costillas. Hubiera dejado allí al soldado, pero el oficial francés hurgó en su cinturón para sacar una pistola y Sharpe se olvidó de su superstición acerca de matar y le clavó la espada. Otro soldado se acercó a Sharpe con una bayoneta, pero dos fusileros con bayonetas de espada corta lo alcanzaron primero un oficial de los Highlanders destripó a un artillero con un golpe de espada escocesa; luego le dio en la cabeza para asegurarse de su muerte.

Calvet insultaba a sus hombres, tiraba de ellos para que se alinearan,



maldiciéndolos por ser unos cabrones con hígado de pollo. Un oficial escocés se acercó lo bastante al general para amenazarlo con su espada, pero Calvet esquivó el golpe casi con indiferencia y luego arremetió con su espada contra el vientre del escocés antes de volverse hacia sus soldados para gritarles que fueran rápidos y echaran a esos malditos bastardos. Los soldados de Calvet eran en su mayoría jóvenes reclutas que ese día habían luchado como demonios, pero el ataque de Nairn había consumido el coraje que les quedaba. A pesar de lo que decía su general, ellos retrocedieron.

Hubo unos cuantos que siguieron luchando. Un artillero francés balanceaba un ariete como si se tratara de un enorme garrote. Sharpe se agachó bajo el vaivén y le lanzó una estocada. El francés puso cara de estar extrañamente sorprendido cuando el acero le perforó el vientre. Un soldado de los Highlanders terminó el trabajo por Sharpe. Había un gaitero sobre la muralla del lado sur que con su música desenfrenada compelia a los escoceses a seguir adelante.

El mango de la espada de Sharpe estaba resbaladizo debido a la sangre. Los soldados de Calvet rompieron filas y echaron a correr. Los primeros ya estaban saltando por encima de la pared que daba al norte. Sharpe buscó a Calvet con la mirada y lo vio en medio de unos cuantos veteranos con bigote, bajo el brillante estandarte del águila.

—¡Calvet! —Sharpe gritó su nombre en un tono desafiante—. ¡Eh, Calvet!

El francés vio a Sharpe. Curiosamente, en vez de molestarse por el reto, levantó su espada imitando un saludo. Sharpe se abrió camino como pudo para acercarse a él, pero una repentina avalancha de Highlanders se interpuso ante el grupo de franceses. Las banderas de tres batallones británicos se encontraban entonces en la fortificación, el tropel de soldados era incontenible y los últimos defensores incondicionales de Calvet tuvieron que ceder. Habían combatido bien, pero en esos momentos lo único que querían era salir de ese patio sangriento. Se retiraron con calma, disparando sus mosquetes para mantener a los escoceses a raya; luego rompieron filas y salieron como pudieran por el parapeto del lado norte.

—¡Guarnezcan las cornisas! —Sharpe fue corriendo hacia el parapeto norte.

—¡Claven esos malditos cañones! —Ése era el coronel de los escoceses.

Los soldados de Frederickson estaban en el parapeto del lado norte y disparaban contra los franceses que se batían en retirada. Sharpe se unió a ellos, sacó el fusil de la correa y buscó a Calvet. Vio que el general se alejaba caminando, sin molestarse en correr; simplemente iba cortando la maleza con su espada como si estuviera dando un paseo por el campo. Sharpe lo apuntó con su arma justo en la parte baña de la espalda pero no pudo apretar el gatillo. Movié el cañón hacia arriba y a un lado antes de disparar, de manera que la bala pasó zumbando junto a la oreja derecha del general francés.

Calvet se dio la vuelta y vio a los fusileros alineados en el parapeto. Ninguno disparó contra él porque su porte calmado traslucía una valentía que ellos podían admirar. Era un soldado vencido pero valiente. Se quedó mirando fijamente a los fusileros durante un segundo y luego se inclinó haciendo una reverencia irónica. Al tiempo que se enderezaba hizo un gesto obsceno y después siguió andando con parsimonia. Sólo empezó a correr cuando las tropas británicas, que se agolpaban a ambos lados del baluarte, amenazaron con cortarle el paso. Por delante de Calvet brotó el humo cuando los españoles reanudaron su asalto en el extremo norte de la colina. Ese asalto y la caída del enorme fuerte quebrantaron lo que le quedaba de espíritu al ejército del mariscal Soult.

Los franceses corrían. Bajaron a la carrera por la pared este de la montaña hacia los puentes que cruzaban el canal y pusieron rumbo a la ciudad. Sharpe, de pie en la cornisa que habían capturado, pudo por fin contemplar los chapiteles, torres, pináculos y tejados de Toulouse. Vio el semicírculo de humo que señalaba las posiciones británicas al este y sur de la ciudad. Era como mirar un grabado de un asedio sacado de algún viejo libro sobre las guerras de Marlborough. Se quedó mirando fijamente, ajeno al repentino silencio que extendía por la colina, y lo único en lo que pudo pensar fue en que estaba vivo.

Sharpe se dio la vuelta dejando la ciudad a sus espaldas y vio al sargento Harper sano y salvo. El corpulento irlandés estaba cortando una cantimplora para desprenderla del cinturón de un soldado francés. Un clarín anunció la victoria. Un francés herido maldijo su dolor y trató de ponerse en pie. Un sargento de los Highlanders admiraba la espada de un oficial francés que se había quedado como trofeo. Los soldados cogían agua de los cubos de los cañones con cazos y se la tiraban por la cara. Un perro corría con un trozo de intestinos en la boca. Un teniente francés agonizaba al pie del vacío mástil francés. El hombre pestañeaba desesperadamente, como si supiera que si dejaba que se le cerraran los párpados se deslizaría hacia la noche eterna.

Llegó Frederickson, que se quedó junto a Sharpe, y los dos oficiales se volvieron para observar desde lo alto la ciudad enemiga.

—Supongo que mañana tendremos que asaltar ese maldito lugar —dijo Frederickson.

—No lo haremos nosotros, William. —Sharpe sabía que ese sangriento trabajo se lo darían a otros batallones. Los soldados que habían tomado la colina ya se habían ganado la paga y la prueba estaba en el espanto que reinaba a su alrededor. Soldados muertos, heridos, caballos que agonizaban, cureñas rotas, humo, desperdicios; era el campo tras la batalla, la última batalla. Sin duda, pensó Sharpe, tenía que ser la última batalla.

Encontró un trapo para limpiar los cañones y lo usó con su espada. Había mojado

la hoja después de todo, pero pronto, pensó, colgaría esa larga espada de una pared en el campo, y él dejaría que acumulara polvo. Al norte de donde se encontraba, las banderas británicas avanzaban por la colina mientras los batallones de refresco daban caza a los últimos nidos de tenaces defensores. El humo se hacía menos espeso y daba lugar a una bruma borrosa. Sobre la cima más alejada de las colinas se divisaban los estandartes españoles, lo cual demostraba que la batalla de ese día estaba ganada aunque la ciudad en sí todavía tuviera que caer. De repente Sharpe soltó una carcajada.

—De pronto me han entrado ganas de hacerme con el águila de Calvet. ¿Lo ha reconocido?

—Sí. —Frederickson ofreció su cantimplora a Sharpe—. Debe alegrarse de no haber intentado quitarle el pájaro: no estaría vivo si lo hubiera hecho.

De repente sonó una gaita y algo plañidero en sus notas hizo que Sharpe y Frederickson se volvieran.

—¡Oh, Dios! —dijo Frederickson en voz baja. Cuatro Highlanders llevaban una camilla hecha con casacas enemigas anudadas a unos mosquetes franceses. Tendido sobre la camilla, con el pelo blanco que le colgaba, estaba Nairn.

Sharpe bajo de un salto a la tierra empapada en sangre del patio. Cruzó hacia donde estaba el cuerpo justo cuando los Highlanders lo bajaban al suelo.

—Está muerto, señor. —Uno de los soldados vio la cara de Sharpe y se ofreció a darle la funesta noticia.

—Dijo que era la pierna. —Sharpe miró con el ceño fruncido al anciano que había sido su amigo.

—También el pulmón, señor.

—¡Oh, Dios! —Las lágrimas se agolparon en los ojos de Sharpe y cayeron por su mejilla ensangrentada—. Iba a cenar con él esta noche.

—Lo siento, señor.

Enterraron a Nairn en el centro de la fortificación que los escoceses habían capturado. Una gaita tocó un treno por él, un capellán rezó una plegaria en gaélico y sus queridos Highlanders dispararon una descarga hacia las estrellas del norte en su honor.

Y por la mañana, cuando Sharpe se despertó con la boca reseca y el corazón dolorido por el recuerdo de la muerte del escocés, se descubrió que el mariscal Soult había abandonado Toulouse. Había marchado a través de la brecha en el cerco británico y se había ido de la ciudad que en esos momentos hacía alarde de banderas blancas para dar la bienvenida a sus enemigos. Toulouse se había rendido.

\* \* \* \*

El capitán William Frederickson, que se había vuelto a poner la dentadura postiza y el parche en el ojo para darle a su rostro surcado de cicatrices un semblante de respetabilidad, descubrió a Sharpe en una bodega próxima a la prefectura de Toulouse. El lugar estaba abarrotado de gente, pero había algo en el marcado rostro de Sharpe que había disuadido a todo el mundo de compartir su mesa. Acababa de anochecer y habían pasado dos días desde que Soult había abandonado la ciudad para dejarla en manos de los británicos.

—¿Le ha dado por beber solo? —le preguntó Frederickson.

—Nunca he abandonado ese hábito. —Sharpe empujó la botella de vino hacia el otro lado de la mesa—. Tiene usted un aspecto de lo más alegre.

—Estoy de lo más alegre —Frederickson hizo una pausa, porque se oyó un fuerte y prolongado hurra desde la prefectura de al lado. El mariscal de campo lord Wellington daba una cena para celebrar la toma de la ciudad. Todos los ciudadanos prominentes de Toulouse estaban presentes, todos llevaban la escarapela blanca de la monarquía francesa y todos juraban que nunca habían apoyado al advenedizo tirano corso.

—Hace que uno se pregunte contra quién hemos estado luchando todos estos años. —Frederickson se sentó a horcajadas en una silla con el respaldo delante y le dio las gracias por el vino con un movimiento de la cabeza—. Pero ya no lucharemos más contra ellos, porque el emperador ha abdicado. Ese condenado y maldito emperador se ha dado por vencido. Permítame que brinde por su excelente salud, Sharpe, ahora que está totalmente a salvo.

Frederickson había hablado en un tono de completa naturalidad, tanto fue así que en realidad Sharpe no comprendió lo que su amigo acababa de decir.

—La guerra, mi querido amigo, ha terminado —insistió Frederickson.

Sharpe lo miró de hito en hito sin decir nada.

—Es tan cierto —repuso Frederickson— como que vivo y respiro, y que me maldigan si miento, pero ha venido desde París un oficial británico. ¡Piense en ello! ¡Un oficial británico desde París! ¡De hecho, han venido desde allí un montón de oficiales británicos! ¡Bonaparte ha abdicado, París ha caído, la guerra ha terminado y nosotros hemos ganado! —Frederickson no pudo contener más su entusiasmo. Se puso en pie y, haciendo caso omiso del origen francés de la mayoría de clientes, se subió a la silla y gritó la noticia a todos los que había en la taberna—: ¡Boney ha abdicado! ¡París ha caído, la guerra ha terminado y nosotros hemos ganado! ¡Por Cristo, hemos ganado!

Hubo un momento de silencio y entonces empezaron los vítores. Los oficiales españoles y portugueses buscaron una rápida traducción y luego añadieron su propia algarabía a la celebración. Los únicos que no gritaron su entusiasmo fueron los veteranos franceses con bigote, vestidos de civil, que fijaron la vista en sus copas de

vino con resentimiento. Uno de esos hombres, cuando le tradujeron la noticia, se echó a llorar.

Frederickson gritó a una de las chicas que servían que quería champán, puros y brandy.

—¡Hemos ganado! —exultó Frederickson ante Sharpe—. ¡Se ha terminado el maldito asunto!

—¿Cuándo abdicó Boney? —preguntó Sharpe.

—Ni idea. ¿La semana pasada? ¿Hace dos semanas?

—¿Antes de la batalla? —insistió.

Frederickson se encogió de hombros.

—Antes de la batalla, sí.

—¡Por Dios! —Sharpe cerró los ojos por un momento. ¿Así que la muerte de Nairn había sido en vano? ¿Toda la sangre derramada en la alta cresta de las colinas había sido inútil?

Entonces, de repente, una abrumadora y asombrosa oleada de alivio hizo que se olvidara de esa ironía. Las campanas de Europa podían repicar porque la guerra había terminado. No habría más peligro. No habría que reunir de nuevo el valor necesario para atacar una muralla en poder del enemigo, ni que quedarse quieto como una roca mientras un batallón enemigo apuntaba. Se acabaron los cañones, los lanceros, las líneas de tiradores, las muertes. Se había terminado. Adiós a las caminatas nocturnas envueltos en sudor pensando en la amenaza de la hoja de una espada. La guerra había terminado y se habían cerrado las últimas filas, y todo el maldito asunto estaba acabado. Europa se había enjuagado con sangre, pero por fin se había terminado. Ahora viviría para siempre, y esa idea hizo reír a Sharpe, que se encontró de pronto estrechando la mano de los oficiales aliados que se amontonaban alrededor de la mesa para oír los detalles de la noticia de Frederickson. Napoleón, el ogro, el tirano, el azote de Europa, el maldito corso, el advenedizo, la bestia, estaba acabado.

Alguien empezó a cantar mientras algunos oficiales bailaban entre las mesas donde permanecían sentados los veteranos del emperador ocultando sus pensamientos.

Llegaron el brandy y el champán. Frederickson, sin preguntar, vertió el vino tinto de la copa de Sharpe en el suelo cubierto de serrín y lo sustituyó por champán.

—¡Un brindis! ¡Por la paz!

—¡Por la paz!

—¡Por Dorset! —exclamó Frederickson con una sonrisa.

—¡Por Dorset! —Sharpe se preguntó si habría llegado carta de Inglaterra y acto seguido se olvidó de la idea para saborear la increíble noticia. ¡Se había terminado! No habría más botes de metralla, ni más bayonetas, ni más tiritones durante las largas marchas nocturnas, ni más hedor de la caballería francesa, ni más sables cortantes, ni

más balas. La Pascua había triunfado y la muerte estaba derrotada—. Tengo que escribir a Jane —repuso, y se preguntó si ella estaría celebrando la noticia en algún pueblo de Dorset. Habría bueyes asándose, toneles de cerveza, las campanas de la iglesia repicando. Se había terminado.

—Puede escribirle a Jane mañana —ordenó Frederickson—; esta noche nos emborrachamos.

—Esta noche nos emborrachamos —asintió Sharpe.

A la una de la madrugada estaban encima de las murallas de la ciudad, donde cantaron tonterías y gritaron su triunfo hacia las fogatas del campamento británico situado al oeste de la ciudad. A eso de las dos iban en busca de otra bodega, aunque en lugar de eso se encontraron con un grupo de sargentos de caballería que se empeñaron en compartir con los oficiales fusileros un poco de champán de los saqueos. A las tres de la mañana, cogidos del brazo para mantenerse derechos, Sharpe y Frederickson atravesaron tambaleándose las fortificaciones francesas abandonadas y cruzaron el puente de madera sobre el canal, donde dos centinelas amigos impidieron que se cayeran al agua. A las cuatro arrestaron al sargento Harper con la acusación de estar sobrio y a las cinco lo declararon inocente porque ya no lo estaba. A las seis de la mañana el comandante Richard Sharpe estaba vomitando y a las siete fue tambaleándose hacia la tienda vacía de Nairn y dio instrucciones de que no se le despertara nunca más. Nunca.

Porque la guerra había terminado, se había ganado y por fin, por fin, había paz.

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO 4

La brigada de Nairn ya no existía. Desbaratados por la batalla y sin adalid, sus diezmados batallones se agregaron a otras brigadas. La razón fue puramente administrativa, porque entonces el Ejército lo iban a dirigir burócratas en lugar de soldados combatientes, y a esos burócratas les habían ordenado que disolvieran el Ejército que había combatido desde las costas portuguesas hasta lo más profundo de Francia. Frederickson tenía curiosidad por descubrir hasta dónde había llegado a marchar el Ejército, y encontró su respuesta con la ayuda de algunos mapas que descubrió en la tienda de un librero de Toulouse.

—En línea recta —le dijo a Sharpe en tono ofendido— sólo son mil sesenta y dos kilómetros, y hemos tardado seis años.

O dieciséis mil kilómetros tal como los calculaba un soldado, en forma de pésimos caminos que se helaban en invierno, se tornaban cenagales en primavera y llenaban la garganta de polvo en verano. Los kilómetros de los soldados eran los que se recorrían bajo el peso de mochilas capaces de destrozar la espalda del más avezado. Eran kilómetros que se recorrían una y otra vez en avance y retirada, en medio del caos y el miedo. Los kilómetros de los soldados conducían a batallas y asedios y a la muerte de amigos, pero éstos ya estaban hechos entonces, y al Ejército sólo le restaba desplazarse ciento treinta kilómetros de los otros hacia Burdeos, donde había barcos esperando a sus miembros para llevárselos. A algunos de los batallones los estaban enviando a plazas situadas al otro lado de los océanos; a otros los mandaron a la guerra que se libraba en América, y a unos cuantos los enviaron a casa, donde, con el deber cumplido, los licenciarían.

A la compañía de Frederickson la mandaron a Inglaterra para ser disuelta junto con el resto de su batallón. A los soldados los enviarían a unirse a otros batallones del LX. La mayoría de españoles que se habían alistado en la compañía durante la guerra ya habían desertado. Se habían sumado a los casacas verdes sólo para matar franceses y, como ese trabajo ya se había realizado de manera eficiente, Frederickson hizo con mucho gusto la vista gorda frente a su partida. Sharpe, sin un batallón propio y sin trabajo siquiera, recibió permiso para viajar de vuelta a Inglaterra con los fusileros y así, tres semanas después de la rendición francesa, se encontró trepando a una de las barcasas de río de fondo plano que se habían alquilado para transportar al Ejército por el Garona hacia los muelles de Burdeos.

Unos segundos antes de que la barcaza se alejara del embarcadero impulsada por la pértiga, llegó un mensajero del cuartel general de la división con una saca de correo para la compañía de Frederickson. La saca era pequeña, puesto que la mayoría de los soldados de la compañía no sabía leer ni escribir y, entre los que tenían esta habilidad, había pocos a cuyos familiares se les ocurriera escribir cartas. Había una



misiva dirigida a un soldado que había muerto en Fuentes d'Onoro pero cuya madre, que se negaba a creer la noticia, seguía empeñada en escribir cada mes exhortando a su hijo muerto hacía tiempo a que fuera un buen soldado, un cristiano ferviente y un orgullo para su familia.

También había un paquete para el comandante Richard Sharpe, remitido desde Londres por sus agentes militares. Lo habían mandado primero a los Voluntarios del Príncipe de Gales y luego al cuartel general, y de ahí, al de la división, por lo que había tardado más de un mes en llegarle a Sharpe.

—Así que no hacía falta que se preocupara —dijo Frederickson— Jane escribió, después de todo.

—Ya lo creo. —Sharpe siguió adelante con el paquete para tratar de encontrar una parcela de intimidad en la proa de la barcaza, donde arrancó la oblea del sello y, con una expectación totalmente ridícula y propia de muchachos, rasgó el paquete para encontrar dos cartas.

La primera era de un hombre de Lancashire que afirmaba haber inventado unas balas encadenadas que se podían disparar con cualquier mosquete o fusil normal y que si se disparaban bajo contra las patas de los animales de la caballería podían ser fatales. Le rogaba al comandante Sharpe que lo ayudara a persuadir al director general de Armamento y Material para que comparara el artefacto, que se llamaba «Quebrador de Patas de Caballos patentado por Armbruster». Sharpe hizo una pelota con la carta y la tiró por encima de la borda de la embarcación.

La segunda era de los agentes militares de Sharpe. Saludaban al comandante Sharpe y pedían permiso para informarle de que, de acuerdo con sus instrucciones escritas para conceder a la señora Jane Sharpe autoridad sobre su cuenta, habían vendido todos sus bonos al cuatro por ciento y habían transferido las sumas a cargo de la señora Jane Sharpe, de la calle Cork en Westminster. Le daban las gracias al comandante Sharpe por la confianza y el privilegio de manejar sus asuntos y esperaban que si alguna vez volvía a necesitar de tales servicios, no se olvidaría de sus humildes y seguros servidores, los señores Hopkinson e Hijo, agentes militares, de la calle San Albans en Londres. Los humildes servidores añadían que los gastos de la venta de los bonos al cuatro por ciento y el trabajo requerido en el libro de contabilidad para el cierre de su cuenta ascendían a dieciséis libras, catorce chelines y cuatro peniques, y que esa suma se había deducido en la minuta que habían presentado a la señora Jane Sharpe. Deseaban recordarle al comandante Sharpe que todavía tenían su espada conmemorativa donada por el Fondo Patriótico y suplicaban poder conservarla, etcétera.

La tripulación de la barcaza izó una vela burda aparejada con unos garfios que hizo crujir de forma alarmante los alquitrانados obenques. Sharpe se quedó mirando la carta con estupor, sin ser consciente de que la embarcación se movía. Una niña

pequeña que había en la lejana ribera se chupaba el dedo y observaba con aire de gravedad a esos extraños soldados a los que alejaban de ella.

—Confío en que serán buenas noticias. —Frederickson trepó a la proa e interrumpió la abstracción de Sharpe.

Sharpe, sin decir palabra, le pasó la carta a Frederickson, que la leyó con rapidez.

—No sabía que tuviera una espada de presentación —dijo alegremente.

—Fue por capturar el águila en Talavera. Creo que era una espada de cincuenta guineas.

—¿Era buena?

—Muy ornamentada. —Sharpe se preguntó cómo había podido Frederickson malinterpretar por completo la importancia de la carta y limitarse a mostrar curiosidad por una espada dorada y azulada—. La hoja es una Rinkfiel-Solingen, y la vaina es Kimbley. No serviría en una batalla.

—Aunque quedaría muy bien colgada en la pared. —Frederickson le devolvió la carta—. Me alegro por usted. Es una noticia espléndida.

—¿Ah, sí?

—Jane ha cobrado el dinero, por lo que supongo que se ha ido a comprar su casa en Dorset. ¿No es eso lo que quería oír?

—¿Dieciocho mil guineas? Frederickson se quedó mirando a Sharpe fijamente. Parpadeó. Por fin respondió:

—¡Por el amor de Dios!

—Verá, encontramos diamantes en Vitoria —confesó Sharpe<sup>[2]</sup>.

—¿Cuántos?

—Cientos de esas malditas cosas. —Sharpe se encogió de hombros—. En realidad fue el sargento Harper quien los encontró, pero los compartió conmigo.

Frederickson soltó un silbido bajito. Había oído que gran parte de las joyas de la Corona española había desaparecido cuando se capturó el bagaje francés en Vitoria y sabía que a Sharpe y a Harper les había ido muy bien en el saqueo, pero nunca se había atrevido a unir las dos historias. La fortuna de Sharpe era enorme. Un hombre podría vivir como un príncipe durante cien años con tamaña fortuna.

—Podía comprar una casa espléndida por cien guineas —dijo Sharpe enfurruñado—; ¿por qué necesita dieciocho mil?

Frederickson se sentó en el cabo del bauprés. Todavía trataba de imaginarse a Sharpe como un hombre inmensamente rico.

—¿Por qué le concedió los poderes? —preguntó al cabo de un rato.

—Fue antes del duelo. —Sharpe se encogió de hombros a modo de disculpa—. Creía que iba a morir, y quería que ella tuviera seguridad.

Frederickson trató de tranquilizar a su amigo.

—Probablemente haya encontrado una inversión mejor.

—Pero ¿por qué no ha escrito? —Ése era el verdadero problema, la llaga que de forma tan insidiosa le escocía a Sharpe. ¿Por qué no había escrito Jane? Su silencio aún era peor a causa de aquella prueba atormentadora que sugería que su mujer era una mujer rica que vivía en la calle Cork de Londres—. ¿Dónde está la calle Cork?

—En algún lugar cerca de Picadilly, creo. Es una buena dirección.

—Se lo puede permitir, ¿no?

Frederickson se volvió en su improvisado asiento para observar a un aguilucho lagunero que planeaba hacia el este y luego se encogió de hombros.

—Estará usted en casa dentro de tres semanas; ¿qué importancia tiene entonces?

—Supongo que ninguna.

—Eso es lo que le hacen a uno las mujeres —observó Frederickson con filosofía—. Te obstruyen el cañón y te parten el pedernal. Lo cual me recuerda que algunos de esos cabrones creen que sólo porque estamos en tiempo de paz ya no tienen que limpiar sus fusiles. ¡Sargento Harper! ¡Pase revista a las armas, ahora!

De ese modo iban flotando de vuelta a casa.

\* \* \* \*

Ese mismo día, más tarde, cuando la barcaza se bamboleaba entre los prados soleados, el sargento Harper se hallaba sentado con Sharpe en la proa.

—¿Qué va a hacer ahora, señor?

—Renunciar a mi grado de oficial, supongo. —Sharpe miraba a dos pescadores. Llevaban blusas blancas y anchos sombreros de paja, y tenían un aspecto muy pacífico. Se hacía difícil imaginar que un mes antes ése fuera un país en guerra—. Y me imagino que usted se dirigirá a España a buscar a Isabel, ¿verdad?

—Si me lo permiten, señor.

Ése era el problema de Harper: él, al igual que Sharpe, era un hombre rico, y también un hombre casado. Patrick Harper ya no tenía ninguna necesidad de llevar la insignia del rey, que únicamente había asumido a causa de la pobreza y el hambre. Quería sus preciosos papeles de baja, y Sharpe no había podido conseguirlos. Éste había reunido todos los formularios requeridos, pero le hubiera hecho falta conseguir las firmas de un oficial médico del estado mayor, de un cirujano de regimiento del LX y de un oficial general. Habría necesitado también la impronta con el sello del regimiento del LX. Sharpe había supuesto despreocupadamente que conseguiría todo eso con facilidad, pero las normas del Ejército lo habían hecho fracasar. Éste ya no estaba dirigido por hombres que comprendían que un favor se correspondería con la victoria en el campo de batalla, sino que, en su lugar, había personas que sólo sabían leer la letra pequeña del reglamento. Esos burócratas entendían muy bien la cantidad de soldados que intentarían abandonar las filas y se estaban tomando unas

extraordinarias precauciones para evitar tales deserciones. Así que Harper se veía obligado a permanecer en el Ejército.

—Hay otra manera —dijo Sharpe con poca seguridad en sí mismo.

—¿Señor?

—Conviértase en mi criado. Harper frunció el ceño, no ante la perspectiva de una servidumbre de baja categoría, sino porque no veía cómo conseguiría con eso lo que ambicionaba.

Sharpe se lo explicó:

—Mientras yo esté en la reserva activa se me permite tener un criado. Ese criado puede desplazarse según mi criterio. Así que tan pronto como llegemos a Inglaterra iremos a Dorset, informaré de que un caballo lo coceó y acabó con su vida, y entonces se va donde quiera. El Ejército lo tachará de la lista y no necesitaremos un cirujano de regimiento que testifique que está usted muerto, porque habrá fallecido fuera de las líneas del regimiento. Necesitaremos un médico civil, y puede que hasta un juez de instrucción, pero seguro que no faltan borrachos en Dorset dispuestos a dejarse sobornar.

Harper lo pensó y luego asintió.

—A mí me parece bien, señor.

—Hay un pequeño problema.

—¿Señor?

—El tono de Harper fue de cautela.

—El reglamento del rey, sargento, con respecto a la economía interna de un regimiento, insiste en que a ningún suboficial se le permite, bajo ningún concepto, ser el criado de un oficial.

—Ha consultado las normas, ¿verdad, señor?

—Sólo se las he citado.

Harper sonrió. Entonces enganchó sus enormes dedos manchados de pólvora en el dobladillo deshilachado de su insignia de sargento.

—Para empezar nunca quise los galones.

—Me parece recordar que me costó una barbaridad hacer que los llevara.

—No tendría que haber gastado saliva, señor. —Harper se arrancó la insignia de la manga. Miró con arrepentimiento el sucio pedazo de tela durante unos instantes y luego lo tiró por la borda—. Degradado a soldado raso de nuevo —afirmó antes de soltar una carcajada.

Sharpe miró los galones, que se movían empujados por la corriente, y pensó en los difíciles años que habían pasado desde que convenció a Harper para que se pusiera ese trozo de tela blanca. Todo estaba llegando a su fin, pensó; todo aquello que él había tenido en más estima y que mejor había conocido.

Y delante de él, más allá de ese plácido río con sus pescadores, sus garzas, sus

pollas de agua y sus juncos, ¿qué? El futuro era como una enorme neblina en medio de la cual incluso Jane era una forma poco definida. Sharpe tocó la arrugada carta que tenía en el bolsillo y se convenció a sí mismo de que cuando encontrara a su esposa todo estaría bien. Descubriría que sus cartas se habían extraviado, nada más.

Frederickson se acercó y vio el trozo de tela desnudo en la manga de Harper.

—He degradado al fusilero Harper —explicó Sharpe.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Por ser irlandés —repuso el comandante; entonces pensó en lo mucho que echaría de menos la amistad de Patrick Harper, aunque se consoló con la idea de que Jane le esperaba y que por tanto dispondría de toda la felicidad del mundo, de la que podría disfrutar a sus anchas.

Así que siguieron flotando.

\* \* \* \*

En los muelles de Burdeos había más movimiento del que había habido durante años. Los embarcaderos que el bloqueo de la Marina británica había mantenido vacíos se llenaron de pronto de mástiles y palos. Los panzudos barcos mercantes hacían cola en el río esperando su turno en los muelles de piedra, donde los soldados esperaban entre montones de provisiones metidos en redes. Los tubos de los cañones se arrojaban a las bodegas, mientras que las cureñas se desarmaban y se apilaban contra los mamparos. A los caballos, que protestaban, los bajaban metidos en unos compartimentos flotantes. A un Ejército británico renovado por la victoria lo hacían salir rápidamente de Francia.

—Lo menos que podían haber hecho —se quejó Harper— era dejarnos marchar sobre París.

Este hecho constituía una pequeña desavenencia comparado con las mayores tragedias que en ese tiempo eran moneda corriente en los muelles de Burdeos. Esas tragedias las ocasionaba un decreto del Ejército que dictaminaba que sólo llevarían de vuelta a casa a aquellas esposas de soldados que pudieran demostrar que se habían casado con el permiso de los comandantes de sus maridos. Todas las demás mujeres, con sus hijos, iban a ser abandonadas en Burdeos.

La mayoría de mujeres abandonadas eran portuguesas y españolas que habían dejado sus pueblos de origen cuando el Ejército entró en ellos. Algunas de ellas habían sido vendidas por su familia a algún soldado. Sharpe se acordaba de cuando por sólo cinco guineas uno podía comprarse una chica joven y fuerte para casarse con ella. La mayor parte de esas mujeres había pasado por una boda de campamento, la cual no era un matrimonio a ojos de la Iglesia; pero muchas habían convencido a algún párroco de pueblo para que bendijera su unión. Eso no importaba entonces,

puesto que, a menos que los registros del regimiento confirmaran el permiso de un coronel, el matrimonio se consideraba falso. De ese modo, sacaron por la fuerza a miles de mujeres de los muelles y les impidieron volver con sus hombres mediante un cordón de policías militares armados con mosquetes cargados. El llanto de las mujeres y sus pequeños era incesante.

—¿Cómo se supone que van a volver a sus casas? —preguntó Harper.

—Andando —respondió Frederickson con aspereza.

—Que Dios salve a Irlanda —dijo Harper—, pero odio este Maldito Ejército.

La mañana en la que los fusileros de Frederickson se unieron al caos que había en los muelles, tres soldados de los batallones de los casacas rojas intentaron desertar para reunirse con sus esposas. Uno de ellos consiguió huir nadando río arriba con su cabeza oscura rodeada constantemente por las salpicaduras de las balas de los mosquetes. Los soldados que ya estaban en los barcos lo animaban. Un bote de la Marina al que se le ordenó que le cortara el paso se las arregló de alguna manera para enredar los remos, y Sharpe se imaginó que los marineros no habían tenido estómago para realizar su trabajo y que hicieron de un modo deliberado que él intento resultara absurdo. A otros dos casacas rojas los atraparon cuando trataban de trepar por una de las paredes de las dársenas y los acusaron de intento de deserción.

Frederickson estaba atareado garabateando pedazos de papel que servirían como certificados de matrimonio para los seis soldados de su compañía que de otro modo podrían perder a sus mujeres. Sharpe, como oficial superior, añadió gustosamente su propia firma y luego escribió su nombre con la descripción de comandante de brigada provisional. Dudaba que los papeles sirvieran, pero había que intentarlo.

Sharpe y Frederickson llevaron los papeles junto con otras bajas, devoluciones y libros de pedidos de toda la compañía a una oficina custodiada por policías militares y administrada por funcionarios civiles de la compañía de transportes. Sharpe quería desafiar esa autoridad con su reputación, pero cuando llegó a la oficina, los múltiples relojes de las iglesias de la ciudad repicaron sucesivamente para anunciar e mediodía con una cacofonía de horas que sonó como una celebración de victoria. También era la señal para que los funcionarios de la compañía de transportes cerraran sus libros de contabilidad para ir a almorzar. Volverían, según dijeron, a las tres. Hasta entonces los fusileros debían esperar, aunque si los oficiales deseaban tomar el almuerzo en la ciudad, en ese caso se les permitiría cruzar el piquete de la policía militar.

Sharpe y Frederickson dejaron a la compañía al mando del fusilero Harper y, por curiosidad, fueron en busca de su almuerzo a la ciudad. Sin embargo, en cuanto los dos oficiales cruzaron la barrera, se vieron rodeados de mujeres que lloraban. Una de ellas sostenía a un bebé en alto, como si el ruego sin palabras de la criatura tuviera que bastar para cambiar la cruel decisión de las autoridades. Sharpe trató de explicar que él no estaba en situación de poder hacer nada sobre el asunto. Las mujeres de ese

grupo eran españolas. No tenían dinero y no se les permitía ver a sus hombres: simplemente se daba por hecho que tenían que irse caminando a su casa. No le importaban a nadie. Algunas de ellas habían pasado cinco años con el Ejército británico llevando mochilas y mosquetes igual que sus maridos y ahora se deshacían de ellas.

—¿Vamos a tener que convertirnos en putas? —le gritó una de ellas a Sharpe—. ¡Él quiere que seamos putas! —La mujer señaló a un civil que se encontraba a pocos metros. Según parecía era un francés que había acudido a los muelles a buscar mujeres para su casa. El hombre, al ver que Sharpe lo miraba, sonrió e hizo una reverencia.

—No me gusta ese hombre —dijo Frederickson en tono suave.

—A mí tampoco. —Sharpe miró fijamente al francés bien vestido, quien, bajo ese escrutinio, fingió aburrimiento—. ¿Le hacemos saber lo mucho que nos disgusta?

—Probablemente ambos nos sentiríamos mucho mejor si lo hiciéramos. ¿Le cortará usted la retirada?

Sharpe se libró de las mujeres con delicadeza y entonces, dando un paseo, pasó junto al francés que se conformaba esperando a que las españolas hubieran terminado de importunar a los fusileros. El francés había observado a todos los oficiales británicos que eran asediados de esa forma y sabía que pronto las mujeres tendrían que abandonar sus súplicas desesperadas y que, después, las más guapas de entre ellas estarían encantadas con su oferta de empleo. Se encendió un puro, echó el humo hacia las gaviotas que chillaban entre los masteleros de los barcos y pensó que nunca antes habían sido tan baratas las prostitutas, y tal vez nunca lo volverían a ser. Entonces, de repente, vio a un fusilero sin dientes y con un solo ojo que se dirigía hacia él con paso rápido. El francés se volvió para echar a correr. Al hacerlo, se encontró frente a otro fusilero lleno de cicatrices.

—Buenas tardes —dijo Sharpe.

El francés intentó virar bruscamente para evitar a Sharpe, pero el fusilero alargó una mano, lo frenó, le dio la vuelta y lo empujó hacia Frederickson. Éste, que se había quitado el parche del ojo y la dentadura para la ocasión, dejó que el hombre se acercara y entonces le propinó un enorme patadón entre las piernas, que hizo que se desplomara. Frederickson se agachó y recuperó el cigarro que se le había caído al sujeto.

El francés estaba sin aliento sobre los adoquines y con las manos se aferró a un dolor que era como si un millar de balas de mosquete al rojo vivo estallaran hacia fuera desde su entrepierna. Durante unos segundos se quedó sin poder respirar, luego lo hizo con dificultad y después dio un grito tan fuerte que hasta pareció acallar a las gaviotas. Los policías militares hicieron ademán de dirigirse al lugar de donde procedía el sonido, pero entonces decidieron que era mejor dejar en paz a los dos

oficiales fusileros.

—Cierra el maldito pico, chulo. —Sharpe le abofeteó la mejilla con la suficiente fuerza para aflojarle algunos dientes y luego empezó a abrirle los bolsillos y las costuras y a cortárselos como si el francés fuera un cadáver en el campo de batalla. Encontró unas cuantas monedas, que distribuyó entre las mujeres. Fue un pequeño gesto, un gesto que se quedó en nada ante la difícil situación de éstas. Fue también un gesto que no podía repetirse por cada mujer que abordara a los dos fusileros mientras cruzaban el puente de la ciudad.

Para escapar de los desesperados ruegos se escondieron en una bodega donde Frederickson, que hablaba un buen francés, pidió que les sirvieran jamón, queso, pan y vino. Fuera del establecimiento, un hombre sin piernas se deslizó rápidamente hacia el canal que flanqueaba la calle y extendió un chacó de la infantería francesa a modo de plato de las limosnas.

Las mujeres que lloraban y la imagen del mendigo que en otro tiempo había marchado orgulloso bajo el águila de su regimiento habían deprimido a Sharpe. Tampoco lo animaron mucho los patéticos letreros de papel colgados en las paredes de la bodega. Frederickson tradujo los pequeños avisos escritos a mano: «Jean Bianchard, del 106 de esta misma calle, busca a su esposa, Marie, que antes vivía en la calle Fishmongers. Si alguien sabe algo de ella, que por favor se lo diga al casero». La siguiente era una súplica que una madre realizaba a cualquiera que pudiera darle información sobre dónde podría encontrarse su hijo. Había sido sargento de artillería y hacía tres años que nadie lo había visto ni había sabido nada de él. Otra familia que se había mudado a Argentan habían dejado un aviso para sus tres hijos por si alguno de ellos volvía algún día de la guerra. Sharpe trató de contar las pequeñas notas, pero lo dejó al llegar a cien. Se imaginó que los porches de las posadas y las iglesias de Gran Bretaña estarían igualmente plagados de pequeños llamamientos como aquéllos. Cuando estaba en el campo de batalla nunca se le había pasado por la cabeza que un disparo de fusil pudiera rebotar hasta tan lejos.

—Me temo que no tendríamos que haber venido a la ciudad. —Frederickson empujó su plato a un lado. El queso era rancio y el vino agrio, pero era el hedor de la desesperación de una ciudad lo que le había atenuado el hambre—. Espero que nos den uno de los primeros barcos.

A las tres de la tarde Sharpe y Frederickson volvieron a las oficinas de la compañía de transportes. Le dieron sus nombres a un oficinista que les pidió que esperaran en una contaduría vacía donde una gruesa capa de polvo cubría los altos escritorios. Bajo la ventana, a uno de los dos soldados a los que habían atrapado intentando reunirse con su esposa lo estaban amarrando a un triángulo para azotarlo. Sharpe, al recordar el día en que lo habían azotado a él, se dio la vuelta sólo para encontrarse con que un capitán de la policía militar alto, delgado y de ojos claros lo



estaba mirando fijamente desde la entrada de la contaduría.

—Es usted el comandante Sharpe, ¿verdad, señor? —preguntó el capitán.

—Sí.

—Y usted debe de ser Frederickson.

—Capitán Frederickson —señaló el aludido.

—Me llamo Salmon. —El capitán sacó un trozo de papel del bolsillo—. Me han ordenado que los acompañe hasta la prefectura.

—¿Que nos acompañe? —Sharpe alargó la mano y cogió el trozo de papel, que no era más que una confirmación escrita de lo que Salmon acababa de decir. La firma no le dijo nada a Sharpe.

—Ésas son mis órdenes, señor. —Salmon hablaba de forma inexpresiva, pero había algo en su tono de voz que a Sharpe le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. O tal vez fuera al darse cuenta de que en el pasillo al que daba la contaduría Salmon tenía a un pelotón de policía militar armado con mosquetes y bayonetas.

—¿Estamos arrestados? —preguntó Sharpe.

—No, señor —pero ahí hubo una ligerísimo titubeo.

—Siga —ordenó Sharpe.

Salmon vaciló de nuevo y luego se encogió de hombros.

—Si se niegan a acompañarme, señor, entonces tengo órdenes de arrestarlos.

Por un momento Sharpe se preguntó si se trataba de una broma que les estaba gastando algún viejo conocido, pero el comportamiento de Salmon indicaba que aquello no era ninguna broma. Y desde luego, el hecho de que los mandaran llamar presagiaba problemas.

—¡Por el amor de Dios! —protestó Sharpe—. Sólo le hemos dado una patada en los huevos a un proxeneta.

—Yo no sé nada de eso, señor.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto?

—No lo sé, señor.

—Pero ¿quién nos llama? —insistió Sharpe.

—No lo sé, señor. —Salmon seguía hablando de una manera inexpresiva—. Tienen que traer su equipaje los dos, señor. Todo. Haré que sus criados lo traigan a la prefectura.

—Yo no tengo criado —repuso Frederickson—, así que, tendrá que ir a buscar mi equipaje usted mismo, Salmon.

Salmon hizo caso omiso de la burla.

—Si están listos, señores...

—Antes necesito hablar con mi criado. —Sharpe se apoyó en uno de los escritorios para demostrar que no se movería hasta que trajeran a Harper.

Hicieron llamar al irlandés y le ordenaron que llevara el equipaje de los dos

oficiales a la prefectura. Un policía militar le mostraría el camino. En cuanto Harper se fue, ordenaron a Sharpe y Frederickson que salieran de allí. Uno detrás del otro salieron de la habitación, bajaron unas escaleras y entraron en el patio de los azotes, donde el resuelto pelotón de Salmon los rodeó de cerca. Puede que los dos fusileros no estuvieran arrestados, pero daba toda la impresión de lo contrario. El soldado al que azotaban soltó un patético quejido y a los tambores se les volvió a ir la mano con los látigos. Al otro lado de la pared sollozaban la esposa y los hijos del soldado.

—Bienvenido al Ejército en tiempos de paz, señor —dijo Frederickson. Entonces se los llevaron.

## CAPÍTULO 5

—Este tribunal —entonó solemnemente el teniente coronel Wigram— ha sido convocado por y bajo la autoridad del ayudante del general. —Wigram leía de un manojo de papeles y al hacerlo no levantó la vista para encontrarse con la mirada del fusilero. Pasó a enumerar su propio nombramiento para presidir aquel tribunal y luego las distintas autoridades a las que representaba cada una de las demás personas que había en la habitación.

Se hallaban en una magnífica sala con el suelo revestido de mármol en la prefectura de Burdeos. Justo en el centro de la estancia se habían colocado cuatro mesas formando un cuadrado hueco. La mesa de la parte superior, donde se situaba el tribunal propiamente dicho, era una extraordinaria creación de patas talladas y doradas sobre las que descansaba una placa de brillante malaquita verde. A la izquierda había una modesta mesa de pino en la que dos secretarios anotaban afanosamente lo que iba ocurriendo; a la derecha se había dispuesto otra mesa para los funcionarios observadores y los testigos. Completando el cuadrado, frente a la espléndida mesa de malaquita, había otra ordinaria mesa de pino que había sido reservada para Sharpe y Frederickson. A los dos oficiales de los fusileros los habían hecho subir directamente las escaleras de la prefectura y entrar en la habitación. El capitán Salmon había informado a Wigram de que ya traían su equipaje y luego se había marchado. A Sharpe y a Frederickson todavía no les habían dado ningún indicio de por qué los habían hecho llamar o del motivo por el que había sido convocado ese pomposo tribunal.

Sharpe posó con aire malévolo sus ojos en Wigram, quien, ajeno al parecer a esa torva mirada, siguió adelante con su cantinela. Sharpe ya conocía a aquel hombre y sentía por él un profundo desagrado. Era coronel del estado mayor, un pelmazo mezquino y meticuloso; un oficinista con uniforme de oficial. También se acordaba perfectamente bien de que Wigram había sido un ferviente partidario del capitán Bampfylde antes de que zarpara la expedición hacia Teste de Buch. No podía ser que ese tribunal tuviera algo que ver con el hombre con el que Sharpe se había batido sobre un océano gris cierto amanecer. Sin embargo, parecía ser bien posible, puesto que uno de los funcionarios observadores que estaban a la izquierda de Sharpe era un oficial de la Marina.

Wigram presentó en tono apagado a los otros dos miembros del tribunal, ambos tenientes coroneles del departamento del ayudante del general. Uno de los dos era un abogado uniformado; el otro, un oficial de la policía militar. Tanto el uno como el otro tenían un semblante cetrino y poco amistoso. El oficial de la Marina les fue presentado a Sharpe y a Frederickson como el capitán Harcourt. El otro hombre sentado en la misma mesa que Harcourt era, curiosamente, un abogado civil francés.

—El propósito de este tribunal —Wigram llegó por fin a la sustancia del documento— es investigar ciertos sucesos ocurridos en el fuerte Teste de Buch, en la bahía de Arcachon, durante el mes de enero del presente año.

Sharpe tuvo una primera sensación de alivio. Tenía la conciencia totalmente tranquila en relación con la lucha en dicho fuerte, aunque ese alivio no tardó en desvanecerse, ya que la formalidad de ese tribunal era escalofriante. La mesa de los fusileros se había provisto de papeles y plumas, y Sharpe escribió una pregunta para Frederickson:

—¿Por qué un abogado francés?

—¡Sabe Dios! —garabateó Frederickson como respuesta.

—Empezaré —Wigram seleccionó otro manojito de papeles recapitulando los acontecimientos que tuvieron lugar en la fortaleza de Teste de Buch.

Wigram informó al tribunal de que se había decidido capturar el fuerte en un intento de hacer creer al enemigo que a eso podría seguir una invasión naval. La expedición estaba al mando absoluto del capitán de navío Horace Bampfylde. Las tropas de tierra estaban a las órdenes del comandante Richard Sharpe. En ese punto Wigram levantó la vista y se encontró mirando a los hostiles ojos de Sharpe. El oficial del estado mayor, que llevaba unas gafas de lentes redondas, volvió rápidamente la vista a su papel.

El fuerte se había capturado satisfactoriamente, siguió diciendo Wigram, aunque hubo desacuerdo entre el capitán Bampfylde y el comandante Sharpe respecto a la manera exacta en que se había logrado ese éxito.

—No es correcto —dijo Sharpe, y su interrupción asombró tanto a todos los que se hallaban en la habitación que nadie puso objeciones—. Cualquier desacuerdo entre el capitán Bampfylde y yo mismo —manifestó con aspereza— se zanjó con un duelo. Él perdió.

—Estaba a punto de señalar —explicó Wigram en tono glacial— que todos los indicios revelan que el mérito principal por la captura del fuerte debe otorgársele a usted, comandante Sharpe. ¿O es que desea que este tribunal investigue un caso de duelo a todas luces ilegal?

El capitán de la Marina esbozó una sonrisa y luego se apresuró a adoptar un aspecto más solemne al tiempo que Wigram continuaba. Entre aquellas personas capturadas en el fuerte, según recordó, había un corsario americano, el capitán Cornelius Killick. El capitán William Frederickson había prometido a Killick que recibiría un buen trato y, cuando pareció que Bampfylde incumplía esa promesa, el comandante Sharpe liberó al americano y a su personal.

—¿Es eso exacto, comandante? —Fue el teniente coronel de la policía militar quien formuló la pregunta.

—Sí —respondió Sharpe.

—Sí, señor —le corrigió Wigram.

—Sí, es exacto —dijo Sharpe agresivamente.

Se hizo un silencio y al parecer Wigram decidió no insistir en el asunto.

Posteriormente el comandante Sharpe, —siguió diciendo Wigram—, se había dirigido hacia el interior con todas las tropas del Ejército aparte de un contingente de la Infantería de marina al mando del capitán Neil Palmer.

—¿Puedo preguntar —fue el abogado del Ejército el que entonces interrumpió a Wigram— por qué no se encuentra aquí para prestar declaración el capitán Palmer?

—Al capitán Palmer lo han enviado a hacer una travesía hacia Tasmania —replicó Wigram.

—Era de esperar —dijo Frederickson en voz lo bastante alta para que lo oyeran en toda la sala.

El abogado no hizo caso de Frederickson.

—No obstante, ¿tenemos una declaración jurada del capitán Palmer?

—No hubo oportunidad de conseguir una. —Wigram estaba claramente desconcertado por esas preguntas.

—Era de esperar —dijo Frederickson sarcástico.

Sharpe rió en voz alta. Se preguntó cómo se las había arreglado Bampfylde de manera tan conveniente para hacer que mandaran a Palmer hasta Australia y cómo había conseguido que se estableciera ese tribunal. ¡Maldito imbécil! Había perdido un duelo, pero de alguna forma había seguido la lucha. ¿Cómo? El tipo había mentido, se había comportado como un cobarde y sin embargo allí, en esa prefectura conquistada, eran Sharpe y Frederickson los que estaban siendo cuestionados.

Durante la ausencia de Sharpe del fuerte, Wigram siguió adelante con su versión, las condiciones climatológicas eran tales que el capitán Bampfylde juzgó prudente alejar sus barcos de la costa. Su decisión se hizo más fácil al recibir una información que afirmaba que el comandante Sharpe y todos sus hombres habían sido vencidos y apresados. Más tarde se demostró que esa información era falsa.

Posteriormente, el comandante Sharpe volvió al fuerte Teste de Buch, lo defendió contra el ataque de los franceses y finalmente escapó gracias a la intervención del americano, Killick. Wigram hizo una pausa.

—¿Es una descripción exacta, comandante Sharpe?

Sharpe que quedó pensando unos segundos y luego se encogió de hombros.

—Es exacta. —En realidad, lo era hasta un extremo sorprendente. La naturaleza de su cuasi arresto esa tarde había convencido a Sharpe de que ese tribunal se había creado únicamente para exonerar a Bampfylde, aunque tenía que admitir que hasta ese momento los procedimientos habían sido escrupulosamente justos y los hechos no beneficiaban en absoluto la reputación de Bampfylde. ¿Era posible que ese tribunal estuviera estableciendo los hechos para presentarlos en el consejo de guerra de

Bampfylde?

Más tarde, narró Wigram, el capitán Bampfylde había acusado al comandante Sharpe de aceptar un soborno del americano, Killick. Sharpe, que era la primera vez que oía esa acusación, se puso derecho en su asiento, pero Wigram se anticipó a su indignación preguntando si se había aportado alguna prueba que corroborara la acusación.

—Absolutamente ninguna —dijo con firmeza el capitán Harcourt.

En esos momentos Sharpe ya estaba erguido. ¿Sería ese tribunal, en efecto, el sino fatal de Bampfylde? Frederickson debió de haber tenido la misma esperanza, porque hizo un rápido bosquejo de un oficial de Marina colgando de una soga sobre un cadalso. Empujó el dibujo hacia Sharpe, que sonrió.

El esbozado pronóstico del destino de Bampfylde parecía acertado, puesto que en esos momentos invitaron a Harcourt a que presentara ante el tribunal un resumen de la propia investigación de la Marina. Esa investigación, realizada en Portsmouth a principios de abril, había encontrado a Bampfylde culpable de negligencia en el cumplimiento del deber. Concretamente se le culpaba del abandono precipitado del fuerte capturado y de no volver cuando amainó la tormenta en busca de alguna información sobre el grupo que estaba en la costa.

—Por lo tanto, deberían someterlo a un consejo de guerra —propuso Sharpe severamente.

Harcourt miró a los fusileros y se encogió de hombros.

—Se ha decidido que, por el bien del servicio, no habrá un consejo de guerra. De todos modos, pueden estar seguros de que el capitán Bampfylde ha abandonado la Marina y de que todavía tiene problemas para hacer de vientre.

La pequeña broma que hacia referencia al duelo pasó desapercibida. Si no iba a realizarse un consejo de guerra, se preguntó Sharpe, ¿por qué diablos estaban allí? La Marina había decidido echar tierra sobre un incidente embarazoso y, aun así, ese tribunal del Ejército volvía a abrir el saco de culebras y al parecer lo hacia con la complicidad de la propia Marina.

Se daría por supuesto, continuó diciendo Wigram, a juzgar por las pruebas ya presentadas ante el tribunal, que las acusaciones del capitán Bampfylde contra el comandante Sharpe habían sido infundadas. De hecho, el Ejército ya lo había decidido así. El comandante Sharpe se había visto enfrentado a una brigada francesa al mando de] conocido general Calvet, una brigada a la que había derrotado de manera aplastante. Una acción como ésa no podría conllevar nada más que elogios. El capitán Harcourt, que parecía sentir simpatía por los fusileros, aplaudió dando palmadas contra la mesa. El abogado francés, que difícilmente podría suponerse que compartiera las simpatías de Harcourt, sonrió contento no obstante.

«Tal vez nos quieran dar una espada conmemorativa a cada uno», escribió

Frederickson en su pedazo de papel.

—Ahora, sin embargo —la voz de Wigram adoptó un tono más firme—, se han recibido nuevas pruebas en la oficina del ayudante del general. —Wigram dejó a un lado los papeles de los que había estado leyendo y dirigió una mirada sabionda a su derecha—. Monsieur Roland, ¿sería usted tan amable de resumir esa prueba?

De pronto la sala se quedó expectante y silenciosa. Sharpe y Frederickson no se movieron. Incluso los dos secretarios, que habían estado atareados escribiendo, se quedaron completamente quietos. El abogado francés, como si disfrutara de esos momentos de mala fama, echó la silla hacia atrás lentamente antes de ponerse en pie.

Monsieur Roland era un hombre rollizo de aspecto alegre. Era completamente calvo excepto por unas opulentas patillas que le daban a su benévolo rostro una apariencia jovial. Tenía el aspecto de un padre de familia, totalmente digno de confianza, que estaría más a gusto en el salón de su casa rodeado de sus hijos. Cuando habló lo hizo en un inglés fluido. Agradeció al tribunal la cortesía demostrada al permitirle hablar. Entendía que los recientes acontecimientos en Europa tal vez hicieran suponer a personas ignorantes que nunca más podrían fiarse de un francés, pero monsieur Roland representaba la ley, y ésta trascendía todas las fronteras. Hablaba de esa forma, dijo Roland, con la autoridad que le otorgaba la ley, y dicha autoridad surgía de un firme respeto por la verdad. A continuación, en un tono más prosaico, añadió que era un abogado que trabajaba para el Tesoro Público francés y que por lo tanto tenía el honor de representar los intereses del recientemente restaurado rey de Francia, Luis XVIII.

—¿Se podría suponer —el abogado del departamento del ayudante del general tenía una voz sedosa, casi felina— que hasta hace unas pocas semanas, señor, erais forzosamente un abogado defensor del emperador?

Roland hizo una ligera inclinación y una mueca insulsa.

—En efecto, señor; también tuve ese honor. Los miembros del tribunal sonrieron para demostrar que comprendían el cambio de lealtad de Roland, al parecer realizado sin ningún esfuerzo. Las sonrisas sugerían que el tribunal estaba compuesto de hombres de mucho mundo que estaban por encima de cosas tan insignificantes como el ir y venir de emperadores y reyes.

—El mes de diciembre del pasado año —Roland había arreglado sus papeles y pudo entonces empezar su perorata—, se convenció al emperador para que contemplara la posibilidad de la derrota. No lo hizo por voluntad propia, sino presionado por su familia, principalmente por su hermano José, a quien ustedes, caballeros, recordarán como el otrora rey de España. —Había una delicadeza en el tono de Roland que ridiculizaba a José Bonaparte y adulaba a los británicos. Wigram, cuya contribución a la caída de José había sido acumular papeleo, sonrió modestamente en respuesta al cumplido. La expresión de Sharpe era inescrutable.

Frederickson estaba dibujando dos oficiales de los fusileros.

—El emperador —Roland se agarró las solapas de la chaqueta con los dedos— decidió que, en caso de que fuera derrotado, tal vez podría zarpar hacia los Estados Unidos, donde tenía la seguridad de recibir una cálida bienvenida. No puedo decir que estuviera muy entusiasmado con un plan como aquél; de todas formas, su hermano se lo pidió con insistencia y alarmó al emperador con cuentos sobre la ignominia que sufriría la familia si sus miembros se veían obligados a rendirse ante sus enemigos. Afortunadamente, la generosidad de esos enemigos ha hecho que tales vaticinios no tengan ningún valor —Roland había vuelto a halagar a sus anfitriones—, y ahora es evidente que el emperador puede tener la segura confianza de que los que le vencieron lo tratarán con la adecuada dignidad.

—Por supuesto. —Wigram no pudo abstenerse de realizar tan pedante interrupción.

Frederickson, que siempre había tenido una gran facilidad para hacer bocetos, estaba rodeando en esos instantes a sus dos oficiales de los fusileros con una batería de artillería de campaña. Todos los cañones estaban encarados hacia los dos casacas verdes. Roland hizo una pausa para beber agua.

—Sin embargo —reanudó su discurso—, por instigación de José, se hicieron los preparativos para una huida de emergencia de Francia. De esa forma, a todas horas había un coche de caballos de viaje dispuesto para el emperador. En el equipaje del coche había ropa, uniformes y condecoraciones. No obstante, el emperador vio que no podían cargar demasiado el carruaje, o de lo contrario el peso sería un impedimento para su huida. Por lo tanto dispuso, en el más solemne secreto, que guardaran su bagaje pesado en un fuerte costero, desde el cual, en caso de realizarse la huida, podría cargarse rápidamente a bordo de un barco y trasladarse a los Estados Unidos de América. El oficial elegido para transportar el bagaje hasta la costa atlántica era un tal coronel Maillot. Aquí tengo copias de sus órdenes, firmadas por el propio emperador. —Roland cogió las hojas de papel y se las llevó a los tres miembros del tribunal.

—¿Dónde se encuentra ahora este coronel? —preguntó de pronto el abogado británico. A pesar de su cara de pocos amigos, parecía aplicado a la hora de formular cualquier pregunta que pudiera ayudar a Sharpe y a Frederickson.

—Al coronel Maillot lo están buscando —contestó Roland de manera engolada—. Lamentablemente, la confusión que en el presente reina en Francia hace que su paradero sea un misterio. Por desgracia es posible incluso que al coronel Maillot lo mataran durante las últimas semanas de combate.

Se hizo un silencio mientras el tribunal le echaba un vistazo a los papeles. Frederickson abandonó su sombrero dibujo y escribió una rápida pregunta.

—¿Ha oído usted hablar de Maillot?



—No —garabateó Sharpe como respuesta.

Roland había regresado a su mesa y cogió otra hoja de papel.

—El coronel Maillot entregó el bagaje a un oficial de confianza aquí en Burdeos. Ese oficial era el comandante Pierre Ducos.

Sharpe soltó una maldición entre dientes. Ahora entendía por qué se encontraba en esa habitación. No sabía cómo lo había logrado Ducos, pero sabía quiénes eran sus enemigos y ninguno de ellos era más implacable que Pierre Ducos. Sintió que le habían tendido una emboscada. Estaba preparado para vencer el torpe y falso ataque del desacreditado capitán Bampfylde, y durante todo ese tiempo había sido el mucho más peligroso y mucho más astuto Pierre Ducos quien había estado buscándole la ruina.

—Conozco a Ducos —escribió.

—El comandante Ducos —siguió diciendo Roland de manera insulsa— transportó el bagaje en el más estricto secreto hasta el fuerte Teste de Buch, el cual protege la entrada a la bahía de Arcachon.

—¡Está mintiendo! —interrumpió Sharpe.

—¡Silencio! —Wigram dio un golpe en la mesa.

—Fue esa fortaleza, por supuesto —Roland no se inmutó en absoluto con la interrupción de Sharpe—, la que, gracias a la enorme gallardía del comandante Sharpe —en ese punto hizo una leve inclinación hacia el enojado fusilero—, fue capturada poco después de que el bagaje hubiera sido trasladado allí. Éste consistía en cuatro grandes embalajes de madera que se habían escondido en el interior del fuerte.

—¿Cómo estaban escondidos los embalajes? —preguntó Frederickson, pero lo hizo en un tono tan respetuoso que nadie lo reprendió por interrumpir.

—Aquí tengo el informe del comandante Ducos —Roland alzó las hojas de papel — que pone de manifiesto que los cuatro embalajes de madera se tapiaron en el polvorín principal del fuerte. El trabajo lo realizaron soldados totalmente leales al emperador. No estaba presente ningún miembro de la guarnición del fuerte cuando se hizo el trabajo y sólo se informó de la existencia del bagaje al comandante del mismo. El tribunal ya tiene copias de este informe del comandante y del informe del comandante Ducos, pero ahora presento los documentos originales de ambos.

Los papeles se pasaron debidamente por encima de la mesa y de nuevo reinó el silencio mientras el tribunal los examinaba. Fue el abogado del ayudante del general quien rompió el silencio con una petulante queja de que la letra del comandante era casi ilegible.

—El comandante Lassen explica en el último párrafo de su informe que perdió dos dedos de la mano derecha durante la defensa del fuerte. —Roland disculpó los garabatos prácticamente indescifrables—, pero no obstante se dará cuenta de que su

copia es una transcripción exacta de sus palabras.

—Me imagino —el abogado del ayudante del general alineó los extremos de los papeles delante de él— que, si se considerara necesario, esos oficiales podrían presentar pruebas.

—Por supuesto —Roland inclinó la cabeza como reconocimiento a ese punto—, pero en estos momentos no estaban dispuestos a viajar a territorio dominado por los británicos.

—Tenemos suerte —dijo Wigram con exagerada efusión— de que usted no mostrara la misma renuencia, señor Roland.

Roland hizo una reverencia ante el cumplido y luego explicó que había viajado con un grupo de oficiales británicos hasta Londres y allí había llevado el asunto al auditor general en Whitehall. Dicho funcionario había ordenado al ayudante del general que creara un tribunal investigador y ordenó a la Marina británica que llevara a monsieur Roland a Burdeos. El francés volvió a coger sus papeles.

—Se darán cuenta, caballeros, de que en la última página de su informe, el comandante Lassan explica que cuando la fortaleza fue finalmente reocupada por los franceses, el bagaje ya no estaba. —Roland hizo una pausa para mirar su copia del informe—. Observarán también que, según su declaración, antes de que los británicos evacuaran el fuerte el comandante Lassan vio cómo se transportaban unos objetos pesados desde el bastión que daba al mar hasta el navío de los americanos.

El abogado del ayudante del general frunció el ceño:

—¿Tenemos alguna otra prueba que confirme que el bagaje se ocultó en la fortaleza? ¿Y qué me dice de ese general... —ojeó sus papeles— Calvet? Al final volvió a ocupar el fuerte; por tanto, ¿no podría haber conocido su existencia?

—Al general Calvet nunca se le informó de su presencia —afirmó Roland—; las instrucciones del emperador fueron categóricas en cuanto a que se informara al menor número posible de hombres de los preparativos para el exilio. Francia todavía estaba combatiendo, caballeros, y al emperador no le habrían servido de mucho si los soldados hubieran sabido que ya estaba pensando en la derrota y en huir.

—Pero las pruebas de Calvet serían instructivas —insistió el abogado inglés—. ¿Podría, por ejemplo, confirmar si el bagaje fue trasladado al barco americano o no?

Roland hizo una pausa y luego se encogió de hombros.

—El general Calvet, caballeros, ha proclamado una lealtad inquebrantable hacia el derrocado emperador. Dudo que quisiera cooperar con este tribunal.

—Yo hubiera pensado que, en cualquier caso, ya teníamos suficientes pruebas —dijo Wigram.

Roland le dio las gracias a Wigram por su ayuda con una sonrisa y luego continuó hablando.

—Lo que se deduce del informe del comandante Lassan, caballeros, es que el

bagaje del emperador se lo llevaron las fuerzas británicas que estaban al mando del comandante Sharpe. Claro está que tenían todo el derecho a hacerlo, ya que el bagaje, para ser exactos, era un botín de guerra.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí? —preguntó el policía militar con voz afligida.

Roland sonrió.

—Permítame recordarle que estoy aquí en nombre de su cristiana majestad Luis XVIII. La opinión de los asesores legales de su majestad, entre los cuales me encuentro yo mismo, es que si la confiscación del bagaje imperial fue un acto de guerra legítimo y, como tal, fue debidamente comunicado a las autoridades adecuadas, entonces ahora pertenece al Gobierno de Gran Bretaña. Si, de lo contrario —en ese momento Roland se volvió para mirar a los dos fusileros—, la confiscación se realizó en beneficio privado y no se informó de ello, entonces nuestra opinión mantiene que dicho bagaje es ahora propiedad del sucesor político del emperador, que es la Corona francesa, y que la Corona francesa tendría motivos justificados en cualquier intento por recuperarlo.

El teniente coronel Wigram mojó una pluma en tinta.

—Tal vez sería de ayuda para el tribunal, señor Roland, si nos explicara el contenido del bagaje del emperador.

—Con muchísimo gusto, coronel. —Roland cogió otra hoja de papel—. Había algunos artículos personales que no se inventariaron como es debido ya que se empacaron a toda prisa, pero sabemos que había algunos uniformes, condecoraciones, retratos, cajas de rapé, espadas, candelabros y otros recuerdos de carácter sentimental. También había una maleta llena de ropa interior con monograma. —Mencionó el último artículo con una sonrisa de desprecio y se vio recompensado por unas risas de apreciación. Roland estaba haciendo sus revelaciones con la habilidad innata de un abogado, aunque, a decir verdad, el más burdo de los oradores hubiera podido dejar embelesadas a las personas que había en la sala. Durante años, el emperador Napoleón había sido un enemigo aparentemente sobrenatural dotado de una maldad exótica y fascinante; sin embargo, en esos momentos, en aquella magnífica estancia, el tribunal escuchaba a un hombre que podía proporcionarles una visión íntima de ese ser extraordinario—. Algunas de esas posesiones —siguió diciendo Roland— pertenecían a José Bonaparte, pero, en conjunto, el bagaje era del emperador, y la mayor parte de ese bagaje eran monedas. Había veinte cajas de madera, cinco en cada embalaje, y cada caja contenía diez mil francos de oro.

Roland hizo una pausa para dejar que cada uno de los presentes calculara la fabulosa suma.

—Tal como dije antes —continuó de manera insulsa—, su cristiana majestad no tendrá derecho sobre esa propiedad si resulta que fue un botín de guerra. Si, de lo

contrario, todavía no se han dado explicaciones sobre qué sucedió con el bagaje, nos tomaremos un interés de lo más denodado en recuperarlo.

—¡Por Dios! —exclamó Frederickson entre dientes. Había escrito la suma de doscientos mil francos debajo de su dibujo de los atribulados fusileros y en esos momentos, al lado, escribió el equivalente bruto en libras inglesas: ochenta y nueve mil libras pendientes de pago y al descubierto. Era una suma exorbitante; hasta hacía parecer pequeña la fortuna de Sharpe. Frederickson pareció no contentarse con ese simple total, porque siguió sumando otras cifras febrilmente.

Las lentes gemelas de Wigram se volvieron hacia Sharpe.

—Creo que no me equivoco al decir que usted no informó de ninguna captura de dinero a su vuelta de la expedición de Teste de Buch, comandante.

—No lo hice porque no hubo ninguna.

—Si la hubiera habido —interrumpió el teniente coronel de la policía militar—, ¿estaría usted de acuerdo en que hubiera sido su obligación entregarla a las autoridades competentes?

—Por supuesto —respondió Sharpe, aunque nunca había visto a ni un solo soldado que renunciara al oro enemigo que llovía del cielo de esa forma. Ni Sharpe ni Harper habían declarado las fortunas que se habían llevado del bagaje francés en Vitoria.

—Pero ¿insiste en que no encontró ningún dinero en el fuerte? —le reiteró el policía militar a Sharpe.

—No encontramos ningún dinero —respondió él con firmeza.

—¿Y negará —el tono del teniente coronel se endureció— haber repartido tal botín con el americano, Killick, y que, en realidad, el único motivo para retrasar la salida del fuerte, retraso que, debo decir, ocasionó muchas muertes entre sus soldados, respondió únicamente al tiempo necesario para hacer los preparativos pertinentes para sacar el oro?

—Eso es mentira —Sharpe se puso de pie.

Frederickson puso la mano en su brazo, como para calmarlo.

—Según mis cálculos —dijo Frederickson con calma—, esa cantidad de oro debía de pesar algo más de seis toneladas. ¿Sugiere usted que dos compañías de fusileros y un puñado de infantes de marina se las arreglaron de alguna manera para sacar seis toneladas de oro, sus soldados heridos y todo su equipaje personal estando bajo fuego enemigo?

—Eso es precisamente lo que se está sugiriendo —dijo el policía militar con mucha frialdad.

—¿Alguna vez ha estado bajo fuego enemigo? —le preguntó Frederickson con una frialdad aún mayor.

Wigram, a quien no le gustó el giro que tomaban las preguntas, dio un golpe

sobre la mesa y miró fijamente a Frederickson.

—¿Se enriqueció usted con el oro capturado en el fuerte Teste de Buch, capitán?

—Niego rotundamente haber hecho tal cosa, señor —Frederickson habló con dignidad—, y puedo manifestar con seguridad que el comandante Sharpe es igualmente inocente.

—¿Lo es, comandante? —le preguntó Wigram a Sharpe.

—No me llevé dinero alguno —Sharpe trató de igualar la calmada dignidad de Frederickson.

En el rostro de Wigram se dibujó una sonrisa, como si estuviera a punto de exponer algo muy revelador.

—No obstante, hace menos de un mes, comandante, su esposa retiró más de dieciocho mil libras...

—¡Maldito sea! —Por un instante, todo el tribunal pensó que Sharpe iba a desenvainar su gran espada, subir a la mesa y hacer una carnicería—. ¡Maldito sea! —gritó de nuevo Sharpe—. ¡Tiene la osadía de sugerir que dejé morir a los soldados por avaricia y ha espiado a mi mujer! Si fuera un hombre, Wigram, le pediría que saliera ahora mismo y lo cortaría en filetes. —Era tal la fuerza de las palabras de Sharpe y tan evidente la ira en su rostro que el tribunal se atemorizó. Monsieur Roland frunció el ceño, no con desaprobación, sino ante la idea de enfrentarse en la batalla a un hombre como Sharpe. Frederickson, sentado al lado de éste, observó los rostros del aterrado tribunal y creyó que su amigo, con su violento enfado, había desinflado por completo las ridículas acusaciones. Wigram, acostumbrado al servilismo de los oficinistas, no pudo articular palabra.

En ese momento, la alta puerta dorada se abrió. El capitán Salmon, ajeno a la cargada atmósfera de la sala, entró con una bolsa de tela blanca que depositó sobre la mesa frente al coronel Wigram. Tras susurrarle algo, salió de la habitación con el paso servil de un criado.

Wigram, con las manos que casi le temblaban, abrió la bolsa blanca. De ella sacó el catalejo de Sharpe. Miró la placa grabada con ojos de miope y acto seguido, armándose de valor para el enfrentamiento, levantó la vista hacia el fusilero.

—Si es usted inocente, comandante, ¿cómo explica su posesión de este catalejo?

—Hace algunos meses que lo tengo —respondió Sharpe bruscamente.

—Puedo dar fe de ello —dijo Frederickson. Wigram le pasó el catalejo a monsieur Roland—. Tal vez, señor, pueda usted traducir la inscripción en beneficio del tribunal.

El francés tomó el catalejo, miró detenidamente la placa encajada en el tubo exterior y tradujo en voz alta:

«Para José Bonaparte, rey de España y las Indias, de su hermano, Napoleón, emperador de Francia.»

Se oyó un murmullo por la sala. Wigram lo acalló con otra pregunta más:

—¿Es ésta la clase de objeto personal, señor, que el emperador o su hermano pudieran haber guardado en su bagaje?

—Así es —dijo Roland.

Wigram hizo una pausa y luego se encogió de hombros.

—Debe informarse al tribunal que el catalejo fue descubierto en el equipaje del comandante Sharpe durante un registro autorizado que se realizó por orden mía hace una hora. —Wigram, animado por la prueba del catalejo, había recuperado su antigua confianza y miró directamente a Sharpe—. No es asunto de este tribunal juzgar los hechos, sino sólo decidir si tales hechos deben ponerse en manos de un consejo de guerra competente para que los juzgue. Ahora el tribunal tomará esa decisión y les informará de sus conclusiones mañana a las diez de la mañana. Hasta entonces se les prohíbe salir de este edificio. Descubrirán que el capitán Salmon se ha encargado adecuadamente de los preparativos para su alojamiento.

Frederickson reunió sus bosquejos y notas.

—¿Estamos arrestados, señor? Wigram no contestó enseguida.

—Todavía no, capitán. Pero están ustedes bajo disciplina militar y por lo tanto se les ordena permanecer confinados hasta que se anuncie su suerte mañana por la mañana.

Los otros oficiales que había en la estancia no miraron a ninguno de los dos fusileros. Había sido el descubrimiento del catalejo lo que los llevó de tener la certeza de la inocencia de Sharpe a estar seguros de que era culpable. El acusado los miró fijamente uno a uno, pero ellos no le devolvieron la mirada.

Frederickson agarró a Sharpe por el brazo y tiró de él hacia la puerta. El capitán Salmon y media docena de sus hombres esperaban fuera en el descansillo. Tal vez Sharpe y Frederickson no fueran prisioneros, pero no había duda de que sólo era cuestión de tiempo que los acusaran formalmente y les quitaran las espadas.

Salmon estaba azorado.

—Hay una habitación reservada para usted, señor —le dijo a Sharpe—. Su criado está esperando allí.

—No estamos arrestados —lo desafió Sharpe.

—La habitación está en el piso de arriba, señor —se obstinó Salmon, y la presencia de sus policías militares fue suficiente para persuadir a los dos fusileros a que lo acompañaran al piso de arriba y entraran en una habitación que daba a la plaza principal de la ciudad. Allí aguardaba un Patrick Harper muy indignado. También había un orinal, dos sillas de madera y una mesa con una barra de pan, un plato con queso y una jarra de hojalata llena de agua. A esto se sumaban unas cuantas sábanas y un montón de equipaje que Harper había traído del muelle: tres mochilas y tres cantimploras, pero nada de armas ni munición. Salmon vaciló, como si quisiera

quedarse en la habitación con los tres fusileros; pero una mirada de Harper lo hizo volver bruscamente al pasillo.

—Ese cabrón de policía militar registró sus mochilas. —A Harper le seguía mortificando aquella humillación—. Traté de detenerle, pero me amenazó con azotarme.

—¿Se llevaron mi rifle? —preguntó Sharpe.

—Está en el maldito cuarto de guardia del piso de abajo, señor. —A Harper le indignaba que a él, igual que a Sharpe, también lo hubieran desarmado—. También tienen allí mi fusil y mi pistola. ¡Hasta mi bayoneta! —A Sharpe y a Frederickson, puesto que no habían sido arrestados de forma oficial, se les dio permiso para quedarse con sus espadas, pero éstas eran entonces sus únicas armas.

—Odio a la policía militar —dijo Frederickson con suavidad.

—¿Qué demonios está ocurriendo, señor? —le preguntó Harper a Sharpe.

—Sólo se nos acusa de robar la mitad del condenado oro de Francia. ¡Por Dios! ¡Es una maldita locura!

—¡Y tanto que lo es! —Frederickson cortaba tranquilamente la barra de pan en pedazos grandes.

—Lo siento, William.

—¿Por qué tendría que disculparse conmigo?

—Porque ésta es mi batalla. ¡Maldito Ducos!

Frederickson se encogió de hombros.

—No podían dejarme a mí de lado. Debieron de suponer que declarararía que usted no sabía nada, lo cual sería embarazoso para las autoridades, así que es mucho más sencillo implicarme también en el delito. Por otro lado, si hubiese habido esa cantidad de oro en el fuerte, sin duda le hubiera ayudado a robarlo. —Cortó el queso con su cuchillo—. Aunque lo del catalejo es una lástima. Es justo la prueba que necesitaban para corroborar su versión.

—Lo que necesitan es el oro —dijo Sharpe—. ¡Y nunca ha existido!

—Si que ha existido, pero no en el fuerte —Frederickson frunció el entrecejo—. Estoy seguro de que habrá una batalla campal entre París y Londres respecto a quién es el verdadero propietario del dinero, pero en lo único que estarán de acuerdo es en que nosotros tenemos una maldita buena parte de él. ¿Y quién lo va a desmentir?

—¿Killick? —sugirió Sharpe.

Frederickson movió la cabeza en señal de negación.

—¿La palabra de un declarado pirata americano contra un abogado del gobierno francés?

—Ducos entonces —dijo ferozmente Sharpe—, y le voy a arrancar las entrañas.

—O Ducos —asintió Frederickson— o el comandante... —miró sus notas para encontrar el nombre del comandante— Lissan. El problema es que será muy difícil

localizar a cualquiera de los dos si estamos arrestados, y yo me atrevería a afirmar que muy pronto nos pondrán bajo arresto.

Sharpe se dirigió hacia la ventana y se quedó mirando los mástiles de los barcos que asomaban por encima de los tejados.

—Tenemos que largarnos de aquí.

—Largarnos de aquí —Frederickson habló con mucha suavidad— se llama *desertar*. —Los dos oficiales se miraron horrorizados ante la barbaridad propuesta. La deserción traería consigo un consejo de guerra, la pérdida de rango y el encarcelamiento; pero ésa era exactamente la misma suerte que correrían si los declaraban culpables de robar el oro del emperador y ocultárselo a sus superiores—. Hay un montón de oro en juego —añadió Frederickson con delicadeza— y, a diferencia de usted, yo soy un hombre pobre.

—Usted no puede venir —Sharpe se volvió hacia Harper.

—¡Santa María, Madre de Dios! ¿Y por qué no?

—Porque a usted, si deserta y lo atrapan, lo fusilaran. A nosotros sólo nos destituirán porque somos oficiales, pero a usted lo matarán.

—Voy a ir de todos modos.

—¡Por el amor de Dios, Patrick! A mí no me importa asumir el riesgo, y el señor Frederickson está en el mismo barco que yo; pero no voy a consentir que usted...

—¿Por qué no deja de gastar saliva... —preguntó Harper, y luego, tras una pausa, añadió—: señor?

Frederickson sonrió.

—De todos modos, tampoco estaba disfrutando mucho la paz. Así que volvamos a la guerra, ¿de acuerdo?

—¿A la guerra? —Sharpe volvió la vista hacia los mástiles de los barcos. Tendría que estar a bordo de una de esas naves, listo para la travesía que lo iba a llevar a casa, junto a Jane, tras subir por el estuario del Garona, cruzar el golfo de Vizcaya y rodear la isla de Ouessant.

—Porque, si queremos librarnos de este problema —dijo Frederickson en voz baja—, tendremos que luchar, y somos mucho mejores peleando cuando estamos armados y en libertad. Así que larguémonos de aquí, encontremos a Ducos o a Lissan y hagamos alguna travesura... al tiempo que algo de dinero.

Sharpe miró a oeste. En algún lugar fuera de allí, bajo el sol que se ponía, se encontraba un enemigo que seguía escondido y tramaba algo. Así que su reencuentro con Jane y la paz tendrían que esperar, porque todavía había de librarse una última batalla. Pero después de eso, y él rezaba para que así fuera, encontraría su paz en la campaña inglesa.

—Nos iremos esta noche —afirmó, aunque de pronto, en lo más profundo de su corazón, deseó estar navegando rumbo al hogar. Pero un enemigo lo había decretado



de otro modo y por lo tanto la guerra de Sharpe aún no había terminado.

## CAPÍTULO 6

El castillo de Lassan se hallaba en Normandía. Lo llamaban *castillo* porque en su día había tenido pretensiones de fortaleza y seguía siendo el hogar de una familia noble; pero a decir verdad entonces era poco más que una enorme casa de labranza rodeada de un foso, aunque no se podía negar que se trataba de una alquería muy agradable. Los dos pisos del ala principal estaban contruidos con piedra gris de Caen que había sido extraída y labrada cincuenta años antes de que el Conquistador zarpara hacia Inglaterra. En el siglo xv y a raíz de un afortunado matrimonio, el señor del feudo había añadido una nueva ala formando un ángulo a la derecha de la primera. En ella, que incluso entonces, en 1814, todavía se conocía como la «nueva», se había perforado un portal en forma de un alto arco rematado por una torre con almenas. Una capilla privada con profundas ventanas ojivales completaba el castillo, que estaba rodeado de un foso el cual protegía también un acre de terreno que en otro tiempo fuera elegante, lleno de césped y flores.

Habían pasado muchos años desde que el foso había defendido la casa contra un ataque enemigo, de manera que el puente levadizo estaba bajado de forma permanente y su cabrestante de pesado engranaje se lo habían llevado para construir la parte superior de un lagar. Había dos puentes más de madera que atravesaban el foso; uno llevaba del castillo a la lechería y el otro proporcionaba un rápido acceso desde la casa a los huertos. El antiguo jardín rodeado por el foso se convirtió en un corral; un montón de abono se enmohecía caliente junto a la pared de la capilla, pollos y patos escarbaban en busca de comida y dos cerdos engordaban allí donde en otro tiempo los señores y las damas habían paseado por el césped que la guadaña había dejado liso. La «nueva» ala, toda menos la capilla, se había convertido en edificios agrícolas donde los caballos y los bueyes se recogían en establos, se guardaban las carretas y las manzanas se amontonaban cerca de la prensa.

La Revolución había dejado indemne el castillo de Lassan, aunque su señor, que servía diligente y humildemente a su rey en París, había ido a parar a la guillotina únicamente porque poseía un antiguo título. El Comité para la Seguridad Pública local había visitado el acogedor castillo y trató de hacer acopio de un moderno y sanguinario entusiasmo para saquear las pertenencias del difunto conde, pero la familia era apreciada y, después de mucha bravuconería inofensiva, el Comité había mascullado una disculpa a la condesa viuda de Lassan y se conformó con robar cinco barriles de sidra recién prensada y una carretada del vino del antiguo conde. Al nuevo conde, un serio muchacho de dieciocho años, le remordía la conciencia y llegó al convencimiento de que los desastres acaecidos en Francia eran en verdad el resultado de las desigualdades sociales; así que le dijo al Comité local que renunciaría a su título y se alistaría en el nuevo Ejército de la República. El Comité, que quedó

asombrado de que alguien renunciara a los privilegios que sus miembros tan públicamente despreciaban, aplaudió la decisión, aunque a la condesa viuda de Lassan se la vio fruncir la boca con desaprobación. Su hija de sólo siete años no comprendía nada de todo aquello. Había habido otros cinco hijos, pero todos habían muerto en su primera infancia. Sólo habían sobrevivido el mayor, Henri, y Lucille, la más pequeña.

En esos momentos, veintiún años después, las guerras que habían empezado contra la República y que continuaron contra el Imperio habían terminado al fin. La condesa viuda todavía vivía y gustaba de sentarse allí donde el sol quedaba atrapado por la unión de las dos alas del castillo y donde las rosas se alzaban hasta alcanzar el musgo que crecía en el tejado de piedra de la construcción. La vieja dama compartía el castillo con su hija. Ésta había estado casada con el hijo de un general, pero a los dos meses de la boda su marido había muerto en las nieves de Rusia, por lo que Lucille Castineau había regresado con su madre en calidad de viuda sin hijos.

Entonces, en la época de paz que llegó después de Pascua, el hijo también había vuelto a casa. Henri, conde de Lassan, había subido por el sendero y había cruzado el puente levadizo tal como si volviera de dar un paseo, su madre había llorado de alegría al ver que su hijo soldado había sobrevivido y esa noche, como si nunca hubiera estado ausente, Henri presidió la mesa a la hora de la cena. Había doblado su uniforme azul tranquilamente y sin remilgos y lo había guardado con la infundada esperanza de que nunca más se vería obligado a llevarlo. Bendijo la mesa antes de comer y luego comentó que daba la impresión de que había pocas flores en los manzanos del huerto.

—Haría falta injertar nuevos vástagos en los árboles —repuso su madre.

—Pero no hay dinero —añadió Lucille.

—Tienes que pedir un crédito, Henri —dijo la condesa viuda de Lassan—. A dos viudas como nosotras no nos prestarían nada, pero si que se lo dejarán a un hombre.

—¿No tenemos nada que se pueda vender?

—Muy poca cosa. —La viuda se sentó con la espalda muy recta—. Y lo poco que queda, Henri, debemos conservarlo. No está bien que un conde de Lassan no tenga la plata de la familia o unos buenos caballos.

Henri sonrió.

—Los títulos de la antigua nobleza se abolieron hace más de veinte años, mamá. Ahora soy monsieur Henri Lassan, nada más.

La viuda resopló en señal de desaprobación. Ella había visto ir y venir las modas de la nomenclatura francesa. Henri, el conde de Lassan, se había convertido en el ciudadano Lassan, luego en el teniente Lassan, después en el capitán Lassan y entonces afirmaba ser monsieur Lassan sin más. Eso, en opinión de la viuda, eran estupideces. Su hijo era el conde de su feudo, señor de sus fincas y heredero de ocho

siglos de noble historia. Eso no podría cambiarlo ningún gobierno de París.

No obstante, a pesar de su madre, Henri se negó a utilizar su título, y no le gustaba cuando los habitantes del pueblo le hacían reverencias y lo llamaban «vuestra merced». Uno de aquellos aldeanos había pertenecido en otra época al Comité para la Seguridad Pública, pero había pasado ya mucho tiempo desde esos emocionantes momentos de igualdad y el avejentado revolucionario estaba entonces tan dispuesto como cualquiera a quitarse la gorra ante el conde de Lassan.

—¿Por qué no complaces a mamá? —le preguntó Lucille a su hermano. Era un domingo por la tarde, pocos días después del regreso de Henri, y mientras la condesa viuda echaba su siesta, hermano y hermana habían cruzado uno de los puentes de madera y caminaban entre los manzanos apenas floridos hacia la corriente del caz situado al otro extremo de los huertos del castillo.

—Llamarme a mí mismo conde sería pecar de orgullo.

—¡Henri! —le dijo Lucille en tono de reproche aun a sabiendas de que ninguna recriminación influiría en su dulce pero muy testarudo hermano. Se le hacía difícil imaginarse a Henri como a un soldado, aunque de su correspondencia se desprendía claramente que se había tomado sus responsabilidades militares con gran seriedad y, leyendo entre líneas, que se había ganado la simpatía de sus soldados. Pero siempre, en todas sus cartas, había hablado de sus aspiraciones de convertirse en sacerdote. Cuando se terminara la guerra, escribía, recibiría las órdenes sagradas.

La condesa viuda censuraba, desaprobaba e incluso despreciaba tales aspiraciones. Henri se acercaba a la cuarentena y ya iba siendo hora de que se casara y tuviera un hijo que llevara el apellido Lassan. Eso era lo más importante: el nacimiento un nuevo conde; así, al regreso de Henri, la viuda no tardó en invitar a madame Pellemont y a su hija soltera a visitar el castillo y a partir de entonces acosó a Henri con frecuentes y poco diplomáticas insinuaciones sobre mademoiselle Pellemont, la cual, aun sin ser ninguna belleza, era dócil y tranquila.

—Es ancha de caderas, Henri —decía la viuda tentadoramente—. Soltaré los críos como una cerda pare su camada.

La viuda no hizo extensivo su deseo de tener nietos a su hija, puesto que si Lucille se casaba de nuevo sus hijos no llevarían el apellido familiar ni ningún hijo de Lucille sería conde de Lassan. Lo que la viuda quería era que el apellido y el linaje perduraran, de manera que las perspectivas de matrimonio de Lucille no le interesaban. De hecho, dos hombres habían propuesto matrimonio a la viuda Castineau, pero Lucille no quería correr el riesgo de tener la desgracia de perder de nuevo el amor.

—Me volveré vieja y decrépita —le dijo a su hermano, aunque este último aspecto parecía un destino poco probable, porque Lucille poseía una vivacidad innata que le daba a su rostro una sonrisa que lo iluminaba. Tenía los ojos grises, el cabello

castaño claro y la cara larga. Se consideraba poco agraciada y realmente no poseía una gran belleza, aunque su personalidad gozaba de una chispa inteligente y el hombre que se había casado con ella se consideraba un marido de los más afortunados.

—¿Te volverás a casar? —le preguntó su hermano mientras bajaban andando hasta el canal del molino.

—No, Henri; me quedaré aquí hasta que me apolille. Me gusta estar aquí, y me mantiene ocupada. Me gusta estar ocupada. —Lucille era una persona madrugadora y rara vez descansaba durante el día. Cuando hubo tantos hombres ausentes en las guerras fue Lucille quien se encargó de llevar la granja, el lagar, el molino, la lechería y el castillo. Supervisó los partos de las ovejas, crió a los terneros y engordó cerdos para el matadero. Remendó las sábanas de lino de siglos de antigüedad con las que la familia dormía todavía, batió mantequilla, hizo queso y estiró los insignificantes ingresos de la familia para tratar de preservar el patrimonio. Se había visto obligada a vender dos campos y la mayor parte de la vieja plata; sin embargo, el castillo había sobrevivido para cuando Henri volvió. Éste creía que el trabajo había dejado agotada a su hermana, porque estaba pálida y delgada, pero Lucille negó esa acusación—. No es el trabajo lo que es agotador, sino el dinero. Nunca hay suficiente. Tenemos que reparar el tejado de la torre, nos hacen falta los manzanos. —Suspiró—. Nos hace falta de todo. Hasta las sillas de la cocina necesitan un arreglo, y no me alcanza el dinero para pagar a un carpintero. Llegaron al canal del molino y se sentaron en el muro de piedra, por encima de la brillante corriente de agua. Henri llevaba un mosquete que entonces apoyó contra la pared. Los bolsillos de su abrigo le pesaban mucho al ir cargado con dos pesadas pistolas. No le gustaba llevar las armas, pero la campaña francesa estaba infestada de bandas de hombres armados que, o bien habían desertado de los ejércitos del emperador o bien habían sido dados de baja y no tenían casa ni trabajo. Esos hombres atacaban a menudo a los habitantes del pueblo e incluso habían saqueado algunas pequeñas ciudades. Todavía no se habían visto forajidos como aquéllos cerca del castillo, pero Henri Lassen no iba a correr el riesgo y por eso llevaba las armas cada vez que se alejaba de la zona segura cercada por el foso. Los pocos trabajadores de la hacienda también iban armados y en el pueblo sabían que si la campana que había encima de la capilla del castillo repicaba, era porque había peligro fuera y tenían que meter su ganado en el patio del castillo.

—No es que pueda prometer una defensa muy satisfactoria —decía en esos momentos Henri en tono compungido—. No lo hice muy bien defendiendo nuestra fortaleza. —Había estado al mando del fuerte Teste de Buch y, día tras día, año tras año, había observado el mar vacío y pensado que la guerra lo estaba dejando de lado hasta que, justo en las últimas semanas de los enfrentamientos, los fusileros británicos habían venido por el lado que miraba hacia tierra y trajeron el horror a su

pequeño dominio.

Lucille notó la tristeza en la voz de su hermano.

—Debió de ser horrible.

—Sí —se limitó a decir Henri y luego se quedó callado, por lo que Lucille pensó que no diría nada más; sin embargo, al cabo de un momento, el hermano se encogió de hombros y empezó a hablar de esa única batalla perdida. Le habló de los ingleses vestidos de verde y de cómo habían aparecido como de la nada en su fortaleza—. Eran unos hombres grandotes y llenos de cicatrices. Combatían como demonios. Les encantaba combatir: lo vi en sus caras. —Se estremeció—. Y destrozaron todos mis libros, todos. Había tardado años en reunirlos, y tras la batalla no quedó ni uno.

Lucille se enroscaba un tallo de colleja en el dedo.

—Los ingleses. —Lo dijo en tono despreciativo, como si eso lo explicara todo.

—Son una gente brutal. —Henri nunca había conocido a ningún inglés; sin embargo, los prejuicios contra la raza isleña surgían de su interior normando. Existía una memoria tribal de arqueros con cascos de acero y de hombres armados a caballo que cruzaban el canal para incendiar graneros, llevarse a las mujeres y matar a los niños. Para Henri y Lucille, los ingleses eran una voraz y belicosa raza de protestantes que Dios había creído oportuno situar justo al otro lado del agua—. A veces sueño con esos fusileros —repuso entonces Henri Lissan.

—No consiguieron matarte —afirmó Lucille como si quisiera estimular el amor propio de su hermano.

—Al final pudieron haberlo hecho. Me adentré en el mar, directo hacia su jefe. Se trataba de un famoso soldado, y pensé que tal vez expiara mi fracaso si lo mataba, o pagara por ello si era yo quien moría; pero no quiso luchar. Bajó su espada. Pudo haberme matado, pero no lo hizo.

—¿Así que hay algo bueno en los hombres de verde?

—Creo que simplemente me despreciaba. —Henri Lissan se encogió de hombros—. Se llama Sharpe, y la más ridícula de mis pesadillas me dice que un día volverá para acabar conmigo. Es una tontería, ya lo sé; pero no puedo librarme de esa idea. —Intentó alejar de sí esa estupidez con una sonrisa, pero Lucille supo que de alguna manera ese tal Sharpe se había convertido en el demonio personal de su hermano, el hombre que había avergonzado a Lissan como soldado, y Lucille se maravilló de que a una persona que quería ser sacerdote le preocupara de todas formas no haber sido un gran soldado. Trató de decirle a su hermano que no importaba el fracaso, que él era mejor persona que cualquier soldado.

—Espero ser mejor persona —dijo Henri.

—¿Como sacerdote? —Lucille mencionó el tema de la discusión con la que su madre continuaba tan obstinada.

—Apenas he pensado en otra cosa estos últimos años. —Y hubiera podido añadir

que se había preparado para poca cosa más durante ese tiempo. Había leído, estudiado y discutido con el cura de Arcachon, poniendo a prueba continuamente la solidez de su propia fe y encontrándola siempre fuerte. La alternativa al sacerdocio era convertirse en señor de su castillo, pero a Henri Lissan no le hacía ni pizca de gracia esa tarea. Hacía falta gastar una fortuna en las paredes y el tejado del viejo edificio. Sería mejor, pensaba él para sus adentros, si se vendiera el lugar y su madre fuera a vivir cerca de la abadía de Caen; pero sabía que nunca podría convencer a la viuda de esa sensata solución.

—No parece estar completamente seguro de querer ser sacerdote —dijo Lucille.

Henri se encogió de hombros.

—En esta casa ha habido un Lissan a lo largo de ochocientos años. —Se detuvo, incapaz de argumentar nada en contra del peso abrumador de esa tradición y sintiendo incluso una cierta empatía hacia los fervientes deseos de su madre en cuanto al futuro de la familia. Pero ¿y si el precio de ese futuro era mademoiselle Pellemont? Le sobrevino un estremecimiento y luego miró el reloj—. Mamá se despertará dentro de poco.

Se pusieron en pie. Lissan dirigió de nuevo la mirada hacia las lejanas colinas, pero no había nada malo moviéndose entre los huertos de frutales, ni ningún hombre vestido de verde acechaba en las altas crestas donde crecían los olmos, las hayas y los carpes. El castillo estaba tranquilo, en paz y seguro, así que Henri tomó su mosquete cargado y acompañó a casa a su hermana.

\* \* \* \*

—Están asustados, ya verán —apuntó Harper y, como para demostrar que tenía razón, se acercó llevando el orinal por el aire a los centinelas de la policía militar que hacían guardia en el pasillo ante la puerta de la habitación donde lo esperaban Sharpe y Frederickson.

El policía militar retrocedió apartándose del orinal y luego protestó cuando Harper se ofreció a retirar la tira de tela que tapaba el contenido.

—No esperará que unos oficiales de alcurnia vivan en una habitación que apeste a mierda —dijo Harper—; así que tengo que vaciarlo.

—Vaya al patio. Y haga el favor de no quedarse merodeando por ahí. —Fue el sargento de la policía militar quien le dio las órdenes con brusquedad.

—Es usted un gran hombre, sargento.

—¡Lárguese de aquí! ¡Y dese prisa, soldado! —El sargento observó al fornido irlandés bajar las escaleras—. Un maldito irlandés y un maldito fusilero —dijo sin dirigirse a nadie en particular—; las dos cosas que más aborrezco.

El pasillo, que carecía de ventanas, estaba iluminado por dos faroles con la parte

delantera de cristal que proyectaban las alargadas sombras de los tres guardias sobre las tablas del suelo. Se oía el retumbar de las risas y los vozarrones provenientes de la planta baja de la prefectura, donde los más altos oficiales de la compañía de transportes daban una cena. Dieron las ocho y media en un reloj que había al pie del profundo hueco de la escalera.

Pasaron más de quince minutos antes de que Harper volviera a subir la escalera silbando. En una mano llevaba el orinal limpio con tres vasos de vino vacíos en su interior mientras que al hombro cargaba un barril de proporciones considerables que primero dejó caer en el rellano y luego hizo rodar con el pie derecho hacia la puerta tras la que se encontraban los oficiales. Le dirigió un alegre saludo con la cabeza al sargento de la policía militar:

—Un caballero de abajo me mandó subir esto para los oficiales, sargento.

El sargento de la policía militar se cruzó en el camino del barril y frenó su avance con la bota.

—¿Quién lo mandó?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —Cuando quería, Harper podía hacer el papel de un irlandés corto de entendederas. El hecho de que ese papel, por mucho que tergiversara la verdad, se ajustara, no obstante, a los prejuicios de hombres como el sargento de la policía militar, lo hacía todavía más efectivo—. No me dijo su nombre, no lo hizo, pero dijo que se compadecía de los pobres caballeros. Dijo que no los conocía, pero que le sabía mal por ellos. Pero claro, sargento, ese hombre estaba más que un poco bebido, y eso siempre hace que uno sea más comprensivo. ¿No es verdad? Es una lástima que nuestras esposas no beban más. ¡Vaya si lo es!

—¡Cierre el pico! —El sargento tiró del tonel hasta ponerlo en posición vertical y aflojó el tapón. Se vio recompensado con el intenso aroma del buen brandy. Volvió a empujar el tapón en su sitio—. Tengo órdenes de no dejar que nadie se comunique con los oficiales.

—No les va a negar un traguito ahora, ¿no?

—Cierre esa maldita boca. —El sargento se irguió, alargó la mano hacia el orinal y sacó los tres vasos—. Entre ahí dentro y dígales a sus malditos oficiales que si tienen sed tendrán que beber agua.

—Sí, sargento. Lo que usted diga, sargento. Gracias, sargento. —Harper fue avanzando poco a poco por delante del barril y luego atravesó la puerta como una flecha como si de verdad temiera la ira del sargento de la policía militar. Una vez dentro de la habitación cerró la puerta y le sonrió a Sharpe—. Ha sido tan fácil como robar un vellón de lana de la espalda de un cordero, señor. Un barril de brandy entregado sin novedad. Esos cabrones se morían por quitármelo.

—Esperemos que se lo beban —dijo Frederickson.

—Dentro de dos horas —afirmó Harper con seguridad— esos tres estarán



bailando borrachos. Hasta se me ocurrió traerles unos vasos.

—¿Cuánto ha costado el brandy? —preguntó Sharpe.

—Todo lo que usted me dio, señor, pero el tipo de la cocina dijo que era de lo mejorcito. —Harper, que tenía buenas razones para mostrarse satisfecho de sí mismo, continuó ofreciendo el resto de su información. Solamente había tres guardias en el descansillo superior y él no había visto ningún otro centinela hasta que llegó a la planta baja, donde vio a un sargento y dos soldados en el cuarto de guardia situado junto a la puerta principal—. Pero no eran de la policía militar, señor, así que no tendrían por qué ser un problema. Los saludé y vi nuestras armas ahí dentro. —Había otros dos centinelas en la plaza de la ciudad, al otro lado de la puerta que daba a la calle—. Abajo están dando una gran cena, por lo que hay unos cuantos tipos rondando por ahí en busca de un sitio donde mear. ¡Ah!, y hay una estantería en el primer piso, señor, llena de condenados libros de contabilidad.

—¿Ha buscado las caballerizas? —preguntó Sharpe.

—Sí, señor, pero ya están bien cerradas con llave y el portón del patio también.

—O sea, que no hay ninguna posibilidad de robar caballos. Harper considero la cuestión y luego se encogió de hombros.

—Sería difícil, señor.

—Somos de la Infantería —recordó Frederickson quitándole importancia—; bien podemos salir de la ciudad a pie.

—¿Y si envían a la Caballería tras nosotros?

Frederickson desechó el miedo.

—¿Cómo sabrán en qué dirección nos hemos ido? Además, la Caballería francesa nunca nos ha atrapado, así que, ¿qué posibilidades cree que tienen esos adormilados?

—Iremos a pie entonces. —Sharpe estiró mucho los brazos como si se preparara para hacer ejercicio—. Pero, ¿hacia dónde?

—Eso es fácil —dijo Frederickson—. Nos vamos a Arcachon.

—¿A Arcachon? —preguntó Sharpe sorprendido. Era la ciudad más cercana al fuerte Teste de Buch; con todo, aparte de eso, no se le ocurría nada relacionado con ese lugar que fuera de especial relevancia.

Pero Frederickson, mientras Harper representaba su farsa con el orinal, había estado inmerso en sus pensamientos. Nunca había habido oro en el fuerte, explicó entonces; al menos no lo había cuando los fusileros lo capturaron. Si podían probar ese hecho, se habrían terminado sus problemas.

—Lo que tenemos que hacer —siguió diciendo— es encontrar al comandante Lassan. No creo que él escribiera ese informe: creo que lo preparó Ducos. —Frederickson dejó de hablar al tiempo que un soldado se reía al otro lado de la puerta—. Sospecho que su brandy es apreciado, sargento.

—¿Por qué cree que el informe del comandante fue falsificado? —preguntó

Sharpe.

Frederickson hizo una pausa para prender una llama en su caja de yesca y encender uno de sus pequeños y asquerosos cigarros.

—¿Se acuerda de sus dependencias?

Sharpe hizo memoria de los frenéticos pocos días que había pasado en la fortaleza de Teste de Buch.

—Recuerdo que ese bastardo tenía un montón de libros. No sabía luchar, pero tenía un montón de malditos libros.

—¿Se acuerda de qué trataban esos libros?

—Tenía cosas mejores que hacer para ponerme a leer.

—Yo eché un vistazo —observó Frederickson—, y recuerdo que el comandante Lissan tenía una biblioteca muy refinada, por lo que fue una verdadera lástima que la convirtiéramos en su mayor parte en papel de dibujo y relleno para los cañones. Recuerdo algunas magníficas ediciones de ensayos y una enorme y verdaderamente amplia colección de sermones y demás literatura piadosa. Un hombre muy devoto, nuestro comandante Lissan.

—Así no es de extrañar que lo dejáramos hecho papilla —dijo Harper alegremente.

—Y si es un devoto —Frederickson no hizo caso del jovial comentario de Harper—, apuesto a que tal vez también sea honesto. Una cosa no siempre implica la otra, por supuesto: me acuerdo de un capellán muy moralista del LX que robó en el comedor de oficiales y luego se escapó con la rancia mujer de un cabo, pero estoy dispuesto a creer que quizá Lissan esté cortado por otro patrón muy distinto. De hecho, ¿me parece recordar que el americano nos contó que era un buen hombre?

—Sí, lo hizo —Sharpe se acordó.

—Pues esperemos que sea buena persona. Esperemos que desmienta ese condenado informe y nos suelte a todos de ese maldito y agudo anzuelo. El truco está en encontrarle y convencerle para que se desplace a Londres.

Las tranquilas palabras de Frederickson hicieron que la tarea sonara extrañamente fácil. Sharpe se volvió hacia la ventana y vio que la oscuridad envolvía la ciudad. A poca distancia por encima de una maraña de mástiles oscuros, una delgada una de puntas afiladas se asomaba sobre los negros tejados. Se veían velas en algunas ventanas y las teas parpadeaban allí donde los antorcheros escoltaban a los transeúntes por las calles.

—Pero, ¿por qué Arcachon? —Sharpe se puso de espaldas a la ventana—. ¿Cree que Lissan vive allí?

—Dudo que tengamos esa suerte —dijo Frederickson—, pero como es un hombre culto y devoto es probable que él y el sacerdote local tuvieran una relación amistosa. Es difícil poder entablar una conversación decente en una plaza fuerte; para qué

hablar de encontrar a alguien con quien jugar al ajedrez, y yo recuerdo que encendimos un fuego con un excelente juego de ajedrez que había en las dependencias de Lissan. Así que mi propuesta es que vayamos a ver al sacerdote de Arcachon y esperemos que él nos pueda decir dónde encontrar a Lissan. ¿Están de acuerdo?

—Me parece una idea bastante brillante —repuso Sharpe con admiración.

—Sólo soy un humilde capitán de los fusileros —dijo Frederickson— y por tanto me halagan los elogios de un oficial del estado mayor.

—Pero —observó Sharpe— si Lissan es una persona honorable, ¿por qué iba Ducos a falsificar un informe suyo? Debería saber que Lissan podría desmentirlo.

—No tengo respuesta para eso —admitió Frederickson—, pero nos quedaremos sin saberlo a menos que encontremos a Lissan.

—O que salgamos de aquí —dijo Harper en tono grave—. ¿Me dan permiso para pegarle a un policía militar?

—Nada de muertes —advirtió Frederickson—. Si matamos a alguno de esos cabrones, entonces tendrán verdaderos motivos para someternos a un consejo de guerra. —Se acercó sigilosamente a la puerta—. Me pregunto si nuestro brandy está funcionando.

Se quedaron los tres en silencio mientras intentaban descifrar los leves sonidos que provenían del otro lado de la puerta. Oyeron voces y después, con perfecta claridad, el sonido del líquido al verterlo.

—Media hora más —decidió Sharpe.

La media hora pasó lentamente, pero al fin el primero de los relojes de la ciudad dio las diez. Sharpe hizo una mueca, agarró el picaporte de la puerta y le hizo una señal con la cabeza a Harper.

—Usted primero, sargento.

Abrió la puerta de golpe. Había empezado su huida.

\* \* \* \*

El teniente coronel Wigram era el invitado de honor en la cena que la compañía de transportes estaba dando en la prefectura. Los oficiales y sus invitados habían disfrutado de una buena cena a base de ñojo asado, pollo asado y peras al horno. En esos momentos, cuando cada vez había más botellas de brandy junto a las que quedaban de vino de Burdeos, a Wigram lo invitaron a que pronunciara un discurso.

Hablaba bien. La amplia mayoría de los hombres que había alrededor de la larga mesa eran civiles provenientes de Londres con el fin de supervisar la pesada tarea de retirar un ejército de Francia. Se pasaban el día liquidando cuentas con los capitanes de los barcos, distribuyendo el espacio en los cascos de las embarcaciones y

consiguiendo provisiones para el viaje de vuelta a casa que iba a realizar el Ejército. Entonces, en el esplendor del enorme salón de la prefectura iluminado por las velas, pudieron saber algo de lo que ese ejército había conseguido.

—En los días más aciagos de la guerra —dijo Wigram—, cuando las voces de todos los hombres de nuestro país se levantaban en contra de nuestros esfuerzos, y cuando cualquier hombre prudente podría haber considerado perdida nuestra causa, nunca hubiera tenido lugar una cena tan espléndida como ésta que tan generosamente nos han procurado ustedes. Entonces, caballeros, nos alimentábamos con un rancho realmente pobre. Más de una noche le di a mi caballo la única comida que me quedaba en las alforjas y yo tuve que dormir hambriento. Los franceses nunca se encontraban lejos durante esas frías noches y sin embargo sobrevivimos, caballeros. Sobrevivimos. —Hubo unos murmullos de admiración, y unos cuantos invitados, abrumados tanto por el heroísmo de Wigram como por la plenitud del vino, dieron golpecitos a sus copas con las cucharas para realizar un simpático y resonante aplauso—. E incluso después —las gafas de Wigram reflejaron la luz de las velas cuando levantó la vista para asegurarse de que su voz llegaba al otro extremo de la mesa, donde se encontraban los invitados más jóvenes—, cuando la fortuna nos sonrió de forma más compasiva, las dificultades seguían siendo nuestro constante compañero. —En realidad, Wigram había dormido entre sábanas todas las noches de la guerra y se sabía que había hecho azotar a un cocinero porque su trozo de ternera de todas las noches estaba poco hecho; pero ése no era momento de ser quisquilloso: era momento de que todos los hombres cosecharan el mayor mérito posible de la guerra, y Wigram, podía hacerlo como el mejor. Se inclinó ante el capitán Harcourt, que era otro de los invitados a la cena, y rindió un exagerado tributo a la contribución realizada por la Marina británica. De nuevo hubo aplausos.

Para finalizar, Wigram, pasó a una cuestión sobre la que había reflexionado con frecuencia:

—A menudo me preguntan —dijo— cuáles son las cualidades más deseables en un soldado, y he de confesar que provocho asombro cuando respondo que no es un brazo robusto ni un espíritu aventurero lo que hace ganar a un ejército sus batallas. Esas cualidades son necesarias, por supuesto, pero sin dotes de mando fracasarán indefectiblemente. En efecto, caballeros, es el soldado que mantiene alerta sus facultades mentales quien más contribuye a la gloriosa causa. Un soldado debe ser un pensador. Tiene que ser un maestro de los detalles. Tiene que ser un hombre cuya precisión de pensamiento lo convierta en alguien incondicional y constante en medio del peligro y la incertidumbre. —En ese punto, el teniente coronel Wigram hizo una pausa, se quedó con la boca abierta y uno a uno los invitados se volvieron para mirar con asombro las apariciones que se habían presentado en la entrada.

Solía decirse que la mayoría de soldados se alistaban al Ejército británico sólo

para beber. Los franceses acusaban desdeñosamente a los británicos de combatir borrachos, o lo que es más, de no ser capaces de luchar a menos que estuvieran bebidos, aunque, si la acusación era cierta, era asombroso que los franceses no embriagarán a sus soldados, ya que sobrios nunca podían vencer a los británicos. No obstante, había buena parte de verdad en esas acusaciones. El Ejército británico tenía fama de alcohólico y más de una unidad francesa había evitado que la capturaran dejando que tentadoras botellas y barriles detuvieran a sus perseguidores.

Así que no era precisamente motivo de asombro que los tres policías militares estuvieran borrachos. Cada uno de ellos había consumido casi una pinta y media de brandy, y no solamente estaban bebidos, sino que además, de una manera feliz, maravillosa y despreocupada, no eran conscientes de estarlo. A decir verdad, se encontraban en un Nirvana transitorio tan agradable que ninguno de los tres se había percatado siquiera cuando un fornido irlandés les propinó un fuerte golpe en la cabeza para sumergirlos en una inconsciencia temporal. Fue durante ese momento en blanco cuando a los tres policías militares los desnudaron por completo. Luego, para asegurarse de que se quedaban totalmente incapacitados, Sharpe y Frederickson habían echado más brandy aún por sus gargantas, que lo tragaron entre resoplidos.

De ese modo, el discurso del teniente coronel Wigram se vio interrumpido por tres hombres ebrios hasta el delirio y tan desnudos como el día en que vinieron al mundo.

El sargento de la policía militar miró a su alrededor con un asombrado parpadeo cuando se encontró en el salón de banquetes vivamente iluminado. Hipó, se inclinó ante los presentes e intentó hablar.

—Fuego —consiguió decir al fin, y entonces se deslizó por la pared y cayó dormido.

Detrás de él, el humo entró por la puerta abierta. Wigram se quedó mirando horrorizado.

—¡Fuego! —Esta vez la voz provenía del exterior, y fue como un enorme rugido de advertencia.

Al teniente coronel le entró el pánico, pero lo mismo le sucedió a cada uno de los hombres que se encontraban en la habitación. Platos y copas se rompieron en pedazos cuando trataron de librarse de las mesas y salieron apiñados por una de las dos puertas de la estancia. A los policías militares desnudos los pisotearon. En el pasillo el humo se hacía más espeso y subía por el hueco de la escalera. Wigram trató como pudo de escapar con los demás. Perdió las gafas a causa del pánico, pero de alguna manera consiguió salir apresuradamente por la puerta, cruzar el vestíbulo y bajar hasta la plaza de la ciudad, donde se habían congregado los invitados a la cena para observar el inminente incendio.

Sin embargo, no hubo ninguno. Un sargento de guardia llenó un cubo de agua y

apagó la pila de uniformes empapados de brandy que, espolvoreados en abundancia con pólvora y colocados después sobre unos libros de contabilidad holgadamente amontonados y mojados también con brandy, habían provocado la acre humareda. Había una seria quemadura superficial en la alfombra que apenas tenía importancia, puesto que, al llevar bordada la inicial imperial «N», estaba destinada a la destrucción de todas formas. La mayor parte de los libros de contabilidad estaban chamuscados y algunos habían quedado reducidos a cenizas, pero el fuego no se había propagado y por tanto no se había causado un verdadero daño. El sargento ordenó que sacaran al patio a los tres policías militares borrachos y los dejaran tirados en un camino de paso de las caballerías y después, deteniéndose sólo para hurtar media docena de botellas de brandy de la mesa de la sala de banquetes, se dirigió a la puerta principal e informó a los oficiales de que todo estaba en orden.

A excepción de que, tal como descubrió al cabo de media hora alguien a quien se le ocurrió mirar en el piso superior de la prefectura, habían desaparecido tres fusileros. También habían desaparecido del cuarto de guardia dos fusiles, una pistola de siete cañones, una bayoneta y seis bolsas de munición.

El coronel Wigram, que se dejó llevar por el pánico como una gallina mojada, quería llamar a la guardia y mandar luego a la Caballería a galopar por toda Francia para encontrar a los fugitivos. El capitán Harcourt estaba más calmado.

—No hace falta —dijo.

—¿Que no hace falta?

—Mi querido Wigram, hay piquetes en cada una de las salidas de la ciudad y, aunque el comandante Sharpe evite a los centinelas, sabemos exactamente hacia dónde se dirigen.

—¿Lo sabemos?

—Naturalmente. Ese fusilero tuerto tenía toda la razón en lo que declaró ante el tribunal: nadie pudo haberse llevado seis toneladas de oro bajo el fuego enemigo. Seguro que usted lo comprendió.

Wigram no había comprendido nada parecido, pero no estaba dispuesto a demostrar tanta ignorancia.

—Por supuesto —repuso de mal humor.

—En ningún caso pudieron llevarse el oro, así que debieron de esconderlo en Teste de Buch, y le garantizo que es allí a donde han ido. Y allí es donde tenemos un balandro desde hace una semana. ¿Sería usted tan amable de mandar a un solo mensajero para advertir a la tripulación de que tendrán que arrestar al comandante Sharpe y a sus compañeros?

—Claro que sí. —Wigram se sintió herido de que nadie le hubiera hablado de las precauciones de la Marina—. ¿Han tenido un balandro allí durante una semana?

—No querrá que esos malditos franceses cojan el oro, ¿no?

—¡Pero les pertenece a ellos por ley!

—Me he pasado los últimos veinte años de mi vida matando a esos cabrones y no tengo ninguna intención de entregarles un montón, de oro sólo porque se haya firmado un tratado de paz. ¡Si hace falta, destrozaremos ese fuerte para encontrar esa maldita cosa! —Harcourt levantó la vista hacia las estrellas como si considerara el tiempo que iba a hacer y luego sonrió—. Hay un único consuelo en todo esto, mi querido coronel. Al escaparse, el comandante Sharpe y el capitán Frederickson han demostrado su culpabilidad, así que, cuando la Marina los atrape, no debería tener usted ningún problema en convocar un consejo de guerra. ¿Quiere que mandemos a ese mensajero? Y como es probable que las carreteras sean peligrosas, tal vez sea mejor que se le facilite una tropa de caballería como escolta. Tal vez entonces le gustaría terminar su discurso. Debo reconocer que me ha causado gran fascinación su teoría respecto al papel del pensador en la consecución de la victoria.

Pero, de alguna manera, la alegría había abandonado la noche de Wigram. Al menos encontró sus gafas, pero alguien las había pisoteado al salir corriendo y tenían un cristal roto y una patilla torcida. Así que renunció a su discurso, maldijo a todos los fusileros y luego se retiró a sus dependencias y se fue a dormir.

## CAPÍTULO 7

Había sido bastante fácil escapar de la prefectura provocando un pequeño caos, pero abandonar la ciudad propiamente dicha iba a ser una tarea más ardua. Todas las salidas estaban vigiladas por un piquete de casacas rojas. Los soldados no estaban allí para proteger Burdeos de las bandas de maleantes de la campiña, sino más bien para detener a cualquier desertor que pudiera haber eludido a la policía militar de los muelles y tratara de llevarse a su mujer de vuelta a España o Portugal.

Sharpe se había servido de las estrellas para encontrar una ruta que atravesara la ciudad en dirección oeste, pero en esos momentos, tan cerca del campo abierto, se había visto obligado a detenerse. Miraba fijamente a un piquete de una docena de soldados cuyas siluetas se perfilaban alrededor de un brasero. Sharpe estaba demasiado lejos para poder distinguir sus rostros o para ver a qué regimiento podrían pertenecer. Maldijo en silencio haberse quedado sin catalejo.

—Si esperamos mucho más —advirtió Frederickson—, mandarán a los soldados tras nosotros.

—No irán a detener a unos oficiales que pasen por su lado —sugirió Harper.

—Esperemos que no. —Sharpe decidió que Harper tenía razón y que sólo con el rango debería bastar para poder dejar atrás a los aburridos centinelas. De todas formas se preguntó qué haría si el piquete resultaba obstinado. Una cosa era desnudar a policías militares borrachos, pero otra muy diferente era hacer uso de la fuerza contra un pelotón de casacas rojas—. Amartillen sus fusiles —dijo mientras avanzaban.

—¿Va usted a dispararles? —preguntó Frederickson con incredulidad.

—A amenazarlos por lo menos.

—Yo no voy a disparar a nadie. —Frederickson se dejó el fusil colgado del hombro. Harper no tenía tantos escrúpulos, y echó hacia atrás el percutor de su pistola de siete cañones. El escandaloso chasquido del pesado cerrojo hizo que el oficial al mando del piquete se volviera hacia los fusileros que se acercaban.

Entonces Sharpe estaba lo bastante cerca como para ver que el oficial del piquete era un hombre alto y con aspecto de dandi que, al igual que muchos oficiales de Infantería que aspiraban a la alta costura, llevaba encima del hombro un capote de soldado de Caballería ribeteado de piel. El oficial caminó tranquilamente hacia los fusileros con un aire lánguido, casi altanero. Los tres debían de tener un aspecto extraño, porque, en un ejército que se había acostumbrado a la paz con rapidez, ellos iban ataviados para la guerra. Llevaban unas pesadas mochilas, unas bolsas atiborradas e iban engalanados con armas. Fue al ver esas armas cuando el sargento del piquete dio una brusca orden a sus hombres y éstos se descolgaron los mosquetes, se dirigieron al otro lado del camino arrastrando los pies y formaron una burda línea.



El oficial hizo un calmado gesto con la mano como para sugerir al sargento que no había necesidad de alarmarse. En esos momentos el oficial se había alejado a unos veinticinco metros del brasero. Allí se detuvo, cruzó los brazos y esperó a que los fusileros se acercaran a él.

—Si no disponen de un pase —les dijo en un tono de lo más suficiente y despectivo—, no tendré más remedio que arrestarlos.

—Dispare a ese hijo de puta —le dijo Sharpe a Harper con regocijo.

Pero Harper sonreía; el oficial se estaba riendo y la Fortuna, la veleidosa diosa de los soldados, también le sonrió a Sharpe. El oficial alto y desdeñoso era el capitán Peter D'Alembord, de los Voluntarios del Príncipe de Gales. Era un viejo amigo que una vez había servido a las órdenes de Sharpe y que entonces estaba al mando de su antigua compañía ligera. D'Alembord también conocía muy bien a Frederickson y a Harper y se alegró mucho de verlos a ambos.

—¿Cómo está usted, sargento mayor del regimiento? —le preguntó a Harper.

—Ahora vuelvo a ser sólo un fusilero, señor.

—¡Bien hecho! Era usted demasiado insubordinado para que lo ascendieran. —D'Alembord volvió la vista hacia Sharpe—. Sólo por curiosidad, señor: ¿tiene usted un pase?

—Claro que no tengo ningún maldito pase, Dally. Esos cabrones quieren arrestarnos.

Sólo había sido cuestión de suerte lo que había llevado a Sharpe hacia ese piquete formado por soldados de su antiguo batallón. En ese momento se encontraba lo bastante cerca para reconocer a algunos de los hombres que se encontraba alrededor del brasero. Vio a los soldados Weller y Clayton, ambos buenos combatientes, aunque no era momento de saludar a antiguos camaradas ni de involucrarlos en la huida de aquella noche.

—Sáquenlos discretamente de la ciudad, Dally, y olvide que nos ha visto.

D'Alembord se volvió hacia su piquete:

—¡Sargento! Volveré dentro de una hora más o menos.

El sargento tenía curiosidad. El servicio en el piquete había sido aburrido y por fin un poco de emoción rompía el tedio; pero se encontraba demasiado lejos de los tres fusileros para poder reconocerlos. Dio unos cuantos pasos hacia delante.

—¿Puedo decir dónde va a estar, señor? Si me lo preguntan.

—En un burdel, por supuesto. —D'Alembord suspiró—. El problema con el sargento Huckfield —le dijo a Sharpe— es que es condenadamente moral. Un buen soldado, pero terriblemente aburrido. Iremos por aquí. —Condujo a los tres fusileros hacia un fétido callejón oscuro que apestaba con insoportable hedor a sangre—. Me han puesto al lado de un matadero —explicó D'Alembord.

—¿Hay algún camino seguro para salir de la ciudad? —preguntó Sharpe.

—Hay docenas —respondió el sargento—. Se supone que tenemos que patrullar estos callejones, pero a la mayoría de los muchachos no le hace ninguna gracia arrestar a mujeres y niños. Por consiguiente, estos días tendemos a vigilar mucho más por el otro lado. La policía militar, como pueden imaginar, es más enérgica. —Alejó a los fusileros de la peste a carnicería y los condujo a otro callejón más ancho.

Los perros ladraban al otro lado de las puertas cerradas. En una ocasión se abrió un postigo de una ventana alta y una cara miró al exterior, pero nadie dio ninguna voz de alarma ni preguntó nada. El callejón daba unas vueltas incomprensibles, aunque al final iba a desembocar en un sendero lleno de rodadas bordeado de unos setos cubiertos de hollín donde el olor del campo abierto se mezclaba con el tufo maloliente de la ciudad.

—La carretera principal está en esa dirección —D'Alembord señaló hacia el sur, al otro lado de unos oscuros campos—, pero antes de que se vaya, señor, ¿querrá satisfacer mi curiosidad y decirme en nombre de Dios qué está ocurriendo?

—Es una larga historia, Dally —dijo Sharpe.

—Tengo toda la noche.

No llevó mucho tiempo, sólo unos diez minutos, describir los extraordinarios acontecimientos de ese día. Entonces, el ruido de cascos en un camino que se encontraba al norte obligó a otro retraso, que Sharpe aprovechó para averiguar cómo se las arreglaba su antiguo batallón sin él.

—¿Cómo es el nuevo coronel?

—Es un hombrecillo bastante asustado y quisquilloso que con mucha razón cree que todos somos extraordinariamente expertos y que él tiene mucho que aprender. Lo que más teme es que por algún motivo el Ejército lo vuelva a destinar a usted al regimiento y que así se pongan de manifiesto sus múltiples deficiencias. Por otra parte, no es mala persona, y con el tiempo tal vez se convierta en un buen soldado. Dudo que sea lo bastante bueno para poder vencer a los franceses, pero probablemente podría acallar un disturbio de luditas sin matar a demasiados inocentes.

—¿Los van a enviar a América? —preguntó Sharpe.

D'Alembord negó con la cabeza.

—A Chelmsford. Tenemos que reclutar a gente que dé la talla y prepararlos para las funciones de acuartelamiento en Irlanda. Supongo que tendré el placer de golpear las cabezas de sus compatriotas unas contra otras, ¿no cree usted, sargento mayor del regimiento?

—Creo que debería asegurarse de que no le golpeen la suya, señor —replicó Harper.

—Trataré de evitar esa eventualidad. —D'Alembord levantó la cabeza de cara al viento nocturno, pero el misterioso ruido de cascos se había ido debilitando hacia el

oeste—. ¿Está seguro de que no hay nada que yo pueda hacer para ayudar desde aquí? —le preguntó a Sharpe.

—¿Cuándo se van hacia Chelmsford?

—Cualquier día de éstos.

—¿Le deben algunos días de permiso?

—¡Por Dios que si me deben! Me deben la mitad de mi vida.

—Así que puede entregar un mensaje por mí.

—Con muchísimo gusto, señor.

—Busque a la señora Sharpe. La última dirección que me llegó era de la calle Cork, en Londres, pero podría ser que se hubiera mudado a Dorset desde entonces. Cuénteles todo lo que yo le he explicado esta noche. Dígales que iré a casa en cuanto pueda y que necesito a alguien con influencia de mi lado. Pídale que busque a lord Rossendale.

—Ésa es una buena idea, señor. —D'Alembord reconoció el nombre de Lord Rossendale porque estuvo con Sharpe durante el extraño paréntesis en Londres, cuando éste fue elegido como favorito del príncipe regente<sup>[3]</sup>. Una de las consecuencias de ese favoritismo fue que al antiguo regimiento de Sharpe le pusieron el nombre de los Voluntarios del Príncipe de Gales y la otra fue una lejana pero amigable relación con uno de los edecanes militares del príncipe, Lord John Rossendale. Si había algún hombre que pudiera utilizar todo el poder de las influencias para limpiar el nombre de Sharpe, ése era Rossendale. El comandante sabía que el mejor método para demostrar su inocencia era hallar a Lassan o a Ducos, pero si esa búsqueda no daba resultado, entonces iba a necesitar amigos poderosos en Londres, y Rossendale era el primero y el más accesible de todos ellos.

—Si no puede encontrar a mi esposa —añadió Sharpe—, trate de ver a Rossendale directamente. Él puede hablar con el príncipe.

—Lo haré con mucho gusto, señor. ¿Y cómo le mando de vuelta los mensajes?

Sharpe no había pensado en ese problema ni tampoco quiso considerarlo entonces. La noche empezaba a ser fría y él estaba impaciente por ponerse en camino hacia el oeste.

—Probablemente estaremos en casa dentro de un mes, Dally. No nos puede llevar más tiempo encontrar a un oficial francés. Pero ¿y si fracasamos? Entonces, por el amor de Dios, asegúrese de que Rossendale sepa que somos inocentes. Nunca hubo ningún oro.

—Pero si nos retrasamos —Frederickson era más prudente—, tal vez podamos mandarle un mensaje.

—Mándenlo a Greenwoods. —Se trataba de otra compañía de agentes militares—. Y tenga cuidado, señor. —D'Alembord le estrechó la mano a Sharpe.

—Usted no nos ha visto, Dally.

—Ni siquiera los he oído, señor.

Los tres fusileros atravesaron un agreste terreno de pastoreo y se dirigieron hacia la carretera construida sobre un terraplén. Ésta no era la ruta más directa hacia Arcachon, puesto que conducía más al sur que al oeste; pero era una vía en la que Sharpe y Frederickson habían tendido una emboscada pocas semanas antes y sabían que, en cuanto llegaran a ese preciso lugar, podrían encontrar el camino hasta el fuerte de Teste de Buch a campo traviesa.

—Había olvidado que tenía usted tan buenos contactos —observó Frederickson divertido.

—¿Se refiere a Lord Rossendale?

—Me refiero al príncipe regente. ¿Cree que nos ayudará?

—Estoy seguro de que nos ayudará. —Sharpe lo dijo con fervorosa convicción porque recordaba los asiduos detalles del príncipe en Londres—. Siempre que Jane pueda contactar con Lord Rossendale.

—Entonces le deseo buena fortuna a su esposa. —Frederickson trepó por el montículo cubierto de césped y estampó los pies contra el suelo de sílice de la carretera. Esperó a que sus dos compañeros subieran por el terraplén y los tres cambiaron el rumbo hacia el sudoeste.

De ese modo, de noche por una carretera, Sharpe se alejó del Ejército. Entonces era un fugitivo buscado por las autoridades británicas, por los franceses y sin duda por su antiguo enemigo, Ducos. Los fusileros se habían convertido en vagabundos, expulsados de su propia sociedad, de la que se marchaban para vengarse.

\* \* \* \*

Jane Sharpe se sentía herida.

Su resentimiento vino con la llegada de la paz y cuando, poco a poco, se fue dando cuenta de que su marido era un hombre totalmente desprovisto de las ambiciones de aquella paz. Jane nunca había dudado de su determinación durante la guerra, cuando el soldado Richard Sharpe había ascendido gracias a sus propios méritos y energía, pero sabía que su marido no tenía ningún deseo de transmutar esa reputación de tiempos de guerra por el éxito en tiempos de paz. Sólo quería enterrarse en las profundidades de la Inglaterra rural y quedarse allí para hacer de agricultor y vegetar. Jane había pasado la mayor parte de su vida en la Inglaterra rural, en las tierras pantanosas de fría arcilla de Essex, y no tenía ningún deseo de volver a vivir con tan pocas comodidades. Podía entender que su marido pudiera disfrutar de una vida como aquélla, pero le aterraba la posibilidad del exilio rural y preveía que las únicas visitas que tendrían en su casa de campo serían antiguos compañeros del Ejército como el sargento Harper.

A Jane le gustaba Harper, pero no creía que debiera mencionarle esa simpatía a lady Spindacre, porque era evidente que a ésta no le parecería bien que la esposa de un comandante le tuviera cariño a un simple sargento, a un sargento irlandés, además. Lady Spindacre se movía exclusivamente en los círculos más elevados, y el sentimiento de agravio de Jane se avivó cuando se dio cuenta de que entonces ella tenía las puertas abiertas para entrar en esos círculos, aunque sólo si Sharpe renunciaba al campo y estaba dispuesto a utilizar las distinguidas amistades que había hecho en Londres.

—Pero no lo hará —se lamentó ante la tal lady Spindacre.

—Debes obligarlo, querida. Te ha dado instrucciones para que compres una casa, ¡pues cómprala en Londres! ¿No dices que te ha dado poderes sobre el dinero?

El recuerdo de ese gesto de confianza provocó en Jane unos segundos de remordimiento, pero entonces ese remordimiento fue vencido por su reciente y plena convicción de que únicamente ella sabía lo que era mejor para la carrera de Richard Sharpe. La guerra había terminado, pero todavía podía conseguir un ascenso, aunque no si renunciaba al servicio y se enterraba en alguna aldea de Dorsetshire. La tal lady Spindacre, impresionada de que a Jane la hubieran presentado en una ocasión al príncipe regente y convencida de que esa presentación había sido el resultado del genuino interés del príncipe por su marido, opinaba que había multitud de empleos en época de paz que estaban en manos de la realeza y que tales puestos, ocupados por militares, no exigían mucho tiempo y sin embargo la paga, los ascensos y el prestigio eran generosos.

—No puede retirarse como comandante —dijo lady Spindacre en tono mordaz.

—Comandante honorífico, en realidad —confesó Jane.

—Como mínimo tendría que conseguir el grado de coronel. Podría hacerse cargo de una sinecura en la Torre o en Windsor. Mi querida Jane, ¡él tendría que perseverar para que le nombraran sir! ¡Mira a cuántos hombres con logros mucho menores les llueven las recompensas! Lo único que tu marido tiene que hacer, querida, es cultivar esas elevadas relaciones. Tiene que presentarse en la corte, debe mostrarse perseverante con las personas que allí conozca y tendrá éxito.

Aquello sonaba como una música dulce y sensata a oídos de Jane, quien, recién liberada de una juventud embrutecedora, veía el mundo como un lugar fabuloso y emocionante en el que podría remontar el vuelo. Sabía que Sharpe ya había tenido sus aventuras, pero no iría a negarle a ella las oportunidades de ascender socialmente, ¿no?

Y Juliet, lady Spindacre, se encontraba en una posición ideal para aconsejarla sobre tal ascenso. No era mayor que Jane: sólo tenía veinticinco años, aunque había protagonizado un inteligente matrimonio con un general de división de mediana edad que había muerto a causa de las fiebres en el sur de Francia. Jane conoció a la

reciente viuda lady Juliet en el barco que las llevó a ambas de vuelta a Inglaterra y las dos chicas se hicieron amigas de inmediato.

—No debes seguir llamándome lady Spindacre —había dicho Juliet, y Jane se había deleitado con esa intimidación, que se consolidó gracias a las similitudes entre las dos muchachas. Ambas eran mujeres que atraían las miradas lascivas de los oficiales del barco, compartían una fascinación por los accesorios femeninos tales como la ropa y los cosméticos, los hombres y las intrigas, y las dos ambicionaban triunfar en sociedad—. Por supuesto —explicó la tal lady Spindacre—, tendré que ser reservada durante una temporada por la muerte del querido Harold; pero será por poco tiempo. —Lady Spindacre no llevaba luto, porque, decía ella, su querido sir Harold no lo hubiera querido—. Lo único que siempre quiso es que fuera un espíritu en libertad, que disfrutara.

El disfrute de la vida por parte de lady Spindacre estaba amenazado no obstante por su delicada salud y por sus constantes preocupaciones sobre el testamento del fallecido sir Harold.

—Tenía hijos de su primera esposa —le contó a Jane—, ¡y son unos monstruos! Sin duda tratarán de robarme la herencia, y hasta que el caso no esté cerrado estoy sin un céntimo.

Esa miseria no era un problema inmediato, porque Jane Sharpe podía recurrir a la enorme fortuna que su marido le había quitado al enemigo en Vitoria.

—Como mínimo —aconsejó lady Spindacre— deberías establecerte en Londres, hasta que regrese tu marido. De esa forma, querida, podrás al menos tratar de asistirle en su carrera y si cuando vuelva es tan desagradecido como para empeñarse en vivir en el campo, entonces podrás tener la tranquilidad de haber hecho todo lo posible.

Todo aquello le parecía sumamente razonable a Jane, que, al llegar a Londres y siguiendo los consejos de la querida lady Spindacre, retiró todo el dinero de su marido. No le gustaban los señores Hopkinson de la calle San Alban; la primera vez que se dirigió a ellos, habían tratado de evitar por todos los medios que cancelara la cuenta del comandante Sharpe. Cuestionaron la firma de su marido, dudaron de su autoridad y fue sólo la visita del abogado de lady Spindacre lo que al final los convenció para transferir una carta de crédito que Jane sensatamente depositó en un banco apropiado donde un hombre joven y elegante pareció encantado de conocerla.

No todo el dinero estaba protegido con tanta sensatez. La tal lady Spindacre tenía mucho que enseñarle a Jane sobre las costumbres de la sociedad y esas lecciones eran caras. Había que comprar una casa en la calle Cork, que estaba de moda, había que encontrar nuevos sirvientes y se tenía que comprar mobiliario. Los sirvientes tenían que ir uniformados, y a esto había que sumar los vestidos necesarios para Jane y lady Spindacre. Les hacían falta ropajes para ponerse por las mañanas, para las recepciones, para las comidas, para los almuerzos, para las cenas, y tales eran las

restricciones de la nueva y ajetreada vida de Jane que ni un solo vestido podía llevarse más de una vez, al menos, aseguraba lady Spindacre, no delante de las personas que las dos amigas tenían intención de ganarse. Había que grabar tarjetas de visita, alquilar carruajes y hacer contactos, y Jane se convenció a sí misma de que todo lo hacía por el bien de su marido.

Así que Jane estaba ocupada y, con todo su ajetreo, feliz.

Entonces, justo a las dos semanas de que las campanas de Londres hubieran repicado su venturoso mensaje de paz, cayó la bomba. Llegó en forma de dos hombres de traje oscuro que afirmaban poseer la autoridad de la oficina del auditor general. Jane se había negado a recibirlos en su nuevo salón de la calle Cork, pero los dos hombres entraron a la fuerza dejando atrás a la criada y, con firmeza aunque con cortesía, insistieron en hablar con la señora Jane Sharpe. Primero le preguntaron si era la esposa del comandante Richard Sharpe.

Jane, aterrorizada, se pegó al papel chino de las paredes que la querida Juliet se había empeñado en comprar y confirmó que sí lo era.

¿Y era cierto, preguntaron los dos hombres, que la señora Sharpe había retirado recientemente la suma de dieciocho mil novecientas sesenta y cuatro libras, catorce chelines y ocho peniques de los señores Hopkinson e hijos, agentes del Ejército, de la calle San Alban?

¿Y qué si lo había hecho?, preguntó Jane.

¿Tendría la señora Sharpe la bondad de explicar cómo era que su marido tenía tanto dinero en su posesión?

La señora Sharpe no iba a tener la bondad de explicárselo. Jane estaba asustada, pero encontró el coraje para lanzar su desafío. Además, vio que los dos hombres se sentían atraídos por ella y tuvo el tino de saber que los hombres como aquéllos nunca se mostrarían desagradables con una joven dama.

No obstante, los dos hombres de traje oscuro informaron de manera respetuosa a la señora Sharpe de que el Gobierno de su majestad, que estaba pendiente de una investigación sobre el comportamiento de su marido, buscaría la manera de que se devolvieran las sumas de dinero. Todas las sumas que, como no ignoraba Jane, suponían todo el dinero gastado en polvos de maquillaje, en encajes, en postizos, en satén, en champán y en la casa. ¡Hasta la casa! ¡Su casa!

Cuando los hombres se marcharon le entró el pánico, pero la querida lady Spindacre, que había estado en la cama con un poco de fiebre, se recuperó rápidamente y afirmó que ningún hombre con traje oscuro de la oficina del auditor general tenía derecho a molestar a una dama.

—El auditor general es un don nadie, querida. No es más que un civil pesado que necesita que alguien le baje los humos.

—¿Pero cómo? —Jane ya no parecía una belleza elegante y sofisticada; más bien

se asemejaba a la chica tímida e inocente que había sido hacia un año.

—¿Cómo? —La tal lady Spindacre, al ver la amenaza que se cernía sobre la fuente del dinero de Jane, que también era la única fuente de ingresos que ella misma tenía en esos momentos, estaba lista para la batalla—. Utilizando esos contactos, por supuesto. ¿Para qué sirve la sociedad si no? ¿Cómo se llamaba el edecán del príncipe regente? ¿Ése que estuvo tan pendiente de tu marido?

—Lord Rossendale —dijo Jane—. Lord John Rossendale. —Hasta entonces había estado demasiado asustada para intentar aprovecharse de esa relación indirecta; daba la impresión de que era algo demasiado ambicioso y demasiado remoto, pero había surgido una emergencia y Jane comprendió muy bien que Carlton House, donde residía la corte del príncipe, se hallaba en un escalafón mucho más elevado que los monótonos buenos oficios del auditor general—. Pero sólo he visto a Lord Rossendale una vez —añadió tímidamente.

—¿Fue grosero contigo?

—De ninguna manera. Fue de lo más amable.

—Entonces escríbele. Tendrás que mandarle alguna tontería, claro está.

—¿Qué podría mandarle a un hombre como él?

—Una caja de rapé es algo habitual —apuntó lady Spindacre con indiferencia—. Tratándose de un favor respetable esperará una que cueste al menos cien libras. ¿Te gustaría que comprara una, querida? No me siento tan mal como para no poder acercarme a la calle Bond.

Tal como era debido, se compró una caja de rapé adornada con piedras preciosas, y esa misma tarde Jane escribió su carta. La escribió una docena de veces hasta quedar satisfecha con sus palabras y entonces, con el mismo cuidado con el que lo haría un niño bajo la severa mirada de su profesor, copió esas palabras en una hoja de su nuevo papel de carta perfumado.

A la mañana siguiente un criado llevó la carta y la valiosa caja de rapé a Carlton House.

Y Jane esperó.

\* \* \* \*

El *curé* de Arcachon estaba escuchando las confesiones cuando entró en su iglesia el feo soldado extranjero. El soldado llegó en silencio salido de la noche y, aunque no llevaba más armas que la espada que cualquier caballero llevaría, el parche que tenía en el ojo y su cara llena de cicatrices provocaron un estremecimiento de horror en los feligreses que esperaban su turno para el confesionario. Una de las parroquianas, una anciana soltera, le susurró la noticia al padre Marin a través de la muselina que servía de separación en el confesionario.



—Solamente tiene un ojo, padre, y una cara horrible.

—¿Va armado?

—Lleva una espada.

—¿Qué está haciendo?

—Está sentado en la parte de atrás de la iglesia, padre, cerca de la estatua de santa Genoveva.

—Entonces no hace ningún daño y no tiene usted que preocuparse.

Pasó una hora más antes de que el padre Marin hubiera terminado su tarea, y para entonces ya habían acudido a la iglesia otras dos feligresas para decirle que el soldado extranjero no estaba solo, sino que tenía dos compañeros que estaban bebiendo en la taberna que había junto a la tienda del talabartero. El padre Marin se había enterado de que los extranjeros llevaban unos uniformes verdes muy viejos y descoloridos. Una mujer estaba segura de que eran alemanes, mientras que otra aseguraba con igual convicción que eran británicos.

El padre Marin salió con cuidado del confesionario y a la luz de las velas votivas de santa Genoveva vio que el feo extranjero seguía sentado pacientemente en la parte de atrás de la iglesia entonces vacía.

—Buenas noches, hijo mío. ¿Ha venido para confesarse?

—Dudo que Dios tenga la paciencia de escuchar todos mis pecados —Frederickson habló en su idiomático francés—. Además, padre, soy un hereje protestante más que uno católico.

El padre Marin hizo una genuflexión ante el altar, se santiguó y luego se sacó la manchada estola por encima de su cabeza gris.

—¿Es un hereje alemán o uno británico? Mis feligreses sospechan las dos cosas de usted.

—Y tienen razón, en ambos sentidos, padre, porque llevo sangre de las dos gentes. Pero mi uniforme es el de un capitán británico.

—Lo que queda de su uniforme —dijo el padre Marin divertido—. ¿Tiene algo que ver con los ingleses que están explorando el fuerte Teste de Buch? —El viejo cura vio que había asombrado al extranjero.

—¿Explorando? —preguntó Frederickson con desconfianza.

—Unos marineros ingleses han estado ocupando el fuerte desde hace diez días. Han tirado abajo lo que quedaba de las paredes interiores y ahora están cavando en la tierra de alrededor como si fueran conejos. Corre el rumor de que están buscando oro.

Frederickson se rió.

—El rumor es cierto, padre, pero ahí no hay nada de oro.

—También se rumorea que el oro lo enterraron allí los soldados ingleses que capturaron el fuerte en enero. ¿Era usted uno de esos soldados, hijo mío?

—Sí, padre.

—Y ahora está aquí, en mi humilde iglesia, mientras sus compañeros están bebiendo vino en la peor taberna de la ciudad. —El padre Marin disfrutó bastante al ver la turbación de Frederickson ante la eficiencia de los cotilleos de Arcachon—. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Venimos andando desde Burdeos. Nos ha llevado tres días.

El padre Marin cogió su capa de un perchero que había detrás de la estatua de la Virgen y se la puso sobre sus delgados hombros.

—¿No han tenido problemas por el camino? Constantemente oímos hablar de forajidos.

—Nos encontramos con una banda.

—¿Sólo ustedes tres?

Frederickson se encogió de hombros pero no dijo nada. El padre Marin extendió la mano hacia la puerta.

—Está claro que es usted un hombre competente, capitán. ¿Quiere acompañarme hasta mi casa? Le puedo ofrecer un poco de sopa y un vino bastante mejor del que sus compañeros están disfrutando en estos momentos.

A Frederickson le llevó tres horas de conversación y dos partidas de ajedrez perdidas convencer al anciano cura para que le diera la dirección de Henri Lassan. El padre Marin resultó tener mucho cuidado con su viejo amigo Lassan, pero después de dos partidas de ajedrez el viejo sacerdote estaba seguro de que ese capitán Frederickson era una buena persona, amén de tuerto.

—¿No pretenderá hacerle daño? —Marin quería estar seguro.

—Le prometo que no, padre.

—Le escribiré —advirtió el padre Marin— y le diré que se dirigen hacia allá.

—Le agradecería que lo hiciera —dijo Frederickson.

—Echo mucho de menos a Henri. —El padre Marin fue hacia una mesa antigua que hacia las veces de escritorio y empezó a rebuscar entre restos de libros y papeles—. Hay que reconocer que era muy mal soldado, pero sus hombres lo apreciaban mucho. Recuerdo que era muy benévolo con ellos. También le afligió mucho que ustedes lo vencieran.

—Me disculparé ante él por ello.

—No le guardará rencor, estoy seguro. Claro que no le puedo asegurar que vaya a estar en su casa, puesto que tenía la intención de entrar en el sacerdocio. Traté continuamente de disuadirlo, pero... —El padre Marin se encogió de hombros y luego retomó su lenta búsqueda entre los papeles enrollados y amarillentos que había sobre la mesa.

—¿Por qué trató de disuadirlo?

—Henri es una persona excesivamente piadosa para ser un sacerdote. Se creará cualquier historia desgraciada que le cuenten y por lo tanto lo matará la compasión;

pero si eso es lo que él desea, entonces que así sea. —El padre Marin encontró el pedazo de papel que buscaba—. Si le hace algo malo, capitán, lo maldeciré.

—No quiero hacerle ningún daño.

El padre Marin sonrió.

—Entonces le espera a usted una buena caminata, capitán. —La dirección se hallaba en Normandía. El castillo de Lassan, explicó el padre Marin, no se encontraba lejos de la ciudad de Caen, pero sí muy lejos de Arcachon—. ¿Cuándo se irán? —preguntó el cura.

—Esta misma noche, padre.

—¿Y los marineros?

—Deje que sigan cavando. No hay nada que encontrar.

El padre Marin se rió y luego acompañó a su misterioso visitante hasta la puerta. Una pálida luna en forma de cimitarra se alzaba no muy alta sobre el caballete del tejado de la iglesia.

—Vaya usted con Dios —dijo el padre Marin— y dele las gracias por habernos enviado la paz.

—Fuimos nosotros quienes trajimos la paz, padre —replicó Frederickson—, al vencer a ese bastardo de Napoleón.

—¡Váyase! —El cura sonrió y luego volvió adentro. Tenía toda la intención de escribir su carta de aviso a Henri Lassan esa misma noche; sin embargo, se quedó dormido y, por algún motivo u otro, en los días que siguieron nunca se puso a escribir. No es que eso importara mucho, puesto que estaba convencido de que Frederickson no quería hacerle ningún daño a su amigo el conde.

Y en las dunas de arena, al igual que conejos, los marineros siguieron cavando.

## CAPÍTULO 8

El padre Marin había advertido a Frederickson de que un hombre tardaría un mes entero en ir andando desde Arcachon a Caen, eso si viajaba de día y sin necesidad de eludir tanto a los rapaces bandidos como a las patrullas de la policía militar. Había carruajes de servicio público que podían hacer el viaje en una semana y que iban bien protegidos con escoltas armados; pero tanto Sharpe como Frederickson pensaban que el nuevo Gobierno francés, que los tomaba por ladrones, podría estar buscándolos todavía. Asimismo, la noticia de que los marineros británicos estaban registrando el Teste de Buch convenció a Sharpe de que corrían el mismo peligro con sus propios compatriotas que con los franceses. Frederickson se mostró de acuerdo con él en que era mejor caminar de noche para evitar así todas las miradas.

Se tropezaron con su mayor obstáculo sólo tres noches después de haber dejado Arcachon. Se habían dirigido hacia el este para llegar hasta el río Garona a su paso por el sur de Burdeos. El río era demasiado ancho y profundo para poder atravesarlo nadando sin peligro, y se pasaron toda una noche buscando hasta que encontraron una embarcación. Era el esquife de un barquero, que estaba atado a un grueso poste de madera clavado en las profundidades de la orilla del río. Harper se escupió en las manos, se agachó, agarró el poste y tiró de él hasta desencajarlo del suelo silíceo. Frederickson ya había cortado dos ramas para usarlas como remos. La corriente del río era tan rápida que Sharpe tuvo miedo de que arrastrara su bote hasta el mismo Burdeos, pero de alguna manera lograron dirigir la embarcación hacia la orilla del este sin ningún percance.

La noche siguiente cruzaron otro río más pequeño y entonces pudieron poner rumbo al norte. El padre Marin le había confiado a Frederickson la ruta que debían seguir, y que pasaba por Angoulême, Poitiers, Tours, Le Mans, Alençon, Falaise y así hasta Caen.

Los tres fusileros estaban acostumbrados a viajar de noche, puesto que el Ejército siempre había realizado sus marchas mucho antes del amanecer para poder recorrer el camino diario antes de que el sol de España llegara a su cenit. En esos momentos, en medio de la campiña francesa, era dudoso que alguien se diera cuenta del paso de los fusileros. Las habilidades que utilizaban ya les eran innatas entonces; eran las habilidades de unos soldados que habían patrullado en la guerra durante toda su vida. Sabían cómo viajar en silencio y cómo cazar. Una noche, a pesar de la presencia de tres perros guardianes en un corral, Frederickson y Harper robaron dos cochinitos recién paridos, que asaron al día siguiente en una casa de labranza abandonada y en ruinas situada en lo alto de una colina. Dos noches después, en un bosque repleto de flores silvestres, Sharpe cazó un venado al que destriparon y descuartizaron. Sacaron peces de los arroyos sólo con las manos. Cenaron setas y raíces de diente de león.

Comieron liebres, conejos y ardillas y lo único que echaron de menos en su dieta fue el vino y el ron.

Evitaron pasar por ciudades y pueblos. A veces oían repicar la campana de una iglesia al anochecer o percibían el hedor de una gran ciudad, pero siempre se desviaban hacia el este o hacia el oeste antes de continuar por senderos desiertos o de bordear los enormes viñedos. Vadearon los arroyos, treparon por las colinas y atravesaron como pudieron los salobres pantanales. En las noches claras seguían la estrella polar y en las otras caminaban hasta una carretera principal para orientarse con los mojones. Parecían vagabundos con sus uniformes hechos jirones, pero unos vagabundos tan bien armados que debían de tener un aspecto más aterrador que el de los forajidos que tanto se molestaban en evitar.

La décima noche de su viaje se vieron obligados a detenerse en medio de la oscuridad. Durante todo el día habían visto que las nubes se amontonaban en el oeste y al caer la noche todo el cielo estaba cubierto de sombrías y negras nubes tormentosas. Los tres fusileros se habían acomodado en un establo en ruinas y cuando el primer relámpago punzante fulminó el suelo Sharpe decidió quedarse. Ya había empezado a chispear, suavemente al principio, pero pronto empezó a llover de un modo malévolo cada vez con más fuerza hasta que el aguacero golpeó la tierra con un diluvio hiriente y continuo. Los truenos restallaban y recorrían el cielo con un sonido como el del paso de una fuerte ráfaga de disparos.

Harper dormía mientras Sharpe y Frederickson permanecían en cuclillas a la entrada del establo. Ambos estaban fascinados con la violencia de la tormenta. Los rayos serpenteaban y se dividían en riachuelos de brillante fuego blanco de manera que parecía como si el mismísimo cielo estuviera en un grito.

—¿No tronó también la noche antes de la batalla de Salamanca? —Frederickson tuvo casi que gritar para hacerse oír por encima del violento ruido.

—Sí. —Sharpe oía los balidos de pánico de unas ovejas hacia el oeste y estaba considerando la posibilidad de desayunar añojo.

Frederickson resguardó su caja de la yesca en el interior de su sobretodo y prendió una llama para encender uno de los pocos cigarros que le quedaban.

—Me asombro a mí mismo al disfrutar verdaderamente de esta vida. Creo que quizá sería capaz de vagar en la oscuridad el resto de mi vida.

Sharpe sonrió.

—Yo prefiero llegar a casa.

Frederickson soltó una carcajada desdeñosa.

—Oigo el eco de la lujuria de un hombre casado.

—Estaba pensando en Jane, si es a lo que se refiere. —Desde que habían salido de Burdeos Sharpe había procurado no mencionar a su esposa, porque sabía la poca simpatía que a Frederickson le merecía el estado del matrimonio; pero las

preocupaciones de Sharpe no habían hecho más que aumentar con ese silencio y entonces, bajo la amenaza de la tormenta, no pudo resistirse a expresar su preocupación—. Estará inquieta.

—Es la mujer de un soldado. Si no está preparada para las largas ausencias y los largos silencios, no tendría que haberse casado con usted. Por otra parte, D'Alembord la verá muy pronto.

—Eso es cierto.

—Y tiene dinero —continuó diciendo Frederickson implacablemente—, así que no veo que tenga muchos motivos para estar intranquila. En realidad, sospecho que está usted más preocupado por ella que ella por usted.

Sharpe vaciló antes de reconocerlo, pero como necesitaba el consuelo de un amigo, asintió con la cabeza.

—Es verdad.

—¿Le preocupa que se haya cansado de usted? —insistió Frederickson.

—¡Por Dios, no! —protestó Sharpe con vehemencia, con demasiada vehemencia, porqué a decir verdad, esa idea nunca había estado muy lejos de sus pensamientos. Era una preocupación natural provocada por la triste manera en que se habían separado y el subsiguiente silencio de Jane, pero a Sharpe no le gustaba hablar de sus intimidades ni siquiera con Frederickson. Su voz sonó áspera—. Estoy preocupado porque el maldito Wigram sabía que ella había retirado ese dinero. Eso significa que alguien ha investigado sus asuntos domésticos. ¿Y si intentan confiscarle el dinero?

—Entonces será pobre —afirmó Frederickson con crueldad—, pero no hay duda de que vivirá hasta que usted limpie su nombre. Es de suponer que su esposa tiene amistades que no dejarán que acabe en una penuria ignominiosa, ¿no?

—No tiene amigos que yo sepa. —Sharpe había raptado a Jane de la casa de su tío, donde la habían obligado a llevar una vida recluida. Esa clase de vida le había impedido hacer buenas amistades y, despojada de un apoyo así, Sharpe no sabía cómo sobreviviría Jane a la pobreza y la soledad. Era demasiado joven e inocente para pasar privaciones, pensaba él, y al darse cuenta de ello sintió que le invadía un sentimiento de afecto y lástima por ella. De pronto deseó haberse arriesgado a hacer el viaje en carruaje. Quizás a esas alturas podrían haber encontrado ya a Lassan y estar regresando a casa con la prueba que necesitaban, pero en lugar de eso Sharpe se encontraba aislado en medio del azote de esa tormenta de agua, y se imaginó a una Jane sin un céntimo, agitada bajo la misma atronadora violencia, presa de un miedo solitario y lamentable—. Tal vez piense que estoy muerto.

—¡Por el amor de Dios! —A Frederickson le indignó la autocompasión de Sharpe—. Puede leer las relaciones de bajas, ¿no es verdad? Y debe de haber recibido alguna de sus cartas. Además, D'Alembord estará pronto con ella, y puede estar seguro de que no permitirá que se muera de hambre. ¡Por Dios, hombre, deje de

inquietarse por algo que no se puede cambiar! Encontremos a Henri Lasso y entonces ya nos preocuparemos por el resto de nuestras condenadas vidas. — Frederickson se quedó callado al tiempo que el tremendo estallido de un trueno lanzaba una relampagueante lengua de serpiente hacia un bosque de una colina cercana. Las retorcidas ramas empezaron a arder tras caer el rayo, pero la fría lluvia extinguió enseguida las hojas en llamas. Frederickson chupó su cigarro—. Ojalá comprendiera el amor —dijo en un tono más familiar—; me parece un fenómeno muy extraño.

—¿Ah, sí?

—Recuerdo que la última vez que estuve en Londres pagué seis peniques para ver a la mujer con cara de cerdo. ¿Se acuerda de lo famosa que fue durante unos meses? Recuerdo que la exhibieron en la mayoría de las ciudades más grandes e incluso se dijo que tal vez la expusieran en Alemania y Rusia. Confieso que fue una experiencia de lo más singular. Era verdaderamente porcina, con un rostro bastante hocicudo, unos ojos pequeños y unos pelos hirsutos en las mejillas. No era exactamente una cara de cerda, pero sí una gran aproximación. Yo más bien creo que su representante le había rajado los orificios nasales para aumentar esa impresión.

Sharpe no sabía qué tendría que ver la mujer con cara de cerdo con el escepticismo de su amigo en relación con el amor.

—¿Y valió la pena pagar seis peniques para ver a una mujer fea? —preguntó sin embargo.

—Te compensaba el dinero que habías pagado, tal como lo recuerdo. Su representante solía hacer que la desdichada criatura sorbiera por la nariz trozos de manzana y gachas frías de un comedero que había en el suelo, y si le dabas un florín más, se desnudaba de cintura para arriba y amamantaba a una camada de lechones bastante regordetes. —Frederickson se rió al acordarse—. Hay que reconocer que era una mujer terriblemente repugnante, pero un mes después me enteré de que un caballero de Tamworth le había propuesto matrimonio y ella había aceptado. Le pagó al representante cien guineas por la pérdida del negocio y luego se llevó a la señora cerdo hacia una feliz vida conyugal en Staffordshire. ¡Increíble! —Frederickson meneó la cabeza ante esa evidencia de la irracionalidad del amor—. ¿No lo, encuentra increíble?

—Preferiría saber si pagó usted el florín de más —le dijo Sharpe.

—Claro que sí. —Frederickson pareció molesto de que hubiera tenido que preguntárselo—. Tenía curiosidad.

—¿Y?

—Tenía unos pechos completamente normales. ¿Cree usted el caballero de Tamworth estaba enamorado de ella?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Uno tiene que suponer que sí. Pero tanto si lo estaba como es totalmente inexplicable. Sería como irse a la cama con el sargento Harper. —Frederickson hizo una mueca, y Sharpe sonrió.

—¿Nunca se ha sentido tentado, William?

—¿De acostarme con el sargento Harper? No sea impertinente.

—Me refiero a casarse.

—Ah, casarme. —Frederickson se quedó callado unos momentos, y Sharpe creyó que su amigo no iba a responderle. Entonces se encogió de hombros—. Me dejaron plantado.

Sharpe lamentó inmediatamente haberle hecho esa pregunta.

—Lo siento.

—No veo por qué tendría que sentirlo. —Frederickson parecía enfadado por haber revelado ese aspecto de su pasado—. Ahora considero que fui muy afortunado al librarme. He observado a mis amigos casados, y no excluyo a los aquí presentes, y todo lo que puedo decir, con el mayor de los respetos, es que la mayoría de las esposas resultan ser unos incordios muy caros. Su principal atractivo se puede alquilar por horas de manera mucho más práctica, por lo que no parece muy lógico incurrir en el gasto de mantenerla una durante años. Pero bueno, dudo que esté usted de acuerdo conmigo. Los hombres casados rara vez lo están. —Se dio la vuelta y fue hacia el interior del establo a por la bayoneta de Harper, la sacó de la vaina y la comprobó contra su pulgar—. Tengo ganas de desayunar añojo.

—Yo he tenido el mismo deseo.

—¿O preferiría usted cordero? —preguntó Frederickson solícitamente.

—Creo que añojo. ¿Quiere que vaya yo?

—Me hace falta el ejercicio. —Frederickson apagó con cuidado su cigarro y lo guardó en su chacó. Se puso en pie, observó unos instantes la intensa lluvia y luego se adentró en la noche.

Harper roncaba detrás de Sharpe. En la cima de la colina las enormes ramas del follaje se agitaban y se combaban con el empapado viento. Los relámpagos cortaban el cielo, y Sharpe se preguntó qué malévolos destinos había llevado su carrera a ese extremo; luego rezó para que el tiempo aclarara y pudiera así terminar su viaje y encontrar a un francés honesto.

\* \* \* \*

Henri Lassen había luchado con su conciencia. Incluso había llegado a consultarlo con el obispo, y había rezado hasta tomar por fin una decisión, de la que informó a su madre una noche durante la cena. La familia estaba comiendo sopa de acedera y pan negro. Bebían un vino tinto tan malo que Lucille había tenido que poner un poco de



jengibre rallado en la botella para mejorarle el sabor. Henri estaba sentado a la cabecera de la mesa.

—¿Mamá?

—¿Henri?

Henri se detuvo con la cuchara llena de sopa a unas pulgadas por encima de su plato.

—Me casaré con mademoiselle Pellemont, tal como tú deseas.

—Me alegro mucho, Henri. —La anciana dama no iba a deleitarse con su victoria, sino que respondió con gravedad y con una pequeñísima inclinación de la cabeza.

Lucille mostró más alegría.

—Creo que es una noticia maravillosa.

—Tiene unas caderas excelentes —observó la viuda—. Su madre tuvo dieciséis hijos y su abuela doce, así que es una buena elección.

—Una elección muy concienzuda —dijo Henri Lassen esbozando una sonrisa.

—Tiene un carácter encantador —apuntó Lucille afectuosamente, y era cierto: podría ser que algunas personas pensarán que Marie Pellemont tenía la misma placidez y atractivo que una vaca mansa y no muy activa, pero a Lucille siempre le había gustado Marie, que era de su misma edad y que ahora se convertiría en nueva condesa de Lassen.

La ceremonia de esponsales se fijó para dos semanas después, y aunque el castillo pasaba una mala época, la familia se esforzó para hacer las provisiones adecuadas para la ocasión. Se dieron todos los caballos de silla del castillo menos uno para de esa forma los invitados pudieran recibir los tradicionales regalos: lazos para las empuñaduras de las espadas en el caso de hombres y ramilletes de flores para las mujeres. También habría comida abundante y vino decente para los invitados de calidad. A los habitantes del pueblo y los arrendatarios también les darían de comer y se les suministrarían enormes cubas de sidra. Lucille se encontró atareada horneando pasteles de manzana y prensando grandes bandejas de queso envuelto en ortigas. Se aseguró de que los jamones que colgaban en las chimeneas del castillo no estuvieran demasiado mordisqueados por los murciélagos. Cortó los peores estragos y luego frotó con pimienta los oscuros jamones para mantener a raya a los animales. Eran unos momentos felices. Los días eran cada vez más largos y hacia más calor.

Entonces, una semana antes de la ceremonia de esponsales, llegó la noticia de los primeros forajidos armados en las inmediaciones del castillo.

La noticia venía de un hombre que cavaba zanjas en los campos más altos por encima de la corriente del caz. Había visto cómo los fugitivos harapientos, todos armados y con los vestigios unos uniformes imperiales, caminaban a lo largo del cauce de la corriente intentando pasar desapercibidos. Llevaban dos corderos

muertos.

Esa noche Henri Lassan durmió con un mosquete cargado junto a su cama. Cerró los puentes que atravesaban el foso con barricadas hechas de viejas cubas de sidra y luego soltó a las ocas en el patio para que hicieran de centinelas. Las ocas eran más fiables que los perros, pero ningún extraño las molestó esa noche ni la siguiente, y Henri se atrevió a esperar que los vagabundos sólo hubieran estado de paso por la zona.

Pero entonces, al otro día, llegó la espantosa noticia de que una granja se estaba quemando pasado el vecino pueblo de Seleglise. El humo del granero en llamas era claramente visible desde el castillo. Habían matado al granjero, a toda su familia y a sus dos sirvientas. Los detalles de la masacre, transmitidos por el molinero de Seleglise, eran atroces, tanto que Henri no se los contó ni a su madre ni a Lucille. El molinero, un hombre mayor y devoto, sacudió la cabeza.

—Eran franceses los que lo hicieron, milord.

—O polacos, o alemanes o italianos. —Lassan sabía que había hombres desesperados de todas esas nacionalidades salidos de los derrotados ejércitos de Napoleón. De alguna manera no quería creer que los franceses pudieran hacer tales cosas a sus propios semejantes.

—Da lo mismo —dijo el molinero—: en su día todos fueron soldados de Francia.

—Cierto. —Y ese mismo día Henri Lassan se puso el uniforme que había esperado no volver a vestir más, se sujetó una espada y condujo a un grupo de sus vecinos a la caza de los asesinos. Los granjeros que cabalgaban con él eran hombres valientes, pero incluso ellos evitaron adentrarse en el profundo bosque más allá de Seleglise, donde sin duda se habían refugiado los vagabundos de instintos asesinos. Los granjeros se contentaron con disparar a ciegas hacia los árboles. Asustaron a un montón de palomas y dañaron muchas hojas, pero nadie les devolvió los disparos.

Lassan se planteó posponer la ceremonia de esponsales, pero su madre se opuso categóricamente a tal maldición. A la condesa viuda le había costado casi veinte años convencer a su hijo adulto de que tomara una esposa y no iba a poner en peligro feliz evento sólo porque unos canallas vagabundos estuvieran merodeando a ocho kilómetros de distancia. Pareció que su fe se veía recompensada, ya que no hubo más incidentes y todos los invitados llegaron al castillo sin ningún percance.

La ceremonia de esponsales, aunque modesta, fue muy bien. Hizo buen tiempo, Marie Pellemont tenía el aspecto más bello que su aliviada madre había podido conseguir que tuviera, mientras que Henri Lassan, vestido con un traje de una excelente tela azul que había sido de su padre, parecía un noble como es debido. La viuda había sacado lo que quedaba de la plata de la familia, incluida una gran fuente, de casi un metro de ancho y treinta centímetros de hondo, a la que se le había dado la forma de una concha de vieira que sostenía el escudo de armas de la familia Lassan.

Un flautista, un violinista y un tambor del pueblo proporcionaron la música; hubo danzas populares y se realizó el solemne acto de promesas seguido por el intercambio de regalos. Mademoiselle Pellemont recibió un rollo de hermosa seda de China de color azul pálido, un tesoro que la condesa viuda había poseído durante cincuenta años siempre con la intención de convertirlo en un vestido digno del mismísimo Versalles. Henri recibió una pistola con la empuñadura de plata que en su día, había pertenecido al padre de Marie. El cura del pueblo se hizo un lío con las palabras al dar la bendición, mientras que el médico local, un viudo, bailó tanto con Lucille que fueron un alegre tema de conversación por todo el patio del castillo, del que se había retirado el montón de abono en honor de ese gran día. Pronto, pensaron los habitantes del pueblo, la viuda Castineau también se casaría y no antes de tiempo, porque Lucille ya tenía casi treinta años, no tenía hijos y era una mujer de una generosidad y disposición excelentes. A médico, pensaban los del pueblo, podría irle mucho, mucho peor, aunque sin duda a la viuda de Castineau le podía ir mucho mejor.

A eso de media noche ya se habían marchado todos los invitados excepto tres primos que habían venido de Rotien y que se quedarían a pasar la noche en el castillo. Henri metió su pistola nueva en un cajón y luego se fue a la cocina, donde sus tres primos se estaban empapando de buen Calvados. Lucille y Marie, la vieja cocinera, restregaban la fuente de concha de vieira con unos puñados de paja abrasiva mientras que la condesa viuda se quejaba de que madame Pellemont no se hubiera mostrado suficientemente agradecida por el rollo de seda.

—Os aseguro que no ha visto un género de esa calidad desde antes de la Revolución.

—A Marie le gustó —Lucille era la eterna conciliadora— y ha prometido que se hará el vestido de novia con esa tela, mamá.

Henri, al acordarse de la terrible experiencia que tendría que afrontar al cabo de un mes, dijo que se iba fuera a soltar a las ocas. Lo hizo al tiempo que se preguntaba si había tomado la elección acertada al acceder a casarse, se apoyó contra la pared del castillo y levantó la vista para mirar la luna llena. Era una noche cálida, bochornosa incluso, y la luna estaba rodeada de un halo como de gasa. Oía una música proveniente del pueblo y supuso que el jolgorio continuaba en la bodega que había junto a la iglesia.

—Mañana lloverá. —La condesa viuda salió por la puerta de la cocina y levantó la mirada hacia la brumosa luna.

—Hace falta que llueva un poco.

—Esta noche hace calor. —La viuda ofreció el brazo a su hijo—. Tal vez sea un verano caluroso. Espero que sí: noto que el frío me afecta mucho más que antes.

Henri acompañó a su madre hasta el puente que conducía a la lechería. Se detuvieron sobre las tablas del puente, a poca distancia de la nueva barricada, y se

quedaron mirando las tranquilas y negras aguas del foso, en las que se reflejaba la luna.

—Veo que llevas la espada de tu padre —dijo de pronto la condesa.

—Sí.

—Me alegro. —La viuda alzó la cabeza para escuchar la música que seguía sonando en el pueblo—. Es casi como en los viejos tiempos.

—¿Ah, sí?

—Solíamos bailar mucho antes de la Revolución. Tu padre era un gran bailarín y tenía muy buena voz.

—Lo sé.

La viuda sonrió.

—Gracias por acceder a casarte, Henri.

Henri también sonrió, pero no dijo nada.

—Ya verás cómo mademoiselle Pellemont es una chica de lo más agradable —repuso la viuda.

—No será una mujer difícil —asintió Henri.

—En algunos aspectos es como tu hermana. No es de las que alardean o se dan aires. No me gustan las mujeres de carácter jactancioso: no se puede confiar en ellas.

—Por supuesto que no. —Henri estaba apoyado en la baranda del puente y se puso derecho de golpe cuando de repente las ocas chillaron detrás de él.

La viuda se agarró al brazo de su hijo.

—¡Henri!

A la viuda del conde la habían alarmado unos pasos que se oyeron de pronto junto a la lechería, donde las losas proporcionaban un firme punto de apoyo en medio del mar de barro revuelto por las pezuñas de los animales. Unas sombras oscuras se movían entre las que proyectaba la luna.

—¿Quién anda ahí? —gritó Henri.

—¿Milord? —Era una voz profunda la que contestó. El tono de esa voz era respetuoso y hasta cordial.

—¿Quién es? —volvió a preguntar Henri, y empujó suavemente a su madre hacia la iluminada puerta de la cocina.

Pero, antes de que la viuda pudiera dar un solo paso, dos hombres sonrientes aparecieron de entre las sombras. Los dos eran unos hombres altos, de pelo largo, que llevaban unas chaquetas de uniforme de color verde. Caminaron hasta el extremo más alejado del puente con las manos extendidas para mostrar que no tenían intención de causar ningún daño. Los dos llevaban espadas y tenían unos mosquetes colgados al hombro.

—¿Quiénes son ustedes? —Lassan abordó a los desconocidos.

—¿Es usted Henri, conde de Lassan? —le preguntó de manera educada el más

alto de los dos.

—Sí —contestó Lissan—. ¿Y quiénes son ustedes?

—Tenemos un mensaje para usted, milord.

La viuda, más tranquila al oír el respeto en la voz del desconocido, se quedó al lado de su hijo.

—¿Y bien? —preguntó Lissan. Los dos hombres uniformados estaban muy cerca de la barricada, ni a dos pasos de Lissan. Todavía sonreían cuando, con una experta rapidez, se descolgaron del hombro las pesadas armas.

—¡Corre mamá! —Henri empujó a su madre hacia el castillo—. ¡Lucille! ¡La campana! ¡Haz sonar la campana! —Se dio la vuelta para ir tras su madre y trató de protegerla con su cuerpo.

El hombre más alto disparó primero, y su bala penetró en la espalda de Lissan entre dos de sus costillas inferiores. El proyectil se desvió hacia arriba, hizo estallar su corazón en pedazos sangrantes y se le alojó en la parte interior del esternón. Al caer golpeó a su madre en la espalda y la hizo caer de rodillas.

La viuda se volvió para encontrarse con que el arma del otro hombre la apuntaba. Ella lo miró fijamente de manera desafiante.

—¡Animal!

El otro hombre disparó y su bala entró por el ojo derecho de la viuda hasta el cerebro.

Madre e hijo estaban muertos.

Lucille llegó a la puerta de la cocina y dio un grito.

Los dos hombres treparon por la barricada y entraron en el patio del castillo. Había otras formas inmersas en la oscuridad detrás de ellos.

Lucille volvió corriendo a la cocina, donde sus primos trataban de ponerse en pie. Uno de ellos, menos borracho que sus compañeros, sacó su pistola, la amarilló y se fue hacia la puerta, donde vio las formas oscuras en el extremo más alejado del patio. Disparó. Lucille lo empujó a un lado y levantó el enorme trabuco que guardaban cargado y listo encima de los tanques para el jabón. Lo armó y disparó contra los asesinos. La culata le golpeó el hombro y le causó un dolor atroz. Uno de los dos asesinos soltó un grito agónico al ser alcanzado. Los otros dos primos se abrieron paso por delante de Lucille y se adentraron corriendo en la oscuridad, pero una descarga de fusilería disparada desde el otro lado del foso hizo que se tiraran contra los adoquines. Las balas dieron en la antigua pared de piedra del castillo. Marie, la cocinera, gritaba. Las ocas chillaban y estiraban el cuello. Los perros que había en el granero ladraban de una manera que podría despertar a los muertos.

Lucille agarró una vieja y abollada pistola de caballería, echó hacia atrás el percutor y se fue corriendo en dirección a las oscuras formas que estaban agazapadas sobre los cuerpos de su madre de su hermano.

—¡Deténganla! —gritó una voz grave en francés desde el otro lado del foso, y uno de sus primos, como obedeciendo a esa voz, puso en pie, agarró a Lucille de la cintura y la arrastró contra adoquines justo cuando otras tres armas dispararon desde el otro lado del foso. Las balas pasaron como un latigazo por encima de Lucille y de su primo. Ella levantó la cabeza y vio que los hombres que habían matado a su familia volvían a trepar por la barricada. Había herido a uno de ellos, pero no de gravedad. Lucille estaba llorando, gritando por su madre, pero a la luz de la luna vio que los hombres que escapaban a su venganza llevaban unas casacas verdes. ¡Los hombres de verde! Esos demonios ingleses que habían perseguido a su hermano habían regresado una noche funesta para terminar su repugnante trabajo. Aulló como un perro a esas formas que se retiraban y disparó la pistola contra los asesinos que huían. Los pedacitos de pólvora explosionada que salieron de la cazoleta de la pistola le quemaron la cara y fregonazo la deslumbró.

Los perros encerrados en el granero escarbaban en la puerta. Marie sollozaba. Un sirviente fue corriendo a la capilla y empezó a tañer la campana para dar la alarma. Los habitantes del pueblo, alertados por los disparos y atribulados por el frenético ruido la campana, atravesaron el arco principal del castillo en manada. Algunos llevaban faroles; todos llevaban armas. Los que llevaban pistolas dispararon sin tregua hacia el este, por donde los atacantes hacía rato que habían desaparecido. Los disparos de los aldeanos causaron más daños a la lechería y a los invernáculos del castillo que a los asesinos.

Lucille, llorando desconsolada, se abrió paso entre los habitantes del pueblo hacia el lugar donde yacían su madre y su hermano en medio del foco de luz de los faroles. El sacerdote del pueblo le había tapado el rostro a la viuda con un pañuelo. El vestido negro de la anciana estaba empapado de sangre que brillaba bajo la luz amarillenta.

Henri Lassan estaba tendido de espaldas. Su excelente traje había sido cortado con cuchillos, casi como si sus asesinos hubieran pensado que guardaba monedas en las costuras de su chaqueta. Le habían robado su antigua espada grabada. Lo más raro de todo era la presencia de un hacha de mango corto junto a su cuerpo. Esa barata hacha la habían utilizado para cortar dos dedos de la mano derecha de Henri Lassan. Lo habían hecho con torpeza, de manera que el pulgar y el dedo anular también estaban medio amputados. No había ni rastro de los dos dedos que faltaban.

El cura pensó que la desfiguración se había hecho en pro del satanismo. Pocos años antes había habido un brote de culto al demonio en las montañas de Normandía y el obispo lo había prevenido contra un resurgimiento de esas prácticas abyectas. El sacerdote se santiguó pero se reservó su opinión. Por esa noche bastaba con el mal que ya estaba hecho.

Lucille, que ya era viuda y ahora huérfana y privada de la vida de su buen hermano, lloraba como una niña desconsolada mientras la campana de la capilla

seguía anunciando su inútil mensaje en una noche vacía.

## CAPÍTULO 9

Lucille Castineau lloró durante tres días sin que se la pudiera consolar. Lo intentó el *curé*, lo intentó el médico local y lo intentaron sus primos. Todo fue en vano. Únicamente después del funeral mostró un poco de su entereza anterior cuando ensilló el caballo de su hermano, cogió la pistola nueva de su estudio y cabalgó hacia el extremo más alejado de Seleglise y allí disparó un tiro tras otro, hacia el espeso bosque.

Luego volvió a casa y ordenó que dismantelaran los dos puentes de madera que atravesaban el foso. Era un trabajo horrible, puesto que los maderos eran enormes, e incluso era un trabajo sin sentido porque el daño ya estaba hecho; pero los trabajadores de la granja, con la ayuda de los habitantes del pueblo, serraron los grandes trozos de madera y se los llevaron para reforzar graneros, establos y cabañas. Entonces Lucille hizo poner un aviso en la puerta de la iglesia y otro en la de Seleglise que prometían una recompensa de doscientos francos a quien proporcionara información que condujera a la captura y a la ejecución de los ingleses que habían asesinado a su familia.

Los habitantes del pueblo creían que a la viuda Castineau la aquejaba una locura transitoria debido a su consternación, ya que no había nada que demostrara que los asesinos fueran ingleses y, en realidad, la cocinera juraba que había oído una voz que gritaba en francés. Una voz muy grave, Marie se acordaba perfectamente, una voz de verdadero diablo, dijo, pero Lucille se empeñó en que habían sido ingleses los que habían cometido los asesinatos, por lo que los avisos de recompensa se iban borrando bajo la luz del sol y se enrollaban con el rocío de la noche. Lucille había jurado que vendería los huertos superiores para aumentar el dinero de la recompensa si alguien la conducía a la venganza.

Una semana después de los funerales llegó madame Pellemont con el abogado de su familia y la insolente reclamación de que la mitad de la finca del castillo y la mitad del mismo castillo pertenecían por derecho a su hija, que había pasado por una ceremonia de esponsales con el difunto conde de Lassan. Lucille escuchó con aparente paciencia y luego, cuando al final el abogado le pidió educadamente una respuesta, abrió el cajón de su hermano, sacó la pistola con la empuñadura de plata y amenazó con disparar tanto a madame Pellemont como a su abogado si no se marchaban inmediatamente de su casa. Ellos vacilaron, y se decía que la voz de Lucille gritándoles que abandonaran el castillo se oyó desde la casa del sacristán, más allá de la herrería.

Madame Pellemont y su abogado se fueron y la pistola con la empuñadura de plata, que resultó no estar cargada, fue lanzada tras ellos. Estuvo tirada en el camino durante tres horas antes de que nadie se atreviera a recogerla.



El suegro de Lucille, el anciano general Castineau, acudió desde Bourges para expresarle sus condolencias. El general sólo tenía una pierna; la otra la había perdido por culpa de una bala de cañón austríaca. Estuvo muchas horas con Lucille. Le dijo que debería casarse de nuevo, que toda mujer necesitaba un marido y, puesto que él también era viudo, era un sentimental y veía en Lucille lo que su hijo con ojos de lince había visto una vez, se ofreció él mismo. Lucille lo rechazó, aunque lo hizo con tanto tacto que el general no tuvo ocasión de sentirse ofendido.

El general Castineau también le aseguró que era muy poco probable que unos ingleses hubieran matado a Henri y a la viuda.

—Yo los vi —insistió Lucille.

—Tú viste a unos hombres vestidos de verde. Todos los ejércitos de distintos países tienen soldados con casacas verdes. Nuestros propios dragones visten de verde. O vestían de verde. Quién sabe qué llevarán ahora.

—Esos hombres eran ingleses.

El general intentó explicarle que era muy poco probable que los ingleses estuvieran en Normandía, puesto que su Ejército había invadido el sur de Francia y ya había sido evacuado desde Burdeos. Había algunos ingleses con los aliados que llegaron a París, pero no muchos. Y, de todos modos, ¿por qué iba a estar buscando un inglés a su familia? Le rogó a Lucille que considerara seriamente esa pregunta.

—Eran ingleses —dijo Lucille con obstinación.

El general suspiró.

—Marie me ha dicho que no comes. —Lucille hizo caso omiso de la preocupación del general; prefirió la suya:

—Odio a los ingleses.

—Es comprensible —observó el general Castineau con voz tranquilizadora, aunque por lo que él había oído era mucho mejor ser capturado por los ingleses que por los rusos, y estaba a punto de ponerse a hablar extensamente sobre ese truculento tema cuando recordó que Lucille no tenía precisamente un estado de ánimo receptivo para tales reflexiones—. Tendrías que comer —le dijo con severidad—. Hoy he pedido que te trajeran un plato de sopa de lentejas.

—Si los ingleses regresan —repuso ella—, los mataré.

—Muy bien, muy bien; pero si no comes, no tendrás fuerzas para matarlos.

Ese comentario hizo que Lucille le dirigiera una mirada astuta al general, casi como si éste hubiera propuesto una idea particularmente difícil pero que tuviera un sorprendente sentido. Asintió con la cabeza.

—Tienes razón, papá. —Y a la hora de comer engulló toda la sopa de lentejas y luego se cortó una gruesa loncha del jamón que el general había esperado llevarse en las alforjas al día siguiente.

Esa tarde el general se reunió en privado con el médico y ambos estuvieron de

acuerdo en que los terribles acontecimientos le habían hecho perder la cabeza de manera lamentable a la señora Castineau. Al doctor no se le ocurría ningún remedio fácil a menos que pudieran convencer a la señora Castineau de que fuera a tomar las aguas, algo que a veces resultaba pero que era terriblemente caro. Si no, señaló, la sanarían la naturaleza y el tiempo.

—O el matrimonio —dijo el doctor con cierta nostalgia—. La señora necesita un toque masculino, si sabe a qué me refiero.

—No va a volver a casarse nunca más —opinó el general Castineau—. Estaba demasiado enamorada de mi hijo, y ahora preferiría consumirse en vida antes que mitigar su recuerdo. Es una verdadera lástima, doctor.

El general Castineau se marchó a la mañana siguiente, aunque se aseguró de que siempre hubiera en el castillo algunos hombres de confianza del pueblo por si los forajidos volvían y, en efecto, dos horas después de que el general partiera, cinco jinetes desconocidos se acercaron por el camino del norte que conducía a la boscosa cima de las colinas y los trabajadores de la granja se apresuraron a llegar a la entrada del castillo con los mosquetes cargados y las horcas en alto. Los jinetes desconocidos se acercaron lentamente con las manos extendidas y a la vista. Se detuvieron a bastantes metros de distancia del puente del foso, y su cabecilla, un hombre regordete, solicitó de forma educada una audiencia con el señor conde de Lassan.

—Está muerto. —Fue el hijo del molinero quien respondió con agresividad.

Monsieur Roland, el abogado de París, observó el antiguo mosquete que el chico tenía en las manos y eligió sus próximas palabras con sumo cuidado.

—Entonces me gustaría hablar con un miembro de la familia, señor. Me llamo Roland y tengo el honor de ser un abogado al servicio de su cristiana majestad.

Esas palabras, pronunciadas con delicadeza, impresionaron al hijo del molinero, quien corrió a decirle a la señora Castineau que otro caballero había venido a verla.

Roland, que tenía el trasero terriblemente dolorido a causa de los largos días encima de la silla, paseó con Lucille por los invernáculos. Sus cuatro hombres patrullaban por las lindes de los árboles con las pistolas desenfundadas para impedir que cualquier desconocido se inmiscuyera en la discusión.

Roland explicó que el erario real le había encomendado la recuperación de una suma de oro que había sido robada por los ingleses. Las monedas se habían depositado en el fuerte Teste de Buch y Roland había venido a Normandía para oír el testimonio del comandante Lassan sobre la pérdida del oro. Había quedado desolado, Roland repitió la palabra, desolado, al enterarse de la muerte del comandante.

—Asesinato —lo corrigió Lucille.

—Asesinato. —Roland aceptó humildemente la rectificación.

—Lo asesinaron los ingleses —dijo Lucille—. Los casacas verdes los fusileros.

Roland detuvo su lento paso y volvió su asombrado rostro la vidriera del

invernáculo.

—¿Está usted segura, señora?

Lucille, irritada porque nadie la creía, se volvió con furia hacia el abogado regordete.

—¡Estoy segura, señor! ¡Estoy segura! ¡Los vi! Eran soldados casacas verdes, ingleses como esos a los que mi hermano temía, y mataron a mi madre y a mi hermano. ¡Son animales, animales! Mi hermano había dicho que podrían venir, ¡y lo hicieron! Hasta sabía el nombre del inglés, señor. ¡Sharpe!

—Creo que tiene usted razón, madame —señaló Roland con calma, y Lucille, a quien ni una sola persona había tomado en hasta entonces, no pudo hacer más que quedarse mirando ente al abogado parisino—. En realidad, estoy seguro de que en lo cierto —añadió éste.

—¿Usted me cree, monsieur? —preguntó Lucille con una voz aliviada y algo sorprendida.

—Sí que la creo. Son unos hombres despiadados, señora. Créame, conozco a ese tal Sharpe. —Roland se estremeció—. Él y su compañero han robado una fortuna que pertenece a Francia y ahora intentarán matar a los hombres que pueden aportar pruebas de ese robo. Tendría que haberseme ocurrido avisar a su hermano. Pero, ¡ay, señora!, no lo hice.

Ella negó con la cabeza ante la autoacusación del abogado.

—Henri no mencionó ningún oro —le dijo al cabo de unos instantes.

—Un soldado debe guardar bien los secretos, y la existencia de ese oro era de lo más secreto. —Roland, que sudaba profusamente bajo el sol de primavera, se dio la vuelta y se encaminó hacia el castillo—. Ahora ya no creo que vuelvan los ingleses —observó en tono tranquilizador.

—Ojalá volvieran. —Lucille alarmó al abogado al dejar ver una enorme pistola de caballería de boca dorada cuyo peso cargaba en el ancho bolsillo de su delantal—. Si vuelven, monsieur, mataré al menos a uno de ellos.

—Deje las matanzas para aquellos que saben mejor cómo llevarlas a cabo. —Roland, al saber que su visita había sido en balde, estaba ansioso por regresar a Caen, donde por lo menos había algún vestigio de civilización. Temía que Lucille lo invitara a comer y que la evidente pobreza del castillo le proporcionara un almuerzo de lo más exiguo, pero, para su alivio, Lucille no le hizo esa oferta.

Roland montó en su caballo a la entrada del castillo. Le había dado su dirección a madame Castineau y le rogó que le escribiera si volvían los ingleses, aunque admitió que no confiaba mucho en que eso ocurriera. No obstante, al bajar la mirada hacia la triste Lucille, sintió una punzada de compasión.

—¿Me permite que le dé un consejo, madame?

—Sería un honor para mí, monsieur.

Roland cogió las riendas.

—Cátese de nuevo, señora. Una mujer como usted no debería estar sola; no en estos atribulados tiempos y en este triste país. Permítame decirle que yo estoy casado, madame, y que eso me proporciona una enorme paz y felicidad.

Lucille sonrió pero no dijo nada. Roland hizo girar a su caballo y entonces, al acordarse de una última pregunta, le hizo dar la vuelta de nuevo.

—¿Madame? Perdone mi falta de delicadeza, pero ¿perdió su hermano dos dedos de la mano derecha?

—¡Se los cortaron! —Lucille pronunció esas palabras con un lamento de repentino dolor—. ¡Los ingleses se los cortaron!

Roland pensó que la pérdida de los dos dedos debió de haber ocurrido cuando los soldados de Sharpe capturaron el fuerte Teste de Buch y no le pidió a Lucille que ampliara su respuesta, la cual ya parecía confirmar el testimonio escrito de Ducos. En lugar de eso, el abogado se levantó el sombrero.

—Gracias, madame, y lamento si la he consternado.

Esa misma noche, en su confortable alojamiento de Caen, el señor Roland escribió dos informes. El primero de ellos se mandaría al ministro de Finanzas del rey e informaba con pesar del asesinato de Henri Lassen y la consiguiente falta de cualquier prueba que pudiera conducir a la recuperación del oro. Roland añadió que sospechaba que los dos oficiales ingleses, Sharpe y Frederickson, habían sido los responsables de la muerte del conde. «No hay duda de que han de ser acusados de asesinato —escribió— y su búsqueda debe continuar, tanto en Francia como en Gran Bretaña.»

El segundo informe de Roland era mucho más detallado. Empezaba diciendo que el testimonio escrito de Pierre Ducos se había confirmado y que en esos momentos parecía prácticamente seguro que los dos oficiales de los fusileros ingleses hubiesen robado el oro del emperador. También habían matado a Lassen, era de suponer que para que no pudiera testificar contra ellos. La muerte de Lassen indujo a Roland a considerar la posibilidad de que los dos oficiales británicos ya hubieran asesinado a Pierre Ducos; ¿cómo explicar si no el continuado silencio de éste? Roland sugirió de manera respetuosa que los dos ingleses ya debían de haber abandonado Francia, pero tenía esperanzas de que todavía pudieran ser localizados y entregados para la venganza. Añadió la grata noticia de que el nuevo Gobierno francés le había pedido a la Armada inglesa que desistiera de sus exploraciones dentro y en los alrededores del fuerte Teste de Buch y que se había accedido a esa petición a regañadientes. En la búsqueda realizada por los ingleses en el fuerte no se había encontrado nada del oro imperial ni del bagaje.

Ese segundo informe se escribió en papel India de primera calidad que el señor Roland llevó a un calígrafo de París. El calígrafo lo selló dentro de dos hojas de un

papel más grueso que estaban tan hábilmente pegadas una con otra que a primera vista parecían ser una sola hoja gruesa de papel. Entonces, sobre la cremosa superficie del papel más grueso, el calígrafo escribió una oda de alabanza a los dioses griegos sumamente aburrida.

La oda fue leída brevemente por un censor francés. Dos semanas después el poema se entregó en la isla de Elba, frente a las costas de la Toscana, donde la cremosa página fue despegada con delicadeza para dejar al descubierto el papel India que había dentro. Al cabo de una hora el informe más largo de Roland lo estaba leyendo un emperador en el exilio, pero un emperador que todavía conservaba unas garras afiladas. Con todo, estas garras no podían extenderse, porque el enemigo estaba escondido y por lo tanto, aunque el informe del señor Roland se archivó cuidadosamente, no quedó olvidado. Al fin y al cabo tenía que ver con dinero, y el emperador exiliado necesitaba dinero si sus sueños eran volver a abrasar Europa con su gloria una vez más. Los fusileros ingleses podían haberse esfumado de momento, pero reaparecerían, y cuando lo hicieran el emperador los encontraría y los haría matar. Por la gloria.

\* \* \* \*

El dragón sajón quería irse a casa. Se lo dijo al sargento Challon y el sargento le recordó la promesa que todos habían hecho cuando esperaban en la granja abandonada. La promesa había consistido en un acuerdo según el cual todos los dragones permanecerían con el comandante Ducos hasta que no hubiera ningún peligro; pero si cualquier soldado deseaba abandonar, entonces tenía que renunciar a su parte del tesoro del emperador.

El sajón se encogió de hombros.

—Yo lo único que quiero es irme a casa.

Challon le pasó el brazo por el hombro al corpulento soldado.

—Ya falta poco, Herman.

—A mi casa —repitió el sajón con tozudez.

—¿Y te vas a ir a casa sin el dinero? —le preguntó Challon en tono tentador. Los dos hombres estaban en el patio de las cuadras de una taberna en Leghorn. Challon había ido a los establos para asegurarse de que estuvieran dando de comer a los caballos y el sajón había seguido al sargento con la esperanza de encontrar un poco de intimidad para tener aquella conversación.

Herman se encogió de hombros.

—Me merezco algo, sargento, y usted lo sabe. —Había sido el sajón el que había resultado levemente herido cuando atravesó el puente de madera con el sargento para matar a Henri Lissan, y también había sido él quien causó aquellos estragos en la

granja de Seleglise que Ducos les había ordenado que atacaran para que así los lugareños creyeran que el subsiguiente ataque contra Lassen había sido obra casual de unos forajidos.

—Se merece algo —dijo Challon con voz tranquilizadora—. Hablaré con el comandante Ducos. No le gustará, pero trataré de persuadirle a que sea generoso. Le diré lo leal que ha sido usted. —Challon había sonreído y había empezado a alejarse, pero se dio la vuelta rápidamente al tiempo que desenvainaba su larga espada recta. La hoja del sajón no había terminado de salir de la funda cuando la espada de Challon le cortó la garganta. Veinte minutos después dejaron su cuerpo desnudo en la calle a la que daba el patio de la taberna, donde creyeron que se trataba de otro marinero muerto.

Ducos vendió los caballos de los dragones en Leghorn y luego pagó a los capitanes de una *barca-longa* para que lo llevaran a él y a los siete dragones que quedaban hasta el sur de Nápoles. Fue un viaje lleno de nerviosismo, ya que la costa estaba plagada de piratas de la Berbería; pero la presencia de un escuadrón de la Marina británica de vez en cuando animó a Ducos. A pesar de esa protección naval, la *barca-longa*, una nave costera de carga de dos mástiles, entró todas las noches en puerto seguro y el consiguiente retraso supuso que el viaje hacia Nápoles durara ocho días.

El sargento Challon, en un arrebato poco común de desacuerdo con Pierre Ducos, había dado razones en contra de buscar refugio en Nápoles. La ciudad era la capital del Reino de Nápoles, que tenía por monarca a un francés que en otro tiempo había sido mariscal del Ejército de Napoleón. Sin duda, alegó Challon, el mariscal Murat no ofrecería refugio a hombres que habían traicionado al emperador, pero Ducos le explicó pacientemente que Murat había roto las relaciones con su antiguo señor. Puede que Napoleón hubiera puesto a Murat en el trono de Nápoles, pero éste sólo podía mantener ese trono si se mostraba como enemigo del vencido emperador, y con ese fin estaba atareado cultivando nuevas alianzas e incluso sus tropas napolitanas habían marchado hacia el norte para expulsar de Roma los restos del Ejército imperial francés.

—Por lo tanto —siguió diciendo Ducos con paciencia—, un enemigo del emperador será amigo del mariscal.

No es que Ducos tuviera ninguna intención de pedir una audiencia con Murat, pero sabía que debía conseguir de alguna manera la ayuda de las autoridades. Los desconocidos eran sospechosos en un lugar como Nápoles, así que no quería ser un desconocido.

Ducos instaló a sus hombres en una pequeña taberna del puerto y luego utilizó sus antiguas habilidades y no poco dinero para descubrir quién, aparte de Murat, representaba el poder en aquella mugrienta y destartalada ciudad al pie de su volcán

humeante. Ducos tardó diez días, pero al final se encontró postrándose ante un elaborado trono y besando el gordo anillo de un obeso cardenal.

—Me llamo —dijo Ducos humildemente— conde Poniatowski.

—¿Es usted polaco? —El cardenal estaba tan gordo que su respiración hacía un ruido áspero en su garganta sólo con que recorriera con paso de ánade la corta distancia entre la tarima de su trono y la puerta de su sala de audiencias. Se suponía que el trono propiamente dicho debía estar mirando a la pared y no utilizarse excepto durante el corto período entre la muerte de un papa y la elección del siguiente; pero al cardenal le gustaba sentarse en su acolchada magnificencia y mirar por encima del hombro a los humildes peticionarios que se arrodillaban ante su tarima.

—Soy polaco, su eminencia —confirmó Ducos.

—Tal vez preferiría que habláramos en polaco —le preguntó el cardenal en francés.

—Su eminencia es muy amable —respondió Ducos en un polaco con mucho acento.

El cardenal, que hablaba italiano, latín y francés pero ni una palabra en ninguna otra lengua, sonrió como si lo hubiera entendido. Era posible, reconoció para sí, que ese escuálido hombrecillo fuera verdaderamente un aristócrata polaco; pero el cardenal tenía sus dudas. Esos días la mayoría de los refugiados provenía de Francia, pero la primera y simple trampa del cardenal no consiguió poner a su peticionario en una situación embarazosa, por lo que su eminencia sugirió gentilmente que quizá deberían seguir su conversación en italiano para que así el conde Poniatowski pudiera practicar esa lengua.

—Y permítame que le pregunte, mi querido conde: ¿por qué ha venido a nuestro humilde país?

Tal vez el país fuera humilde, reflexionó Ducos, pero no lo era ese monstruoso príncipe de la Iglesia que empleaba más de ciento veinte sirvientes en su propia casa y cuya capilla privada tenía más eunucos en su coro de los que nunca habían cantado en la Basílica de San Pedro. A ambos lados del cardenal había unos jóvenes que empuñaban unos abanicos de papel para refrescarle la frente al gran hombre. Al pie de la tarima había unos guardias vestidos de amarillo y negro, armados con unas antiguas alabardas y que, a pesar de su edad, todavía eran capaces de rajar a un hombre desde la cabeza hasta las pelotas en el tiempo que costaría amartillar una pistola. La habitación misma parecía una fantasía de piedra decorada, grabada con adorables ángeles y arcángeles. A decir verdad, las decoraciones estaban realizadas en *scagliola*, una falsa piedra elaborada con yeso y cola; pero Ducos supo apreciar la destreza de los artesanos que habían fabricado esos deslumbrantes objetos.

—He venido, su eminencia, por el bien de mi salud.

—¿Es usted tísico, hijo mío?

—Tengo un problema respiratorio, su eminencia, que se agrava con el clima frío.

El cardenal sospechó que el problema respiratorio del conde empeoraba más probablemente a causa de la espada de un enemigo, pero sería de mala educación decirlo.

—La ciudad —comentó sin embargo, con un gesto de su regordeta mano que recorrió su espléndida sala de audiencias— no le irá nada bien a sus pulmones, mi querido conde. Hay mucho humo en Nápoles.

—Preferiría vivir en el campo, su eminencia, en lo alto de una colina donde el aire fresco no esté contaminado por el humo.

Y desde donde, pensó el cardenal, se podría ver venir al enemigo a distancia, lo cual explicaba por qué el conde Poniatowski había obsequiado con un gran rubí a los fondos del cardenal como incentivo para esa audiencia. El cardenal se movió en su acolchado trono y dirigió la mirada por encima de la cabeza del conde.

—Sé por experiencia, mi querido conde, que los inválidos como usted viven más si no se les molesta.

—Su eminencia comprende muy bien mis míseras necesidades —dijo Ducos.

—Su majestad —era la primera vez que el cardenal reconocía la existencia de un poder superior a él en el Estado— insiste en la prudente política de que nuestros ciudadanos más adinerados, aquellos que pagan impuestos territoriales, ya sabe usted, puedan vivir en paz.

—Es bien sabido —repuso Ducos— que su majestad presta muchísima atención al sabio consejo de su eminencia. —Ducos dudaba que alguna persona adinerada en el reino pagara impuesto alguno, pero no cabía duda de que el cardenal sólo utilizaba la palabra para describir los obsequios que esperaba recibir, y entonces era el momento de dejar claro que el conde Poniatowski era un hombre que tenía regalos para ofrecer. Ducos se sacó un monedero del bolsillo y, vigilado de cerca por el cardenal, se puso algunas piedras preciosas en la palma de la mano. Sabiendo que el mero peso del oro embalado resultaría demasiado gravoso para acarrearlo a través de un continente asediado, había comprado diamantes, rubíes, zafiros y perlas en Burdeos. Había adquirido las gemas a muy bajo precio porque los hambrientos mercaderes de la ciudad estaban desesperados por comerciar, sobre todo con oro—. Yo esperaba, su eminencia... —empezó a decir Ducos, pero luego dejó que su voz se apagara.

—¿Mi querido conde? —El cardenal despidió con un gesto a los chiquillos que tenían como trabajo abanicarle en los meses sofocantes.

—A un hombre le lleva tiempo establecerse en un país extranjero, su eminencia —Ducos todavía sostenía el puñado de piedras preciosas—, y, presionado por extrañas circunstancias y debido a la necesidad de crear un hogar, podría olvidarse de algunos deberes cívicos como pagar su impuesto territorial. Si yo le ofreciera ahora



un pago de ese impuesto, ¿podría tal vez su eminencia convencer a las autoridades de que vieran con buenos ojos mi estado convaleciente?

El cardenal extendió una gorda palma que se llenó debidamente de excelentes piedras preciosas.

—Su responsabilidad hace honor a su nación, mi querido conde.

—La amabilidad de su eminencia sólo se ve superada por su sabiduría.

El cardenal metió las gemas en un bolsillo oculto bajo su capa magna de color rojo, ribeteada en piel.

—Me propongo ayudarle todavía más, mi querido conde.

Durante mucho tiempo, la Madre Iglesia ha admirado la actitud inquebrantable con la que ustedes los polacos han resistido los estragos causados por el tirano Napoleón, y ahora le toca a mi humilde persona mostrar el adecuado reconocimiento de esa admiración.

Ducos se preguntó con qué nueva sangría económica le saldría el cardenal, pero hizo una reverencia en señal de agradecimiento.

—Busca usted una casa —señaló el cardenal— sobre una colina. ¿Un lugar donde un inválido pueda vivir en paz sin que lo moleste ningún antiguo conocido que pudiera perturbar su delicada recuperación?

—Así es, su eminencia.

—Conozco un lugar como ése —dijo el cardenal—. Ha pertenecido a mi familia durante muchos años y para mí sería un enorme placer, mi querido conde, que ocupara usted la casa. Necesitará darle un mero toque de pintura, pero aparte de eso... —El religioso se encogió de hombros y sonrió.

Ducos comprendió que la casa era una ruina que tendría que reconstruir con dinero de su propio bolsillo y que mientras tanto estaría pagando a ese hombre gordo un alquiler exorbitante; pero a cambio recibía la protección del cardenal, que representaba, más que ninguna otra persona, el verdadero poder en el Reino de Nápoles. Por consiguiente, Ducos lo obsequió con una pronunciada reverencia.

—La amabilidad de su eminencia me abruma.

—Es una casa muy espaciosa —observó el cardenal, advirtiéndole de ese modo a Ducos de que el alquiler sería concomitantemente elevado.

—La generosidad de su eminencia me deja estupefacto —dijo Ducos.

—Pero una casa grande —apuntó el cardenal en tono malicioso— ¿sería la vivienda adecuada para un hombre que ha llegado a nuestro humilde país con siete criados varones, y todos ellos armados?

Ducos extendió las manos con un ademán inocente.

—Tal como ha observado su eminencia tan sabiamente, un inválido necesita paz, y los sirvientes armados conducen a la paz. —Hizo otra reverencia—. Si pudiera ofrecerle ahora una parte del alquiler a su eminencia...

—¡Mi querido conde! —El cardenal pareció abrumado, pero se recuperó lo suficiente para aceptar el segundo monedero, que contenía un puñado de francos franceses de oro.

El cardenal estaba completamente seguro de que el conde Poniatowski ni era conde ni era polaco; se trataba casi con certeza de un rico refugiado francés huido de la ira de los victoriosos aliados. Eso no tenía importancia siempre que el «conde» viviera tranquilamente en el reino y siempre que representara una fuente de ingresos para el cardenal, que los necesitaba en abundancia para poder mantener su casa. De ese modo, el conde fue bienvenido y al día siguiente un lúgubre sacerdote de nariz larguísima recibió instrucciones para conducirlo en dirección al norte hacia la Villa Lupighi, que se alzaba medio desmoronada sobre una empinada colina desnuda situada por encima de la costa.

La villa era, en efecto, una ruina, una inmensa estructura deteriorada que iba a costar una fortuna restaurar por completo; pero Ducos no tenía intención alguna de hacer una restauración completa: sólo pretendía pasar inadvertido, en un lugar seguro, hasta que se hubiera planteado y respondido la última pregunta sobre el oro perdido del emperador. Exploró su nueva casa, que daba a un mar asombrosamente azul, y vio que nadie podía acercarse a la villa sin ser visto, por lo que le expresó su completa y agradecida satisfacción al sacerdote de larga nariz.

Ducos había encontrado un refugio a la vez que un poderoso protector y, por consiguiente, por primera vez desde que había matado al coronel Maillot, Pierre Ducos se sintió a salvo.

\* \* \* \*

Sharpe tuvo que arriesgarse a dejar entrar a Frederickson en la ciudad de Caen porque a los fusileros les hacían falta instrucciones detalladas si querían encontrar el pueblo donde vivía Henri Lissan.

Frederickson fue a la ciudad solo y desarmado, haciéndose pasar por un veterano alemán dado de baja del Ejército de Napoleón que buscaba a su antiguo *chef de bataillon*. Nadie cuestionó su derecho a estar en la ciudad y por lo tanto se permitió visitar la enorme iglesia donde estaba enterrado su tocayo, Guillermo el Conquistador. Frederickson se quedó un buen rato de pie ante la placa de mármol y luego se le acercó un jovial sacerdote que le narró alegremente cómo el cuerpo del Conquistador estaba tan lleno de putrefacción cuando lo enterraron en el año 1087 que explotó a causa de la presión de esos gases nauseabundos;

—¡La iglesia se quedó vacía! —El cura se rió como si en realidad hubiera estado allí—. No es que nuestro Guille esté todavía ahí debajo, ni mucho menos.

—¿No está? —Frederickson se sorprendió.

—Esos cabrones revolucionarios profanaron la tumba y desperdigaron los huesos. Reunimos unos cuantos pedazos en 1802, pero dudo que alguno de ellos fuera auténtico. Es más probable que el día de Juicio Final nos encontremos con que salga del agujero un mendigo escrofuloso en lugar del Conquistador.

El cura aceptó de buen grado la oferta de un vaso de vino y con mucho gusto explicó también a Frederickson la manera de llegar al pueblo de Henri Lissan que se encontraba a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia.

—¡Pero tenga cuidado! —El cura reiteró la advertencia que le había hecho el padre Marin—. La campiña es un lugar peligroso, amigo mío. ¡Está llena de maleantes y asesinos! El emperador nunca habría permitido que sucediera algo semejante.

—Por supuesto que no —asintió Frederickson, y los dos hombres se compadecieron mutuamente por el triste estado de Francia a raíz de la ausencia del emperador.

Anocheía cuando Frederickson se reunió con sus compañeros y ya había caído la noche cuando Sharpe los condujo lejos de los alrededores de la ciudad. Los tres fusileros todavía planeaban viajar en la oscuridad, puesto que un hombre que avanzara a plena luz del día por el campo podía provocar muchas señales reveladoras: una liebre saliendo de su escondite, una paloma asustada que hiciera ruido entre las hojas o incluso la mirada curiosa del ganado soñoliento podrían alertar a una persona suspicaz de la presencia de movimientos furtivos. Por la noche esos peligros disminuían, porque tras la puesta del sol las casitas normandas se cerraban a cal y canto. Era fácil evitar las casas incluso en la oscuridad, ya que todas tenían un enorme montón de estiércol apilado contra una pared exterior y el sentido del olfato de los fusileros bastaba para desviarlos lejos de cualquier aldeano desvelado y suspicaz.

Se dirigían hacia el oeste. En ocasiones tuvieron que recorrer kilómetros y kilómetros a lo largo de senderos profundos y llenos de surcos como los que había en la campiña del oeste de Inglaterra. Otras veces tuvieron que abrirse camino a través de campos con altas cercas o trepar hasta alguna cresta boscosa desde donde poder calcular su posición guiándose por la luz de la luna. Tardaron dos noches en encontrar la zona correcta y otra noche más para descubrir el castillo de Lissan en su profundo y privado valle, repleto de montones de flores en descomposición. Sharpe y Harper se pasaron las dos últimas horas de esa noche reconociendo el terreno que rodeaba la construcción. Vieron a un joven sentado en la entrada. Detrás de él, perfilada a la luz de un farol, había una tosca barricada hecha con toneles. El joven iba armado con lo que tenía el aspecto de ser una pieza para cazar aves. Había inclinado la silla hacia atrás y parecía dormido, y Sharpe había estado tentado de hacer su entrada allí en ese momento. Resistió el impulso, puesto que haber entrado a esas horas de la noche

hubiera causado una frenética alarma. Estaba claro que el chico montaba guardia contra los forajidos que amenazaban la campiña, y Sharpe no tenía ganas de que lo confundieran con uno de esos maleantes. En lugar de eso, él y Harper regresaron al alto ramal rodeado de bosques donde Frederickson había encontrado un escondite.

Pasaron todo el día siguiente en el terreno alto de la cresta. Estaban ocultos bajo los carpes, olmos, hayas y robles. Era frustrante estar tan cerca de su presa y aun así estar obligado a dejar que pasaran las horas de sol sin hacer nada; pero Sharpe había decidido que, en su andrajoso estado, un acercamiento durante el día causaría sospechas y hasta podía desencadenar un desastre. Desde su posición elevada pudo ver que todos los hombres del valle llevaban un arma; incluso los dos chicos del enorme invernáculo que se afanaban en marcar los troncos de los manzanos con un anillo de brea llevaban mosquetes.

—Nos iremos en cuanto se ponga el sol —decidió Sharpe. El anochecer era la hora en que los hombres se relajaban tras un día de trabajo.

Los fusileros esperaban tener éxito. Una conversación vespertina, aseguraba Frederickson, bastaría para convencer a Henri Lissan de que viajara hasta Inglaterra. En una semana, pensaba Sharpe, habría regresado a Londres. Al cabo de dos semanas como mucho estaría de nuevo con Jane.

—Me tomaré algunos días de permiso cuando llegemos a casa —dijo Frederickson.

—Puede venir a visitarnos a Dorset. —Sharpe tenía el acogedor sueño de recibir a los viejos amigos cuando disfrutara de sus bien merecidas comodidades.

Frederickson sonrió torciendo la boca.

—Tengo un deseo mucho mayor de visitar Roma. Me gustaría estar donde antaño estuvieron los emperadores. Dicen que todavía queda en pie una parte asombrosamente considerable de la ciudad imperial, aunque es evidente que muy deteriorada. Quizá querría venir conmigo —le propuso a Sharpe.

—Con Dorset tendré suficiente. —Sharpe, tumbado sobre el alto terreno y mirando fijamente el castillo rodeado por el foso, envidió la casa de Henri Lissan. Tal vez Sharpe no se sintiera atraído como Frederickson por las ruinas del mundo antiguo, pero percibía una enorme calma en esa vieja granja normanda. Esperaba que Jane hubiera encontrado algo similar en Inglaterra. De pronto pensó que no quería una casa moderna con sus habituales ventanas geométricas y cuadradas líneas angulares: le apetecía algo más tranquilo y antiguo, como ese castillo que dormía en su profundo valle.

—Yo volveré a Donegal —dijo Harper con nostalgia—. Compraré unos cuantos acres de tierra protestante, eso haré.

—¿Se va a hacer granjero? —le preguntó Sharpe.

—Sí, señor, y tendré una espléndida casa, sí. En algún lugar donde los niños

puedan crecer en paz. —Harper se quedó callado, tal vez pensando en lo cercano que se había vuelto ese codiciado refugio.

—Sueños de soldados —terció Frederickson con desdén—; sólo son sueños de soldados. Se dio la vuelta para quedarse boca abajo, separó las hojas que tenía delante y miró siguiendo el cañón de su fusil hacia el lejano castillo. Había seis vacas a las que llevaban al establo para ordeñarlas. Sólo vio a un hombre en el patio de la granja, al otro lado del foso, y se preguntó si esa figura solitaria sería Henri Lissan, lo que le hizo pensar en cuántos sueños de soldados estaban sujetos a la honestidad de ese único hombre: una granja en Irlanda, una casa en Dorset y un cuaderno de bocetos en el foro romano; todo ello se convertiría en realidad sólo con que un hombre honrado dijera la verdad. Dejó que las hojas volvieran lentamente a su sitio y luego se durmió, esperando a que anocheciera.

\* \* \* \*

Una hora después de que el sol se pusiera y cuando la luz todavía abundante y dorada rodeaba las sombras que se alargaban, los tres fusileros salieron sigilosamente del bosque y echaron un vistazo a través de un espeso seto que conducía al sendero que bordeaba el foso frente al castillo de Lissan.

Sharpe llegó primero al sendero y vio al mismo joven montando guardia en el arco de entrada al castillo, a todas luces aburrido. Como pensaba que nadie lo veía, estaba practicando un rudimentario ejercicio de brazos de su propia invención. Se ponía al hombro su pistola de cazar aves, presentaba armas, la apoyaba en el suelo y luego la empujaba hacia delante como si llevara una bayoneta en la punta. Al cabo de un rato, cansado de sus sueños militares, el chico pasó sigilosamente junto a la burda barricada de toneles y desapareció dentro del patio del castillo.

Frederickson se agachó al lado de Sharpe.

—¿Vamos ahora? —preguntó.

Sharpe miró la torre almenada que había sobre la puerta de la casa. No podía imaginar por qué a Lissan no se le había ocurrido apostar un centinela en esa alta plataforma prominente, pero no había nadie que vigilara desde ese puesto elevado, por lo que decidió que era seguro avanzar. Había decretado que sólo se acercarían al castillo él y Frederickson, y que ninguno de los dos llevaría armas. Dos hombres desarmados en la penumbra no suponían una gran amenaza. Harper esperaría en el seto con todas las armas y únicamente se reuniría con los oficiales una vez se hubieran puesto en contacto con Lissan sin ningún percance.

El chico todavía estaba escondido en el patio cuando Sharpe y Frederickson se abrieron paso a través del matorral y bajaron andando por la hierba del borde del sendero. Nadie dio la alarma. Esa fachada del castillo que se alzaba imbatible sobre el

foso y que daba al pueblo era una pared casi sin ninguna característica especial, lo que daba a entender que la construcción había sido en otro tiempo una pequeña fortaleza.

—Es una casa muy bonita —murmuró Frederickson.

—El señor Lissan es un hombre muy afortunado —asintió Sharpe.

Tuvieron que apartarse del borde del sendero para acercarse al puente que cruzaba el foso. Una vez dentro del camino, sus botas hicieron crujir las piedras sueltas, pero siguieron sin que nadie les diera el alto, ni siquiera cuando llegaron al foso y pasaron por encima de los tablones de extremos musgosos del antiguo puente levadizo. Se apresuraron a ponerse a cubierto bajo el arco de entrada y luego fueron avanzando en silencio junto a la rudimentaria barricada de toneles vacíos. Sharpe vio una bandada de ocas que picoteaban sobre una estrecha franja de hierba en el extremo más alejado del patio del castillo.

—¡Atrás! —dijo Frederickson entre dientes. Había visto fugazmente que el chico volvía hacia el arco. Al parecer, había ido a la cocina a buscar su cena, que en ese momento transportaba cuidadosamente con ambas manos. Colgada al hombro llevaba su pistola de cañón largo de cazar aves.

Los dos fusileros se pegaron a la pared del arco. El chico, resuelto a no derramar ni una sola gota de su sopa, ni siquiera levantó la vista cuando giró para adentrarse en la espesa sombra de la puerta de entrada.

Frederickson dio un salto. El muchacho, presa de un súbito terror, dejó caer el cuenco al tiempo que daba un violento giro para alejarse. Fue demasiado lento. El contenido del cuenco de madera se derramó encima de los adoquines y un cuchillo le rozó la garganta con su hoja fría. Un brazo pasó por delante de su cara y le tapó la boca.

—¡Ni una palabra! —ordenó entre dientes Frederickson en francés. Sujetaba la hoja de una navaja por la parte plana contra la nuez del chico—. Quédate muy callado, muchacho, muy callado. Nadie te va a hacer daño.

Sharpe cogió la vieja pistola de cazar aves del hombro del chico. Abrió el rastrillo de la llave y con un soplido sacó la pólvora del cebo para que el arma no entrañara peligro. El chico tenía los ojos como platos y temblaba.

—No queremos hacer ningún daño a nadie. —Frederickson le habló muy despacio y con suavidad al muchacho—. Ni siquiera llevamos armas, ¿lo ves? Simplemente hemos venido hasta aquí para hablar con tu amo. —Frederickson le quitó la mano de la boca al muchacho.

El chico, muerto de miedo ante esos dos hombres andrajosos y llenos de cicatrices, intentó hablar, pero los acontecimientos de los últimos segundos lo habían dejado mudo. Frederickson agarró al chico por el cuello del jubón.

—Ven con nosotros, muchacho, y no tengas miedo: no vamos a hacerte daño.

Sharpe apoyó contra la pared la pistola de cazar aves y encabezó la marcha fuera del arco envuelto en sombras. Vio una ventana iluminada al otro lado del patio del castillo y la sombra de una persona que se movía detrás de los pequeños cristales. Se dio prisa. Frederickson seguía sujetando al asustado muchacho. Dos de las ocas alargaron el cuello hacia los fusileros.

Las ocas empezaron con su cacareo demasiado tarde, puesto que Sharpe ya había llegado a la puerta de la cocina, que, como el chico no había devuelto su cuenco de sopa, todavía no estaba cerrada con llave. No se entretuvo con ceremonias: se limitó a empujar la pesada puerta para abrirla.

Frederickson alejó al chico de un empujón y se agachó al cruzar el dintel detrás de Sharpe.

Había dos mujeres en la cocina iluminada con la luz de las velas. La una, una anciana con las manos enrojecidas a causa del trabajo, removía una enorme cuba que colgaba de un gancho sobre el fuego. La otra, una mujer mucho más joven y delgada que vestía toda de negro, estaba sentada a la mesa con un libro de cuentas. Las dos mujeres miraron paralizadas de horror a los intrusos.

—¿Madame? —dijo Frederickson desde detrás de Sharpe, que se había quedado parado justo en la puerta.

—¿Quiénes son ustedes? —Fue la delgada mujer de negro quien preguntó.

—Somos oficiales británicos, madame, y le pedimos disculpas por molestarla de esta manera.

La mujer delgada se levantó. Sharpe tuvo la impresión de un rostro largo y amargado. Ella se volvió de espaldas a los intrusos y se dirigió a una hornacina donde había dos cubas de agua.

—¿No han hecho ya bastante? —preguntó por encima del hombro.

—Señora —dijo Frederickson con delicadeza—, creo que nos malinterpreta. Sólo hemos venido...

—¡William! —Sharpe, que no comprendía nada de lo que se estaba diciendo, se volvió y empujó a Frederickson fuera de la cocina. Había visto a la mujer delgada vestida de negro dar la espalda a las cubas con una enorme pistola de caballería de boca dorada en sus manos. Sus ojos grises no albergaban más que un amargo odio y Sharpe supo, con la certeza de los condenados, que todo había salido mal. Empujó desesperadamente a Frederickson hacia el patio y trató de arrojarle él también a través de la puerta, pero sabía que era demasiado tarde. Su cuerpo se estremeció ante el terrible dolor que se avecinaba. Ya había empezado a gritar previendo ese dolor cuando Lucille Castineau apretó el gatillo y el mundo de Sharpe se convirtió en trueno y sufrimiento. Sintió que las balas le alcanzaban como golpes descomunales, vio cómo el fogonazo de una llama relampagueaba por encima de él y entonces, afortunadamente, cuando el estruendoso eco de la pistola se fue apagando,

simplemente ya no hubo nada.



## **TERCERA PARTE**

## CAPÍTULO 10

El capitán Peter D'Alembord estaba sentado en el salón de la casa de la calle Cork y se sentía sumamente incómodo. No era que D'Alembord no estuviera acostumbrado al lujo; de hecho había crecido en el seno de una familia acomodada con gustos de lo más exquisito. Sin embargo, esa misma familiaridad con la vida civilizada le hacía percibir algo vulgar en extremo en esa estancia de alto techo. Simplemente, consideró él, había demasiado de todo. Una enorme araña, demasiado grande para la habitación, colgaba de un ornamento de yeso, mientras que una docena de apliques de cristal abarrotaban las paredes. Los apliques, al igual que la araña, estaban llenos de goterones de cera de las velas que tendrían que haberse quitado raspando hacía mucho tiempo. La mayoría de los muebles estaban lacados en negro a imitación del estilo egipcio que había estado de moda diez años antes. Había tres divanes, dos escabeles y unas cuantas mesitas con patas de león desperdigadas por la habitación. Las pinturas de marco dorado parecían compradas en lote; todas ellas mostraban unas pastoras bastante inverosímiles que coqueteaban con unos jóvenes muy etéreos. Una caja de cerezas confitadas acumulaba polvo sobre una mesa y un cuenco de almendras sobre otra.

Todo estaba lleno de polvo, y D'Alembord dudó que la habitación se hubiera limpiado en días, tal vez incluso semanas. Las cenizas se amontonaban en la chimenea y la estancia olía de manera insoportable a polvos de tocador y a perfume pasado. Una sirvienta le había hecho una reverencia cuando D'Alembord le había entregado su tarjeta en la puerta, pero no había muchos indicios de que la muchacha limpiara nada. El capitán no pudo menos de suponer que Jane Sharpe se hallaba allí de paso, porque no podía creer que permitiera tanta negligencia en su propia casa.

D'Alembord esperó pacientemente. Sólo pudo encontrar un libro en la habitación: era la primera parte de una novela sentimental en tres volúmenes que narraba la historia de la hija de un clérigo que, secuestrada del seno de su familia por unos forajidos en Italia, fue vendida a los piratas de Berbería en Argel, donde se convirtió en el juguete de un terrible jefe musulmán. En la última página del libro, a la que D'Alembord pasó a toda prisa, ella todavía conservaba su virtud virginal, lo cual parecía un desenlace sumamente inverosímil considerando el conocido comportamiento de los piratas de Berbería; pero la verdad era que las cosas inverosímiles formaban debida parte de los libros. D'Alembord dudó que intentara encontrar los volúmenes restantes.

Un reloj negro y dorado que había sobre la repisa de la chimenea dio un zumbido y luego anunció el mediodía. D'Alembord se preguntaba si atreverse a descorrer las cortinas de terciopelo cuidadosamente colgadas y abrir una ventana, pero decidió que un acto así podría considerarse presuntuoso. En lugar de eso observó cómo una araña

tejía una delicada tela entre las borlas de un mantel sobre el cual se marchitaban unas flores dentro de un jarrón.

El reloj dio el cuarto, luego la media, luego los tres cuartos. D'Alembord se había presentado en la casa sin avisar y por lo tanto ya había previsto que tendría que esperar, pero no se había imaginado que lo hicieran aguardar tanto tiempo. Si a la una seguían sin hacerle caso, se prometió, se marcharía.

Observó cómo el minuterero de filigrana pasaba con una sacudida de la una menos cinco minutos a la una menos cuatro minutos. Entonces decidió que sería prudente dejar un mensaje escrito, y estaba a punto de hacer uso del tirador de la campanilla para pedirle papel y pluma a la sirvienta cuando la puerta de la sala se abrió de pronto y al girarse vio el rostro sonriente de la señora Jane Sharpe.

—¡Pero si es el capitán D'Alembord! —exclamó Jane con fingida sorpresa, como si no hubiera sabido quién la había estado esperando tanto rato—. ¡Es todo un placer! —Alargó la mano para que se la besara—. ¿Le han ofrecido té? ¿O algo más fuerte, quizá?

—No, señora.

—Esa chica es incorregible —dijo Jane, aunque D'Alembord se dio cuenta de que no tiraba de la campanilla para enmendar la situación—. No sabía que el batallón hubiera llegado a Inglaterra.

—Hace dos semanas, señora. Ahora están en Chelmsford, pero yo estoy de permiso.

—Un permiso bien merecido, estoy segura. ¿Quiere descorrer una cortina, capitán? No debemos estar aquí sentados en medio de una penumbra estigia.

D'Alembord echó a un lado el pesado terciopelo y luego, cuando Jane se hubo acomodado en un diván, se sentó frente a ella. Intercambiaron novedades, alabaron Londres por el buen tiempo que entonces hacía y estuvieron de acuerdo en lo bienvenida que era la llegada de la paz. Y todo ese tiempo, mientras surgía entre ellos el tintineo de esa conversación sobre asuntos triviales, D'Alembord intentó ocultar el asombro que sentía ante el cambio que se había producido en Jane. Cuando estuvo con el Ejército parecía una joven dulce y más bien tímida, pero entonces, apenas seis meses después, era una mujer vestida al último grito de la moda. Su vestido de raso color verde le caía en sencillos pliegues de la cintura a los tobillos. El escote era en verdad muy pronunciado, por lo que D'Alembord se vio ante el espectáculo de la amplia vista de unos pechos empolvados; unos pechos muy bonitos, decidió él, pero de alguna manera parecía inapropiado que la esposa de un hombre que le caía bien y al que admiraba se exhibiera de esa forma. Los hombros del vestido de Jane eran abombados y las mangas muy largas, muy apretadas y adornadas en las muñecas con volantes de encaje. No llevaba medias, de manera que dejaba ver unos tobillos desnudos que en cierto modo sugerían la vulnerabilidad de la inocencia. En los pies

llevaba unas sandalias plateadas atadas con cordones también plateados que las hacía semejantes a las griegas. Llevaba su cabello dorado recogido por encima de las orejas, mostrando así un cuello largo y esbelto rodeado por un collar de rubíes que D'Alembord supuso que debía de ser parte del botín tomado a los franceses en Vitoria.

Los rubíes le quedaban muy bien, a juicio del visitante. Eran unas joyas poco comunes para una mujer indudablemente hermosa. Vio que ella sonreía ante su examen y se violentó al darse cuenta de que Jane había notado su admiración y la estaba saboreando.

Él cambió de tema rápidamente y se refirió al motivo de su visita. Le había traído, dijo D'Alembord, un mensaje del comandante Sharpe. Se disculpó por no tener ninguna carta, pero le explicó las precipitadas circunstancias de su encuentro en Burdeos

—¿Así que usted no sabe dónde está ahora el comandante? —preguntó Jane ansiosa.

—Pues no, señora; sólo sé que ha ido a buscar a un oficial francés que puede atestiguar su inocencia.

La ansiedad pareció disminuir en Jane, que se puso en pie, caminó hacia la ventana y fijó la mirada en la calle iluminada por el sol. Le contó a D'Alembord que ya sabía algo del aprieto en el que se encontraba su marido y le explicó que la habían ido a ver dos hombres de la oficina del auditor general con unas exigencias indignantes.

—Desde entonces no he sabido nada más de ellos —señaló—, y hasta su visita, capitán, ni siquiera sabía si mi marido estaba vivo.

—Entonces me alegro de ser portador de buenas noticias, señora.

—¿Son buenas noticias? —Jane se volvió de espaldas a la ventana—. Claro que lo son —se apresuró a añadir—, pero me, parece todo extrañísimo. ¿Cree usted que mi marido robó el oro del emperador?

—¡No, señora! —protestó D'Alembord—. ¡Las acusaciones contra él son monstruosas!

Jane volvió a su asiento, permitiendo así que él hiciera otro tanto. Tiró de los pliegues de su vestido y frunció el ceño.

—Hay algo que no entiendo, capitán: si mi marido es inocente, y por supuesto lo es, ¿por qué no deja que el Ejército descubra que no es culpable? Un hombre inocente no huye de un juicio justo, ¿no?

—Lo hace, señora, si las únicas pruebas contra él son falsas. El comandante Sharpe está tratando de demostrar esas falsedades. Y necesita nuestra ayuda.

Jane no dijo nada. En lugar de eso se limitó a sonreír e indicó a D'Alembord que siguiera hablando.

—Lo que tenemos que hacer, señora, es aprovechar todas las influencias que podamos para evitar que el mecanismo de la acusación vaya a más. Y si el comandante no pudiera encontrar la verdad en Francia, entonces necesitará la ayuda de amigos influyentes.

—Muy influyentes —dijo Jane secamente.

—¿Le mencionó a lord Rossendale, señora? —D'Alembord se preguntaba por qué Jane se mostraba tan indiferente, pero siguió adelante de todas formas—. Lord Rossendale es un edecán de su alteza real, el príncipe...

—Conozco a lord Rossendale —espetó Jane— y ya he hablado con él.

D'Alembord se sintió aliviado. Esa entrevista le había inquietado, tanto por la nueva y lánguida sofisticación de Jane como por su aparente falta de preocupación por el destino de su marido; pero parecía ser que ella ya había hecho lo que debía por éste.

—¿Puedo preguntarle, señora, si lord Rossendale se mostró dispuesto a ayudar al comandante? —insistió.

—Su señoría me aseguró que haría todo lo que estuviera en sus manos —respondió ella con aire remilgado.

—¿Eso incluiría presentar el problema del comandante Sharpe ante el príncipe regente, señora?

—No podría decírselo, capitán, pero estoy segura de que lord Rossendale será diligente.

—¿Sería de alguna ayuda el que yo uniera mi voz a la suya, señora?

Jane pareció considerar la propuesta y frunció el ceño.

—Por supuesto yo no puedo impedirle que intente ver a su señoría, aunque estoy segura de que es un hombre ocupado.

—Claro que sí, señora. —D'Alembord se quedó desconcertado de nuevo por el enigmático decoro de Jane.

Jane se volvió para mirar el reloj.

—Es evidente que todos haremos lo que podamos, capitán, aunque sospecho que lo mejor que se puede hacer es dejar que mi marido esclarezca el asunto por sí mismo. —Soltó una risita nada divertida—. Eso él lo sabe hacer muy bien, ¿no es cierto?

—Claro que sí, señora; lo hace muy bien, pero...

—Y mientras tanto —Jane hizo caso omiso de lo que fuera que D'Alembord había querido decir— mi deber es tenerlo todo dispuesto para cuando venga. —Extendió la mano e hizo un gesto abarcando la habitación—. ¿Le gusta mi nueva casa, capitán?

—Muchísimo, señora. —D'Alembord ocultó su sorpresa, así como su verdadera opinión. Se había imaginado que Jane sólo se alojaba en esa casa y de pronto

descubría que era suya.

—El comandante quería comprar una casa en el campo —afirmó ella—, pero cuando volví a Inglaterra no pude soportar la idea de enterrarme en la rústica ignorancia. Por otra parte, es más conveniente ocuparse de los asuntos del comandante en Londres que desde el campo.

—Por supuesto, señora. —D'Alembord hubiera querido saber más detalles sobre la manera en que Jane se ocupaba de los asuntos de Sharpe, pero intuyó que hacer más preguntas no revelaría nada. Había algo inquietante en la situación y D'Alembord no quería provocarla.

—Así que compré esta casa. ¿Cree usted que al comandante le gustará?

D'Alembord estaba convencido de que Sharpe la aborrecería, pero él no era quién para decirlo.

—Parece una muy buena casa, señora —afirmó con toda la diplomacia de la que fue capaz.

—Claro que de momento la comparto —Jane estaba ansiosa por recalcar lo correcto de su situación— con una viuda. De lo contrario no sería muy decoroso, ¿no es verdad?

—Estoy seguro de que usted no haría nada indecoroso, señora.

—Es una lástima que lady Spindacre todavía esté en cama, pero la salud de la querida Juliet no es de las mejores. Debe usted visitarnos, capitán, una tarde a las ocho. Normalmente recibimos en el piso de abajo a esa hora, aunque si no hay ninguna tea encendida fuera entonces sabrá que no estamos en casa. Pero si el farol está encendido, debe usted presentarse, ¡aunque debo advertirle que Londres está totalmente harto de las historias de soldados! —Jane sonrió como si supiera que sus encantos mejorarían la grosería de sus palabras.

—No se me ocurriría castigarla a usted con historias de soldados, señora. —El tono de D'Alembord fue de frialdad.

—En Londres uno puede permitirse muchas otras cosas fascinantes aparte de las últimas guerras. Creo que el venir aquí será bueno para el comandante. Especialmente con los altos contactos que hizo durante su última visita, y sería imposible conservar esos contactos si se esconde en Dorsetshire.

—¿Se refiere usted al príncipe? —dijo D'Alembord con la esperanza de poder saber más cosas sobre la conversación de Jane con lord Rossendale.

—Pero ninguno de esos contactos, creo yo, se molestará en viajar hasta las regiones más remotas del país para escuchar historias de la guerra —fue la única respuesta de Jane. Miró otra vez el reloj y extendió la mano para indicar que la conversación se había terminado—. Gracias por la visita, capitán.

—Ha sido un placer, señora. —D'Alembord se inclinó hacia la mano que ella le ofrecía—. Servidor de usted, señora.

Una vez fuera de la casa, se apoyó un instante en la negra reja y sacudió la cabeza. Tenía la sospecha de que no había conseguido nada, pero no podía precisar del todo por qué. Aunque había una cosa por la que estaba sumamente agradecido, que era el no tener ninguna dirección con la que pudiera ponerse en contacto con Sharpe. ¿Qué diablos hubiera podido escribir? Suspiró, se preguntó si había alguien más a quien pudiera pedir ayuda y se alejó.

\* \* \* \*

La pistola de caballería estaba cargada con tres pequeñas balas. La primera había entrado en la parte superior del brazo izquierdo de Sharpe, donde primero le hizo pedazos la articulación del hombro y luego rebotó y le fracturó el hueso de la paletilla. La segunda bala le arrancó la mitad superior de su oreja izquierda y le hizo un corte profundo en el cuero cabelludo, que sangraba de una forma horrorosa aunque la herida en sí era bastante leve. El impacto de esa segunda bala había sumido a Sharpe en una instantánea y compasiva inconsciencia. La tercera bala le fracturó el fémur de la pierna derecha, justo por encima de la rodilla, y le rasgó la femoral. Se hizo un charco de sangre en el umbral de la cocina.

Lucille Castineau, una vez disparado el tiro, bajó el arma humeante y lanzó una mirada retadora a Frederickson, que se levantaba del barro que había fuera en la puerta.

—Ahora, máteme —dijo, y aunque sus palabras le sonaron dramáticas incluso a ella, no pudo menos de sentir que su desafío encarnaba una postrada y vencida Francia. En realidad, aunque nunca se lo confesó a nadie más que a ella misma, en ese orgulloso instante se sintió como la mismísima Juana de Arco.

—¡Ni siquiera tenemos armas! —Frederickson soltó bruscamente esas palabras en francés y luego gritó pidiendo agua y trapos—. ¡Rápido, mujer! —Se sacó rápidamente el cinturón con hebilla en forma de serpiente y lo enrolló a modo de torniquete en el muslo derecho de Sharpe—. ¡Vamos, mujer! ¡Ayúdeme, maldita sea!

—¿Por qué tendría que ayudarle? —A Lucille le estaba costando mantener el porte de Juana de Arco, pero logró poner un magnífico desprecio en su voz—. ¡Ustedes mataron a mi hermano!

Frederickson apretó el torniquete lo más fuerte que se podía y luego se quedó mirando impresionado a esa mujer alta y extrañamente calmada.

—¿Su hermano está muerto?

—¡Ustedes lo mataron! ¡Ahí afuera! —Señaló al patio.

—Madame, es la primera vez que estoy aquí. —Frederickson se dio la vuelta, agarró al chico, que había reunido el coraje para arrastrarse hasta casi llegar a la puerta, y luego se volvió otra vez hacia Lucille—. Tiene usted mi palabra de honor,

madame, como oficial británico, de que ninguno de nosotros ha estado aquí antes ni ninguno de nosotros mató a su hermano, cuya muerte, créame, lamento en lo más profundo de mi alma. Ahora, madame, ¿me hará el favor de darme vendas y agua? Necesitamos un médico. ¡Dese prisa! —Se volvió hacia la puerta—. ¡Sargento Harper! —gritó a voz en cuello a la noche—. ¡Sargento Harper! ¡Venga aquí! ¡Rápido!

—Dios mío. —Lucille se santiguó, se quedó mirando el gran charco de sangre y al final sospechó que su certeza sobre quién había asesinado a su familia podría estar equivocada. Entonces, porque era una mujer práctica y porque las recriminaciones tendrían que esperar, rasgó en tiras una tela de lino y mandó al chico a buscar al médico.

Mientras tanto Sharpe, con el rostro pálido y el pulso acelerado, no hacía más que dar quejidos.

\* \* \* \*

Lord Rossendale se consideraba un hombre honorable; un hombre decente, privilegiado y justo. Lo que más lamentaba era que nunca se le hubiera permitido abandonar el servicio con el príncipe para combatir en la guerra porque sospechaba que en tiempos de paz se concedería una envidiable reputación a esos hombres que habían traído sus cicatrices y sus espadas de vuelta desde España y Francia. Había pedido con bastante frecuencia que le dejaran unirse al ejército de Wellington, pero el príncipe de Gales, regente de Inglaterra durante los lapsos de locura de su padre, declaró que necesitaba la compañía de Rossendale.

—Johnny me divierte —explicó el príncipe, y trató de compensar la decepción de Rossendale ofreciendo un ascenso al joven soldado de Caballería. Rossendale era entonces un coronel de pleno derecho, aunque no tenía que desempeñar más funciones militares que la de llevar con elegancia su deslumbrante uniforme, labor que realizaba a la perfección.

Rossendale era, en efecto, privilegiado, pero no indiferente hacia esos oficiales menos exaltados a los que la guerra contra Napoleón había castigado más. Por eso, cuando le llegó la carta de Jane Sharpe sintió una punzada de culpabilidad y un sobresalto de compasión. También se fijó en lo bonita que era la caja de rapé, aunque el regalo era totalmente innecesario, porque Rossendale se acordaba perfectamente del comandante Sharpe y conservaba una gran admiración por el fusilero. Por lo tanto, había devuelto a Jane la caja de rapé y con ella había mandado una nota encantadora en la que pedía a la señora Sharpe que hiciera el honor de visitar a lord Rossendale cuando a ella le viniera bien.

Aunque lord John se acordaba muy bien de Sharpe, no tenía un recuerdo preciso



de su mujer. Sí que recordaba vagamente haber conocido a una chica rubia una tarde, pero Rossendale conocía a muchas chicas rubias, y no podía esperarse que se acordara de todas. Estaba convencido de que iba a encontrar aburrída a la señora Jane Sharpe, puesto que la mujer acudía a él como peticionaria, lo que significaba que lord Rossendale tendría que verse obligado a soportar el tedio de su patética petición; no obstante, por su marido, haría lo que pudiera por complacerla.

La señora Sharpe demostró una desesperación que no presagiaba nada bueno al visitar a lord Rossendale la mañana siguiente a la devolución de la caja de rapé. La noche anterior lord Rossendale había estado jugando y había perdido mucho dinero. Esto último era algo que no podía permitirse, por lo que acabó ahogando su desilusión en alcohol; eso hizo que se levantara muy tarde, y de esa forma hizo esperar dos horas enteras a la inoportuna señora Sharpe. Masculló una disculpa al tiempo que entraba en su salón y, habiéndose excusado, se quedó completamente quieto.

Porque no podía negarse que la inoportuna señora Sharpe era encantadora.

—¿Es usted la señora Sharpe? ¿Tengo ese honor? —Lord Rossendale no podía imaginarse cómo había podido olvidar que había conocido a esa mujer.

Ella hizo una reverencia.

—Sí, milord.

Y a partir de ese momento, como el hombre justo y decente que él se consideraba, intentó ayudar a la señora Sharpe con sus problemas. Y lo hizo de la forma más satisfactoria, arrancándose la promesa de que el Gobierno no volvería a interesarse más por las finanzas de la señora Sharpe. Durante el cumplimiento de esa decente y justa obligación se encontró atraído por ella, lo cual no era nada sorprendente, ya que era una chica con un aspecto de lo más provocativo, y si pareció que ella correspondía a esa atracción, eso tampoco era de extrañar, porque lord Rossendale era un joven de lo más elegante, atractivo y divertido, aunque había que reconocer que estaba muy endeudado. Jane, reconociendo su propia deuda de gratitud a su señoría, tuvo muchísimo gusto en pagar sus deudas de juego, aunque los dos insistieron en que sus pagos serían solamente préstamos.

Hubo cotilleos, por supuesto, pero las habladurías no afectaban a Rossendale. La conquista de la señora Sharpe, si es que era una conquista, fue vista por la sociedad como un acto de gran valentía, porque sin duda su marido exigiría una terrible venganza. Londres sabía que a cierto oficial de la Marina le seguía siendo imposible sentarse cómodamente y se preguntaba cuántas semanas viviría lord Rossendale en cuanto el comandante Sharpe volviera de la guerra. El libro de apuestas del club de lord Rossendale no le daba a su señoría más de tres meses antes de que se viera obligado a comer césped antes de desayunar.

—Ése va a ser su fin —aseguró un amigo—, y es una verdadera lástima, porque

Johnny es un tipo divertido.

No obstante, a pesar de la amenaza, ni Jane ni lord John trataron de acallar las habladurías con circunspección. Ya medida que su popularidad aumentaba en sociedad, la gente sentía más lástima por Jane Sharpe. Se decía que su marido era un ladrón que había desertado del Ejército. Estaba claro que ese hombre no servía para nada, y era perfectamente justificable que Jane buscara consuelo en otra parte.

La propia Jane nunca se quejó de que el comandante Sharpe fuera una mala persona. Le contó a lord Rossendale que su marido era poco ambicioso y demostró esa opinión diciendo que la arrastraría a un pueblo en el campo donde sus sedas y sus rasos quedarían abandonados a las polillas. Reconoció que había sido un magnífico soldado, pero, por desgracia, también era un hombre aburrido, y en la sociedad en la que Jane se movía entonces con tanta seguridad, el aburrimiento era un pecado peor que el asesinato. Lord Rossendale, aunque con frecuencia no tenía ni un céntimo, nunca resultaba aburrido, sino que parecía moverse en un relumbrante torbellino de oportunidades brillantes como el cristal.

Aun así, como un bastión inoportuno que resiste la fuerza de un ejército victorioso, permanecía el hecho inconveniente de que el comandante Sharpe continuaba con su aburrida existencia, y la visita de Peter D'Alembord a casa de Jane fue un repentino y poco grato recordatorio de esa existencia. Tras ese encuentro, a Jane ya no le fue posible seguir haciendo como si el comandante hubiera desaparecido sin más para dejar a Jane con su dinero y a Rossendale con Jane.

Así que, esa misma tarde, mandó a un sirviente a buscar un carruaje y, con un manto sobre sus hombros desnudos, recorrió la corta distancia que la separaba de la casa que lord Rossendale tenía en la ciudad y que daba al parque de Saint James. Los sirvientes la hicieron pasar con una reverencia y luego le trajeron una cena ligera y una copa de champán. Le dijeron que esperaban que su señoría volviera pronto a casa de sus obligaciones reales.

Lord Rossendale, que entró en la habitación iluminada por la luz de las velas una hora más tarde, pensó que nunca había visto a Jane tan hermosa. La perturbación, a su entender, la hacía parecer muy frágil y vulnerable.

—¡John! —Ella se puso en pie para saludarlo.

—Lo he oído, querida mía; lo he oído. —Lord Rossendale cruzó rápidamente la habitación, ella lo fue a encontrar a medio camino y se abrazaron. Jane se aferró a él y lord Rossendale la apretó con fuerza—. Me he enterado de las horribles noticias —dijo— y lo siento muchísimo.

—Vino esta mañana. —La voz de Jane surgió apresurada y entrecortada—. ¡Apenas podía creer que pidiera tu ayuda! ¡Cuando dijo tu nombre casi me ruborizo! Dice que intentará verte y no pude disuadirle. ¡Quiere que hables de ello con el príncipe!

—¿Quién vino? —Lord John temía la respuesta. Mantuvo a Jane a un brazo de distancia y en su rostro había una mirada de verdadero miedo—. ¿Tu marido ha vuelto?

—¡No, John! —Hubo un deje de aspereza en la voz de Jane ante el malentendido de lord Rossendale, aunque su señoría no se mostró contrariado por su tono—. Era un oficial amigo de Richard —explicó—, un tal capitán D’Alembord. ¡Dice que se encontró con Richard en Burdeos y él lo envió a Londres para buscar tu ayuda! Richard espera que le supliques al príncipe.

—¡Dios mío! ¿Así que no te has enterado? —Lord John desestimó la noticia de Jane sobre la visita de D’Alembord y entonces, con mucha delicadeza, la llevó hasta un banco que había junto a la ventana abierta. Una brisa cálida hizo temblar las llamas de las velas que con tanta gracia iluminaban su rostro—. Yo tengo que darte otra noticia, y me temo que es una noticia penosa.

Jane levantó la mirada hacia su señoría.

—¿Y bien?

Lord John le sirvió primero un vaso de vino blanco y luego se sentó a su lado. Le cogió una mano y la retuvo entre las suyas.

—Hoy hemos tenido noticias de París, querida mía, y parece ser que había un oficial francés que podía probar la culpabilidad de tu marido. O su inocencia, por supuesto —añadió esto último a toda prisa—. Ese oficial ha sido asesinado —Rossendale se detuvo un instante—, y todo apunta a que ha sido obra de tu marido. Los franceses han requerido formalmente nuestra ayuda para encontrar al comandante Sharpe.

—No. —Jane pronunció esa palabra en un suspiro.

—Yo rezo para que las acusaciones no sean ciertas. —Lord John, al igual que Jane, sabía lo que era apropiado decir en momentos como aquéllos.

Jane retiró la mano de entre las suyas, se puso en pie y caminó hacia el otro extremo de la habitación, donde se quedó mirando la chimenea vacía con expresión ausente. Lord John la observó y, como siempre, se maravilló ante su belleza. Al final ella se dio la vuelta.

—No debiéramos asombrarnos tanto por esa noticia, John. Me temo que Richard es un hombre muy cruel.

—Tu marido es un soldado —replicó Rossendale aparentemente de acuerdo.

Jane respiró hondo.

—Yo no tendría que estar aquí, milord —dijo con una repentina formalidad.

—Querida mía... —Lord John se puso en pie.

Jane alzó la mano para contener su protesta.

—No, milord. Debo pensar en su reputación. —Lo dijo de una manera muy apropiada y con mucha gracia, y el noble sufrimiento que se infería de sus palabras le

llegó al corazón a lord John, tal como se suponía que debía hacer.

Él cruzó la habitación y estrechó en sus brazos a una Jane momentáneamente poco dispuesta. Ella insistió en que su nombre de casada estaba entonces mancillado y en que lord John debía protegerse conservando su propio buen nombre. Él la hizo callar.

—Tú no lo entiendes, querida mía.

—Yo entiendo que mi marido es un asesino —repuso ella con el rostro apoyado en la chaqueta del uniforme de él.

Él la abrazó con fuerza.

—Y cuando lo capturen, querida mía, porque lo van a capturar, ¿entonces qué?

Jane se quedó en silencio.

—Estarás sola —dijo él entonces, por si no se había dado cuenta por ella misma de la suerte que correría un asesino convicto—, y serás una viuda.

—No. —Ella murmuró la protesta apropiada.

—Así que yo creo que sólo mi reputación saldría perjudicada —observó lord John con aire noble— si te ofreciera mi protección. —Y atrajo su hermoso rostro manchado de lágrimas hacia el suyo y le dio un beso en la boca.

Jane cerró los ojos. No era una mujer mala, aunque sabía muy bien que lo que hacía entonces estaba mal a ojos del mundo. También sabía que se había comportado muy mal cuando Peter D'Alembord la había visitado en la calle Cork, pero se había asustado cuando le recordaron de esa manera la existencia de su marido y, al mismo tiempo, tenía muchas ganas de impresionar a D'Alembord con su nueva sofisticación. También era consciente de que su marido no era el hombre cruel y aburrido que ella describía, pero su comportamiento requería una excusa más allá de la de sus propios deseos, de manera que tenía que culpar a Sharpe del hecho de que en esos momentos ella amara a otro hombre.

Y Jane estaba enamorada, igual que lo estaba lord Rossendale. No estaban simplemente enamorados, sino consumidos de amor, impulsados por él, empapados de él y ajenos al resto del mundo por su obsesión con él. Y el comandante Sharpe, al asesinar a un francés, había eliminado a todas luces el último obstáculo que tenían para llegar a él. De ese modo, en una noche cálida que hacía temblar la luz de las velas, los amantes pudieron al menos esperar su felicidad.

\* \* \* \*

No había habido ningún Centinela en la torre, le explicó Lucille a Frederickson, porque la madera del tejado estaba podrida. Así que, una semana después de su drástica llegada al castillo, Harper y Frederickson repararon el tejado de la torre con madera de roble curada por la intemperie que cogieron de los compartimentos en

desuso de las cuadras del castillo. Alisaron los maderos con una azuela para dejarlos a medida, los aseguraron muy bien a la mampostería y luego extendieron unas capas de arpillera empapada de alquitrán sobre los tablones.

—Debería hacer un emplomado ahí arriba, señora —señaló Frederickson.

—El plomo es caro —replicó Lucille con un suspiro.

—Sí, señora. —Pero Harper hurgó entre las generaciones de escombros que se habían amontonado en los graneros, descubrió un viejo tanque de agua de dicho material que llevaba el escudo de armas de la familia Lassan y él y Frederickson lo fundieron e hicieron unas láminas delgadas con el metal que fijaron entre las hiladas de piedra de modo que al final la torre tuvo un tejado a prueba de agua.

—No sé por qué diablos se molesta —refunfuñó Sharpe esa noche.

—No tengo nada mejor que hacer —dijo Frederickson con suavidad—, así que, ¿qué menos que ayudar a la señora por ahí? Además, me gusta trabajar con las manos.

—Deje que el maldito lugar se venga abajo. —Sharpe yacía envuelto en tiasas sábanas de lino sobre el colchón de plumas de ganso de una enorme cama de madera. Tenía la pierna derecha recubierta con una escayola, bajo la cual le picaba la carne y le dolía de forma punzante; también le dolía la cabeza, y su hombro izquierdo era un persistente nido de víboras de dolor. El médico había sido de la opinión de que le tenían que cortar todo el brazo, ya que si no, dudaba que pudiera mantener limpia la carne dañada; pero Sharpe había practicado su viejo truco de ponerse gusanos en la herida. Los gusanos se habían comido la carne podrida, pero no tocaron la limpia, y así había salvado el brazo. El médico pasaba cada día a verlo, escarificaba a Sharpe con la llama de las velas y recipientes de cristal, lo sangraba con sanguijuelas y husmeaba con desagrado las heridas donde los gusanos se retorcían en busca de cualquier indicio de putrefacción. No había ninguno. Sharpe, según dijo el médico, podría volver a andar antes del verano, aunque dudaba que el inglés recuperara alguna vez la completa movilidad del brazo.

—Condenada perra francesa de mierda —dijo entonces Sharpe de Lucille—. Espero que su maldita casa se le derrumbe alrededor de las orejas.

—Bébase la sopa —replicó Frederickson— y cállese.

Sharpe bebió obediente un poco de sopa.

—Es una sopa muy buena, ¿no es verdad? —le preguntó Frederickson.

Sharpe no dijo nada; sólo puso mala cara.

—Es usted un desagradecido. —El Dulce William suspiró—. Esa sopa está deliciosa. La señora la hizo especialmente para usted.

—Entonces lo más probable es que esté envenenada. —Sharpe apartó el cuenco de un empujón.

Frederickson sacudió la cabeza.

—Tendría que ser más amable con madame Castineau. Se siente muy culpable por lo que hizo.

—¡Tiene motivos de sobra para sentirse condenadamente culpable! Es una maldita perra asesina. Tendrían que colgarla, si no fuera porque la horca es algo demasiado bueno para ella.

Frederickson se quedó en silencio y luego se sonrojó.

—Le estaría profundamente agradecido, amigo mío, si se abstuviera de insultar a madame Castineau en mi presencia.

Sharpe se quedó mirando horrorizado a su amigo.

Frederickson puso los hombros rectos como si se preparara para hacer una confesión muy vergonzosa.

—Tengo que confesar que siento un cariño muy fuerte por la señora.

—¡Dios mío! —Sharpe no pudo añadir nada más. ¿Aquel misógino, que odiaba el matrimonio y despreciaba todo lo femenino, estaba enamorado?

—Por supuesto que comprendo lo que siente por madame Castineau —se apresuró a decir Frederickson—, y no puedo culparle; pero creo que debería saber que yo albergo el más afectuoso de los sentimientos hacia ella. Hacia... —Hizo una pausa, trató de encontrar la mirada de Sharpe y no lo consiguió, pero entonces, con la timidez de un enamorado, pronunció cariñosamente el nombre de pila de la viuda—: Hacia Lucille.

—¡Por todos los infiernos!

—Ya sé que no es una gran belleza como Jane —repuso con una inmensa pero frágil dignidad—, pero tiene una enorme calma interior. También es una mujer muy sensata. Y tiene sentido del humor. Si no la hubiera conocido, nunca hubiera creído que tantas excelentes cualidades pudieran haberse combinado en una mujer.

Sharpe sopló una cucharada de sopa e intentó acostumbrarse a la idea del Dulce William enamorado. Era como descubrir a un lobo ronroneando o enterarse de que la ocupación favorita de Napoleón Bonaparte era bordar.

—¡Pero si es francesa! —espetó por fin.

—¡Pues claro que es francesa! —replicó Frederickson de mal talante—. ¿Qué posible inconveniente puede haber en que lo sea?

—¡Nos hemos pasado veinte años matando a esos hijos de puta!

—Y ahora estamos en tiempos de paz. —Frederickson sonrió—. Incluso podemos hacer una alianza para celebrarla.

—¿Significa eso que quiere casarse con ella? —Sharpe miraba fijamente a su amigo—. Creo recordar que usted pensaba que el matrimonio era tirar el dinero. ¿No puede alquilar sus placeres por horas? ¿No es eso lo que dijo? Y si mal no recuerdo, ¿no me contó usted que el matrimonio es un apetito y que cuando se ha disfrutado de la carne lo único que queda es una carcasa de huesos secos?

—Puede que antes cuestionara la validez del matrimonio —replicó Frederickson con displicencia—, pero a un hombre se le permite reconsiderar su opinión, ¿no es cierto?

—¡Dios todopoderoso! ¡Está usted enamorado! —Sharpe estaba estupefacto—. ¿Sabe madame Castineau cuáles son sus sentimientos?

—¡Claro que no! —Frederickson se indignó profundamente con esa idea.

—¿Y por qué no?

—No tengo ningún deseo de violentarla con una precipitada declaración de mis sentimientos.

Sharpe se encogió de hombros.

—El amor es como la guerra, amigo mío. La victoria se la llevan aquellos que saltan primero y con más fuerza.

—No me imagino saltando —dijo Frederickson de mal humor, pero entonces, como tenía una necesidad desesperada de compartir sus sentimientos con un amigo, le preguntó tímidamente a Sharpe si su aspecto sería una barrera en su petición de mano—. Sé que soy feo —Frederickson se tocó el parche del ojo— y me temo que eso va a ser una dificultad insuperable.

—Acuérdese de la mujer cerdo —le aconsejó Sharpe.

—Mis sentimientos no se asemejan en nada a las transacciones de esa sórdida historia —repuso con dureza.

—¡Pero si no le confiesa lo que siente —le dijo Sharpe—, no irá a ninguna parte! ¿Intuye usted cuáles son los sentimientos de ella al respecto?

—Madame se comporta de una manera muy correcta conmigo.

Sharpe pensó que ese correcto comportamiento no era lo que su amigo buscaba, pero creyó mejor no decir nada. En lugar de eso se preguntó en voz alta si Frederickson querría llevarle una carta al correo que se exponía a los peligros rurales al viajar una vez a la semana hasta Caen.

—Por supuesto —accedió Frederickson—, pero ¿puedo preguntar por qué?

—Es una carta para Jane —explicó Sharpe.

—Claro. —Frederickson quería volver a desviar la conversación hacia Lucille Castineau, pero lo hizo dando muchos rodeos para que Sharpe no pudiera sospechar que era una maquinación deliberada.

—Se me ocurre, amigo mío, que ha habido ocasiones en las que tal vez me haya mostrado un pelín poco comprensivo hacia su matrimonio.

—¿De verdad? —Sharpe se estremeció cuando una punzada de dolor le bajó del hombro a las costillas.

Frederickson no se dio cuenta del malestar de Sharpe.

—Le aseguro que bromeaba. Ahora comprendo que el matrimonio es una situación afortunada para la humanidad.

—¡No me diga! —Sharpe se resistió a hablar de la nueva devoción de Frederickson por el estado del matrimonio—. Por eso me gustaría que Jane viajara hasta aquí.

—¿No correrá ningún peligro? —preguntó Frederickson.

—Había pensado que usted y Patrick podrían reunirse con ella en Cherbourg y escoltarla hasta aquí. —Sharpe había empezado a tomarse otra vez la sopa, que a pesar de su grosero veredicto anterior, estaba deliciosa—. Y cuando llegue quizá podríamos alquilar todos una casa mientras me recupero. ¿Tal vez en Caen?

—Tal vez. —Estaba claro que Frederickson no tenía ningunas ganas de abandonar el castillo, pero accedió a entregar la carta de Sharpe al correo del pueblo.

Sin embargo, dio la casualidad de que no fue necesario que la carta fuera a la oficina de correos de Caen, porque precisamente la noche siguiente Patrick Harper se ofreció para llevarla directamente a Londres.

—Usted no va a estar en plena forma, señor, hasta que pasen uno o dos meses, y estoy preocupado por Isabel. ¡Vaya si lo estoy!

—Ella no está en Londres —dijo Sharpe.

—El señor Frederickson cree que será más rápido coger un barco para España que zarpe de Inglaterra, señor, que uno que salga de Francia. Así que iré a Inglaterra, veré a la señora Sharpe y luego iré a buscar a mi chica a España y la traeré de vuelta. Entonces la llevaré a Irlanda. —Harper sonrió, y de pronto había lágrimas en sus ojos—. ¡Dios mío, señor, voy a volver a casa por fin! ¿Puede creerlo?

Por unos instantes Sharpe sintió pánico al perder a su hombre fuerte.

—¿Se va a casa para siempre?

—Volveré aquí, ya lo creo que sí. —Harper tiró la pistola de siete cañones encima de la cama de Sharpe—. Dejaré esto aquí y mi uniforme también. Probablemente sea mejor que no viaje de uniforme.

—Pero ¿volverá? —Sharpe trató ansiosamente de que se lo asegurara—. Porque si voy a buscar a Ducos le necesitaré.

—Así que va usted a buscarle, señor.

—Aunque tenga que ir al fin del maldito mundo, Patrick, encontraré a ese cabrón. —Entonces estaba claro, a juzgar por la prueba de los dos dedos que le habían cortado al cuerpo muerto de Lassan, que debía de haber sido Pierre Ducos el que había matado al hermano de madame Castineau. La propia Lucille había aceptado ese veredicto, y su aceptación no había hecho más que aumentar el remordimiento que sentía por haber disparado precipitadamente al fusilero. A Sharpe no le importaba si ella sentía remordimientos o no, y tampoco le importaba mucho que su hermano estuviera muerto, pero sí que le importaba encontrar a Ducos.

—Primero me pondré bien —le dijo entonces a Harper—, y luego iré a la caza de ese hijo de puta.



Harper sonrió.

—Volveré aquí para ayudarle, señor, se lo prometo.

—Sería más difícil sin usted —afirmó Sharpe, lo cual era su manera de decir que no podría soportar que Harper lo abandonara entonces. Sharpe siempre había sabido que la paz podría separar su amistad, pero la inmediata perspectiva de esa separación era asombrosamente difícil de soportar.

—Volveré antes del verano, señor.

—Siempre que no lo atrape la policía militar, Patrick.

—Mataré a esos cabrones antes de que me pongan la mano encima.

Harper se fue a la mañana siguiente. Se hacía extraño no oír su silbido poco melodioso o su fuerte voz alegre por el castillo. Por otro lado, Sharpe estaba contento de que el irlandés le llevara la carta a Jane, porque a ella siempre le había gustado Harper, y Sharpe tenía la certeza de que respondería al ruego del hombretón para que viajara rápidamente a Normandía, donde su marido yacía enfermo.

Una semana después de que Harper se hubiera ido, Frederickson llevó a Sharpe al piso de abajo para que pudiera comer en una mesa que habían colocado en el patio del castillo. Madame Castineau, consciente de no agradar a Sharpe, se había mantenido a una prudente distancia del fusilero desde la noche en la que había disparado contra él. Con todo, aquella noche le ofreció una nerviosa sonrisa de bienvenida y le dijo que esperaba que disfrutara de la comida. Había vino, pan, queso y un pequeño trozo de jamón que Frederickson colocó discretamente en el plato de Sharpe.

Éste miró el plato de Frederickson y luego a madame Castineau.

—¿Dónde está el suyo, William?

—A la señora no le gusta el jamón. —Frederickson se cortó un poco de queso.

—Pero a usted sí que le gusta. Le he visto matar por él.

—Usted necesita alimento —insistió Frederickson—. Yo no.

Sharpe frunció el ceño.

—¿Andan cortos de dinero en este lugar? —Sabía que madame Castineau no hablaba inglés, por lo que no tuvo ningún reparo en decirlo de esa manera delante de ella.

—Son más pobres que las ratas de sacristía, señor. Ricos en tierras, por supuesto, pero eso no sirve de mucho hoy en día y casi agotaron los fondos con la fiesta de compromiso de Henri.

—¡Diablos! —Sharpe cortó el jamón en tres porciones ridículamente pequeñas. Sus movimientos eran muy torpes porque todavía no podía hacer uso de su brazo izquierdo. Distribuyó la carne de manera equitativa entre los tres platos. Madame Castineau empezó a protestar, pero él la hizo callar con un gruñido.

—Dígale que mi esposa traerá algo de dinero de Inglaterra —dijo.

Frederickson lo tradujo y luego dio la respuesta de Lucille, en la que decía que no aceptaría caridad.

—Dígale a esa maldita mujer que tome lo que se le ofrece.

—No le voy a decir eso —protestó Frederickson.

—Pues maldito sea su orgullo igualmente.

Lucille palideció ante la ira de la voz de Sharpe y se apresuró a entablar una larga charla en francés con Frederickson. El primero puso mala cara y comió desganado. Frederickson trató de incluirlo en la conversación, pero como versaba sobre la historia del castillo y los estilos arquitectónicos que eran reflejo de dicha historia, Sharpe no tenía nada que decir. Incluyó la silla hacia atrás y rezó para que Jane llegara pronto. Se convenció a sí mismo de que seguramente su silencio anterior había sido una casualidad debido al inseguro reparto del correo en el Ejército. Ella ya habría hablado con D'Alembord y sin duda agradecería la llegada de Harper. De hecho, era probable que éste estuviera ya en Londres, y Sharpe sintió la grata y cálida esperanza de que podría ser que Jane llegara al castillo en menos de una semana.

De pronto Sharpe se dio cuenta de que Frederickson le había hecho una pregunta. Dejó caer la silla hacia delante y se vio recompensado con una terrible punzada de dolor en su enyesada pierna derecha.

—¡Mierda, por Dios! —maldijo, le lanzó una mirada de resentimiento a la viuda y luego añadió—: Lo siento. ¿Qué decía, William?

—Madame Castineau está preocupada porque le dijo al abogado de París que nosotros asesinamos a su hermano.

—¡Ya puede estar preocupada, maldita sea!

Frederickson hizo caso omiso del tono hosco de Sharpe.

—Se está preguntando si debería escribir al señor Roland y explicarle que somos inocentes.

Sharpe dirigió la vista hacia la viuda y se cruzó con su mirada, muy limpia y muy tranquila.

—No —dijo con contundencia.

—*Non?* —Lucille frunció el ceño.

—Creo que es mejor —de repente Sharpe se sintió incómodo bajo el escrutinio de sus ojos— que las autoridades francesas no sepan dónde encontrarnos. Todavía piensan que robamos su oro.

Frederickson lo tradujo, escuchó la respuesta de Lucille y miró a Sharpe.

—Madame dice que sin duda su carta convencerá de nuestra inocencia a las autoridades.

—¡No! —insistió Sharpe en voz demasiado alta.

—¿Por qué no? —preguntó Frederickson.

—Porque esos malditos franceses ya han falsificado pruebas contra nosotros, así

que, ¿por qué tendríamos que fiarnos ahora de ellos? Dígale a la señora que no confío en la honestidad de sus compatriotas, por lo que le estaría de lo más agradecido si, mientras estemos en su casa, les ocultara nuestra presencia a los de París.

Frederickson hizo una diplomática traducción y luego proporcionó a Sharpe la respuesta de Lucille.

—La señora dice que le gustaría informar a las autoridades de quién fue el responsable del asesinato de su madre y su hermano. Quiere que el comandante Ducos reciba su castigo.

—Dígame que yo castigaré a Ducos. Dígame que será un placer para mí castigar a Ducos.

El tono de Sharpe hizo innecesaria cualquier traducción. Lucille observó su rostro, rajado por la cicatriz que le daba ese aspecto burlón, e intentó imaginarse a su hermano, su dulce y amable hermano, enfrentándose a ese hombre horrible en la batalla; luego trató de imaginar qué clase de mujer se casaría con un hombre así. Frederickson empezó a interpretar la respuesta de Sharpe, pero Lucille dijo que no con la cabeza.

—Lo he comprendido, capitán. Dígame al comandante que le estaré por siempre agradecida si puede llevar ante la justicia al comandante Ducos.

—No lo voy a hacer por ella —repuso Sharpe con cortante rechazo—, sino por mí.

Se hizo un incómodo silencio y Frederickson retomó deliberadamente la conversación sobre la historia del castillo. En unos minutos, Lucille y él volvieron a quedar absortos mientras que Sharpe, sintiendo la calidez del sol de la tarde, se sumergía en sus sueños de soldado, que eran de amor, hogar, felicidad y venganza.

## CAPÍTULO 11

A Patrick Harper le gustaba el caos alegre y vigoroso de Londres. Aunque tenía unos parientes en Southwark, ni se le habría pasado por la cabeza vivir allí; pero había disfrutado de sus dos visitas anteriores y una vez más encontró entretenimiento sin fin en los vendedores ambulantes y los cantantes callejeros. También había suficientes acentos irlandeses en la capital para hacer que un hombre de Donegal se sintiera cómodo.

Sin embargo, no estaba cómodo en aquella ocasión. Debería haberlo estado puesto que estaba sentado en una taberna con una jarra de cerveza, un filete y pastel de ostras, pero un desdichado capitán D'Alembord amenazaba con volver del revés el bien ordenado mundo de Harper.

—Creo poder entender por qué ha ocurrido —observó D'Alembord apenado—. Simplemente no quiero creer que sea cierto.

—No es cierto, señor —afirmó Harper con contundencia y a total despecho de todas las pruebas del capitán D'Alembord—. La señora Sharpe es una santa, sí que lo es. Lléveme allí, señor, y se pondrá contenta como un niño al verme.

El capitán se encogió de hombros.

—Ella se ha negado en rotundo a recibirme otra vez, y lord Rossendale no ha hecho caso de ninguna de mis cartas. Al final fui a ver a sir William Lawford. ¿Se acuerda de él?

—Por supuesto que me acuerdo de Willy *el Manco*, señor. —Sir William Lawford, que entonces era un miembro del Parlamento, había estado al mando del regimiento de los Voluntarios del Príncipe de Gales hasta que los franceses le arrancaron un brazo en Ciudad Rodrigo.

D'Alembord sacudió la cabeza tristemente.

—Sir William me aseguró que la señora Sharpe y lord Rossendale tienen relaciones... —El capitán hizo una pausa y luego dijo la palabra maldita— íntimas. Claro que únicamente podía tratarse de chismes maliciosos.

—No deben de ser nada más que chismes. —El mundo de Harper estaba delimitado por certezas, una de las cuales era que una promesa de amor no se podía romper de ninguna manera, y era por eso por lo que, aunque se había sentido muy incómodo por aquellas especulaciones sobre Jane Sharpe, seguía negándose a creerlas—. Me imagino que sólo están intentando ayudar al señor Sharpe, señor, por lo que es lógico que tengan que pasar juntos algunos ratos. Y ya sabe usted cómo empiezan a agitarse las malas lenguas cuando un hombre y una mujer pasan algún tiempo juntos. ¿Y por qué no vamos andando hasta allí y le doy la carta del comandante? Le aseguro que se pondrá contenta como unas pascuas cuando la lea. Primero me terminaré el pastel, si puede ser. ¿Está seguro de que no quiere un poco?

—Termíneselo usted, sargento mayor.

—Ya no soy un soldado, señor —repuso Harper con orgullo y tiró del dobladillo de su nuevo abrigo como prueba de ello. Se había desecho de las ropas viejas que madame Castineau le había dado y las había sustituido por un traje de lana tupida, unas botas fuertes, unas polainas y un pañuelo para el cuello que había comprado con parte del dinero que había dejado en Londres, donde, al igual que Sharpe, había vendido sus joyas de Vitoria. Era evidente que estaba muy contento con sus compras, que le daban el aspecto de un próspero granjero venido a la ciudad. La única arma que poseía entonces era un grueso garrote deslucido—. Todavía no tengo los papeles —confesó a D'Alembord—, pero en cuanto el señor Sharpe salga de este atolladero me imagino que los conseguiré.

—Tenga cuidado de que no lo arresten.

—¿Quién se atrevería? —Harper esbozó una sonrisa burlona e hizo un gesto señalando el garrote.

En cuanto se terminó el pastel y se bebieron la cerveza, los dos hombres fueron andando despacio hacia el oeste. Era una preciosa tarde de primavera. El cielo se hallaba delicadamente veteado con estrechas nubes más allá del tul de la cortina de humo londinense; las hojas nuevas en las plazas y calles anchas todavía no se habían oscurecido debido al hollín, por lo que ofrecían un aspecto brillante, primaveral y lleno de esperanza. La belleza de la tarde llenó a Harper de un optimismo bastante injustificado.

—Todo va a salir bien, señor, ya lo creo —insistió—. ¡Espere a que la señora Sharpe me vea! ¡Será magnífico volver a ver a la muchacha! —Tiró una moneda dentro del chacó vuelto hacia arriba de un mendigo sin piernas. D'Alembord no tuvo valor para contarle que la inmensa mayoría de indigentes heridos, a pesar de los restos de uniformes del Ejército que llevaban, no eran veteranos de guerra, sino que simplemente se estaban aprovechando de la generosidad de los oficiales que habían vuelto de Francia—. ¿Ha pensado usted —siguió diciendo Harper—, en escribir al Entrometido?

El *Entrometido* era en recién nombrado duque de Wellington, a quien, a falta de cualquier puesto mejor en el Gobierno de Londres, habían acabado de designar embajador en París.

—Le he escrito, pero no he obtenido respuesta.

—El Entrometido no dejará al señor Sharpe en la estacada, señor.

—No lo va a defender si piensa que es un asesino.

—Pues tendremos que demostrar que no lo es. —Harper tiró otro penique, esta vez a un hombre con las cuencas de los ojos vacías.

Torcieron por la calle Cork, donde Harper resopló mostrando su desprecio por las elegantes viviendas.

—El señor Sharpe nunca va a vivir aquí, señor. Ella tendrá que cambiar de parecer y despabilar un poco, ¡vaya si no! Él está decidido a vivir en el campo, sí que lo está.

—Y yo le digo que ella ha puesto su corazón en Londres.

—Pero ella es la mujer, ¿no es verdad? Pues tendrá que hacer lo que él quiera. —Ésa era otra de las certezas inquebrantables de Harper.

—Un momento. —D'Alembord le puso la mano en el brazo a Harper—. Ésa es la casa, ¿la ve? —Señaló hacia el otro extremo de la calle, donde había un faetón con el barniz reluciente estacionado en el exterior de la casa de Jane. En las barras del carruaje había un par de caballos zainos a juego y un golfillo se ganaba unas monedas sujetando las riendas—. ¿La ve a ella? —El capitán fue incapaz de ocultar la indignación que sentía.

Jane bajaba los peldaños de la mano de un hombre joven muy alto y delgado que vestía el fastuoso uniforme de coronel de caballería. Llevaba unos bombachos color azul pálido, una casaca azul oscuro y un capote ribeteado en piel que le colgaba del hombro. Jane iba con un vestido blanco y llevaba encima una capa de color azul oscuro. El soldado de caballería la ayudó a subir al alto y peligroso asiento del faetón, que era un carruaje ligero descubierto que gozaba de mucha popularidad entre los ricos e insensatos.

—Ése es lord Rossendale —señaló D'Alembord en tono grave.

Por primera vez desde que se encontró con el capitán, Harper pareció preocupado. Había algo en el regocijo de Jane que se contradecía con su teoría preferida de que, en el peor de los casos, ella y Rossendale eran meros aliados en su intento por ayudar a Sharpe. De todas maneras, Harper había ido a Londres para encontrarse con Jane, así que sacó la carta de Sharpe de un bolsillo de su abrigo nuevo y se dirigió a la calzada con confianza para cortarle el paso al carruaje.

Era el mismo lord Rossendale quien conducía el faetón. Al igual que muchos jóvenes aristócratas, sentía un respeto reverencial por los conductores de carruajes profesionales y le encantaba emular sus habilidades. Rossendale le tiró una moneda al golfillo, subió al lado de Jane y cogió su larga fusta. Hizo restallar la tralla por encima de las cabezas de los caballos, y Jane dio un asustado grito fingido y adulador cuando la bien entrenada y briosa pareja empezó a andar. Las ruedas del carruaje se desdibujaron sobre los adoquines.

Harper, de pie en la calzada, levantó la mano derecha para llamar la atención de Jane. Sostenía en alto la carta de Sharpe.

Ella lo vio. Por un instante no se lo creyó, luego supuso que si Harper estaba en la calle Cork, su marido no podía estar muy lejos. Y si su marido estaba en Londres, su amante se vería amenazado con un duelo. Esa posibilidad le hizo dar un grito de verdadero espanto.

—¡John! ¡Deténlo!

Lord Rossendale vio a un hombretón que llevaba un garrote. Era muy temprano para que un asaltante de caminos estuviera en las calles más de moda de Londres; no obstante, Rossendale supuso que ese hombre grandote trataba de tenderles una torpe emboscada. Sacudió las riendas con la mano izquierda y dio un grito a los caballos para animarlos a ir más deprisa.

—¡Señora Sharpe! ¡Señora! ¡Soy yo! —Harper gritaba y agitaba las manos. El carruaje estaba a unos veinte metros y aceleró rápidamente en su dirección.

—¡John! —chilló Jane asustada.

Lord Rossendale se puso en pie. Era algo muy peligroso en un vehículo tan poco seguro, pero se afirmó en el asiento y sacudió el látigo hacia delante de manera que la tralla se onduló por encima de la cabeza de los caballos.

—¡Sargento! —gritó D'Alembord desde la acera.

La tralla del látigo restalló y la punta hirió a Harper en la mejilla. Con que le hubiese golpeado sólo una pulgada más arriba lo hubiera dejado ciego del ojo derecho, pero en lugar de eso simplemente le hizo un corte hasta el hueso en su cara bronceada. Cayó a un lado al tiempo que los cascos de los caballos pasaban por su lado con estrépito. Harper rodó desesperado para alejarse, y aun así, las ruedas del faetón estaban tan cerca que vio que las llantas metálicas sacaban brillantes chispas del pedernal de los adoquines. Oyó un grito de alegría.

Era Jane quien había soltado esa exclamación de triunfo.

Harper se incorporó, se quedó sentado en la calle y vio que ella miraba hacia atrás, y pudo observar, también, el entusiasmo que había en sus ojos. A Harper le salía sangre de la cara y le estaba mojando el pañuelo y el abrigo nuevos. Lord Rossendale se había vuelto a sentar, mientras que Jane, con su rostro vuelto hacia Harper y mostrando todavía una mezcla de alivio y alegría, se agarraba del brazo de su amado.

El herido se puso en pie y se sacudió las boñigas de caballo de la calle que se le habían pegado a los pantalones.

—Dios salve a Irlanda. —Más que enfadado estaba decepcionado y asombrado.

—Ya se lo advertí. —D'Alembord recogió el garrote y se lo devolvió al irlandés.

—Dulce Madre de Dios. —Harper se quedó mirando fijamente al carruaje hasta que dio la vuelta en Burlington Gardens. Entonces, todavía con una expresión de incredulidad en su rostro, se agachó para coger del suelo la carta de Sharpe, que estaba salpicada con su sangre.

—Lo siento, sargento mayor —dijo D'Alembord con tristeza.

—El señor Sharpe matará a ese cabrón. —Harper miró en la dirección que había tomado el carruaje—. ¡El señor Sharpe lo crucificará! ¿Y ella? —Sacudió la cabeza atónito—. ¿Es que esa mujer ha perdido el juicio?

—Todo esto me hace pensar —el capitán condujo a Harper hacia la acera— que esos dos esperan que el comandante no regrese nunca. Les iría muy bien si lo arrestaran y lo ejecutaran por asesinato en Francia.

—¡Nunca lo hubiera creído! —Harper todavía pensaba en el grito de triunfo de Jane al alejarse—. ¡Siempre se portó muy bien conmigo! ¡Era una santa, vaya si lo era! ¡Nunca se dio aires, nunca vi que lo hiciera!

—Estas cosas pasan, sargento mayor.

—¡Oh, Dios! —Harper se apoyó en la reja de un cercado—. ¿Y quién diantre se lo va a decir al señor Sharpe?

—Yo sí que no —dijo D'Alembord con fervor—. ¡Ni siquiera sé dónde está!

—Ahora sí que lo sabe, señor. —Harper abrió la carta y se la entregó al oficial—. La dirección tiene que estar ahí escrita, señor.

Pero D'Alembord no tenía intención de coger la carta.

—Escríbale usted, sargento mayor. Le tiene mucho más cariño a usted que a mí.

—¡Por Dios! Yo no soy más que un zoquete irlandés de Donegal, señor; no sabría escribir una carta ni para salvar mi propia alma. Además, me voy a España a buscar a mi esposa para traerla a casa.

D'Alembord tomó la carta de mala gana.

—No puedo escribirle. No sabría qué decirle.

—Usted es un oficial, señor. Ya se le ocurrirá algo, ya lo verá. —Harper se volvió de nuevo a mirar la esquina de la calle, vacía—. ¿Por qué hace esto? Por el amor de Dios, ¿por qué?

D'Alembord ya había reflexionado sobre la cuestión. Se encogió de hombros.

—Es como un pájaro cantor enjaulado al que se le ha dado la libertad. El comandante la sacó de esa horrible casa, le dio alas y ahora ella quiere volar a su antojo.

Harper desdeñó ese comprensivo análisis.

—Está corrompida hasta la médula, señor, igual que su hermano. —El hermano de Jane había sido un oficial del batallón de Harper. Éste lo había matado, aunque nadie más que él y Sharpe sabían la verdad sobre esa muerte—. ¡Por Dios, señor! —A Harper se le había ocurrido algo desagradable—. Esto va a matar al señor Sharpe cuando lo descubra. ¡Él cree que es maravillosa!

—Ésa es la razón por la que no quiero escribir para contarle la noticia, sargento mayor. —D'Alembord metió la carta en el bolsillo del faldón de su abrigo—. Así que tal vez sea mejor para él que siga sin saberlo.

—¡Por Cristo en la cruz! —Harper se tocó la sangre de la cara—. No quiero ser yo quien tenga que decírselo, señor.

—Pero usted es amigo suyo.

—Si que lo soy, que Dios me ayude. —Harper empezó a andar despacio calle



abajo. Le aterró pensar en el momento en que tuviera que volver a Francia y verse obligado a dar la noticia—. Será como darle una puñalada en el corazón; ya lo creo, en pleno corazón.

\* \* \* \*

A finales de mayo Sharpe ya podía ir andando hasta el molino del castillo y volver. Se había fabricado una muleta, aunque seguía empeñado en apoyar todo su peso en la pierna derecha. Tenía el brazo izquierdo agarrotado y no podía levantarlo del todo. Insistió con obstinación en ejercitarlo, forzando la articulación un poquito más cada día. El ejercicio era terriblemente doloroso, tanto que hacía que se le saltaran las lágrimas; pero él no abandonaría.

Ni tampoco abandonó la esperanza de la llegada de Jane.

Le gustaba sentarse bajo el arco de entrada del castillo y fijar la mirada hacia la calle que iba hasta el pueblo. Un día apareció allí un carruaje impresionante y las esperanzas de Sharpe aumentaron, pero sólo se trataba de un dignatario de la Iglesia que iba a visitar al sacerdote. No llegó ningún mensaje de Harper ni de D'Alembord, que seguramente debía de haberse enterado del paradero de Sharpe por boca del irlandés.

—Quizás han arrestado a Harper —insinuó Sharpe a Frederickson.

—Es un hombre muy difícil de arrestar.

—Entonces, ¿por qué...? —empezó a decir Sharpe.

—Habrà una explicación —interrumpió Frederickson de manera cortante. Sharpe frunció el ceño ante el tono de su amigo. Durante las últimas semanas Frederickson parecía estar muy contento y feliz, enfrascado sin duda en hacerle la corte a Lucille Castineau. Sharpe los había visto a los dos caminar por los invernáculos o pasear junto al arroyo y se había dado cuenta de lo mucho que ambos parecían disfrutar de la compañía del otro. Aunque estaba abrumado de preocupación por Jane, se había alegrado por su amigo. Pero en esos momentos, con la luz de la tarde, mientras los dos fusileros se entretenían un rato bajo el arco de entrada al castillo, surgió un conflictivo eco de la antigua acritud de Frederickson—. Habrá una explicación de lo más simple —reiteró Frederickson—, pero de momento estoy más preocupado por Ducos.

—Yo también lo estoy. —Sharpe estaba rompiendo el borde de la irregular escayola que todavía le recubría el muslo. El médico insistía en que tenía que llevarla otro mes más, pero Sharpe estaba impaciente por quitársela.

—Usted no debería pensar en Ducos —dijo Frederickson como quien no quiere la cosa—, al menos mientras vaya todavía con la pata de palo. Tiene que concentrarse en su recuperación, nada más. ¿Por qué no deja que sea yo quien me preocupe por ese

cabrón?

—Yo más bien pensaba que tenía otras preocupaciones —comentó Sharpe con prudencia.

Frederickson, de forma deliberada, no hizo ni caso del comentario. Se encendió un cigarro.

—Yo diría que aquí no hago más que perder el tiempo. A menos que creamos que Ducos va a bajar andando por ese camino y pedir que lo arrestemos sin más.

—Claro que no lo hará. —Sharpe se preguntó qué sería lo que había ido mal entre su amigo y la viuda, porque estaba claro que algo le había salido muy mal a Frederickson para que estuviera hablando con tanta brusquedad.

—Uno de nosotros tendría que empezar a buscarlo. Usted no puede, pero yo sí. —Frederickson seguía hablando con rudeza.

No miraba a Sharpe sino que, con una actitud distante, mantenía la mirada fija en dirección al pueblo.

—¿Dónde podría buscar?

—En París, por supuesto. Sobre cualquier cosa importante de Francia se tendrá constancia en París. Los archivos del emperador se guardarán allí. No puedo decir que me entusiasme la idea de ponerme a buscar entre viejos libros de contabilidad, pero si tiene que hacerse, entonces que así sea. —Frederickson soltó una voluta de humo, que se alejó dando vueltas hacia el otro lado del foso—. Además, será mejor que quedarse aquí vegetando. ¡Necesito hacer algo! —Lo dijo con una ferocidad repentina.

—¿Y me va a dejar aquí solo?

Frederickson le dirigió una mirada desdeñosa a Sharpe.

—¡No sea pusilánime!

—No me importa estar solo —entonces Sharpe empezaba a mostrar su propia irritación—, ¡pero aquí nadie habla inglés! Aparte de mí.

—¡Pues entonces aprenda francés, maldita sea!

—No quiero hablar en ese condenado idioma.

—Es un idioma perfectamente civilizado. Además, madame Castineau habla un poco de inglés.

—No conmigo, conmigo no lo hace —observó Sharpe en tono grave.

—Es porque le tiene miedo. Dice que siempre pone mala cara.

—Entonces es muy poco probable que me quiera aquí a mí solo, ¿no?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Frederickson indignado—. ¿Quiere encontrar a Ducos o no?

—Claro que sí.

—Entonces será mejor que me vaya a París, maldita sea —dijo Frederickson en un tono de herida irrevocabilidad—. Me iré mañana.

Sharpe, que de verdad no quería que lo dejaran solo en casa de la viuda, trató de encontrar otra razón para disuadir a su amigo.

—¡Pero prometió escoltar a Jane desde Cherbourg!

—Ella todavía no ha requerido ese servicio —replicó Frederickson con mordacidad, sugiriendo lo que Sharpe no quería creer: que Jane no aparecería—. Pero si viene —continuó diciendo— puede hacer lo que hacen los demás: contratar una escolta.

Sharpe probó otra táctica.

—Las autoridades francesas todavía deben estar buscándonos, y usted es un hombre que no pasa muy desapercibido.

—¿Lo dice por esto? —Frederickson se tocó la punta del mohoso parche que llevaba en el ojo—. Debe de haber unos veinte mil ex soldados heridos en París. Uno más apenas lo notarán. Además, no voy a ser tan idiota de viajar con el uniforme. Lo dejaré aquí, y me lo puede traer usted a París cuando mande a buscarlo. Eso si consigo olfatear el rastro de Ducos.

—¿Qué quiere decir? ¿Llevarlo a París?

—Hubiera dicho que era un inglés perfectamente coherente, pero si necesita una traducción significa que puede traerme la casaca cuando venga a París. —Frederickson se quedó mirando a los pájaros que revoloteaban en el campanario de la iglesia—. Quiero decir que cuando haya descubierto algún rastro de Pierre Ducos le mandaré un mensaje y, si se encuentra lo bastante recuperado y si el sargento Harper ha vuelto, pueden venir a reunirse conmigo. ¿Es eso tan difícil de entender?

Sharpe no dijo nada hasta que Frederickson se volvió hacia él y le miró. Entonces, con la vista clavada en ese único ojo malhumorado, formuló la temida pregunta.

—¿Por qué no va a volver aquí, William?

Frederickson apartó la mirada con enojo. Chupó su cigarro. Durante un buen rato no dijo nada y luego, al final, cedió.

—Esta tarde le pedí a madame Castineau que me hiciera el honor de concederme su mano.

—Ah —dijo Sharpe con impotencia; sabía el resto de la historia y sintió un profundo pesar por su orgulloso amigo.

—Estuvo totalmente encantadora —siguió diciendo Frederickson—, tal como se podría esperar de una dama como ella; pero también fue del todo firme en su negativa. ¿Me pregunta por qué no voy a volver? Porque me iba a ser extremadamente violento seguir con una relación que ha importunado tanto a Lucille.

—Estoy seguro de que no ha sido usted inoportuno —repuso Sharpe y, al ver que Frederickson no respondía, lo intentó de nuevo—. Lo siento muchísimo, William.

—No puedo imaginar por qué tendría que sentirlo. A usted no le gusta esa mujer,

así que es de suponer que debería alegrarse de que no vaya a convertirse en mi esposa.

Sharpe no hizo caso de aquella grandilocuencia.

—De todas maneras, William, lo siento de verdad.

Frederickson pareció encogerse. Cerró los ojos unos instantes.

—Yo también —dijo con calma—. Quiero echarle a usted la culpa en algunos sentidos.

—¡A mí!

—Me aconsejó que saltara. Lo hice. Parece ser que fallé.

—Usted salta antes de proponer. Por el amor de Dios, William, ¿no ve que a las mujeres les gusta que las persigan antes de que las atrapen? —Frederickson no dijo nada y Sharpe trató de darle algo más de ánimos—. ¡Inténtelo de nuevo!

—El fracaso no se reafirma. ¿No es esa la primera lección para ser un buen soldado? Además, su rechazo fue del todo claro. Hice el ridículo y no tengo intención de quedarme aquí y soportar la vergüenza de ese recuerdo.

—Pues márchese entonces —dijo Sharpe crudamente—. Pero yo iré con usted.

—¿Quiere ir dando saltitos hasta París? ¿Y qué pasa si Jane viene al castillo? ¿Y cómo lo encontrará Harper? —Frederickson tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con la punta de la bota—. Lo que estoy tratando de decirle, amigo mío, es que quiero estar únicamente en compañía de mí mismo una temporada. El sufrimiento no es nada divertido para los demás. —Se dio la vuelta y vio que la anciana Marie llevaba unos platos a la mesa del patio—. Veo que la cena está servida. Le estaría de lo más agradecido si esta noche intentara participar un poco más en la conversación.

—Por supuesto.

Seguía siendo una cena miserable, pero para Sharpe, igual que para Frederickson, aquélla se había convertido rápidamente en una época de miserias.

Harper había desaparecido, el silencio de Jane no presagiaba nada bueno y por la mañana un taciturno Frederickson partió hacia París. Madame Castineau se quedó en la casa mientras que bajo el arco de entrada del castillo estaba sentado Sharpe, solo y con el ceno fruncido.

\* \* \* \*

Mayo había sido un mes cálido, pero junio fue como un horno.

Sharpe se iba recuperando bajo el calor. Lucille Castineau lo observaba mientras ejercitaba el brazo izquierdo, sosteniendo la enorme espada de caballería extendida durante el mayor tiempo posible antes de que los músculos se quedaran laxos y, tras temblar un instante, se desmoronaran. No podía levantar mucho el brazo, pero cada día lo forzaba a subir un poco más. Se quedaba empapado en sudor cuando hacía los

ejercicios. Desobedeció al médico y se quitó la quebradiza escayola de la pierna derecha y, aunque estuvo rabiando de dolor durante tres días, poco a poco éste fue disminuyendo. Iba de un lado a otro del patio obstinadamente para fortalecer los atrofiados músculos del muslo. Había dejado crecer su negro cabello muy largo para que ocultara el trozo de oreja que le faltaba en el lado izquierdo. Una mañana en que Sharpe se estaba mirando en el espejo de afeitarse para valorar si el vano disfraz daba resultado, vio un mechón gris en el largo pelo negro.

No llegó ninguna noticia de Londres y tampoco ninguna de Frederickson desde París.

Sharpe se buscó quehaceres en el castillo, y disfrutaba de una manera sencilla al realizarlos. Volvió a colocar en su sitio una puerta de la lechería, reconstruyó la base de la prensa para la sidra y reparó las sillas de la cocina. Cuando no encontraba ningún trabajo que hacer se iba a dar largos paseos, entre los manzanos o subiendo la empinada colina del norte, donde forzaba el paso hasta que el sudor le bajaba por el rostro debido al ejercicio y al dolor.

Aquella tarde Lucille percibió el dolor en su rostro.

—Debería intentar... —empezó a decir, pero no continuó porque su inglés no era lo bastante bueno.

Lo que más le gustaba a Sharpe era trepar hasta el tejado de la torre que Frederickson y Harper habían arreglado; allí se pasaba horas sin hacer nada más que mirar hacia los dos caminos que confluían ante la puerta del castillo. Esperaba el regreso de sus amigos o la llegada de su amada, pero no acudió nadie.

A finales de junio, no sin gran dificultad, limpió una acequia de zarzas y malas hierbas y luego reparó la compuerta que había estado mucho tiempo en desuso. El pastor se puso tan contento que mandó llamar a madame Castineau, y ésta aplaudió al ver que el agua bajaba sin obstrucciones desde el canal del molino para irrigar los pastos.

—El agua... ¿Cómo lo dicen ustedes? Hace años que no corría el agua, ¿sí?

—¿Cuántos años? —Sharpe se apoyaba en una podadera. Con el pelo largo y las ropas mugrientas hubieran podido confundirle con un trabajador de la granja—. *Vingt, quarante?*

A Sharpe le costó un poco aprender francés pero, noche tras noche, se veía obligado a comunicarse con madame Castineau. Hacia finales de junio podía mantener una conversación, aunque todavía con molestos malentendidos; pero a mediados de julio ya hablaba el idioma con más soltura de la que nunca había tenido en español. Lucille y él conversaban entonces sobre cualquier cosa: la última guerra, el tiempo, Dios, la máquina de vapor, la India, las Américas, Napoleón, jardinería, la milicia, los respectivos méritos de Inglaterra y Francia, cómo proteger los huertos de las babosas, cómo cultivar fresas, el futuro, el pasado, los aristócratas.

—En Francia había demasiados aristócratas —señaló Lucille con desdén. Estaba sentada bajo la luz de los últimos rayos de sol de la tarde, zurciendo una de las grandes sábanas de lino—. No era como en Inglaterra, donde sólo hereda el hijo mayor. ¡Aquí heredaba todo el mundo, por lo que generábamos aristócratas como si fueran conejos! —Mordió el hilo y remató las puntadas—. Henri nunca quería utilizar su título, lo cual irritaba mucho a mamá. A ella le daba igual que yo no hiciera caso del mío, pero mamá nunca consideró que las hijas importaran mucho.

—¿Posee un título? —preguntó Sharpe asombrado.

—Tenía uno, antes de que fueran todos abolidos durante la Revolución. Yo tan sólo era una niña, claro; no era más que una renacuaja, pero aun así, formalmente era la vizcondesa de Seleglise. —Lucille se rió—. ¡Vaya una tontería!

—Yo no creo que sea una tontería.

—¡Usted es inglés, lo cual significa que es tonto! —dijo ella sin darle importancia—. Era una tontería, comandante. Había nobles que en realidad no eran más que campesinos que se alimentaban únicamente de alubias, aunque se les seguía considerando aristócratas porque su tatarabuelo había sido un vizconde o un duque. ¡Mírenos! —Con un gesto señaló el patio donde se encontraban—. Lo llamamos castillo, pero en realidad no es nada más que una enorme granja sumida en la miseria con un foso muy poco práctico alrededor.

—Es una granja muy bonita —repuso Sharpe.

—Por supuesto. —A Lucille le gustaba que Sharpe elogiara la casa. Ella decía a menudo que todo lo que quería en esos momentos era vivir en el castillo para siempre. Hubo una época, admitió, en la que había pensado que le gustaría ser el centro de todas las miradas en París, pero entonces su marido murió y sus ambiciones murieron con él.

Una tarde Sharpe le preguntó por Castineau y Lucille fue a buscar su retrato. Sharpe vio a un hombre delgado, de facciones morenas, con un uniforme de coronel bien confeccionado que brillaba con sus ribetes dorados. Llevaba un casco bruñido bajo el brazo izquierdo y un sable en su mano derecha.

—Era muy apuesto —observó Lucille con nostalgia—. Nadie entendía por qué me eligió a mí. ¡Por el dinero seguro que no fue! —Se rió.

—¿Cómo murió?

—En combate —respondió Lucille de manera cortante y luego, encogiéndose de hombros como disculpa, añadió—: ¿Cómo mueren los soldados en combate, comandante?

—De una forma muy cruel. —Sharpe lo dijo en inglés.

—Muy cruel, seguro —repitió Lucille en el mismo idioma—. Pero ¿lo echa usted de menos, comandante?

Sharpe se apartó el pelo negro, con su mechón gris, de la frente.

—El día en que me enteré de que se había firmado la paz fue uno de los más felices de mi vida.

—¿En serio?

—En serio.

Lucille hizo una pausa para enhebrar una aguja. Esa tarde estaba bordando uno de sus viejos vestidos.

—Mi hermano me dijo que usted era un hombre que disfrutaba con la guerra.

—Tal vez.

—Tal vez. —Lucille hizo una imitación burlona de la mala cara de Sharpe—. ¿Qué quiere decir ese peut-être? ¿Le gustaba?

—A veces.

Ella dio un suspiro de exasperación ante su obstinada actitud evasiva.

—¿Y qué tiene de agradable la guerra? Cuénteme, me gustaría comprenderlo.

Sharpe tenía que buscar las palabras si quería ofrecer una explicación en ese idioma poco familiar.

—Todo está muy bien definido. Las cosas son o blancas o negras. Uno tiene un cometido y puede calcular perfectamente la manera de realizarlo con éxito.

—Un jugador diría lo mismo —dijo Lucille con desdén.

—Es cierto.

—¿Y los hombres que mató? ¿Qué pasa con ellos? ¿Sólo eran meros perdedores?

—Sólo meros perdedores —asintió Sharpe; recordó entonces que el marido de esa mujer había muerto en combate y se sonrojó.

—Lo siento, señora.

—¿Por mi marido? —Lucille comprendió al instante su arrepentimiento—. A veces pienso que murió como él quería. Se fue a la guerra con mucho entusiasmo; para él todo era gloria y aventuras. —Se detuvo a mitad de una puntada—. Era joven.

—Me alegro mucho de que él no fuera a combatir a España —dijo Sharpe.

—¿Porque eso lo hace a usted inocente de su muerte? —Lo desdeñó con una mueca—. ¿Por qué son tan románticos los soldados? ¡Está visto que no le daba ninguna importancia al hecho de matar franceses, pero sólo con conocer un poco a su enemigo ya siente compasión! ¿Nunca sintió compasión en combate?

—A veces. No con mucha frecuencia.

—¿Disfrutaba matando?

—No —respondió Sharpe, y se encontró hablándole de la batalla de Toulouse, en la que había decidido no matar a nadie, y de cómo había roto su promesa. Entonces le parecía tan lejana esa batalla como si formara parte de la vida de otro hombre, pero de pronto soltó una carcajada al acordarse de cuando vio al general Calvet en el campo de batalla y, puesto que tal vez ayudara a Lucille a comprenderlo, le describió lo que sintió en esos momentos, cómo se había olvidado del miedo y había intentado

desesperadamente demostrar que era mejor combatiente que el aguerrido Calvet.

—A mí eso me suena muy infantil —dijo ella.

—¿Usted nunca se alegró cuando Napoleón lograba grandes victorias? —le preguntó Sharpe.

Lucille se encogió de hombros de una manera muy característica.

—Napoleón —pronunció su nombre en tono mordaz pero luego se aplacó—. Sí, nos sentíamos orgullosos. Tal vez no debíamos, pero era así. Aunque mató a muchos franceses para darnos ese orgullo. Pero —volvió a encogerse de hombros— yo soy francesa, por lo tanto sí, me alegre cuando conseguimos grandes victorias. —Sonrió—. No es que oyéramos hablar de muchas grandes victorias en España. Me va a decir que eso es porque fuimos lo bastante tontos para enfrentarnos a los ingleses, ¿no?

—Éramos un ejército muy bueno —afirmó Sharpe, y entonces, motivado por la continuada curiosidad de Lucille, le habló de España y de su hija, Antonia, que entonces vivía con unos parientes en la frontera con Portugal.

—¿No la ve nunca? —preguntó Lucille indignada.

Él se encogió de hombros.

—Es lo que tiene ser soldado.

—¿Y eso tiene preferencia antes que el amor? —preguntó ella, consternada.

—Su madre está muerta —dijo Sharpe de manera poco convincente, y trató de explicar que Antonia estaba mejor allí donde estaba.

—¿Su madre está muerta? —tanteó Lucille, y Sharpe describió a su primera esposa y cómo había muerto en las nieves de un paso de alta montaña.

—¿Y su hija no podría vivir con sus padres? —preguntó Lucille, y Sharpe tuvo que confesar que no tenía padres y que, en realidad, no era más que el hijo sin padre de una prostituta que había muerto hacía mucho tiempo. A Lucille le hizo gracia su avergonzada confesión—. Guillermo el Conquistador era bastardo —repuso—, y no era un mal soldado.

—Para ser francés —admitió Sharpe.

—Tenía sangre vikinga —dijo Lucille—. Eso es lo que significa normando: «hombre del norte». —Cuando Lucille le contaba hechos como aquéllos, Sharpe se sentía muy ignorante; pero le gustaba escucharla y hubo algunos días que incluso subió a la torre con uno de los libros de ella e intentó leer lo que le había recomendado. Lucille le dio uno de los favoritos de su hermano, uno que contenía los ensayos de un francés ya muerto llamado Montesquieu. Sharpe leyó la mayoría de los ensayos, aunque con frecuencia tenía que dar un grito hacia el patio para que le tradujeran una palabra difícil.

Una noche Lucille le preguntó por su futuro.

—Encontraremos a Ducos —dijo Sharpe—, pero ¿y después? Supongo que me iré a casa.



—¿Con su esposa?

—Si es que todavía la tengo —contestó Sharpe y, de esta forma, reconoció por primera vez que le acuciaba el miedo. Esa noche hubo una tormenta eléctrica igual de violenta que la que había interrumpido el largo viaje de Sharpe cuando atravesaba Francia hacia el norte. Los rayos golpeaban la cumbre de las colinas al norte del castillo, los perros aullaban en el granero y Sharpe, sin poder dormir, escuchaba cómo caía la lluvia por el tejado y gorgoteaba por los canalones. Intentó acordarse del rostro de Jane, pero de alguna manera sus rasgos no le venían claros a la memoria.

A la mañana siguiente, bajo la aclarada luz del día, llegó el correo desde Caen con una carta dirigida al señor Tranchant, que era el nombre que Frederickson había dicho que utilizaría si tenía noticias para Sharpe. La carta llevaba una dirección de París y contenía un mensaje muy sencillo: «Lo he encontrado. Esperaré aquí hasta que usted pueda venir. En la casa donde me alojo me conocen como herr Friedrich. París es un lugar maravilloso, pero tenemos que ir a Nápoles. Escribame en caso de que no pueda venir dentro de la próxima quincena. Preséntele mis respetos a la señora». No había ninguna explicación sobre cómo había encontrado Frederickson el paradero de Ducos.

—El capitán Frederickson le manda sus respetos —le dijo Sharpe a Lucille.

—Es un buen hombre —repuso Lucille de manera insulsa. Estaba observando al fusilero que aguzaba su espada con una de las piedras que se usaban para afilar las hoces del castillo—. Así que nos deja, ¿no es así, comandante?

—Así es, señora; pero si no tiene usted inconveniente, me gustaría esperar unos días a ver si regresa mi sargento.

Lucille se encogió de hombros.

—*D'accord.*

Harper volvió una semana después, con todas sus felices novedades. Isabel seguía en su España nativa, pero entonces tenía la tranquilidad de estar provista de dinero y de tener una casa alquilada. El bebé se encontraba bien. A Harper le había costado más de lo previsto encontrar un barco que se dirigiera a Pasajes, por lo que de momento había abandonado sus planes de llevarse a Isabel devuelta a Irlanda.

—Pensé que primero debíamos terminar usted y yo con nuestro asunto.

—Es muy amable por su parte, Patrick. Me alegro de volver a verle.

—Y yo me alegro de verle a usted, señor. Tiene un aspecto magnífico, vaya si lo tiene.

—Me están saliendo canas. —Sharpe se llevó la mano al pelo de la frente.

—Sólo es un mechón, como el de un tejón, señor. —Harper había estado a punto de añadir que atraería a las mujeres, pero entonces se acordó de Jane y atajó el comentario justo a tiempo.

Los dos hombres caminaron siguiendo el arroyo que alimentaba el caz del

molino. A Sharpe le gustaba sentarse junto a ese riachuelo con un sedal de pelo de caballo y algunos de los viejos cebos de Henri Lassan. Le habló a Harper de la carta de Frederickson. Le dijo que se pondrían en marcha por la mañana, primero rumbo a París y luego a Nápoles. Le dijo que casi se sentía completamente en forma y que a su pierna le faltaba poco para estar tan fuerte como siempre. Añadió un montón de información totalmente intrascendente y sólo después de un largo rato hizo la pregunta que el irlandés tanto temía. La hizo en un tono muy indiferente que no engañó a Harper en lo más mínimo.

—¿Consiguió ver a Jane?

—Así que el capitán D'Alembord no le escribió, ¿verdad, señor? —Harper había conservado la esperanza de que D'Alembord le hubiera dado la mala noticia a Sharpe.

—No me llegó ninguna carta. ¿Escribió?

—No lo sé, señor. Es sólo que vimos a la señora Sharpe los dos juntos, señor; eso es. —Harper no podía soportar decirle la verdad e intentó desesperadamente desviar la conversación hacia su inofensiva pauta anterior. Comentó que las vacas que había al otro lado del arroyo tenían un aspecto bueno y rollizo.

—Tampoco dan un mal rendimiento —dijo Sharpe con un entusiasmo sorprendente—. La señora hace que la lechera les frote las ubres con grasilla porque dice que así dan más leche.

—Tendré que acordarme de eso, señor. —Harper arrancaba las semillas de un tallo de hierba y las tiraba a una zanja de desagüe—. Y ésa debe de ser la compuerta que usted reconstruyó, ¿verdad, señor?

Sharpe mostró con orgullo a Harper cómo había sacado la herrumbre del engranaje y lo había embadurnado con grasa de ganso de manera que la pala reconstruida volviera a subir y bajar.

—¿Lo ve?

El engranaje todavía se resistía, pero Sharpe consiguió cerrar la compuerta para cortar el paso del agua.

—Es magnífico, señor. —Harper estaba impresionado.

Sharpe volvió a girar el mecanismo para abrir de nuevo la compuerta y luego se sentó pesadamente en la orilla del arroyo.

Apartó la mirada de Harper y la dirigió al otro lado del agua hacia las hayas que trepaban por el ramal norte de las montañas.

—Hábleme de Jane.

Harper seguía intentando evitar tener que decir la verdad.

—No hablé con ella, señor.

Sharpe pareció no haber oído la evasiva.

—No es difícil de explicar, ¿no?

—¿El qué, señor?

Sharpe arrancó una hoja de berro del borde de la orilla.

—Una vez vi una trampa para anguilas y me preguntaba si podría poner una allí abajo junto al canal de desagüe. —Señaló corriente abajo hacia el molino—. Pero no me acuerdo de cómo diablos funcionaba exactamente.

—Es como una jaula, ¿verdad?

—Algo así. —Sharpe escupió una brizna de la hoja—. Supongo que cogió el dinero y encontró a otro, ¿no?

—No sé lo que hizo con el dinero, señor —repuso Harper con abatimiento.

Sharpe se volvió y miró a su amigo.

—¿Pero ha encontrado a otro hombre?

La verdad estaba en manos de Harper. Dudó un instante y luego asintió con la cabeza sombríamente.

—Es ese cabrón llamado Rossendale.

—¡Por Dios! —Sharpe se dio la vuelta para que Harper no viera el dolor reflejado en su rostro. Durante una fracción de segundo, ese dolor fue como un látigo de acero al rojo vivo que le hendía el alma. Le hizo daño. En cierto modo se esperaba esa noticia y había creído estar preparado para ella, pero aun así le dolió más de lo que nunca hubiera podido imaginarse. Él era un soldado, los soldados tenían muchísimo orgullo y no había herida que doliera más que el orgullo malparado. ¡Dios si le dolió!

—¿Señor? —La voz de Harper estaba cargada de compasión.

—Será mejor que me lo cuente todo. —Sharpe era como un hombre herido que agravaba su sufrimiento con la vana esperanza de que no resultara tan malo como en un principio había temido.

Harper le contó que había intentado entregar la carta y que lord Rossendale le había hecho una marca con el látigo. Dijo que estaba seguro de que Jane lo había reconocido. Se le fue apagando la voz al describir el grito de triunfo de Jane.

—Lo siento, señor. ¡Dios! Tenía que haber matado yo mismo a ese hijo de puta, pero el señor D'Alembord amenazó con entregarme a la policía militar si lo hacía.

—E hizo muy bien, Patrick. Ésta no es su pelea. —Sharpe hundió los dedos en la blanda tierra que había junto a la madriguera de una rata de agua. Había observado a las nutrias en el arroyo y les envidiaba las ganas de jugar—. La verdad es que no me lo esperaba de ella —dijo en voz baja.

—Lo lamentará, señor. ¡Y él también!

—¡Dios! —Sharpe casi soltó esa palabra con una carcajada y entonces, tras otra larga pausa durante la cual Harper ni siquiera pudo soportar mirarle a la cara, habló de nuevo—: ¡Su hermano estaba corrompido hasta el fondo de su negro corazón!

—Sí que lo estaba, señor.

—No es que eso importe mucho, Patrick. No es que importe en absoluto —

observó Sharpe con una voz muy extraña—. Me imagino que es eso de que si está bien que uno lo haga...

Harper no lo comprendió y tampoco le apetecía pedir una explicación. Intuía el dolor de Sharpe, pero no sabía qué hacer para aliviarlo, así que no dijo nada.

Sharpe dirigió la mirada hacia la colina situada al norte.

—Rossendale y Jane deben de pensar que estoy perdido, ¿verdad?

—Supongo que sí, señor. Creen que los franchutes lo arrestarán por asesinato y le cortarán la cabeza.

—Tal vez lo hagan. —Apenas seis meses antes, pensó Sharpe, había comandado su propio batallón, tenía una esposa a la que amaba y hubiera podido apelar al patrocinio de un príncipe. En esos momentos le habían puesto los cuernos y sería el hazmerreír de sus enemigos, pero no había nada más que pudiera hacer aparte de soportar el sufrimiento. Se puso en pie de un empujón—. No vamos a volver a mencionar este asunto, sargento.

—No, señor. —Harper se sentía inmensamente aliviado. Sharpe, pensó, se había tomado la noticia mucho mejor de lo que él había esperado.

—Y mañana nos marchamos a París —dijo Sharpe con brusquedad—. ¿Tiene usted dinero?

—Traje un poco de Londres, señor.

—Alquilaremos unos caballos en Caen. Si fuera usted tan amable, tal vez podría prestarme algo para que pueda pagarle sus servicios a la señora Castineau. Se lo devolveré en cuanto pueda. —Frunció el ceño—. Si es que puedo.

—Ni se le ocurra devolvérmelo, señor.

—¡Pues vayamos y matemos a ese hijo de puta! —Pronunció esas palabras con una extraordinaria malevolencia y Harper, de alguna manera, dudó que Pierre Ducos fuera el hombre al que se refería Sharpe.

A la mañana siguiente envolvieron las armas y, bajo una estival tormenta de lluvia, abandonaron el castillo de Lucille para ir a buscar a un enemigo.

## CAPÍTULO 12

Si William Frederickson necesitaba consuelo tras la decepción que se llevó cuando Lucille Castineau rechazó su propuesta de matrimonio, entonces no había ningún lugar mejor provisto para proporcionar ese consuelo que París.

Al principio no hizo ningún esfuerzo para dar con Pierre Ducos; en lugar de eso se limitó a sumirse en una orgía de diversión con el único fin de apartar a la viuda Castineau de su pensamiento. Paseó por las calles de la ciudad y admiró un edificio tras otro. Hizo bosquejos de Notre-Dame, de la Conciergerie, del Louvre y de su construcción favorita, la Madeleine. Su mejor dibujo, puesto que estaba teñido con su propio sufrimiento, fue el del abandonado Arco de Triunfo, que quería ser un sólido monumento a las victorias de Napoleón pero que en esos momentos no era nada más que los restos de unas paredes sin recubrir que descansaban como ruinas sobre un campo embarrado. Había unos soldados rusos acampados alrededor del monumento abandonado mientras sus mujeres colgaban la colada de su truncada mampostería.

Las tropas de los victoriosos aliados llenaban la ciudad. Los rusos estaban en los Campos Elíseos; los prusianos, en las Tullerías, e incluso había unas cuantas compañías de soldados británicos acampadas en la enorme plaza donde le cortaron la cabeza a Luis XVI. Una curiosidad lasciva hizo que Frederickson pagara unos preciosos cinco céntimos para ver la *Souricière*, la «ratonera», que era el subterráneo de la Conciergerie donde a las víctimas de la guillotina les habían hecho la «*toilette*» antes de subir a las carretas. La «*toilette*» era un corte de pelo que dejaba la nuca al descubierto para que la hoja no encontrara obstáculos, y el guía de Frederickson, un hombre jovial, afirmaba que la mitad de los colchones de París tenían por relleno las cabelleras de los aristócratas muertos. Frederickson investigó el delgado colchón de su barata casa de huéspedes y se llevó una decepción al no encontrar nada más que pelo de caballo. El propietario de la casa creía que herr Friedrich era un veterano de los ejércitos del emperador, uno de los muchos alemanes que habían combatido por Francia.

El día después de su visita a la Conciergerie conoció a la esposa de un sargento de caballería austríaco que había huido de su marido y estaba buscando un protector. Durante una semana creyó que había conseguido olvidar a Lucille, pero entonces la mujer austriaca regresó con su marido, y Frederickson volvió a sentir el dolor que producía el rechazo. Trató de borrarlo de su memoria caminando hasta Versalles, donde se sumergió en el esplendor del castillo. Se compró otro cuaderno de bocetos y durante tres días estuvo realizando bosquejos del gran palacio de una manera febril, pero durante todo ese tiempo, aunque trató de negárselo a sí mismo, no hizo más que pensar en madame Castineau. Por la noche intentó dibujar su rostro, hasta que, furioso por su obsesión, rompió el cuaderno de bocetos y emprendió el regreso a

París para empezar la búsqueda de Pierre Ducos.

Los archivos del Ejército imperial todavía se guardaban en los Inválidos; se encontraban allí custodiados por un archivero de expresión avinagrada que admitió que nadie le había informado de lo que se esperaba que hiciera con los registros imperiales.

—Ya no le interesan a nadie.

—A mí sí —dijo Frederickson, y a costa de unas cuantas horas de escuchar con comprensión al archivero, se le permitió el acceso a los preciosos archivos. Al cabo de tres semanas todavía no había encontrado a Pierre Ducos. Había descubierto muchas más cosas fascinantes: escándalos con cuya investigación se podrían desperdiciar horas; pero no había ningún archivo sobre Ducos. Ese hombre bien podía no haber existido nunca.

El archivero, que percibió en Frederickson una amargura de espíritu amiga, se entusiasmó con la búsqueda que creía encaminada a encontrar al antiguo oficial al mando de Frederickson.

—¿Ha escrito usted a los otros oficiales con los que ambos sirvieron?

—Ya lo he intentado —afirmó, pero entonces una idea errante parpadeó en medio de sus pensamientos. Era una idea tan indirecta que casi la pasó por alto; sin embargo, como el archivero le estaba echando el aliento y el tipo había tomado una buena sopa de ajo para comer, Frederickson admitió que había un oficial con el que no se había puesto en contacto—. Un tal comandante Lissan Creo que estuvo al mando de un fuerte costero. No lo conocí, pero el comandante Ducos hablaba a menudo de él.

—Busquémosle. ¿Ha dicho usted Lissan?

La idea era muy vaga. En esos momentos Frederickson podía deambular con libertad entre los estantes de los archivos, pero antes de la rendición de Napoleón existían unas normas que controlaban de forma estricta el acceso a los archivos imperiales. Antes, cualquier oficial que sacara un archivo tenía que escribir su nombre y la fecha de ese día en la cubierta del mismo, y Frederickson se había estado preguntando si Ducos no habría descubierto a Lissan a través de aquellos registros polvorientos y, de haber sido así, si en el expediente del fallecido constaría la firma de Ducos en la cubierta. Si ése era el caso —la idea era muy poco fundada—, el encargado quizá recordara al hombre que había sacado ese archivo.

—Hay una dirección de Normandía. —El archivero había encontrado el fino expediente de Lissan—. El castillo Lissan. Dudo que sea una de las grandes casas de Francia. Nunca había oído hablar de él.

—¿Puedo verlo? —Frederickson cogió el expediente y sintió una punzada familiar al verla dirección de Lucille. Entonces miró la cubierta: sólo había una firma, la de un tal coronel Joliot, aunque la fecha que constaba junto a su nombre

demostraba que ese expediente se había consultado justo dos semanas antes del asesinato de Lassan. La coincidencia era demasiado fortuita, por lo que a no ser que todo se debiera a una casualidad, el «coronel Joliot» tenía que ser Pierre Ducos.

—Joliot —dijo Frederickson—. Parece un nombre conocido, ¿no?

—¡Lo sería si llevara usted gafas! —El archivero tocó sus propias lentes con el dedo manchado de tinta—. Los hermanos Joliot son los fabricantes de gafas más acreditados de todo París.

Ducos llevaba lentes. Frederickson recordaba a Sharpe describiendo la ira furibunda del francés una vez que le había roto esas preciosas lentes en España. ¿Había consultado Ducos ese archivo y había garabateado un nombre conocido en la cubierta para ocultar su verdadera identidad? Frederickson tuvo que ocultar su repentina excitación, que era la de un cazador que divisa a su presa.

—¿Dónde podría encontrar a los hermanos Joliot?

—Están detrás del palacio de Chaillot, capitán Friedrich; ¡pero le aseguro que ninguno de ellos es un coronel! —El archivero dio unos golpecitos sobre la firma.

—De todas maneras me hace falta ver a un fabricante de gafas —señaló Frederickson—. Mi ojo, señor, a veces se me cansa al leer.

—Eso es cosa de la edad, mi capitán, nada más que la edad.

Ese diagnóstico fue ratificado por Jules Joliot, que recibió al capitán Friedrich en su elegante tienda situada detrás del palacio de Chaillot. Joliot llevaba una diminuta abeja de oro en la solapa como un discreto símbolo de su lealtad hacia el emperador.

—Todos los ojos se cansan con la edad —le dijo a Frederickson—; hasta el emperador se ve obligado a usar lentes para leer, así que no debe considerarlo una desgracia. Además, capitán, y perdone mi indiscreción, a su único ojo no le queda más remedio que hacer el trabajo de dos, por lo que, lamentablemente, se cansará con más facilidad. ¡Pero ha acudido usted al mejor establecimiento que hay en París! —El señor Joliot se vanaglorió de que sus talleres habían despachado catalejos a Moscú, monóculos a Madrid y anteojos a los oficiales franceses capturados en Londres y Edimburgo. Por desgracia, dijo, el fin de la guerra había sido malo para el negocio. Con los combates las buenas gafas no duran nada.

Frederickson le preguntó qué razones podía tener un oficial capturado para pedir que le enviaran unas gafas de París cuando, con toda seguridad, hubiera sido más rápido comprar lentes de repuesto en Londres.

—No si lo que quiere es un trabajo de calidad —replicó Joliot con altanería—. ¡Venga! —Condujo a Frederickson por delante de unas vitrinas con excelentes catalejos y abrió un cajón en el que guardaba algunos productos de la competencia—. Éstas son unas gafas de Londres. ¿Nota usted la deformación en los bordes de las lentes?

—Pero si un oficial pierde sus gafas —insistió Frederickson—, ¿cómo sabe usted

qué es lo que tiene que mandarle para sustituirlas?

Joliot le mostró con orgullo a su visitante un inmenso arcón con unos cajones llanos parecidos a bandejas que contenían cada uno centenares de delicados discos de yeso. Todos los ojos humanos, según expuso Joliot, eran sutilmente diferentes, y hacía falta una gran experimentación para encontrar una lente que corrigiera la deficiencia propia de cada uno de ellos. Cuando se hallaba ese exclusivo cristal, se hacía una copia exacta en yeso y se guardaban los moldes en esos cajones.

—Éste es un monóculo para el mariscal Ney; éste, para el ojo izquierdo del almirante Suffren, y aquí están —Joliot no pudo resistirse a alardear de ello— las gafas de leer del emperador. —Abrió una caja forrada de terciopelo en la que descansaban dos discos de yeso. Explicó que, utilizando los indicadores y calibradores más delicados, un experto cualificado podía pulir una lente y darle exactamente la misma forma que uno de esos discos de yeso—. No hay ninguna otra firma que sea tan sofisticada como nosotros, aunque por desgracia, con el final de la guerra andamos flojos de trabajo. Pronto tendremos que empezar a hacer lupas baratas para divertimento de los niños y las mujeres.

Frederickson estaba impresionado, pero no tenía manera de descubrir si los hermanos Joliot habían pulido una lente en su vida o si se limitaban a suministrar las mismas lentes venecianas que utilizaba cualquier otro fabricante de gafas. Los discos de yeso, con su promesa de precisión científica, no eran más que una maravillosa estratagema para aumentar las ventas.

—Y ahora —observó Joliot— debemos experimentar con su ojo cansado, capitán. ¿Tal vez quiera tomar asiento?

Frederickson no tenía ningún deseo de que experimentaran con él.

—Tengo un amigo —dijo— que tenía unas gafas provenientes de su tienda, y noté que sus lentes se adaptaban perfectamente a mi ojo.

—¿Su nombre?

—Pierre Ducos. Comandante Pierre Ducos.

—Veamos. —Joliot pareció un poco decepcionado al no poder deslumbrar a Frederickson con su despliegue de lentes experimentales. En lugar de eso, llevó a Frederickson a un despacho privado donde descansaba sobre una larga mesa el libro de pedidos de la firma—. ¿Pierre Ducos, dice usted?

—Así es, señor. La última vez que lo vi fue en Burdeos, pero, lamentablemente, no sabría decirle dónde se encuentra ahora.

—Entonces veamos si podemos ayudar. —El señor Joliot se ajustó sus propios lentes y recorrió las páginas con el dedo. Tarareó mientras leía rápidamente las listas, y mientras tanto Frederickson, que no se atrevía a tener esperanzas pero que temía perderlas, observó la habitación, horriblemente decorada con enormes modelos en yeso de ojos humanos diseccionados.



El tarareo cesó de repente. Frederickson se volvió y vio que el señor Joliot tenía el dedo puesto encima de una entrada del gran libro de contabilidad.

—¿Ducos, dice usted? —El señor Joliot deletreó el nombre y lo repitió—. ¿Comandante Pierre Ducos?

—Así es, señor.

—Debe de tener usted muy mala vista, mi capitán, si sus lentes le van bien a su ojo. Veo que le proporcionamos sus primeras gafas en 1809 y que mandamos un repuesto a España con carácter de urgencia en enero de 1813. ¡Es un hombre muy corto de vista!

—En efecto, pero muy leal al emperador. —De esa manera Frederickson intentó mantener la cooperación del señor Joliot.

—No veo ninguna dirección de Burdeos —afirmó el óptico, y acto seguido, sonrió satisfecho—. ¡Ah! ¡Veo que llegó un nuevo pedido la semana pasada!

Frederickson apenas se atrevía a realizar la siguiente pregunta por temor a verse defraudado.

—¿Un nuevo pedido?

—¡Nada menos que de cinco pares de gafas! Y tres de esos pares tienen que hacerse con cristal verde para reducir el resplandor del sol. —Entonces, de repente, Joliot sacudió la cabeza—. ¡Ay, no! El pedido no es del comandante Ducos, sino de un amigo suyo. El conde Poniatowski. Al igual que usted, capitán, el conde ha descubierto que las gafas de Ducos le van bien. Ocurre con frecuencia que uno se da cuenta de que las lentes de su amigo le van bien y encarga un par similar para él.

O, pensó Frederickson, que un hombre no quería que lo encontraran, por lo que utilizaba otro nombre tras el cual pudiera esconderse.

—Le estaría de lo más agradecido, señor, si quisiera darme la dirección del conde Poniatowski. Quizás él sepa dónde puedo encontrar al comandante. Tal como le dije, éramos muy amigos y desgraciadamente el fin de la guerra nos ha separado.

—Por supuesto. —El señor Joliot no tuvo ningún escrúpulo en revelar la dirección de un cliente, o tal vez sus escrúpulos se disiparon al pensar que podría perder a aquel otro si no accedía—. Se encuentra en el Reino de Nápoles. —Joliot anotó la dirección de la Villa Lupighi y luego le preguntó al capitán Friedrich si se acordaba de cuál de las dos lentes era la que le iba bien.

—La izquierda —respondió Frederickson al azar, y entonces se vio obligado a dejar una preciosa moneda en depósito para el monóculo que el señor Joliot prometió engarzar en una montura de concha y tener listo en seis semanas—. Me temo que un trabajo de calidad requiere ese tiempo.

Frederickson le dio las gracias con una inclinación de cabeza. Al dejar la tienda descubrió que la pasión por la búsqueda había hecho que no pensara en Lucille Castineau durante casi una hora, aunque en el instante en que se convenció de que

estaba libre de la obsesión, ésta regresó con toda su antigua y familiar tristeza. De todas formas, los perros habían encontrado un rastro y había llegado el momento de avisar a Sharpe para emprender el largo camino hacia el sur.

\* \* \* \*

La ignorancia era lo peor, decidió Ducos; la maldita, maldita ignorancia.

Durante años se había movido en el mundo privilegiado de un oficial imperial de confianza; había recibido informes secretos de París, había leído despachos interceptados, había estado tan enterado del funcionamiento del Imperio y las maquinaciones de sus enemigos como cualquiera; pero en esos momentos estaba sumido en la oscuridad.

Llegaban algunos periódicos a Villa Lupighi, en la costa al norte de Nápoles, pero eran viejos y, como muy bien sabía Ducos, poco fidedignos. Leyó que una gran conferencia decidiría el futuro de Europa y que se celebraría en Viena. Vio que Wellington, recién nombrado duque, sería el embajador de Gran Bretaña en París, pero no era ésa la noticia que buscaba. Ducos quería enterarse de que un oficial de los fusileros británicos había sido sometido a un consejo de guerra. Quería estar seguro de que Sharpe fuera desacreditado porque entonces no podrían culpar a nadie más de la desaparición del oro del emperador. A falta de esa noticia, los temores de Ducos se incrementaron hasta que el fusilero se convirtió en la Némesis que acechaba en sus pesadillas.

Ducos se armó para protegerse de sus peores miedos. Hizo que el sargento Challon quitara la maleza de la colina sobre la que se situaba la deteriorada Villa Lupighi, de modo que, cuando se terminó el trabajo, la vieja casa parecía estar encaramada en lo alto de un montículo de tierra raspada en el que ningún intruso podía esperar esconderse.

La villa propiamente dicha era una enorme ruina. Ducos había restaurado las dependencias del extremo oeste del edificio, donde ocupaba una habitación que daba a una gran terraza desde la cual podía contemplar el mar. No podía usar la terraza a partir del mediodía porque se encontró con que la brillante luz del sol que se reflejaba en el mar le dañaba la vista y, hasta que los hermanos Joliot no le mandaran las lentes tintadas, se veía obligado a pasar las tardes dentro.

El sargento Challon y sus hombres ocupaban las habitaciones que estaban detrás de la suite más palaciega de Ducos. Sus dependencias daban a un patio interior construido en forma de claustro. Una vieja higuera había partido una esquina de éste. Cada uno de los dragones tenía su propia mujer viviendo en la casa, puesto que Challon había insistido a Ducos en que sus hombres no podían vivir como monjes mientras esperaban que llegara el día en que pudieran abandonar el refugio sin

peligro. A las mujeres las encontraron en Nápoles y les pagaron con plata francesa.

La mitad este de la villa, que estaba orientada al interior y daba a los olivares y las altas montañas, no era más que un ruinoso caos de derrumbada mampostería y columnas rotas. Algunas de las estropeadas paredes tenían tres pisos de alto, mientras que otras no se levantaban a más de treinta centímetros del suelo. Por la noche, cuando los miedos de Ducos culminaban, soltaban a dos perros salvajes para que deambularan por las piedras caídas.

El sargento Challon intentó aliviar los temores del comandante. Nadie los encontraría en la Villa Lupighi, dijo, puesto que el cardenal era amigo suyo. Ducos asentía con la cabeza, pero cada día exigía que hicieran otra aspillera más en alguno de los muros exteriores.

El sargento tenía sus propios temores:

—Los muchachos están bastante contentos por ahora —le aseguró a Ducos—, pero esto no durará. No pueden esperar aquí para siempre. Se aburrirán, señor, y usted sabe que los soldados aburridos pronto se convierten en alborotadores.

—Ya tienen a las mujeres.

—Con eso se solucionan las noches, señor, pero ¿de qué sirve una mujer durante el día?

—Tenemos un acuerdo —insistió Ducos, y Challon reconoció que, en efecto, tenían un acuerdo; pero quería alterar los términos del mismo. Ahora, sugirió, los dragones que quedaban sólo permanecerían junto a Ducos hasta finales de año. Insistió en que era tiempo suficiente; después, cada uno de ellos sería libre de irse y de llevarse su parte del oro y las joyas.

Ducos, al verse ante el ultimátum, accedió. Todavía faltaba mucho para final de año, y tal vez Challon tuviera razón al creer que para Año Nuevo los peligros habrían desaparecido.

—Debe usted divertirse, señor —señaló el sargento Challon con picardía—. Tiene dinero, señor, ¿y para qué otra cosa sirve el dinero?

Y Ducos trató de divertirse. Hubo una semana, tras el descubrimiento de un cometa, en la que tuvo veleidades de astrónomo y encargó que le trajeran desde Nápoles globos celestes y catalejos. El entusiasmo se apagó para ser reemplazado con un ardiente deseo de escribir la historia de las guerras de Napoleón, pero ese proyecto se esfumó tras cuatro noches de febril escritura. Ideó un plan para irrigar los campos altos de detrás del pueblo que se extendían entre la villa y el mar, luego empezó a pintar y se empeñó en que el sargento Challon le trajera las chicas más guapas del pueblo para que posaran ante su caballete. Practicó problemas matemáticos de forma obsesiva, intentó aprender a tocar la espineta, encontró fascinación en mapas sobre los que volvió a realizar los combates de las campañas de dos décadas y, al hacerlo, llevó los límites del Imperio mucho más lejos de lo que nunca había hecho Napoleón.

Dio en ponerse los uniformes que habían pertenecido al bagaje del emperador, y los habitantes del pueblo hablaban del loco y medio ciego mariscal francés que recorría la inmensa casa vestido con galones de oro y con una enorme espada curva colgando junto a sus piernas flacuchas. Tal vez Ducos se hiciera llamar conde Poniatowski y afirmara ser un enfermizo refugiado polaco, pero los aldeanos sabían que era francés al igual que su propio rey, que en su día había sido un verdadero mariscal francés.

El sargento Challon toleró todos aquellos entusiasmos puesto que las ventajas de la indulgencia eran diversas. Realmente había tanto dinero para repartir que aquel exilio temporal era soportable. Challon sabía que Ducos podía seguir gastando el dinero como si fuera agua y todavía quedaría una fortuna a final de año. A pesar de ello, cuando Ducos insistió en contratar a más guardias, se sintió obligado a brindar una nota de advertencia.

—A los muchachos no les hará mucha gracia tener que pagarles, señor.

—Ya les pagaré yo. —Esa generosidad era fácil de ofrecer porque Ducos se había empeñado en custodiar él mismo el tesoro, almacenado en un enorme arcón de hierro sujeto con cemento al suelo de sus propias dependencias. Ni siquiera Challon estaba seguro de cuánto dinero había en la caja, aunque sabía hasta el último céntimo que se le había prometido a cada uno de los hombres a final de año. Para cumplir su palabra con los dragones, Ducos sólo tenía que asegurarse de que las partes correspondientes se pagaran religiosamente cuando llegara el momento, y mientras tanto, el resto era todo suyo para gastárselo. Sabía, aunque no así Challon, que el resto era el rescate de un emperador, mucho más de lo que incluso ese avaricioso del cardenal podía imaginarse.

Challon trató de nuevo de hacer cambiar de opinión a Ducos.

—Puede que haya problemas, señor, entre mis muchachos y esos tipos nuevos.

—Usted es sargento, Challon; sabe cómo salir al paso de los problemas.

Challon suspiró.

—Los nuevos querrán mujeres.

—Pueden tenerlas.

—Y armas, señor.

—Pero sólo las mejores.

De manera que Challon se dirigió a los muelles de Nápoles y encontró a veinte hombres que antes habían servido como soldados. Eran escoria, según advirtió a Ducos, pero eran una escoria que sabía pelear. Eran desertores, delincuentes habituales, asesinos y alcohólicos, aunque le serían leales a un hombre que pudiera pagar un buen sueldo.

Los recién contratados se trasladaron a las habitaciones medio en ruinas del centro de la villa. Llevaron mujeres, pistolas, sables y sus mosquetes. No hubo ningún problema, puesto que reconocieron la autoridad natural de Challon y eran bien

recompensados por muy poco esfuerzo. No se les permitía la entrada a la terraza del oeste, que era el dominio privado de su nuevo patrón, el cual rara vez aparecía en otro lugar fuera del edificio porque decía que el sol le dañaba la vista, aunque a veces alcanzaban a verlo pasear por el enorme patio interior vestido con uno de sus magníficos uniformes. Se rumoreaba que pocas veces llevaba a una mujer a su habitación, aunque una vez que lo hizo, la chica explicó que el conde Poniatowski no había hecho nada más que mirar al norte, donde, mucho más allá del horizonte, otro exiliado imperial tenía su pequeño reino en el Mediterráneo. Los guardias recién contratados opinaban que el conde Poniatowski estaba loco pero pagaba bien, les proporcionaba comida y vino en abundancia y si una chica del pueblo se quejaba de que la habían violado, no hacía de ello un problema: se limitaba a encargarse de que pagaban a la chica o a sus padres una cantidad en oro y luego animaba a sus hombres a que practicasen con sus armas y que estuvieran bien alerta ante los desconocidos que aparecieran en el caluroso y árido paisaje.

—Deberíamos tener un cañón —le dijo a Challon un día.

El sargento, al verse ante esa nueva prueba de los temores del comandante Ducos, dio un suspiro.

—No es necesario, señor.

—Sí que es necesario. Es indispensable. —Ducos había decidido que su seguridad dependía de la artillería, y nada lo haría cambiar de opinión. Demostró al sargento que un pequeño cañón de campaña, montado en la pared sur de la villa, dominaría el camino que conducía a la colina.

—Vaya a Nápoles, Challon. Alguien sabrá dónde se puede conseguir uno.

Así que el sargento tomó el dinero y volvió al cabo de tres días con un anticuado cañón saltamontes. Se trataba de una pequeña pieza de artillería de campaña que, cincuenta años antes, había sido distribuida a los batallones de infantería de algunos ejércitos. Se consideraba un cañón lo bastante pequeño para poder ser llevado entre dos personas, lo cual no hacía más que demostrar que su inventor nunca había tenido que marchar por un terreno agreste con el tubo de bronce de casi un metro de largo amarrado al hombro. En el tubo se encajaban cuatro patas resistentes que hacían de cureña, y cuando se disparaba, todo el artefacto daba un salto en el aire, lo que había hecho al arma merecedora de su sobrenombre. Casi siempre se volcaba después de cada convulsión, pero se podía volver a poner en pie fácilmente.

—Es todo lo que pude conseguir, señor. —Challon parecía un tanto avergonzado por el pequeño y anticuado cañón saltamontes.

Ducos, en cambio, estuvo encantado, y durante una semana resonaron en el paisaje los golpes amortiguados de los disparos del cañón. Se necesitaban menos de doscientos gramos de pólvora para la carga y aun así conseguía disparar una bola de dos libras y media a más de quinientos metros de distancia. Durante una semana,

consolado por su nuevo juguete, el comandante pudo olvidarse de sus miedos; pero cuando dejó de ser una novedad su terror volvió y un hombre vestido de verde empezó otra vez a rondar sus sueños. Con todo, él estaba armado hasta los dientes, tenía unos soldados leales y nada podía hacer sino esperar.

\* \* \* \*

El día que Sharpe abandonó el castillo, Lucille Castineau halló un pedazo de papel detrás del espejo que había sobre la cómoda de su habitación. Sharpe había garabateado el nombre de ella en el papel, que, una vez desdoblado, resultó contener doce guineas inglesas de oro.

Lucille Castineau no quería aceptar las monedas. Las piezas de oro olían de alguna manera a caridad, y de ese modo ofendían su aristocrático sentido del decoro. Se imaginó que el irlandés grandote había traído el dinero. Su primera reacción fue devolver las guineas, pero no tenía ninguna dirección donde poder mandar un cheque por la cantidad. Sharpe había escrito un breve mensaje en un apresurado y espantoso francés en la hoja de papel que envolvía las monedas, pero el mensaje tan sólo contenía un exagerado agradecimiento por la amabilidad de madame Castineau, una esperanza de que aquella pequeña donación cubriera los gastos de la convalecencia de Sharpe y una promesa de informar a la señora Castineau de lo que ocurriera en Nápoles.

Lucille toqueteó las gruesas monedas de oro. Doce guineas inglesas eran una pequeña fortuna. La lechería del castillo requería con urgencia dos vigas para el tejado, había que hacer cientos de esquejes si querían reponer el invernadero de manzanos y Lucille tenía un acuciante deseo de poseer un pequeño carro de dos ruedas del que pudiera tirar un dócil poni. Las monedas comprarían todas esas cosas y todavía sobraría bastante dinero para pagar una lápida apropiada para su madre y su hermano. Así que, dejando a un lado el decoro aristocrático, Lucille reunió las monedas con la mano y las deslizó en el bolsillo de su delantal.

—Ahora la vida será mejor —le dijo Marie, la anciana cocinera que se había erigido en madre sustituta de la viuda Castineau.

—¿Mejor?

—Sin ingleses. —La sirvienta estaba despellejando un conejo que Harper y Sharpe habían atrapado la tarde anterior.

—¿No le gustaba el comandante, Marie? —Lucille pareció sorprendida.

Marie se encogió de hombros.

—El comandante es un hombre muy correcto, señora, y me cae bastante bien, pero lo que no me gusta son las malas lenguas del pueblo.

—Ah. —Lucille logró parecer calmada, aunque sabía muy bien lo que había

ofendido a la fiel Marie. Inevitablemente los habitantes del pueblo habían cotilleado sobre la larga estancia del inglés en el castillo, y más de una persona ignorante había sugerido convencida que la señora y el comandante tenían que ser amantes.

—Las malas lenguas serán siempre malas lenguas —dijo Lucille distraída—. Una mentira no puede perjudicar la verdad.

Marie tenía la firme creencia campesina de que una mentira podía mancillar la verdad. Los del pueblo dirían que donde hay humo hay fuego y que el barro en el suelo de una cocina era señal de unas botas sucias, y todas esas insinuaciones maliciosamente burlonas disgustaban a la cocinera. Los habitantes del pueblo contaban mentiras sobre su señora, y Marie esperaba que ella compartiera su indignación.

Pero Lucille no parecía dispuesta a hacerlo. En lugar de eso, tranquilizó a la anciana y luego dijo que tenía que escribir y que no se la molestara. Añadió que estaría muy agradecida si pudieran ir a buscar al hijo del molinero para que llevara una carta al correo del pueblo.

La carta le llegó al transportista esa misma tarde. Iba dirigida a monsieur Roland, el abogado del Tesoro Público de París, a quien, finalmente, Lucille contó toda la verdad.

—Los ingleses no querían que se lo contara —escribió— porque temían que usted no les creyera ni a ellos ni a mí, pero, por mi honor, monsieur, yo creo en su inocencia. No se lo he explicado antes porque, mientras los ingleses estuvieron en mi casa, respeté el temor que tenían de que usted dispusiera su arresto si descubría su presencia aquí. Ahora ya se han ido y debo decirle que el sinvergüenza que asesinó a mi familia y robó el oro del emperador no es otro que el hombre que acusó a los ingleses de su crimen: Pierre Ducos. Ahora vive en algún lugar cerca de Nápoles, hacia donde se han dirigido los ingleses para obtener pruebas de su inocencia. Si usted, monsieur, puede ayudarlos, se ganará la gratitud de una pobre viuda.

La carta se envió y Lucille esperó. El calor del verano era cada vez más sofocante, pero la campaña era más segura ahora que las patrullas montadas de Caen echaban del bosque a todos los vagabundos que encontraban. Lucille utilizaba a menudo su nuevo carro con el poni para ir a los pueblos vecinos y las antiguas habladurías sobre ella desaparecieron cuando vieron entonces que el médico viudo era con frecuencia el conductor de la carreta. Sería una boda de otoño, insinuaron los aldeanos, y también era muy apropiada. Quizás el doctor fuera unos cuantos años mayor que la señora, pero era un hombre formal y bondadoso.

El doctor era, en efecto, un confidente de Lucille, pero nada más. Ella le habló al médico, y sólo a él, de la carta que había mandado y expresó su tristeza por no haber recibido respuesta.

—Al menos, no una respuesta adecuada. El señor Roland acusó recibo de mi

carta, pero sólo fue eso, un acuse de recibo. —Hizo un gesto de indignación—. Tal vez el comandante Sharpe estaba en lo cierto.

—¿En qué sentido? —preguntó el médico. Había conducido el carro hacia la cresta de la colina, por donde se deslizó con facilidad a lo largo de un camino lleno de rodadas secas. A cada instante aparecían hermosas vistas que se divisaban entre el espesor de los árboles, pero Lucille no tenía ojos para el paisaje.

—El comandante no quería que escribiera. Dijo que sería mejor que encontrara él mismo a Ducos. —Se quedó unos segundos en silencio—. Creo que tal vez se enojaría si supiera que he escrito.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

Lucille se encogió de hombros.

—Porque es mejor que las autoridades pertinentes se ocupen de estos asuntos, *n'est-ce-pas?*

—El comandante Sharpe no pensaba eso.

—El comandante Sharpe es un hombre terco —repuso Lucille con desdén—, un idiota.

El doctor sonrió. Guió el pequeño carro fuera del camino, lo hizo subir dando tumbos hasta una zona cubierta de hierba y luego frenó el poni en un lugar desde el cual él y Lucille pudieran dirigir la mirada hacia el sur. Las montañas estaban cargadas de follaje y cubiertas de calima a causa del calor. El médico hizo un gesto señalando el bonito paisaje.

—Francia —dijo con enorme satisfacción y cariño.

—Un idiota. —Lucille, ajena a toda Francia, repitió las palabras enojada—. ¡Su orgullo va a hacer que lo maten! ¡Todo lo que tenía que hacer era hablar con las autoridades indicadas! Yo hubiera viajado a París con él y hubiera hablado por él; pero no, tenía que llevar él mismo la espada a su enemigo. A veces no entiendo a los hombres. ¡Son como niños! —Ahuyentó a una avispa con la mano, de mal talante—. Quizá ya esté muerto.

El doctor miró a su acompañante. Ella tenía la mirada fija hacia el sur, y el médico pensó en el perfil tan delicado que tenía, tan lleno de carácter.

—¿Le preocuparía, señora —preguntó—, que el comandante Sharpe hubiera muerto?

Lucille se quedó un buen rato en silencio y luego se encogió de hombros.

—Pienso que ya hay bastantes niños franceses que han perdido a sus padres en estos últimos años. —El doctor no dijo nada, y su silencio debió de convencer a Lucille de que no había comprendido sus palabras, puesto que volvió hacia él un rostro muy desafiante—. Estoy esperando un hijo del comandante.

El médico no supo qué decir. Sintió una repentina envidia del comandante inglés, pero su cariño por Lucille no dejó que revelara ese innoble sentimiento.



Ella tenía de nuevo la mirada fija en aquel paisaje adormecedor, aunque era poco probable que fuera consciente de la espléndida vista.

—No se lo he dicho a nadie más. Ni siquiera me he atrevido a comulgar estas últimas semanas, por miedo a mi confesión.

Una curiosidad profesional motivó las siguientes palabras del doctor.

—¿Está usted completamente segura de que está embarazada, señora?

—Estoy segura desde hace tres semanas. Sí, estoy segura.

El médico se quedó otra vez callado y su silencio preocupó a Lucille, que de nuevo volvió sus ojos grises hacia él.

—¿Cree usted que es un pecado?

El doctor sonrió.

—No estoy capacitado para juzgar lo pecaminoso.

La insulsa respuesta hizo que Lucille frunciera el ceño.

—El castillo necesita un heredero.

—¿Y ésa es su manera de justificar que lleva dentro al hijo del inglés?

—Me digo a mí misma que es por eso, pero no. —Se volvió a mirar otra vez las distantes colinas—. Estoy esperando un hijo del comandante porque creo que estoy enamorada de él, sea lo que sea lo que quiera decir con eso y, por favor, no me pregunte. Yo no quería amarlo. Él ya tiene una esposa, pero... —Se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—¿Pero...? —tanteó el doctor.

—Pero no sé —dijo con firmeza—. Todo lo que sé es que un hijo bastardo de un soldado inglés bastardo va a nacer este invierno y le estaría muy agradecida, querido doctor, si quisiera asistir el parto.

—Por supuesto.

—Puede explicarle a la gente cuál es mi estado —afirmó con mucha naturalidad — y le agradecería que les dijera quién es el padre. —Había decidido que era mejor que la noticia se difundiera rápidamente, antes de que empezara a hincharse el vientre, para que las lenguas maliciosas pudieran agotarse mucho antes de que el bebé naciera—. Yo misma se lo contaré a Marie —añadió.

Al médico, a pesar del cariño que sentía por la viuda, no le hacía mucha gracia la idea de divulgar ese jugoso chisme. Trató de prever las preguntas que le harían sobre el amante de la viuda.

—¿Y el comandante? ¿Volverá con usted?

—No lo sé —dijo Lucille en voz muy baja—. No lo sé.

—Pero ¿a usted le gustaría que volviera?

Ella asintió con la cabeza, y el doctor vio un brillo en su mirada; pero entonces Lucille se enjugó la lágrima con el puño, sonrió y dijo que ya era hora de que regresaran al valle.

Lucille se confesó esa semana y el domingo por la mañana asistió a misa. Algunos habitantes del pueblo dijeron que nunca la habían visto con un aspecto tan feliz, pero Marie sabía que esa alegría era una mera pose que había adoptado por el bien de la iglesia. Marie sí que lo sabía, porque veía la frecuencia con la que la señora dirigía la mirada al camino de Seleglise como si esperara ver a un jinete con el ceño fruncido acercándose desde el sur. De ese modo transcurrieron las cálidas semanas de un verano normando y no llegó ningún jinete.

# CUARTA PARTE

## CAPÍTULO 13

Resultó un viaje largo. Sharpe seguía temiendo que los apresaran y por lo tanto evitó todas las caballerizas, todas las hosterías de posta y los muelles de las barcazas. Habían comprado tres buenos caballos con una parte del dinero que Harper había traído de Inglaterra y, mimando mucho a las bestias, se dirigieron hacia el sur desde París. Viajaron con atuendos de civil, con los uniformes y los rifles envueltos dentro de largos fardos de ropa. Evitaban pasar por las ciudades más grandes y espoleaban a los caballos para que se apartaran del camino cada vez que veían delante a un hombre uniformado. Sólo se sintieron a salvo de sus misteriosos enemigos cuando cruzaron la frontera y entraron en el Piamonte. Desde ahí se les planteaba la elección entre el riesgo de los forajidos de los caminos italianos o la amenaza de los piratas de Berbería que había a poca distancia de la larga costa.

—Me gustaría ver Roma —Frederickson optó por la ruta de tierra—, pero sólo si no va usted a presionarme para que me dé una prisa indecente.

—Que es lo que haré —dijo Sharpe, así que, en lugar de eso, vendieron los caballos con una pérdida de dinero desalentadora y pagaron por un pasaje en un deteriorado barco de cabotaje que iba muy lentamente de puerto a puerto con una carga cambiante. Transportaban pieles sin tratar, arcilla pura, vigas de madera de nogal negro, vino, tejidos, lingotes de plomo y una variopinta colección de pasajeros anónimos entre los cuales pasaron desapercibidos tres fusileros vestidos de civil, a pesar de sus armas escondidas en los fardos. En una ocasión, cuando una sucia gavia gris apareció por el oeste, el capitán juró que era un barco pirata del norte de África e hizo que sus pasajeros se encargaran de los largos remos que se hundían inútilmente en el agua límpida. Dos horas después, el barco pirata resultó ser un balandro de la Marina británica que pasó de largo desdeñoso junto a los exhaustos remeros sin viento perceptible que lo empujara. Frederickson se quedó mirando las manos llenas de ampollas y le gruñó unos insultos al capitán del barco mercante.

Sharpe se quedó impresionado ante el dominio que tenía su amigo de los improperios en italiano, pero con su admiración sólo se ganó una irascible reprobación.

—Constantemente me saca de quicio —dijo Frederickson— su ingenuo asombro ante los mediocres logros de una educación muy normal y corriente. Por supuesto que hablo italiano. No lo hago bien, pero es pasable. Al fin y al cabo se trata simplemente de una forma contaminada del latín macarrónico, y hasta usted podría ser capaz de llegar a dominar su ordinariez si lo estudiara un poco. Me voy a dormir. Si ese idiota ve otro pirata, no se molesten en despertarme.

Fue un viaje difícil, no sólo porque la cautela y la reserva de dinero cada vez menor de Harper exigieran un medio de transporte de lo más frugal, sino por Lucille

Castineau. Las preguntas de Frederickson sobre la viuda comenzaron casi en cuanto Sharpe se reunió con su amigo en París. Sharpe había respondido a las preguntas, pero de una manera que sugería que no había encontrado nada explícitamente notable en la vida de madame Castineau y, por supuesto, nada memorable. Frederickson también se había cuidado de parecer despreocupado, como si su interés fuera producto de la mera cortesía, aunque su amigo observó la frecuencia con la que surgían las preguntas. Sharpe llegó a tener terror a esos interrogatorios y sabía que sólo podía ponerles fin confesando una verdad que era reacio a mencionar. El momento inevitable para aquella confesión llegó una tarde a última hora, cuando el carguero avanzaba lentamente hacia las vacilantes luces de un pequeño puerto.

—Estaba pensando —Frederickson y Sharpe estaban solos en la barandilla de sotavento, y el primero, después de un largo silencio, había sacado la temida cuestión — que tal vez debiera regresar al castillo cuando todo esto termine. Sólo para darle las gracias a la señora, por supuesto. —Lo expresó como una benévola sugerencia, pero había un inconfundible ruego en las palabras; Frederickson quería que Sharpe le asegurara que sería bienvenido por Lucille.

—¿Es eso prudente? —Sharpe tenía la mirada fija en la negra y poco definida costa. A lo lejos, tierra adentro, unos difusos relámpagos de verano parpadeaban con su luz pálida por encima de las recortadas montañas.

—No sé si la prudencia se puede aplicar a las mujeres —dijo Frederickson en un poco sutil tono de broma—, pero agradeceré su consejo.

—En realidad no sé qué decir. —Sharpe intentó dejar el tema encogiéndose de hombros; luego, en un intento por atajarlo del todo, le preguntó a Frederickson si no había notado un sabor extraño en la cena que habían servido a bordo esa noche.

—Todo sabe raro en este barco. —Frederickson estaba molesto por el cambio de tercio de Sharpe—. ¿Por qué?

—Dijeron que era conejo. Pero yo estuve en la cocina esta mañana y me di cuenta de que los animales tenían las patas cortadas.

—¿Es que de pronto le ha tomado gusto a las patas de conejo?

—En cierta ocasión me dijeron que los conejos que venden sin patas tienen muchas probabilidades de no ser conejos, sino gatos despellejados.

—No hay duda de que es una información útil —observó Frederickson en tono mordaz—. Pero ¿qué demonios tiene que ver con mi regreso al castillo? ¡Le concedo el claro honor de pedirle consejo sobre mi futuro matrimonial y lo único que hace usted es decir tonterías sobre gatos muertos! ¡Por Dios! Otras veces ha comido peor, ¿no es verdad?

—Lo siento —dijo Sharpe humildemente. Seguía mirando a la oscura costa más que a su amigo.

—He estado pensando en mi comportamiento —entonces Frederickson adoptó un

tono de pesada dignidad— y he decidido que estaba equivocado y que usted tenía razón. Tendría que haber saltado antes de proponerle matrimonio. Mi error, creo, fue tratar a madame Castineau con demasiada fragilidad. Las mujeres admiran una actitud más directa, ¿no es así?

—A veces —contestó Sharpe, incómodo.

—Una respuesta muy útil —señaló Frederickson con sarcasmo—, y le doy las gracias por ella. Le estoy pidiendo consejo y le agradecería unas respuestas más sustanciales. Sé lo que siente por madame Castineau...

—Dudo que lo sepa... —Sharpe empezó la temida confesión.

—Sé que le desagrada —se empeñó en decir Frederickson—, y puedo comprender esa actitud; pero confieso que me ha sido imposible borrarla de mi pensamiento. Le pido que acepte mis más sinceras disculpas si lo incomodo al plantear el tema, pero le estaría de lo más agradecido si pudiera decirme si, después de abandonar el castillo, ella dio las más leves muestras de que mi recuerdo la acompañara.

Sharpe sabía lo difícil que era para Frederickson revelar aquellos íntimos sufrimientos, pero también sabía que había llegado el momento de hacer que ese sufrimiento fuera mucho peor admitiendo que era él quien se había convertido en el amante de Lucille. Tenía miedo de que la amistad con Frederickson resultara irreparablemente dañada con una revelación así, pero no había duda de que era ineludible. Vaciló un sombrío instante y se armó de valor.

—William, hay algo que debería usted saber, algo que tendría que haberle contado mucho antes. En realidad tendría que habérselo contado en París, pero...

—No deseo escuchar ninguna noticia desagradable —interrumpió Frederickson con brusquedad y a la defensiva en cuanto escuchó el abatimiento de la voz de Sharpe.

—Es importante.

—¿Va a decirme que la señora no desea verme nunca más? —Frederickson, previendo las malas noticias, intentó precipitar las cosas.

—Estoy seguro de que se alegraría mucho de reanudar su relación —dijo Sharpe débilmente—, pero...

—¿Pero no se alegraría tanto si yo renovara mis atenciones? Comprendo. —Frederickson habló con un tono muy frío. De nuevo había interrumpido a Sharpe en un desesperado intento de poner fin a la conversación antes de que su orgullo se resintiera aún más—. ¿Me hará el favor de no volver a mencionar este asunto nunca más?

—Debo decir, insisto en decir...

—Se lo ruego —exclamó Frederickson en voz muy alta—: mejor será no decir nada más. Usted debería comprender más que nadie cómo me siento —lo cual,

aunque de manera indirecta, era el primer indicio de que Frederickson se había enterado de la verdad sobre Jane por mediación de Harper.

A partir de entonces ni Sharpe ni Frederickson hablaron de madame Castineau. Harper, ajeno al interés de ambos oficiales por Lucille, la mencionó en algunas ocasiones, pero enseguida se dio cuenta de que era un tema delicado, por lo que dejó de aludir a la viuda de la misma forma en que nunca hablaba de Jane. El único tema de conversación seguro era el mutuo entusiasmo de los fusileros por perseguir y castigar a Pierre Ducos.

La persecución y el castigo parecían al fin inminentes cuando, una calurosa y húmeda mañana, el barco mercante llegó a Nápoles. La primera señal de proximidad de la ciudad llegó antes del amanecer, cuando un viento del sur trajo el hedor de los conductos fecales desde el otro lado del mar oscurecido. Con la primera luz de la mañana, Sharpe divisó el humo volcánico que cubría un cielo sin nubes, luego surgió el neblinoso contorno de las montañas y finalmente el esplendor de la ciudad propiamente dicha, hermosa y maloliente, amontonada sobre una colina en confuso revoltijo. El muelle de carga estaba abarrotado de gente. Barcos de pesca, naves mercantes y buques de guerra entraban y salían del gran puerto al que, avanzando contra un viento que olía a azufre, llegaban tres fusileros en busca de venganza.

\* \* \* \*

Monsieur Roland había maldecido en silencio a la viuda Castineau. ¿Por qué no había escrito antes? Ahora los ingleses, con toda su preciosa información, habían huido, y el mismo Roland tendría que moverse con una presteza poco habitual.

Escribió un mensaje urgente que introdujo en el mango hueco de la empuñadura de una espada. Ésta pertenecía a un médico suizo que casi reventó a seis caballos en su prisa por alcanzar la costa del Mediterráneo, donde un simpatizante lo llevó hasta Elba en un veloz bergantín. La fragata de la Marina británica, que aparentemente vigilaba el pequeño puerto de Elba en Portoferraio, no registró el bergantín, y aunque lo hubiera hecho, su tripulación sólo habría descubierto que uno de los antiguos médicos del doctor había llegado para servir a su señor.

Desenrollaron el mensaje en una antecámara del palacio del emperador, que no era más que una casita de jardinero ampliada, situada en una magnífica posición muy por encima del mar. El emperador estaba en algún lugar del interior de la isla donde inspeccionaba terrenos que pudieran usarse para plantar trigo. Se envió un mensajero para que lo avisara.

Esa tarde el emperador dio un paseo por el pequeño jardín que había detrás de su palacio. Se había encontrado a un hombre entre su exiliado séquito que, además de conocer a Pierre Ducos, por una de esas casualidades de la buena fortuna que

difícilmente podría esperarse que acompañara a un ídolo derrotado como Napoleón, había incluso conocido a los dos fusileros ingleses.

—Zarpará hacia Nápoles mañana y llevará una docena de soldados con usted —ordenó el emperador—. Dudo que Murat quiera ayudarme, pero disponemos de poco tiempo, así que tendrá que tratar de conseguir su ayuda. —El emperador dejó de hablar y dio unos golpecitos con el dedo en el pecho de su compañero—. Pero no le diga, mi querido Calvet, que hay dinero en juego. Cuando huele dinero, Murat es como un perro que olfatea a una perra en celo.

—Entonces, ¿qué debo decirle a ese cabrón?

—¡Tiene que ser listo con él! —El emperador caminó de un lado a otro por el sendero de grava sin decir nada y entonces, al darse cuenta de que su compañero no era una persona perspicaz, suspiró—. Le diré lo que tiene que decir.

Sin embargo, llegado el momento, Joaquín Murat, en su día mariscal imperial pero entonces rey de Nápoles, no recibiría al general Calvet. En lugar de eso, como un sutil insulto, al enviado de Napoleón lo mandaron ante el cardenal, quien, entronizado en su perfumado esplendor, se molestó porque ese francés retaco y lleno de cicatrices de combate no se había arrodillado para besar su anillo. Pero su eminencia estaba muy acostumbrada a la arrogancia francesa, y ya iba siendo hora, pensaba el cardenal, de castigarla.

—¿Viene con un mandado —el cardenal habló en buen francés—, del emperador de Elba?

—En misión conciliadora —replicó Calvet con mucha presunción—. El emperador de Elba está ansioso por vivir en paz con todos sus compañeros monarcas.

—El emperador siempre dijo eso —el cardenal sonrió—, incluso cuando estaba matando a los soldados de esos compañeros monarcas.

—Su eminencia es muy amable al corregirme —afirmó Calvet, aunque, en realidad, los insultos de ese encuentro lo afectaron profundamente. Tal vez entonces Napoleón se viera reducido a ser el soberano de una pequeña e insignificante isla, pero incluso durmiendo, el emperador había sido un monarca mucho más grande que el gobernante de pacotilla de ese maltrecho cuasi-estado Joaquín Murat, rey de Nápoles y por su título señor de ese gordo cardenal, no había sido nadie hasta que Napoleón lo subió a su trono de juguete.

El cardenal se revolvió en el cojín adornado con borlas de su propio trono para ponerse cómodo.

—Me siento inclinado a expulsarle del reino, general, a menos que pueda usted convencerme de lo contrario. Su señor le ha causado enormes molestias a Europa, y me parece inquietante que ahora mande a hombres armados, aunque sean pocos, a nuestro feliz reino.

Calvet dudó de la felicidad del reino, pero no tuvo razones para dudar de que el



cardenal lo expulsaría. Puso un tono muy humilde en su voz y explicó que él y sus hombres habían acudido a Nápoles para buscar a un viejo camarada del emperador.

—Se llama Pierre Ducos —dijo Calvet—, y el emperador, consciente de sus servicios en el pasado, sólo quiere ofrecerle un puesto en su casa privada.

El cardenal consideró la petición. Sus espías no habían permanecido ociosos durante esos meses en los que el conde Poniatowski había fortificado la Villa Lupighi, y hacía tiempo que el cardenal había descubierto la identidad de Ducos y se había enterado de la existencia de la enorme caja fuerte con su aparentemente inagotable suministro de piedras preciosas. Fuera lo que fuera lo que el general Calvet pudiera afirmar sobre el deseo de Napoleón de ofrecer a Ducos un nombramiento, el cardenal sabía perfectamente que era una cuestión de dinero lo que había traído al general Calvet a Nápoles. El cardenal esbozó una sonrisa inocente.

—No conozco a ningún Pierre Ducos en el reino.

Calvet era demasiado astuto para fiarse de esa afirmación anodina.

—El emperador agradecerá enormemente la colaboración de su eminencia.

El cardenal sonrió.

—Elba es una isla muy pequeña. Hay olivos y marisco, poco más. ¿Allí crecen las moreras? —Le preguntó esto a un sacerdote de nariz aguileña que estaba sentado en una mesa lateral. El clérigo le ofreció a su señor una sonrisa aduladora. El cardenal, que se estaba divirtiendo, volvió a mirar a Calvet—. ¿Qué clase de gratitud debemos esperar de su señor? ¿Un cargamento de enebrinas, quizás?

—El emperador demostrará su gratitud con cualquier cosa que esté en sus manos ofrecer —repuso Calvet con aire terco.

—La gratitud —la voz del cardenal se endureció— es una enfermedad de los perros.

El insulto era palpable, pero Calvet se armó de valor para no hacerle caso.

—Simplemente le pedimos ayuda, su eminencia.

El cardenal se estaba empezando a aburrir con ese francés tan poco sutil.

—Si ese tal Pierre Ducos se encuentra en el reino, general, no nos ha causado ningún problema y no veo ningún motivo por el que tuviera que prestar mi ayuda vendiéndolo a su señor.

Ése fue el momento en el que el general Calvet jugó la carta del emperador, y la jugó muy bien. Puso un simulado aspecto de asombro.

—¿Venderlo, su eminencia? ¡No buscamos al comandante Ducos por ninguna otra razón que no sea ofrecerle un empleo! Aunque, para ser sinceros, sabemos que los ingleses están buscando al comandante Ducos e incluso van a enviar soldados para hacerle daño. No puedo decir por qué quieren hacerlo, pero por la vida de mi señor que es cierto. ¡Incluso puede ser que los ingleses ya estén aquí! —Calvet dudaba si Sharpe habría llegado ya a Nápoles, puesto que monsieur Roland se había

movido con una rapidez ejemplar; pero sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que los fusileros aparecieran en la ciudad.

Se hizo un largo silencio después de que Calvet mencionara la participación de los ingleses. Puede que el cardenal despreciara al derrotado Napoleón, pero los ingleses con su desenfadada victoria aún le desagradaban más. Se había visto obligado a proteger a su flota en el Mediterráneo y a halagar a su embajador hereje, pero temía sus ambiciones territoriales. Sus tropas habían ocupado Malta y habían expulsado a los franceses de Egipto; ¿en qué otros lugares de la costa mediterránea optarían por tomar tierra los casacas rojas? Incluso en esos momentos, mientras el cardenal y el general hablaban, había nada menos que seis barcos de guerra británicos en el puerto de Nápoles. Su flota utilizaba el puerto como si fuera suyo y, pese a que afirmaban que el motivo de su presencia era únicamente disuadir a la escoria de la costa de Berbería, el cardenal temía igualmente a los ingleses, aunque no revelaría sus miedos al general Calvet.

—Los ingleses nunca han expresado ningún interés por ese hombre —dijo no obstante el cardenal, bien que en un tono mucho más suave.

—Ni lo harán, su eminencia. Son lo bastante insolentes para creer que pueden ignorarle. De todas formas, por mi honor le aseguro que un grupo de ingleses están ya en el reino o de camino hacia aquí. —Por supuesto Calvet no iba a revelar que sólo habría tres ingleses y que, lejos de estar llevando a cabo un asunto oficial, no eran más que fugitivos.

—¿Lo ha enviado el emperador para que mate a esos ingleses? —El cardenal se empezaba a preguntar si ese francés campechano no le iba a ser, después de todo, de alguna utilidad.

—Sólo estoy aquí para disuadirlos, su eminencia. No estoy aquí para hacer uso de la violencia, puesto que el emperador no tiene ningún deseo de perturbar la paz de vuestro feliz reino.

—Pero es usted un hombre acostumbrado a la muerte, ¿no es así, general?

—Es mi único oficio. —Calvet no pudo resistirse a alardear—. Lo aprendí combatiendo contra los austríacos, que se dejan matar con facilidad, y luego lo perfeccioné contra los rusos, que aguantan mucho, la verdad. —Calvet había terminado la guerra como general de brigada, pero la había empezado como un soldado corriente. En realidad, era uno de los queridos chuchos de Napoleón, un veterano de las reyertas y de las peleas en las alcantarillas que había ascendido desde soldado raso por su habilidad para embestir a los soldados en la batalla. No era inteligente, pero tenía suerte y era fuerte como un mosquete maltrecho. Campaña tras campaña, había atacado como un animal salvaje a los enemigos del emperador. Incluso había sacado de Rusia a toda una brigada intacta porque sus soldados le tenían más miedo al ordinario general que a los cosacos o al invierno moscovita. De

hecho, Calvet sólo había conocido una derrota personal, que ocurrió cuando su brigada trató de expulsar a las fuerzas de fusileros y de infantes de marina de Sharpe del fuerte Teste de Buch. Era el recuerdo que Calvet tenía de esa derrota lo que le daba una gracia especial a su actual búsqueda de los fusileros.

El cardenal no hizo caso de aquella belicosidad.

—¿Cómo voy a reconocer a esos ingleses?

Calvet había visto a Sharpe y a Frederickson una vez y había divisado al primero entre el humo del campo de batalla de Toulouse. No estaba seguro de poder reconocerlos a ambos de nuevo, pero monsieur Roland también había proporcionado una completa descripción de los dos oficiales de los fusileros. Calvet era demasiado astuto para desperdiciar inmediatamente la pequeña ventaja de esas descripciones.

—Estoy a la espera de recibir detalles sobre su aspecto, su eminencia.

El cardenal aceptó la observación de Calvet.

—¿Y qué es lo que los ingleses planean hacer aquí, general?

Calvet se encogió de hombros.

—Matar al comandante Ducos, pero no le sabría decir por qué. ¿Quién puede explicar la ira de los ingleses?

¿Quién, en efecto?, pensó el cardenal, ¿y quién no podía ver a través de las burdas mentiras de un general francés? No obstante, en medio de su decepción, el cardenal pudo percibir un beneficio muy real para él mismo y para el reino: estaba claro que los ingleses iban tras la caja fuerte del conde Poniatowski, lo mismo que el emperador de Elba; pero ésta interesaba en igual medida al cardenal. Sus espías en Villa Lupighi le habían informado de que Ducos y sus hombres tenían planeado abandonar el reino a finales de año, y cuando se fueran, la caja fuerte se marcharía con ellos. Se acabarían los espléndidos sobornos y los alquileres abusivos. La gallina de los huevos de oro se iría volando hacia el norte. Sin embargo, con la llegada del general Calvet el cardenal vio como caída del cielo una manera de evitar esa huida. Sonrió al general.

—Ayúdenos a encontrar a esos ingleses entrometidos, general, y acaso entonces podamos descubrir que, en efecto, hay un Pierre Ducos escondido en el reino.

Calvet dudó.

—¿Y qué pasa cuando los encuentre?

—Los trae aquí y veremos si una temporada en una prisión napolitana satisface su curiosidad.

—Y entonces —insistió Calvet—, ¿me dirá usted dónde se encuentra el comandante Ducos?

—Sí. —El cardenal habló como si se estuviera dirigiendo a un niño pertinaz—. Se lo prometo. —Trazó una imprecisa bendición y luego observó cómo se alejaba ese francés rechoncho y bajo—. ¿Opina usted —preguntó el cardenal en cuanto se cerró

la puerta— que me ha creído? —El padre Lippi, el sacerdote de nariz aguileña, se encogió de hombros para sugerir que no podía contestar a esa pregunta. Ese gesto irritó al cardenal—. ¿Se cree usted la historia del francés, entonces?

—No, su eminencia.

—Usted no es idiota del todo. Así que aconséjeme.

El padre Lippi, cuya carrera entera dependía del favor del cardenal, se encogió de hombros.

—El conde Poniatowski es un valioso contribuyente al tesoro de su eminencia.

—¿Y qué?

Lippi se frotó las rojas manos mientras consideraba detenidamente el asunto.

—Que el conde Poniatowski, su eminencia, debería ser advertido acerca de sus enemigos. Sin duda lo agradecerá.

El cardenal soltó una carcajada.

—Debe usted aprender inteligencia, padre Lippi. La futura fuerza de la Madre Iglesia no siempre se basa en hacer lo que es obvio. ¿Qué cree usted que ocurrirá cuando el general Calvet descubra a esos ingleses?

—¿Nos los entregará en custodia?

—¡Claro que no! —Al cardenal le enfureció la estupidez de Lippi—. El general es un hombre de guerra, no un diplomático. No lo han mandado aquí para hacer la paz, sino para luchar, y cuando encuentre a esos ingleses, si es que existen, intentará descubrir si saben cómo encontrar a Pierre Ducos. Y si lo saben, y se lo dicen, entonces Calvet abandonará su promesa de entregármelos en custodia y atacará él mismo la villa. ¡Su señor va detrás del dinero, Lippi, del dinero! Y cuando Calvet ataque la villa, ¿qué?

El padre Lippi frunció el ceño:

—Habrá derramamiento de sangre.

—Exactamente, y será nuestro deber arrestar a los malhechores e incautar las pruebas de sus fechorías. ¿Y si, por casualidad, esos criminales matan al conde? Bueno, pues entonces nos veremos obligados a entregar su fortuna a la Iglesia para que la ponga a buen recaudo —con lo que el cardenal se refería a su propio tesoro, pero era casi la misma cosa—. Y si por casualidad ese general Calvet no consigue capturar al conde Poniatowski, entonces podremos arrestarlo de todos modos por alteración del orden público, lo cual complacerá al conde y sin duda provocará la gratitud que usted mencionó. En cualquier caso, padre Lippi, la Iglesia saldrá ganando.

El sacerdote hizo una inclinación de cabeza como reconocimiento de la perspicacia del cardenal.

—¿Y los ingleses? ¿Cómo los encontraremos?

—Ayudando al general, por supuesto. Nos facilitará su descripción, pero

dejaremos que sea él quien se ocupe de ellos. —Si Nápoles mataba a los ingleses, surgirían protestas de lo más presuntuosas y amenazadoras por parte de Londres, por lo que era mejor dejar que el idiota del general Calvet corriera ese riesgo. El cardenal esbozó una sonrisa—. Y una vez Calvet se haya encargado de los ingleses, nuestras fuerzas se ocuparán de él.

Los políticos eran muy simples, pensó el cardenal, siempre que uno no creyera en nadie, traicionara a todo el mundo, guardara todo un tesoro y persuadiera con engaños a los demás para que hicieran el trabajo sucio. Bajó del trono andando como un pato, se enfundó la capa y se fue a por un poco de cena.

\* \* \* \*

Joliot, el óptico, le había revelado a Frederickson la dirección de Ducos, pero faltaba localizar Villa Lupighi, y el fusilero tardó dos días enteros en descubrir que el edificio no se encontraba en el mismo Nápoles y todo un día en encontrar a un mensajero que, a cambio de la última moneda de oro de Harper, le indicase el camino de mala gana. La villa estaba a un día de marcha hacia el norte, cerca del mar y segura en lo alto de una empinada colina.

—Estará custodiada —observó Sharpe.

—¡Pues claro que estará custodiada! —replicó bruscamente Frederickson.

—Así que nos aproximaremos por la noche. —Sharpe no hizo caso del mal genio de su amigo.

—¿Y cuándo nos vamos? —Harper aborrecía el resentimiento que notaba entre los dos oficiales. Habló con suavidad, tratando de actuar de conciliador.

—Esta noche —respondió Sharpe. La tarde estaba ya bien entrada—. Tendríamos que llegar al amanecer; podemos pasarnos el día observando y atacar mañana por la noche. ¿Está de acuerdo, William? —lo preguntó sólo para apaciguar a Frederickson.

—Parece una manera lógica de actuar. Sí, estoy de acuerdo.

Abandonaron la taberna al caer la noche. Hubo un momento de nerviosismo cuando pasaron por delante de los desaliñados guardias de uniforme azul que había en las afueras de la ciudad, pero ninguno de los soldados miró dos veces a los tres viajeros. No obstante, Sharpe no se sintió seguro hasta que, al cabo de un buen rato de haber dejado atrás las últimas casas de la ciudad, estuvieron solos en una seductora campiña. Era bueno estar marchando de nuevo, sentir el camino silíceo bajo las suelas de las botas y saber que al final de la ruta aguardaba un cometido. No se trataba de una tarea que se viera complicada por las exigencias de la paz, sino que era un trabajo propio de soldados: algo que era mejor hacer rápida y brutalmente. Y cuando hubieran terminado el trabajo, pensó Sharpe, y su enemigo estuviera condenado, tendría que afrontar los asuntos complicados: Jane y Lucille. Los

nombres le resonaban en la cabeza con cada roce y crujido de sus botas sobre el camino. ¿Y si Jane quería que regresara? ¿A cuál de las dos mujeres quería él? No tenía ninguna respuesta; sólo preguntas.

Era una noche cálida, totalmente despejada y sin viento. Una brillante luna se alzaba sobre el Vesubio. Al principio estaba cubierta de neblina a causa del humo del volcán, pero enseguida empezó a cruzar el mar, nítida, y mostró el camino hacia el norte como una franja ondulada que resaltaba contra los oscuros prados. Un millón de estrellas agujijoneaban el cielo mientras que una reducida espuma blanca se agitaba en las playas y rompía brillante contra los cabos cubiertos de árboles. Un búho pasó a muy poca distancia por encima de los tres hombres, y Sharpe vio que Patrick Harper se santiguaba. El búho era el pájaro de la muerte.

Una hora antes de medianoche abandonaron el camino y treparon unos cien pasos para refugiarse en un encinar. Allí, en silencio, desataron los fardos que todos llevaban. Por fin, después de semanas escondiéndose, podían desprenderse de la ropa de civil y ponerse las casacas verdes. Sharpe había considerado si cambiarse entonces o esperar hasta la misma víspera de su ataque, pero el hecho de vestir de verde los obligaría a moverse silenciosos como fantasmas a través de aquella desconocida campiña. Se abrochó la espada y luego la sacó rozando el cuello de madera de la vaina de manera que el acero brilló a la luz de la luna.

—Esto está mejor, ¿no? —Frederickson se abrochó su espada.

—Mucho mejor —dijo Sharpe con fervor.

Frederickson desenfundó su espada y la blandió de un lado a otro.

—Me temo que quizás haya estado un poco quisquilloso últimamente.

Inmediatamente Sharpe se sintió incómodo.

—En absoluto.

—Pido disculpas. Lo siento con toda el alma.

Sharpe sintió una oleada de alegría al ver que la situación violenta entre ellos se terminaba, pero enseguida la siguió una punzada de culpabilidad por Lucille.

—Mi querido William... —empezó a decir, aunque se detuvo, porque realmente aquel no era el momento de realizar la temida confesión. Vio reflejada en el rostro de Harper la satisfacción porque la mala sangre entre los dos oficiales parecía haber terminado y se dio cuenta de que no podía estropear ese instante—. Estoy seguro de que mi comportamiento ha empeorado las cosas —declaró en tono humilde.

Frederickson sonrió.

—Pero ahora podemos luchar. Nuestra verdadera misión en la vida, me temo. No estamos hechos para la paz, así que ¡a la guerra, amigos míos! —Saludó a Sharpe poniendo su espada vertical con un movimiento rápido.

—A la guerra. —Y ese grito de batalla animó a Sharpe de una manera inesperada. Durante un momento pudo olvidarse de Jane, olvidarse de Rossendale, olvidarse de

Lucille... Pudo olvidarse de todo menos del trabajo que tenía entre manos y que era el más antiguo de los trabajos: el de castigar a un enemigo.

Abandonaron el encinar. Tuvieron que bordear un pueblo de casas diseminadas sin orden ni concierto, aunque los perros debieron de olfatear su presencia, porque los ladridos resonaron con fuerza mientras los tres fusileros atravesaban fugazmente un olivar. Una vez pasados los olivos, en unos prados que descendían hacia el mar, había unos pilares de mármol blanco que Frederickson dijo que se habían caído en los tiempos del Imperio romano. Sharpe no le creyó, y la discusión amistosa les duró hasta bien pasada la medianoche. El camino atravesaba el campo abierto, pero de madrugada, cuando la pálida luna se encontraba al otro lado del horizonte más occidental, llegaron a la entrada de una quebrada tan ensombrecida como el negro Hades.

Se detuvieron allí donde las paredes de piedra empezaban a estrecharse.

—Un lugar perfecto para una emboscada —Frederickson clavó los ojos en la oscuridad.

Sharpe gruñó. No tenía ni idea de lo que podrían tardar en rodear la quebrada. Dar un rodeo como aquél significaría trepar a las montañas y avanzar reconociendo el terreno por una zona agreste. Tan sólo estaba seguro de una cosa: desviarse les llevaría horas, y el amanecer los sorprendería varados lejos de la villa.

—Yo digo que tendríamos que atravesarla.

—Yo también —sugirió Harper.

—¿Por qué no? —observó Frederickson.

Los muros de roca se cerraban sobre ellos. Las cuevas del barranco no eran peladas, sino que estaban densamente cubiertas de pequeños y resistentes arbustos. Sharpe trató de trepar por una de las faldas para ver si podía vislumbrar lo que había más adelante, pero desistió cuando las zarzas le arañaron las manos. Se podía haber ahorrado la molestia, ya que, justo al girar la siguiente curva, una amplia perspectiva les mostró el lugar donde terminaba la quebrada unos tres kilómetros más adelante. El camino surgía de entre sus muros de roca para deslizarse suavemente colina abajo y adentrarse en unas extensas y desnudas tierras bajas bordeadas por la amplia curva de una larga playa iluminada por la luz de la luna. La visión de aquel paisaje vacío y la evidente soledad en la que se encontraban en el camino desierto proporcionó a los tres fusileros un sentimiento de seguridad. Eso no era España, donde podía aguardarles una emboscada, sino un adormilado país del sur donde podían caminar en paz. Más allá de esas tierras bajas, oscuros en el horizonte al norte, se hallaban unos picos recortados que la luna rozaba. Sharpe estaba seguro de que la Villa Lupighi tenía que estar entre las estribaciones de aquellos picos, y esa idea hizo que señalara las lejanas montañas.

—El final del trayecto —dijo.

De alguna manera esas palabras sumieron en la nostalgia a los tres fusileros. Harper, al pensar en el destino final de sus viajes, empezó a cantar una triste elegía irlandesa. Frederickson sonrió en privado a Sharpe.

—¿Cree usted que será feliz fuera del Ejército?

—Creo que Patrick tiene el gran don de contentarse casi en cualquier lugar donde se encuentre.

Los dos oficiales se habían quedado unos pasos detrás del alto irlandés.

—Entonces es un hombre afortunado —aseguró Frederickson—, porque en ocasiones dudo si yo encontraré nunca la verdadera satisfacción.

—¡Vamos, vamos! Eso no puede ser cierto —protestó Sharpe.

Frederickson hizo una mueca.

—La mujer cerdo lo hizo, por lo que tal vez yo tenga alguna esperanza. —Caminó en silencio unos pasos. Harper seguía cantando y su fuerte voz resonaba de manera extraña e inquietante en los riscos de la quebrada. Frederickson movió el hombro para acomodarse mejor el portafusil—. Harper está felizmente casado, ¿verdad?

A Sharpe le dio un vuelco el corazón al intuir la inminente conversación.

—Son muy felices. Isabel es una criaturita fuerte a pesar de su bonito rostro.

Frederickson halló la oportunidad que quería.

—¿Usted cree que madame Castineau es fuerte?

—Mucho.

—Yo también lo creo. No puede haber sido una vida fácil para ella.

—Hay mucha gente que lo pasa peor —repuso Sharpe en tono agrio.

—Cierto, pero ella ha conservado ese castillo a pesar de todas las muertes en su familia. Yo diría que es una mujer muy fuerte.

Sharpe intentó desesperadamente cambiar de tema.

—¿Cuánto calcula que falta para que lleguemos a campo abierto? ¿Un kilómetro y medio?

Frederickson echó una ojeada rápida al camino que se extendía delante de ellos.

—Yo diría que menos. —Entonces, con un entusiasmo mucho mayor, le habló de los nuevos viajes que planeaba hacer—. Iré a Londres para enderezar mi carrera profesional y después, lo más pronto que pueda, volveré a Normandía. No se abandona un asedio sólo porque fracase el primer ataque, ¿no es verdad? He estado reflexionando mucho sobre ello. —Soltó una carcajada nerviosa—. En realidad, confieso que ésa es la causa de que no haya estado de muy buen humor últimamente, pero no creo que pueda fallar una segunda vez con madame. Seguro que necesita alguna prueba de mi seriedad. Mi primera proposición fue una mera declaración de intenciones, pero ahora la reafirmaré con una asidua devoción que tendrá que persuadirla. Las buenas mujeres, lo mismo que las malas, se rinden ante una guerra



de asedio, ¿no?

—Algunas lo hacen —contestó Sharpe con sequedad.

—Entonces reanudaré mi asedio. De hecho, confieso que sólo es mi expectativa de tener éxito con ese asedio lo que me proporciona alguna posibilidad de felicidad futura. Quizá me estoy engañando. Los enamorados son muy propensos a tener ese defecto.

El momento era ineludible. Sharpe se detuvo.

—William.

—¿Querido amigo? —Frederickson, eufórico de esperanza, estaba comunicativo.

—Tengo algo que decirle. —Sharpe hizo una pausa, abrumado por el terror ante lo que estaba haciendo. Por un segundo estuvo tentado de olvidarse de su propia relación con madame Castineau, de abandonarla y dejar que Frederickson cabalgara hacia Normandía como don Quijote trotando hacia los molinos, pero no pudo hacerlo.

—¿Qué es? —le animó Frederickson.

—Las mujeres destruyen las amistades. —Sharpe buscó una manera diplomática de realizar una confesión que en ningún caso podía serlo, pues iba en contra de las grandes esperanzas que Frederickson alimentaba.

Frederickson se rió.

—¿Teme que nos veamos menos si tengo éxito? Mi querido Sharpe, usted siempre será un invitado bienvenido dondequiera que yo... —hizo una pausa— espero que dondequiera que Lucille y yo vivamos.

—¡William! —Sharpe espetó el nombre—. Debe comprender que yo...

El disparo los sobresaltó y acribilló la paz de la noche con una terrible y repentina violencia. Sharpe alcanzó a ver el fogonazo del cañón en lo alto de la falda derecha de la quebrada y luego se echó al suelo y rodó hacia el lado derecho del camino. Frederickson se había ido hacia la izquierda. Harper, que vio su canto brutalmente interrumpido, había desenfundado su pistola y miraba detenidamente hacia arriba. La bala no les había alcanzado a ninguno.

Un hombre al que los fusileros no veían se rió.

—¿Quién anda ahí? —gritó Sharpe en inglés. Nadie respondió—. ¿Puede ver a ese hijo de puta, Patrick?

—No veo un carajo, señor.

El hombre oculto empezó a silbar una melodía desenfadada y luego, de una manera muy despreocupada, como si supiera que no tenía nada que temer de los tres soldados que estaban agachados, salió de entre las sombras a unos veinticinco metros por delante de Harper. Vestía una larga capa y llevaba un mosquete en la mano derecha. Inmediatamente, Harper apuntó su pistola de siete cañones hacia el desconocido, pero, al mismo tiempo que lo hacía, todo un montón de formas oscuras se movió por las cuevas del barranco. Sharpe oyó los chasquidos de las llaves de sus

mosquetes al armarlos.

—¿Bandoleros? —le sugirió Frederickson a Sharpe. Los dos oficiales tenían sus fusiles amartillados, pero ambos sabían que un solo disparo provocaría una descarga instantánea y destructiva. Sharpe no veía exactamente a cuántos hombres se enfrentaban, pero parecía haber al menos una docena.

—Cabrón. —Sharpe se había olvidado de la amenaza de robo. Se puso en pie como para mostrar que no tenía miedo—. ¿Puede usted hablar y sacarnos de ésta, William?

—Puedo intentarlo, pero lo menos que harán será robarnos las armas. —Frederickson miró al único hombre que bloqueaba el camino y le gritó en italiano—: ¿Quiénes son ustedes?

El hombre envuelto en la capa soltó una risita y luego caminó lentamente hacia los tres fusileros. Llevaba el mosquete sin mucho cuidado. Pasó de largo junto a Harper haciendo caso omiso de la amenaza de su enorme pistola y se aproximó a Sharpe.

—¿Se acuerda de mí, comandante? —habló en francés.

Sharpe ni siquiera podía ver bien al hombre que se acercaba y, además, estaba demasiado sobresaltado por el extraño saludo para pensar con coherencia, pero de pronto el hombre de la capa se echó sobre los hombros el manto que lo envolvía y dejó al descubierto un viejo uniforme azul con unas tiras de galones dorados hechos jirones.

—*Bonsoir*, comandante Sharpe. —Era un hombre bajito, rechoncho como un tonel y con un rostro tan lleno de cicatrices como la parte trasera de un cañón.

—General Calvet —dijo Sharpe estupefacto.

—¡Eso está muy bien! ¡Bien hecho! Soy, en efecto, el general Calvet, y ustedes son los denominados soldados que se pasean por los barrancos con la misma tranquilidad con que lo harían si fueran prostitutas buscando hacer negocio. ¡Hasta una compañía de babuinos podría haberles tendido una emboscada!

Sharpe no respondió, aunque sabía que Calvet tenía razón. Había sido descuidado y estaba a punto de pagar el precio de aquella despreocupación. Calvet se acercó a Sharpe. Lentamente el francés alargó la mano, desafiándolo a que se moviera, y empujó a un lado el cañón del fusil de Sharpe. Entonces, con una rapidez extraordinaria, le asestó una bofetada al fusilero. Sharpe se quedó tan pasmado por el repentino golpe que no hizo nada. Calvet adoptó un aire despectivo.

—Esto, ingleses, es por la cal en polvo. —Calvet recordaba la cal en polvo que Sharpe había diseminado desde las murallas del fuerte Teste de Buch. Los polvos habían quemando los ojos de los franceses que atacaban y convirtió su ataque en una retirada guiada por el pánico. Era evidente que aquel recuerdo aún le dolía a Calvet—. Sólo un inglés utilizaría un jodido truco como ése contra una panda de ingenuos

reclutas de culo blando. Si hubiera tenido conmigo a mis veteranos, inglés, lo habría cortado en filetes.

Sharpe no dijo nada. Todavía trataba de entender cómo había aparecido en aquel remoto camino italiano un general francés al que él había visto por última vez en un campo de batalla del sur de Francia. Miró a izquierda y derecha e intentó contar los hombres que acompañaban al general.

Calvet soltó una carcajada.

—¿Piensa que necesito ayuda para matarle, Sharpe? Me hizo falta un poco de ayuda para encontrarle, pero no la necesito para liquidarle.

—¿Para encontrarme? —Sharpe habló por fin.

—Me enviaron para encontrarle. El emperador. Seguí siendo leal, ya lo ve. No como todos esos otros malditos franceses que le están lamiendo el culo a ese gordo del rey Luis. Pero no fue difícil localizarlos, comandante. Un hombre en París escribió al emperador y éste me mandó a Nápoles, donde un obeso cardenal quiere que los arreste. Son muy inteligentes estos napolitanos. Les dije que venían y los siguieron desde el mismo día en que desembarcaron. Y ahora —Calvet extendió los brazos como si fuera un anfitrión que daba la bienvenida a sus preciados invitados—, ¡aquí estamos!

—¿Por qué quería encontrarnos? —preguntó Frederickson.

—¡El monstruo tuerto tiene lengua! —se burló Calvet—. Porque tengo órdenes de matarlos, por eso. Son órdenes del emperador. Los quiere muertos porque ustedes robaron su oro.

—Nosotros no lo robamos —dijo Sharpe enojado.

—¡Pero lo van a hacer! —Calvet se rió bruscamente—. Ustedes todavía no lo han robado, comandante, ¡pero lo harán en cuanto encuentren a Pierre Ducos! —El general se apartó de Sharpe con desdén y gritó a sus hombres que salieran de sus escondites.

Los soldados franceses se abrieron camino entre las zarzas y dieron patadas en el suelo para aliviar los calambres de las piernas. Rodearon a los tres fusileros y Sharpe pudo ver, a pesar de la oscuridad, que todos esos hombres que sonreían llevaban el bigote de los queridos veteranos del emperador.

Calvet levantó el mosquete para que el canon quedara debajo de la barbilla de Sharpe.

—Entregue su fusil, comandante, y diga a sus dos hombres que hagan lo mismo. —Vio que Sharpe vacilaba—. ¿Preferiría que los desarmaran mis soldados? A mí me da lo mismo, pero si quieren conservar sus espadas como caballeros sugiero que entreguen las armas.

Había quizás una pizca más de orgullo en dejar las propias armas en el suelo que en verse despojado de ellas por la fuerza, y así los tres fusileros se agacharon

despacio y abandonaron ignominiosamente sus armas en la blanca calzada. Calvet esperó a que Sharpe volviera a estar de pie y puso de nuevo el mosquete en la garganta del fusilero.

—¿Sabe usted dónde está Pierre Ducos, comandante?

—Sí —respondió Sharpe con actitud desafiante.

—Pues yo no. —La confesión de Calvet lo desarmó—. Así que dígamelo.

—Váyase al infierno, general.

—Está decidido a morir como una rata acorralada, ¿no es cierto? Va a morir gruñendo, en actitud desafiante. Es una lástima que yo esté a las órdenes de un gordo cardenal para devolverlos a Nápoles. Tal vez sobreviva a ello, comandante, pero tan lisiado por la enfermedad, el hambre y la inmundicia que deseará no haber nacido nunca. Sin embargo, si me dice lo que quiero saber, inglés, consideraré el dejar que se vaya de este miserable reino. —Calvet dio una sacudida al mosquete y el frío cañón le golpeó la mandíbula a Sharpe—. ¿Dónde está Pierre Ducos, comandante?

—Tendría que haberle matado en Toulouse —dijo Sharpe.

—¿Así que aquél era usted? —Calvet se rió—. Todavía no ha nacido el inglés capaz de matarme, comandante, pero lo voy a abatir a tiros como a un perro rabioso si no me dice dónde se esconde Pierre Ducos. —Volvió a darle una sacudida al mosquete para que la mira golpeará al fusilero en el mentón—. Dígamelo, inglés.

Sharpe miró fijamente a los ojos del francés y entonces, con una velocidad que igualó la anterior rapidez de Calvet, abofeteó al general. El golpe sonó igual que un disparo.

Calvet ladeó la cabeza de la sacudida. Retrocedió, se llevó el mosquete al hombro y apuntó a Sharpe entre los ojos.

—Cabrón —gruñó.

—Váyase a la mierda —le dijo Sharpe en inglés.

Calvet apretó el gatillo.

Sharpe retrocedió dando un giro, agarró la empuñadura de su espada y ya tenía fuera de la vaina unos buenos treinta centímetros del acero cuando se dio cuenta de que el mosquete no estaba cargado. Calvet se rió.

—Ya puede dejar de mearse en los pantalones, comandante: el arma no estaba cargada. Así que recojan sus malditos fusiles y llévenme a donde está Ducos. —Se alejó de Sharpe y ordenó a sus hombres que formaran filas. Los bigotudos veteranos formaron obedientes dos filas irregulares, pero los tres fusileros no se movieron. Calvet se volvió hacia ellos con fingido asombro—. ¡No se queden ahí parados! ¡Muévanse!

Aun así, ninguno de los tres fusileros se meneó.

—¿Espera que le llevemos hasta Ducos? —preguntó Sharpe.

—Escúcheme, maldito imbécil —Calvet, que a todas luces se estaba divirtiendo,

retrocedió y se plantó de lleno frente a Sharpe—: ¿por qué tendría que enviarlos ante el cardenal? Lo único que quiere es quedarse él con el oro. El emperador quiere recuperarlo y ése es mi trabajo, comandante, y para ayudarme a llevarlo a cabo le estoy ofreciendo una alianza. Usted me dice dónde se esconde Ducos y yo lo dejo con vida. En realidad, le ofreceré incluso el privilegio aún mayor de luchar a mis órdenes. Para variar, inglés, usted y yo estaremos en el mismo bando. Somos aliados, aunque yo soy un general de la Francia imperial y usted es un pedazo de mierda de sapo inglés, lo cual significa que yo doy las órdenes y usted las obedece como un recluta de culo inocente. ¡Así que deje de papar moscas como una monja novicia en los baños de los artilleros y dígame adónde nos dirigimos!

—No creo que tengamos muchas opciones —observó secamente Frederickson.

No las tenían. Y de ese modo Sharpe se encontró de nuevo cumpliendo órdenes, de vuelta a la disciplina militar, pero en aquella ocasión servía a un nuevo señor: el mismísimo emperador de Elba, Napoleón.

## CAPÍTULO 14

—Pues claro que el cardenal quiere el dinero: no es más que una cuba de avaricia. Pero ¿qué alto miembro de la Iglesia no lo es? —El general Calvet le hablaba en voz baja a Sharpe. Ambos estaban tendidos en el suelo en la cima de una empinada cresta desde donde podían observar la Villa Lupighi, que se encontraba sobre una colina aún más empinada a un kilómetro y medio hacia el oeste. Estaban escondidos y metidos entre las sombras de la espesura de encinas y cipreses. Frederickson, Harper y los doce soldados del general descansaban entre los nudosos troncos de un viejo olivar que crecía en un pequeño valle detrás de la cresta cubierta de encinas—. Y como todos los demás clérigos —siguió diciendo Calvet—, el cardenal quiere a alguien que haga el trabajo sucio por él. En este caso, nosotros.

El cardenal había hecho todo lo posible para facilitar el trabajo a Calvet, excepto revelar el escondite de Ducos. Había proporcionado una casa en la que Calvet y sus hombres pudieran esperar la llegada de Sharpe a Nápoles. Ésta había sido anunciada por los funcionarios de aduanas, quienes habían dicho al francés que esperara a un hombre alto de pelo negro y a su compañero más bajo que tenía un solo ojo. La casa donde esperó Calvet estaba muy cerca del lugar donde los franceses habían tendido la emboscada a los tres fusileros. Había llegado un mensajero desde la ciudad para advertir al general de que tres ingleses, no dos, habían tomado el camino del norte, y para Calvet había sido una cuestión muy simple esperar en el extremo septentrional de la quebrada.

—Aunque se dará cuenta —siguió diciendo Calvet— de que ahora el cardenal nos ha dejado solos.

—¿Por qué?

Calvet no dijo nada durante unos segundos y se limitó a observar la Villa Lupighi a través de un antiguo y abollado catalejo. Finalmente gruñó:

—¿Por qué? Para que matemos convenientemente a Ducos y entonces pueda arrestarnos y quedarse con el dinero. Y ése es el motivo, inglés, por el que tenemos que ser más listos que ese cabrón.

La idea que Calvet tenía de ser más listo que el cardenal poseía las virtudes de la simplicidad extrema. Seguramente el religioso debía de tener planeado detener al general cuando se retirara de la villa, y los lugares más probables para esa emboscada serían cualquiera de los caminos que se alejaban de la casa medio en ruinas. Así que Calvet no abandonaría la villa por ningún camino. En lugar de eso, tres de sus hombres se separarían del grupo de asalto y serían enviados al oeste de la villa, donde había un pequeño pueblo en la costa. La tarea de esos tres hombres era secuestrar uno de los barcos pesqueros de proa alta y brillante pintura del diminuto puerto. Dos de esos tres hombres habían sido marineros antes de que el fracaso de la Armada

francesa persuadiera a Napoleón para convertir a los marineros en soldados de a pie, y aunque desprenderse de ellos significaba renunciar a tres preciosos hombres para el asalto, Calvet estaba seguro de que la estratagema burlaría al cardenal.

—También atacaremos de noche —había decidido Calvet—, porque si ese idiota ha enviado tropas, puede estar seguro de que son casi tan inútiles como ustedes. —Las tropas de novatos se desconcertaban con facilidad al combatir de noche, lo cual fue el motivo, continuó diciendo Calvet, de que no hubiera lanzado a su brigada de reclutas contra el fuerte Teste de Buch de noche—. Si hubiera tenido a mis veteranos, inglés, nos los hubiésemos zampado esa misma primera noche.

—Son muchos los veteranos franceses que han intentado matarme —observó Sharpe con suavidad— y sigo aquí.

—Eso no es más que la suerte del diablo. —Calvet divisó algún movimiento en la villa y se quedó en silencio mientras observaba a través del anteojo—. ¿Cómo aprendió francés? —preguntó al cabo de un rato.

—Con madame Castineau.

—¿En su cama?

—No —protestó Sharpe.

—¿Es hermosa? —preguntó Calvet con glotonería.

Sharpe vaciló. Sabía que podía desviar las insolentes preguntas de Calvet describiendo a Lucille como poco agraciada, pero de pronto se encontró con que no podía traicionarla de esa forma.

—Yo creo que sí —afirmó de manera muy poco convincente.

Calvet se rió ante esa respuesta.

—Nunca comprenderé a las mujeres. Rechazan a un montón de acicalados tipos de alcurnia y luego se caen de culo cuando algún perro mordido como usted o yo están con la lengua fuera. Que conste que no me estoy quejando. Una vez me llevé a la cama a una duquesa italiana y pensé que la escandalizaría contándole que era hijo de un cavador de zanjas, pero sólo sirvió para que me arrastrara de vuelta a las sábanas. —Sacudió la cabeza al recordarlo—. Fue igual que ser atacado por toda una tropa de cosacos.

—Le he dicho —mintió Sharpe con una frágil dignidad— que no me fui a la cama con madame Castineau.

—Entonces, ¿por qué tendría que intentar protegerle? —quiso saber Calvet. Ya le había confesado a Sharpe que fue la involuntaria carta de madame Castineau la que había alertado a Napoleón de la traición de Ducos y ahora describía cómo esa carta trataba de exonerar a los fusileros—. Insistió en que era tan inocente como un bebé nacido muerto. ¿Por qué iba a decir tal cosa?

—Porque somos inocentes —declaró el comandante, pero se estremeció de gratitud ante la evidencia del cuidado protector de Lucille. Entonces, para cambiar de

tema, preguntó a Calvet si estaba casado.

—¡Cielos, sí! —Calvet escupió un trozo de tabaco de mascar—. Pero lo bueno que tiene la guerra, inglés, es que nos mantiene alejados de nuestras esposas pero muy cerca de las de otros hombres.

Sharpe sonrió como era debido y luego alargó la mano y tomó el catalejo del general. Se quedó mirando la villa un largo rato y después deslizó los tubos para cerrarlos.

—Tendremos que atacar desde este lado.

—Eso está puñeteramente claro. Un colegial con parálisis cerebral hubiera podido llegar a esa conclusión.

Sharpe hizo caso omiso del sarcasmo del general. Calvet le estaba empezando a caer bien, e intuía que el sentimiento era mutuo. Ambos habían marchado entre las tropas y habían soportado toda una vida de combates. Calvet había subido mucho más de rango, pero él tenía devoción por una causa que Sharpe no compartía. Sharpe nunca había luchado por el rey Jorge con el mismo espíritu fanático que Calvet le ofrecía a Napoleón. La devoción que tenía Calvet por el emperador derrotado era absoluta, y su alianza con Sharpe, una mera conveniencia impuesta por aquella desesperada lealtad. Cuando el general atacara la Villa Lupighi lo haría por el emperador, y Sharpe sospechaba que marcharía alegremente para adentrarse en el mismísimo infierno si Napoleón así lo exigía.

No es que asaltar Villa Lupighi tuviera que ser horroroso. Ni siquiera poseía ninguno de los mecanismos de defensa de un pequeño reducto de las últimas guerras. No había que trepar por ningún glacis, ni se tenían que flanquear las defensas ni había troneras de las que gotearan los disparos de cañón. En lugar de eso, se trataba simplemente de un edificio estropeado en decadencia que se deterioraba sobre su cima prominente. Durante la noche Calvet y Sharpe habían rodeado un buen trecho de aquella colina y habían visto brillar la luz de los faroles en las habitaciones que daban al mar mientras que en la mitad este del edificio, que estaba en ruinas, reinaba la impenetrable oscuridad. Ese oscuro entramado de piedras se ofrecía como una ruta escondida hacia el corazón del enemigo.

La única cuestión pendiente era cuántos de aquellos enemigos aguardaban en la intrincada y estropeada villa. A lo largo de la mañana, Sharpe y Calvet habían visto al menos dos docenas de hombres alrededor de la villa. Algunos se habían limitado a apoyarse en la pared exterior y quedarse mirando el mar. Otro grupo había ido andando con algunas mujeres hasta el puerto del pueblo. Dos habían paseado a unos perros enormes parecidos a lobos. No habían visto a Pierre Ducos. Calvet suponía que éste tenía unas tres docenas de hombres para defender su tesoro robado mientras que Calvet, sin contar a sus tres secuestradores de barcos, sólo dirigiría a diez.

—Va a ser un buen combate —reconoció entonces Calvet de mala gana.



—Son los perros lo que me preocupa. —Sharpe había visto el tamaño de las dos enormes bestias que habían tirado de las cadenas de sus cuidadores.

Calvet dijo con sorna:

—¿Tiene miedo, inglés?

—Sí. —Sharpe dio esa simple respuesta y vio cómo la sinceridad impresionó a Calvet. Entonces se encogió de hombros—. No solía ser muy grave, pero parece que cada vez es peor. Fue horrible antes de Toulouse.

Calvet se rió.

—Yo tenía demasiadas cosas que hacer en Toulouse para tener miedo. Me dieron una brigada de reclutas con los bombachos meados que hubieran huido de la palmeta de una maestra si yo no les hubiera inculcado el temor de Dios a esos cabrones. Les dije que los mataría yo mismo si no entraban ahí y luchaban.

—Lucharon bien —admitió Sharpe—. Combatieron muy bien.

—Pero no vencieron, ¿verdad? —dijo Calvet—. Usted se encargó de eso, cabrón.

—No fui yo: fue un escocés llamado Nairn. Su brigada lo mató.

—Entonces hicieron algo bien —repuso Calvet despiadadamente—. Pensé que iba a morir allí. Pensé que me iba a disparar por la espalda y me dije: «¡A la mierda!». Me estoy haciendo demasiado viejo para esto, comandante. Igual que usted, últimamente me encuentro con que me meo de miedo antes de una batalla. —Calvet estaba correspondiendo a la sinceridad con sinceridad—. Se convirtió en una mala experiencia en Rusia. Antes de aquello me encantaba este trabajo. Pensaba que no había nada mejor que despertarse al amanecer y ver al enemigo esperando como corderos las hojas de las espadas, pero en Rusia tuve miedo. Era un país tan jodidamente grande que pensé que nunca llegaría de nuevo a Francia y que mi alma se perdería en medio de todo ese vacío. —Dejó de hablar, al parecer incómodo por su confesión de debilidad—. Aunque —añadió— el brandy lo arregla pronto.

—Nosotros utilizamos ron.

—Brandy y panceta grasa —dijo Calvet con nostalgia—, eso le llena a uno adecuadamente el estómago antes de una batalla.

—Ron y carne de ternera —replicó Sharpe.

Calvet hizo una mueca.

—En Rusia, inglés, me comí a uno de mis propios cabos. Eso me llenó un poco la panza, aunque era una carne muy magra. —Volvió a coger el catalejo y observó la villa, que entonces parecía estar desierta en el calor de la tarde—. Creo que tendríamos que esperar hasta un par de horas después de medianoche. ¿No está de acuerdo?

Sharpe tomó nota en silencio de que aquel hombre orgulloso había solicitado su opinión.

—Estoy de acuerdo —respondió—, y efectuaremos el ataque en dos grupos.

—¿Ah sí? —gruñó Calvet.

—Nosotros iremos primero —dijo Sharpe.

—¿Nosotros, inglés?

—Los fusileros, general. Los tres. Los expertos. Nosotros.

—¿Soy yo quién da las órdenes o es usted? —preguntó Calvet en tono agresivo.

—Nosotros somos fusileros, lo mejor de lo mejor, y disparamos mejor que ustedes. —Sharpe sabía que sólo era el maldito orgullo de soldado lo que había hecho que se empeñara en encabezar el asalto. Le dio unos golpecitos a la culata de su fusil Baker—. Si quiere que le ayudemos, general, entonces vamos nosotros primero. No quiero que una partida de franceses alerte al enemigo con sus traspíes. Por otro lado, para un ataque nocturno, nuestras casacas verdes son más oscuras que las suyas.

—Lo mismo que sus almas —refunfuñó Calvet, pero luego esbozó una sonrisa—. No me importa si van ustedes primero, inglés, porque si ese cabrón está alerta serán ustedes a quien matará. —Se rió ante esa perspectiva y luego se deslizó alejándose de la línea del horizonte—. Es hora de dormir un poco, inglés, hora de dormir un poco.

En la distante colina un perro alzó el hocico y le aulló al sol cegador. Al igual que los soldados ocultos, aguardaba la llegada de la noche.

\* \* \* \*

Los soldados de infantería de Calvet, así como los tres fusileros, llevaban sus viejos uniformes. Los doce granaderos eran todos supervivientes de los cuerpos de élite de Napoleón, la Vieja Guardia, la Guardia imperial. Sólo para poder formar parte de ésta, un soldado tenía que haber soportado diez años de servicio en combate, y la docena de granaderos de Calvet debían de haber acumulado en total más de un siglo y medio de experiencia. Todos ellos, lo mismo que Calvet, habían abandonado la Francia real para seguir a su querido emperador hasta el exilio, y vestían los uniformes que habían aterrorizado a los enemigos de Napoleón por toda Europa. Sus casacas azul oscuro tenían faldones y dobleces de color rojo, y sus gorros altos de piel de oso llevaban placa y cadenas de plata. Cada uno de los soldados, además de su mosquete, iba armado con un *sabre-briquet* de empuñadura metálica. Los granaderos, reunidos en el olivar, ofrecían una vista formidable aunque también muy perceptible, ya que sus bombachos blancos resplandecían vivamente bajo la luz de la luna, tanto que la anterior propuesta de Sharpe de que los casacas verdes debían ir primero resultaba obvia.

A medianoche Calvet condujo al pequeño grupo de soldados fuera del olivar, cruzaron la cresta cubierta de encinas y bajaron hasta el valle que había al pie de la colina de la villa. Los tres soldados que debían conseguir el barco pesquero ya habían partido hacia el pequeño puerto. Calvet había amenazado de muerte a los tres si

hacían el más pequeño ruido durante su viaje, y en esos momentos reiteró la advertencia, dirigida esta vez a su propio grupo, que a partir de entonces avanzó a un paso desesperadamente lento. Así que ya habían pasado las dos de la madrugada cuando llegaron a un cipresal que era el último escondite disponible antes de que treparan por la empinada y despejada ladera de la colina hacia las ruinas del lado este de la villa. La inconvenientemente brillante luna resplandecía sobre el mar y perfilaba la irregular silueta del alto edificio.

Calvet se quedó junto a Sharpe y miró aquella silueta.

—Si están despiertos y preparados, amigo mío, es usted un inglés muerto.

Sharpe reparó en el *mon ami* y sonrió.

—Recemos para que estén dormidos.

—Maldita oración, inglés. Ponga su fe en la pólvora y la bayoneta.

—¿Y en el brandy?

—Eso también. —Calvet le ofreció su petaca. Sharpe estuvo tentado pero rehusó. Haber aceptado, decidió, hubiera sido como demostrar el miedo que antes había confesado pero que ahora, a las puertas de la batalla, debía ocultarse. Era particularmente importante ocultarlo cuando estaba siendo observado por esos endurecidos soldados de la propia guardia de Napoleón. Esa misma noche, juró Sharpe, tres fusileros demostrarían ser más que iguales que aquellos orgullosos soldados.

Calvet no tenía ningún reparo en demostrar su afición al brandy. Se llevó la petaca a la boca y después, para gran asombro de Sharpe, le dio un cálido abrazo al fusilero.

—*Vive l'Empereur mon ami.*

Sharpe sonrió, vaciló y luego probó por sí mismo ese grito de guerra nuevo para él.

—*Vive l'Empereur mon general.*

Los soldados de la Guardia imperial sonrieron mientras que Calvet, encantado, soltó una carcajada.

—Está mejorando, inglés, está mejorando; pero también se está retrasando, así que váyase. ¡Vamos!

Sharpe se detuvo, levantó la vista hacia la colina y se preguntó qué horrores los aguardarían en su negra cumbre. Entonces hizo un gesto con la cabeza a Frederickson y a Harper e inició la marcha bajo la luz de la luna. Por fin el largo viaje llegaba a su final.

\* \* \* \*

Al principio fue fácil, fue simplemente un duro ascenso por la ladera de una colina

llena de maleza que ponía más a prueba los músculos de las piernas que los nervios. En una ocasión Sharpe pisó una piedra suelta, que cayó hacia atrás junto a un torrente de tierra y piedras más pequeñas, y se quedó helado al pensar en el menosprecio al que Calvet estaría dando rienda suelta entre los árboles de más abajo. Harper y Frederickson observaron el enorme edificio que estaba en lo alto, pero no percibieron ningún movimiento aparte del de los murciélagos que revoloteaban entre las paredes rotas. No se vio ninguna luz. Si había guardias en las ruinas estaban muy silenciosos. Sharpe pensó en los grandes perros que parecían lobos, pero si las bestias estaban esperando, también lo hacían en silencio. Quizá, tal como Frederickson se había aventurado a esperar, no fueran otra cosa más que mascotas que, en esos instantes, estaban durmiendo en algún recoveco de la silenciosa villa.

Los tres fusileros siguieron adelante, torciendo a la derecha para poder aprovecharse al máximo de la sombra que por la luz de la luna proyectaba el edificio y que extendía su oscuridad hasta una cuarta parte del camino por la falda más oriental. Seguía sin haber nadie que les diera el alto. Se movían como los escaramuzadores que eran, desplegándose de manera que cada vez había uno de ellos que se quedaba inmóvil, con el fusil al hombro, cubriendo a los otros dos.

Tardaron quince minutos en alcanzar la envolvente oscuridad de la sombra que proyectaba el edificio. Una vez sumidos en aquella penumbra más intensa pudieron moverse con más rapidez, aunque entonces la pendiente se había hecho tan pronunciada que Sharpe no tuvo más remedio que ponerse el fusil en bandolera y valerse de las manos para trepar. Un viento suave había empezado a agitar el aire, desplazándose desde las montañas interiores y los olivares hacia el mar.

—¡Al suelo! —Harper pronunció las palabras entre dientes desde el flanco izquierdo, y Sharpe y Frederickson se echaron al suelo obedientes. Harper movió su fusil poco a poco hacia delante, pero dejó su pistola de siete cañones colgando a la espalda. Sharpe desenfundó su fusil y entonces oyó un sonido como de un roce que provenía de la cima de la colina. El ruido resultó ser de pisadas, aunque todavía no había nadie a la vista. Muy lentamente, Sharpe volvió la cabeza para dirigir la mirada por la larga ladera hacia abajo. No vio señales de Calvet ni de sus granaderos entre los cipreses oscuros como la tinta.

—¡Señor! —La voz de Harper era tan floja como el reciente y suave viento.

Dos hombres que paseaban tranquilos giraron la esquina del edificio en ruinas. Estaban hablando. Ambos llevaban un mosquete colgado al hombro y los dos fumaban. En cuanto se internaron en las sombras de la pared del este, el único signo de su avance fue el resplandor intermitente de los dos cigarros. Sharpe oyó que los guardias se reían a carcajadas. Aquel sonido confirmó lo que la despreocupada actitud de los dos hombres ya había sugerido: que Ducos no había sido advertido. Unos soldados que esperaran un ataque serían mucho más cautelosos y silenciosos.

Era evidente que los dos guardias estaban ajenos a cualquier peligro, pero representaban un riesgo, puesto que se detuvieron a medio camino de la falda oriental y parecieron acomodarse en la base de la pared derruida. Entonces, desde algún profundo lugar del interior del negro laberinto de ruinas, un perro gruñó. Uno de los dos guardias dio un grito para hacer callar al animal, pero en el silencio que siguió el miedo invadió a Sharpe como un enorme estallido de dolor en el vientre. Temía a esos perros.

Sin embargo, a pesar del terror, se obligó a deslizarse colina arriba. Se encontraba en el flanco derecho de los tres fusileros, el más alejado de los dos guardias, así que era el que tenía más probabilidades de llegar a las ruinas sin que le vieran. Avanzó muy despacio, arrastrándose dolorosamente con los codos. Calculó que se encontraba a menos de cuarenta metros de las ruinas más próximas y quizás a unos cincuenta de donde estaban los dos hombres, agachados entre la derrumbada mampostería. Pasó por alto a los dos soldados y trató en cambio de encontrar una ruta para introducirse en el entramado de piedra rota de arriba. Si podía abrirse camino rodeando por detrás a los dos guardias, tal vez pudiera acallarlos sin necesidad de disparar un solo tiro. Había aguzado la gran espada de manera que su filo era brillante y mortífero. Llevaba la vaina envuelta con unos trapos para que el metal no tintineara contra las piedras. Estuvo atento a ver si escuchaba a los perros pero no oyó nada. Su hombro izquierdo era un cúmulo de dolor, ya que cargaba con el peso de sus codos. La articulación no se había curado debidamente, pero tenía que olvidarse del dolor. Se dio cuenta de que Frederickson y Harper permanecían inmóviles. Debían de estar oyendo el sonido casi imperceptible de los movimientos furtivos de Sharpe, haber adivinado lo que planeaba hacer y esperaban apuntando con sus fusiles hacia los dos cigarros refulgentes.

Sharpe podía sentir los fuertes latidos de su corazón. Los dos guardias seguían conversando en voz baja. Alzó la pierna derecha, encontró un punto de apoyo y se levantó con cuidado. En dos minutos, calculó él, estaría en el interior de las ruinas. Diez minutos añadidos para acechar a los dos hombres y entonces podrían llamar a Calvet con la señal que habían acordado, el reclamo discordante de un chotacabras. Dio otro paso hacia arriba con cuidado, pero entonces todas sus esperanzas de sorpresa y todos los miedos reprimidos de la noche estallaron en una explosión letal de ruido.

Los dos perros habían olfateado a los desconocidos en la refrescante brisa.

Un segundo antes todo era silencio en la cima de la colina, a excepción del hablar entre dientes de los dos guardias, y entonces, con una brusquedad horrible, dos perros aullaron dirigiendo sus gritos a la luna al tiempo que pasaban como podían por encima de la pared en ruinas, desesperados. Sharpe tuvo tiempo de percibir la desagradable visión de sus desgreadas siluetas perfiladas contra el cielo cuando

saltaron.

—¡Fuego! —gritó la orden presa del pánico.

Harper y Frederickson dispararon a los dos centinelas. El ruido de los fusiles sonó sorprendentemente fuerte, tanto que miles de pájaros que se habían posado para pasar la noche se alzaron de entre las piedras derrumbadas para desperdigarse. Uno de los guardias gritó de dolor.

Los perros olfateaban a su enemigo más cercano: Sharpe. Tras su primera visión de las bestias, sólo había tenido tiempo suficiente para levantar una rodilla y desenfundar la gran espada. No podía ver a los animales en la oscuridad de las sombras, pero podía oírlos y olerlos. Gritó al tiempo que blandía la pesada hoja. Notó que el acero golpeaba en una piel, rozaba un hueso y luego se deslizaba desencajándose. El animal al que había golpeado aulló como un alma atormentada. Sharpe supo que debía de haberlo herido de gravedad, puesto que se fue hacia un lado; pero entonces el segundo animal iba directo a por él mostrando los dientes. El brazo en el que el fusilero llevaba la espada estaba desequilibrado, así que balanceó el izquierdo para rechazar el ataque. Los dientes del perro se cerraron en la tela verde de su vieja casaca, y el animal tiró con todo su peso de la frágil tela hasta rasgarla, pero no antes de que el impacto del ataque hubiera mandado a Sharpe rodando cuesta abajo. Tenía el cuerpo laxo a causa del miedo. Sabía luchar contra hombres, pero aquella violencia salvaje era algo que no podía prever ni comprender. Al caer perdió tanto la espada como el fusil. El segundo perro también había perdido el equilibrio y cayó de lado por la cuesta. El primero, con la ijada sangrando y una pata delantera rota, arremetió contra él.

Sharpe se alejó de él como pudo y, en su desespero, cayó de espaldas; pero entonces, el segundo perro, con jirones de tela verde que le colgaban de entre los dientes, se lanzó sobre su vientre de un salto. Sharpe olió el rancio aliento del animal y supo que el perro estaba a punto de rasgarle la tráquea.

Desesperadamente, acometió con su mano derecha, agarró al perro por la garganta y apretó. Un mosquete disparó desde la cima y los ojos del animal refulgieron, súbitos y rojos, con el flogonazo del cañón. Calvet estaba gritando órdenes al pie de la colina. La saliva le goteaba a Sharpe en la cara. El perro era una masa pesada de hueso y músculo, nada más que una bestia asesina. Buscó un punto de apoyo para sus patas en el pecho y el vientre de Sharpe, sacudió la cabeza para soltarse de la terrible opresión en su nervudo cuello y tiró hacia abajo con todo su peso para arrancarle la piel de la cara con los dientes. En algún lugar de la cima de la colina gritó un hombre. Se oyó el disparo de otro mosquete, aunque muy lejos de donde se encontraba Sharpe. Él quería gritar para pedir ayuda pero necesitaba toda su fuerza para resistir las embestidas del perro.

El fusilero dio un giro, hizo fuerza y logró que el perro rodase por encima de su

compañero herido. Todavía tenía las uñas de la mano derecha clavadas en la garganta del animal. Le gritó con ira impotente y luego tiró como si fuera a arrancarle la tráquea de cuajo. El perro herido le gruñó. Hubo otro disparo de mosquete, y con el estallido de la llama Sharpe vio el brillo de la oscura luz en la hoja de la espada que se le había caído. Cogió el arma con la mano izquierda, sosteniéndola por la hoja, y la clavó. La fuerza del golpe hizo que su mano descendiera apretada contra el filo y le cortó la palma de la mano, pero hirió gravemente a uno de los perros, puesto que ganó y Sharpe sintió la sacudida del acero cuando la bestia se retorció para intentar librarse de la hoja. Soltó la mano derecha de la garganta del perro, agarró la empuñadura de la espada y se puso en pie. Los dos perros se lanzaron hacia él, pero empezó a dar golpes como si tuviera un hacha en lugar de una espada y siguió dándolos hasta que no quedó nada más que piel ensangrentada y carne despedazada.

—¡Señor! —gritó Harper desde las ruinas—. ¿Dónde está, señor?

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué está ocurriendo?

—Aquí hay dos muertos, señor.

—¡Entren en las ruinas! —Sharpe apretó la mano derecha rajada para detener la sangre que manaba de su palma. La pierna derecha y el hombro izquierdo le dolían de un modo horrible. Por debajo de él vio a los hombres de Calvet que trepaban desesperadamente hacia las ruinas. Sharpe no vio su fusil. Se volvió a poner de rodillas y buscó a tientas por la ladera hasta que al fin descubrió la culata bajo los pedazos de carne de perro aún calientes. Tiró del arma pegajosa por la sangre para soltarla y luego se dirigió renqueando hacia la cima.

Frederickson lo encontró allí.

—Harper disparó a uno de los soldados y yo he matado al otro. ¿Está usted bien?

—No, no lo estoy. Malditos perros. —Sharpe todavía temblaba con el recuerdo del miedo a los canes. Rompió un trozo de tela desgarrada de la manga izquierda y se envolvió con ella la mano herida. Un hombre gritó desde la esquina de la villa, y con eso Sharpe supo que otros piquetes habían acudido para unirse a la lucha. No les haría caso. Los guardias imperiales de Calvet podían sufrir y ocuparse de la amenaza que representaban, porque lo importante, lo único importante era penetrar en las profundidades del edificio—. ¡Vamos!

Harper ya había encontrado un camino a través de la desmoronada pared exterior y en esos momentos estaba esperando a Sharpe entre los restos derrumbados de un viejo patio. En algunos lugares, la antigua mampostería llegaba a una altura de dos pisos mientras que en otros apenas alcanzaba un metro de alto y estaba cubierta de maleza.

—¡Rápido! ¡Muévanse! —Sharpe siseaba a causa del dolor, pero tenía que reprimirlo. Ya no había factor sorpresa, por lo que el ataque tenía que ser arremetedor como el acero y tan rápido y profundo como fuera posible antes de que el enemigo se

recobrara. Condujo a los dos fusileros por el interior de un laberinto de paredes rotas y arcos derrumbados, pasando de una sombra a otra y siempre en dirección oeste, hacia la parte intacta de la casa. A cada paso Sharpe esperaba que un cañón de mosquete estallara dándoles la bienvenida, pero cada esquina que doblaban y cada pared que saltaban no revelaban nada más que silencio y ruinas inmóviles. Las columnas de piedra habían caído sobre los pasillos sin techo y las vigas estaban medio enterradas bajo muros derrumbados. Era un lugar para pájaros, lagartijas, serpientes y silencio.

—¡Por aquí! —exclamó Harper. Había encontrado un claustro que no había sufrido desperfectos y que parecía ofrecer una vía de acceso a través del extremo oeste del edificio. Sharpe siguió al irlandés. Uno de los soldados de Calvet gritó desde detrás, pero Sharpe no hizo caso de la llamada. De pronto los mosquetes sonaron con estrépito en la cara este de las ruinas. Sharpe tropezó con un mampuesto roto y cayó en la profunda oscuridad del intacto claustro. Frederickson entró a continuación y los tres fusileros, ocultos temporalmente, se detuvieron para recuperar el aliento.

—¿Todo el mundo va cargado? —preguntó Sharpe.

Los tres fusiles estaban cargados. Sharpe enfundó la espada y amartilló su fusil. Tenía la mano y el brazo izquierdos destrozados de dolor, pero debía olvidarse del sufrimiento si quería que la noche no terminara en una ignominiosa derrota. El claustro estaba oscuro como boca de lobo. Llevaba al oeste, donde, sin duda, Ducos debía de estar esperando. Sharpe suponía que los hombres de Ducos aparecerían en cualquier momento y apuntó el fusil hacia las oscuras sombras amenazadoras.

—¡Comandante! —rugió Calvet desde el muro del lado este—. ¿Dónde diablos está, cabrón?

Sharpe estaba a punto de responder, pero si profirió algún sonido, éste quedó ahogado por una nueva descarga de los mosquetes. Parecía venir del cielo, y el fusilero se movió sigilosamente hacia el extremo del claustro, miró hacia arriba y vio una oscura concentración de hombres que coronaban el muro intacto que señalaba el borde de la parte en ruinas del edificio y el principio de las dependencias habitadas. Estaban disparando desde arriba a los soldados de Calvet, que trataban desesperadamente de protegerse entre las piedras rotas.

Sharpe levantó su fusil.

—¡No! —exclamó Frederickson entre dientes.

—¿No?

—¡Es probable que los hijos de puta no sepan que nos hemos adentrado tanto en el edificio! ¡Vamos! —Frederickson bajó a tientas por el oscuro claustro. En esos momentos los soldados de Calvet devolvían el fuego, pero el duelo de descargas de mosquetes era terriblemente parcial. Los hombres de Ducos estaban ocultos bajo el



parapeto del tejado y podían sumir en su fuego las ruinas inferiores, mientras que los soldados de Calvet sólo podían disparar a ciegas hacia arriba.

—¡Comandante! —volvió a Calvet—. ¡En nombre de Dios! ¿Dónde está?

Sharpe había llegado al otro extremo del claustro y lo encontró bloqueado por una pesada puerta de madera. Frederickson se agachó al pie de la puerta, sacó con calma su caja de yesca, golpeó el pedernal contra el acero y sopló sobre el hilo carbonizado para producir una diminuta llama. La pequeña luz puso de manifiesto una vieja madera ennegrecida. La puerta estaba construida con cinco vigas de madera verticales tachonadas con clavos de hierro, pero el paso prolongado de los años y el calor seco habían contraído la madera y habían dejado unos huecos de la anchura de un dedo entre las pesadas vigas. Había un pestillo oxidado que Frederickson no pudo mover por más que lo intentó.

—La cabrona está cerrada con llave.

—Déjenme sitio. —Harper empujó a un lado a los dos oficiales y metió la fuerte hoja de su bayoneta en uno de los huecos. Hizo palanca con el acero, gruñendo por el esfuerzo. Sharpe estaba seguro de que la gruesa hoja se partiría antes de que cediera la Vetusta madera. El ruido de los mosquetes ahogó cualquier sonido que pudiera hacer Harper.

Frederickson sopló la llama de la yesca para mantenerla encendida mientras Sharpe desenvainaba su espada y metía la hoja junto a la de Harper. Giró la espada para que la presión fuera de un extremo a otro y sumó su fuerza a la del irlandés. La débil llama se apagó y entonces, con un estrépito y una lluvia de polvo, la madera se resquebrajó y se astilló. Harper rompió el tablón y utilizó la espada de Sharpe para acometer contra la siguiente viga gruesa. El fuego procedente del tejado persistía, mientras que el de las ruinas del lado este era esporádico, lo cual sugería que los hombres de Calvet estaban atrapados entre las piedras caídas.

—¡Podemos pasar! —Harper había hecho el agujero lo bastante grande y le devolvió la espada a Sharpe. El irlandés pasó primero a través del hueco, Frederickson le siguió y Sharpe entró el último. Se adentraron en una completa oscuridad, desprovista de estrellas, y a Sharpe le pareció como si se hubieran metido en alguna amplia mazmorra con un liso suelo de piedra, unas paredes verticales de piedra y un alto techo que hacía eco. Sharpe avanzó a tientas. Entonces el sonido de las descargas de mosquetes quedó amortiguado. Sin duda los defensores de la villa creían que estaban ganando la batalla, pero todavía no eran conscientes de que un diminuto grupo de atacantes había conseguido adentrarse en las profundidades del enorme edificio.

—¡Puerta! —Frederickson había encontrado la salida de la oscura estancia y, milagrosamente, la nueva puerta no estaba cerrada con llave. Chirrió y rechinó cuando Frederickson la empujó para entreabrirla. Conducía a un pasadizo que estaba

bañado con la tenue luz de antes del amanecer proveniente de unas ventanas que daban al norte. No había ningún enemigo esperando en el pasadizo, sólo un gato negro que les bufó y luego salió disparado.

Una escalera curva ascendía desde un arco negro azabache que había en la pared izquierda del pasadizo. Sharpe sabía que aquél no era momento de ser cauto; la rapidez lo era todo, y por lo tanto levantó su espada ensangrentada y subió. No intentó ser silencioso, sino que se limitó a subir de dos en dos los peldaños de la escalera curva. La escalera daba a una habitación de paredes de piedra donde una parpadeante vela de sebo dejó ver a dos chicas aterrorizadas que se aferraban una a otra sobre los restos de sus camas. Había ropas de hombre por el suelo aunque sin duda aquellos hombres estaban entre los defensores del tejado. Una de las chicas abrió la boca para gritar y Sharpe la amenazó instintivamente con la espada. Ella se quedó muy quieta.

Harper entró dándole un empujón a Sharpe, vio a las chicas y apuntó su fusil en el que llevaba entonces calada su bayoneta. Las chicas sacudieron la cabeza, como para demostrar que no iban a hacer ningún ruido. Frederickson apareció en la habitación. Se había preparado para la batalla de la manera habitual, guardándose el parche del ojo y la dentadura postiza en la bolsa de la munición y ofreciendo así un aspecto aterrador que hizo que una de las chicas tomara aire para gritar. Harper le dio un golpe en un lado de la cabeza con el filo de su hoja. Ella se quedó inmóvil. La manta se cayó y reveló que estaba desnuda.

—Mate a esas putas. —Frederickson fue el último en entrar en la habitación.

—Dígales que si hacen algún ruido las mataremos a las dos —ordenó Sharpe. Frederickson pareció indignado ante esa muestra de debilidad pero obedeció. Una de las dos chicas asintió con la cabeza para indicar que lo entendía, y Sharpe agarró una manta del suelo y la tiró encima de sus cabezas—. ¡Vamos!

Una segunda escalera curva salía de la habitación. Sharpe volvió a subir primero. El ruido de las descargas de mosquetes se había hecho mucho más fuerte, y ponía de manifiesto que los fusileros estaban muy cerca de los soldados de Ducos. En lo alto de la escalera había una puerta medio abierta que Sharpe sabía que conducía al techo plano desde donde los hombres de Ducos vertían su lluvia de fuego sobre los soldados de Calvet. Sharpe se acordó de un momento como aquél en la frontera portuguesa, cuando él y Harper habían subido por una escalera precisamente como aquélla con la certeza de que el enemigo les aguardaba en lo alto. Se sintió como una rata en un tonel y con el miedo aminoró el paso. A través de la puerta medio abierta pudo ver el cielo. Había una alta voluta de nubes iluminada de un color gris plateado contra la oscuridad.

—Muévase, señor. —Harper empujó sin miramientos a Sharpe para que se hiciera a un lado y tomó la delantera. Se había colgado el fusil y la bayoneta en el hombro

izquierdo para de esa manera poder usar su arma favorita: la pistola de siete cañones. El irlandés se pasó la lengua por los labios, se santiguó y entonces abrió del todo la puerta de un empujón.

Harper se quedó paralizado. Podía ver al enemigo, pero Sharpe no. Frederickson trató de avanzar, aunque no pudo ponerse delante de Sharpe.

—Dios salve a Irlanda —murmuró Harper, y Sharpe supo que el hombretón, lo mismo que él, estaba asustado. Sharpe tenía un fuerte nudo en el estómago causado por la certeza de que la muerte aguardaba al otro lado de la puerta abierta.

—¿Cuántos? —le susurró a Harper.

—Al menos una docena de esos cabrones.

—¡Por el amor de Dios! —Frederickson estaba enojado—. ¡Van a crucificar a Calvet!

—*Vive l'Empereur!* —exclamó Sharpe neciamente, y el otrora grito de batalla del enemigo pareció impulsar a Harper a través de la puerta abierta.

—¡Cabrones! —El irlandés gritó esa palabra como si fuera su grito de guerra particular. Los hombres se volvieron hacia él con el asombro reflejado en sus caras, Harper apretó el gatillo y el pedernal prendió fuego en la recámara detrás de los siete cañones. La pistola martilleó como un pequeño cañón, y dos de los hombres de Ducos quedaron con los pies totalmente destrozados y cayeron, dando gritos, sobre las piedras de abajo.

Sharpe había entrado detrás de Harper en el tejado envuelto en humo. Llevaba el rifle en su mano izquierda torpemente vendada, lo disparó y no esperó a ver si la bala había impactado, sino que avanzó corriendo con la espada en la mano derecha. La hoja era una maraña de sangre y pelo de perro. Frederickson flanqueó a Harper por la derecha. Un mosquete disparó contra ellos, pero los tres fusileros se movían demasiado rápido y la bala pasó silbando entre Sharpe y Harper sin causar daño.

La sorpresa de su pequeño ataque fue absoluta. Los hombres del sargento Challon habían estado disparando hacia abajo con relativa seguridad y en un segundo se vieron atacados violentamente por su flanco izquierdo. Los soldados más próximos a los fusileros no tuvieron tiempo de escapar. Uno de ellos intentó esquivar a Sharpe, pero la gran espada le dio con el movimiento de revés y le cortó la garganta hasta la columna. El grito de triunfo del fusilero le hubiera helado la sangre al diablo. Harper utilizaba la culata de la enorme pistola como si fuera un garrote. Frederickson disparó a un hombre, desechó su fusil y ensartó elegantemente a otro con su espada. Sharpe pasó de largo su primera víctima en busca de otra. Ahora el miedo había desaparecido, arrastrado por la antigua exaltación del combate. El enemigo corría. Se dirigían desesperados a empujones hacia una entrada que había en el lado más alejado del tejado. Aquellos hombres no tenían estómago para esa lucha; ninguno excepto uno que tenía las duras facciones de un viejo soldado. El rostro bigotudo

estaba enmarcado por las trenzas de los dragones de élite de Napoleón. El soldado llevaba los restos de su viejo uniforme de color verde que tenía un solo galón de sargento. Levantó su espada recta hacia Sharpe, hizo una finta y entonces arremetió contra Harper. No terminó la acometida, sino que retrocedió y blandió la espada hacia Frederickson. El hombre estaba acorralado, sus compañeros lo habían abandonado, pero él llevaba a cabo una fría lucha desde su desesperada posición.

—Ríndase —le dijo Sharpe en inglés, luego se corrigió y dio la orden en francés.

La única respuesta fue un repentino y violento ataque. Sharpe esquivó el golpe de manera que las dos espadas sonaron como una campana. El resto del enemigo había desaparecido por la distante escalera hacia abajo, y ahora el sargento francés se batía en retirada tras ellos; pero ni una sola vez dio la espalda a sus tres oponentes. Frederickson giró poco a poco para amenazar su flanco derecho y la espada del sargento de dragones se deslizó hacia el nuevo peligro, pero Harper fue más rápido que él: se situó a la izquierda del sargento, alargó la mano y lo agarró del cinturón para hacerle perder el equilibrio. El sargento trató de volver la hoja hacia el otro lado, pero Harper se la arrancó de las manos con desprecio y la mandó dando vueltas por encima del parapeto. Entonces golpeó al sargento francés en la cabeza de manera que el hombre se desplomó en una aturdida agonía.

—Le dijeron que se rindiera —dijo Harper pacientemente; luego golpeó al hombre de nuevo—. Maldito cabrón tozudo.

—¡Comandante! —el general Calvet estaba de pie en las ruinas de abajo.

—¡Vayan por la derecha! —Sharpe señaló el lugar por donde ellos habían entrado al pasadizo—. ¡Dense prisa!

—¡Inglés! ¡Bien hecho!

Sharpe se rió por el cumplido y trató de hacer una elaborada reverencia al francés. Mientras se inclinaba, Harper dio un repentino grito de alarma y Sharpe dejó su cortesía para echarse boca abajo de un modo ignominioso al tiempo que un cañón pequeño rompía el amanecer con su súbito ruido. La bala pasó ruidosamente por encima de la cabeza de Sharpe.

—¡Ducos! —Frederickson había divisado al enemigo.

Sharpe miró hacia donde señalaba Frederickson. Más allá de aquel tejado había otro patio, éste intacto, y en su extremo más alejado Sharpe vio un ventanal abierto en un piso superior. La habitación tenía un balcón del que salían unas nubes de humo. Unos hombres se movían a la luz de un farol detrás del balcón; entonces el suave viento se llevó el humo que impedía la visión y al fin Sharpe pudo ver a su enemigo. Primero reconoció los redondos cristales de las gafas, luego vio el delgado rostro y vio también, con asombro, que Ducos llevaba un uniforme de mariscal francés. Por un segundo, Ducos miró a Sharpe directamente a los ojos y luego se dio la vuelta y se alejó. Otros dos hombres ocuparon su lugar. Entre los dos llevaban un extraño objeto

metálico que pusieron en la ventana. Por un instante Sharpe pensó que era una pequeña mesa deforme, pero entonces Frederickson reconoció el arma de cuatro patas.

—¡Es un maldito saltamontes! —exclamó con desdén, pero se dejó caer al suelo cuando el botafuego se acercó al cebo para que prendiera. En esa ocasión habían cargado el pequeño cañón con múltiples balas que pasaron silbando sin causar daño por encima de sus cabezas.

Sonó un grito abajo y Sharpe supo que los hombres de Calvet debían de haber entrado en el segundo patio. El sonido de las descargas de mosquetes empezó de nuevo y fue aumentando de volumen en un seco crescendo. Pero esa vez el mortífero sonido provenía de las profundidades del refugio de Ducos. El amanecer ya iluminaba el cielo del este con un pálido baño plateado y Sharpe fue consciente de que la batalla estaba medio ganada, aunque todavía no había terminado. Aún había que atrapar y capturar vivo a cierto enemigo. Cargó su fusil, limpió la sangre de la hoja de su espada y volvió de nuevo a la lucha.

## CAPÍTULO 15

El sargento Challon yacía sobre el tejado desarmado e inconsciente, pero Pierre Ducos no estaba enterado del aprieto de su leal sargento. Sin embargo, lo maldijo por haberle abandonado igual que maldijo a los soldados que habían contratado y que en aquellos momentos salían como podían de la villa desesperados para huir corriendo y adentrarse en lo que quedaba de la noche. Sólo un puñado de dragones se había quedado con Ducos, no por lealtad, sino con la exigencia de que éste abriera entonces la enorme caja fuerte y los dejara irse con su botín.

Su avaricia se vio interrumpida por los soldados de Calvet, que empezaron a irrumpir en los pasillos inferiores. Las mujeres y los niños gritaban al intentar escapar de los vengativos guardias, y los gritos sirvieron para recordar a los dragones de Ducos el apuro en el que se encontraban. Cerraron las puertas de golpe para aislar la caja fuerte de los atacantes y luego con un hacha hicieron aspilleras en las puertas para mantener a raya a los soldados de Calvet. El cañón saltamontes disparó una vez más hacia el distante tejado, pero los tres hombres de uniforme color verde parecían haberse ido, por lo que bajaron el cañón hasta el arco encortinado que daba al mar. Desde esa posición podía masacrar a un enemigo que intentara flanquear las troneras de las puertas cruzando la terraza de adoquines y balaustrada.

—Si resistimos lo suficiente —rogó Ducos a sus seis soldados restantes—, prometo que obtendremos ayuda.

Ducos cargó dos pistolas grabadas en oro que habían sido un regalo del zar de Rusia al emperador de Francia antes de que las dos naciones se enemistaran. Llevó las pistolas hasta la ventana que daba al patio y disparó hacia el lugar donde creía haber visto a Sharpe. En esos momentos no se veía a nadie en el apartado tejado, por lo que Ducos se limitó a disparar a los fantasmas. Estaba intentando convencerse de que la aparición de Sharpe había sido sólo eso, un fantasma que le había asaltado de repente debido a sus avivados miedos y que se había hecho más palpable a causa de la pobre luz del amanecer. Sin embargo, podía oír que los soldados que había en los pasillos al otro lado de las puertas cerradas no eran fantasmas: eran compatriotas franceses que habían acudido en busca de un tesoro que Ducos no entregaría.

Algunas de las piezas de ese tesoro las habían utilizado entonces para cerrar con barricadas el arco donde habían puesto el cañón saltamontes. Había un globo celeste amontonado encima de una cómoda de estilo japonés. Un diván tapizado con seda color verde hacía de parapeto, mientras que, debajo de él, una mesa de ébano cuya superficie tenía incrustaciones de plata y marfil estaba colocada como escudo para las balas enemigas. Había cojines, cortinas, alfombras y ropa de cama embutidos entre las sillas para hacer la barricada aún más tremenda. Sólo dejaron en su sitio la pesada cortina de color verde que ocultaba la ancha alcoba donde estaba oculta la caja fuerte.

Dos hombres manejaban el cañón saltamontes desde su acolchada tronera mientras que los otros cuatro dragones se turnaban para disparar desde las aspilleras de las puertas. Ducos, con su uniforme chillón que le colgaba como si fuera un espantapájaros vestido de gala, caminaba impaciente entre las tres posiciones y tejió la fantasía de un inminente rescate napolitano.

Las dos puertas con las aspilleras eran viejas y resistentes. Una bala de mosquete no podía atravesar la madera. Al principio el fuego proveniente de los pasillos era alarmante por su intensidad, pero los dragones no tardaron en comprender que estaban a salvo y se dieron cuenta enseguida de que podían echar a los atacantes disparando desde las aspilleras. Habían hecho una fortaleza en el interior de la villa, y las únicas entradas de esa fortaleza eran las dos puertas o la terraza, que resultaría un terreno mortífero a causa del pequeño cañón metálico. Los dragones echaban de menos la presencia tranquilizadora del sargento Challon, pero en esos momentos se sentían bastante seguros e incluso encontraban un nefasto placer en su exitoso desafío. Ducos echó una mano cargando todos los mosquetes, carabinas y pistolas de más para que cualquier decidido ataque pudiera ser correspondido con un fuego implacable.

—Lástima de las mujeres —refunfuñó uno de los dragones.

—Volverán. —Su compañero disparó a través de una de las astilladas aspilleras y su bala rebotó por el oscuro pasillo. Los atacantes se habían puesto a cubierto del fuego enemigo y sus disparos de respuesta eran tan poco efectivos como infrecuentes. El hombre que había disparado retrocedió y le echó una mirada desdeñosa a Ducos.

—Es la primera vez que veo a un mariscal de Francia cargando un mosquete.

—Ahuyentaremos a esos cabrones —dijo su compañero entre dientes— y luego mataremos al mequetrefe y nos llevaremos el dinero a casa. —Había sido sólo la tozuda lealtad del sargento Challon lo que había impedido con anterioridad una solución tan deseable, pero ahora Challon se había ido. El soldado disparó de nuevo a través de la puerta, retrocedió y dirigió la mirada hacia arriba porque un extraño sonido atrajo su atención. Se quedó mirando el alto techo boquiabierto, luego agarró un mosquete cargado que apuntó directamente por encima de la cabeza y disparó. La fortaleza en el interior de la fortaleza no era tan segura como podía haber parecido.

\* \* \* \*

La bala de mosquete se alojó en una tabla del suelo debajo de Harper, pero golpeó con tanta fuerza que el pesado tablón pareció temblar bajo sus pies. El polvo se sacudió a lo largo de toda la formidable longitud de la madera. Harper tiró con su bayoneta de una grieta entre las tablas.

—Necesito una maldita hacha.

—No tenemos una maldita hacha —replicó Frederickson de manera cortante y dio un salto hacia atrás al tiempo que otros tres disparos golpeaban en el suelo—. ¿Por qué no incendiarnos este condenado lugar?

Ni Sharpe ni Harper le respondieron. Ambos tenían unas hojas más fuertes que la de la delgada espada de Frederickson y estaban haciendo palanca en la vieja y gruesa madera. Se habían abierto camino rodeando el tejado de la villa para encontrar aquel ático cubierto de polvo situado justo encima del santuario interior del enemigo. Sharpe había sacado unas cuantas tejas del tejado para entrar en ese espacio polvoriento donde los excrementos de murciélago formaban una gruesa capa que cubría el suelo.

—¡Se está moviendo! —Harper puso sobre aviso a Sharpe, que se dirigió hacia el otro lado de la pesada tabla del suelo. Sharpe deslizó su espada bajo la madera e hizo palanca. Los dos se apartaron en cuclillas de su tarea. Las balas golpeaban ruidosamente en la parte de abajo del suelo y Sharpe temía que una de ellas le diera a la punta de su espada y rompiera el acero. Se levantó, colocó el pie en la empuñadura, hizo fuerza hacia abajo de tal modo que la madera crujió y se levantó en toda su longitud. El extremo más alejado de la tabla todavía estaba fuertemente sujeto con unos antiguos clavos, y la tensión consiguiente amenazaba con romper la madera y mandarla hacia atrás como un resorte hasta que Frederickson metió su fusil por debajo para sostener el extremo suelto con fuerza. Los soldados de Ducos estaban gritando abajo. Una bala de mosquete encontró el hueco y rompió una teja a menos de treinta centímetros de distancia de la cabeza de Frederickson.

Harper alcanzó su pistola de siete cañones, la metió por debajo de la tabla alzada y disparó a ciegas hacia abajo. El ruido fue enorme en aquel reducido espacio, pero, aun así, los fusileros pudieron oír un grito proveniente de la habitación inferior cuando las siete balas rebotaron a lo loco por las paredes y el suelo de piedra. Sharpe disparó su rifle a través del agujero y luego ambos retrocedieron para recargar. Frederickson se agachó para disparar el fusil de Harper en la guarida de Ducos.

—Es como disparar a unas ratas dentro de un tonel —dijo en tono grave, y entonces, de pronto, los tres fusileros quedaron ensordecidos, y Frederickson, con el fusil todavía cargado, cayó de espaldas.

La tabla que habían levantado parecía haber explotado, se alzó de golpe y le cayó encima. El ático se llenó de un desgarrador estrépito de astillas y, por debajo de ese sonido y mezclado con él, se oyó la enorme y retumbante detonación del pequeño cañón saltamontes. Habían colocado el arma vertical, en equilibrio sobre sus patas traseras y la culata, y la habían disparado hacia arriba. La descarga había destrozado uno de los maderos del suelo del ático, lo había astillado y había atravesado las tejas. Frederickson yacía inmóvil en el suelo. Su rostro sangraba debido al montón de astillas, pero Sharpe no encontró ninguna otra herida. La proximidad del paso de la



bala de cañón debió de haberlo dejado prácticamente sin sentido. Sharpe había visto a soldados que eran derribados de una manera similar por el golpe de una descarga aérea. Frederickson viviría, pero en unas pocas horas su rostro sería un enorme moretón.

—Vivirá —le dijo Sharpe a Harper y entonces, de modo vengativo, cogió el fusil que no había sido disparado y apretó el gatillo hacia abajo, a través del agujero que había abierto la descarga. Harper estaba cargando con denuedo su pistola de siete cañones y, al mismo tiempo, contaba los segundos que tardarían los hombres de abajo en volver a cargar el pequeño cañón. Frederickson gimió tristemente. Una de las astillas se le había alojado en la cuenca del ojo vacía, que estaba ahora llena de sangre.

—Tenga cuidado, señor —advirtió Harper. Se imaginaba que estaban recargando el cañón saltamontes. Los dos fusileros se quedaron muy quietos: si los hombres de abajo poseían algo de inteligencia no dispararían al mismo lugar, sino que dirigirían la carga hacia una zona del techo que no estuviera rota. Sharpe sintió el miedo de la completa impotencia, sabiendo que en cualquier momento una bala de cañón podía ser lanzada por debajo de sus pies.

—¡Disparad, hijos de puta! —dijo entre dientes.

El cañón disparó. Los hombres de abajo habían supuesto mal y el disparo atravesó el extremo más alejado del ático. El polvo y el ruido inundaron aquel reducido espacio mientras que las tejas rotas traquetearon tejado abajo y se estrellaron en el patio.

El ruido del cañón todavía resonaba en el ático cuando Harper se dirigió con la rapidez de un gato escaldado hacia el primer agujero. Miró hacia abajo, metió los siete cañones a través de la rota abertura y apretó el gatillo. Sólo había tenido tiempo de cargar cinco cañones, por lo que gran cantidad de la fuerza del arma se desperdició por los dos que quedaron vacíos; pero los hombres que manejaban el saltamontes se encontraban tan sólo a unos cinco metros por debajo de él y las cinco balas tenían fuerza suficiente para matarlos a ambos. Sharpe disparó su fusil recargado a través del agujero más reciente y luego fue a ayudar a Harper, que estaba haciendo palanca en el tirante tablón del suelo. Frederickson gimió, se puso de lado y se quedó tumbado sin moverse. La tabla del suelo, debilitada a causa del golpe de la bala de cañón, dio un chasquido y al fin Sharpe y Harper pudieron observar a su enemigo.

Dos hombres yacían muertos junto al cañón saltamontes caído, el cual, como había sido colocado sobre su parte trasera para disparar hacia arriba, tenía entonces las dos patas de atrás torcidas. Un tercer hombre herido estaba tendido sobre un charco de sangre junto a la puerta más alejada. Los demás dragones se habían refugiado en las esquinas de la habitación. Uno de ellos alzó una carabina y tanto Sharpe como Harper se echaron atrás y se agacharon.

Sharpe volvió a cargar su fusil. Frederickson respiraba roncamente. Abajo había silencio. Ducos y los dragones que quedaban tenían miedo del imponente poder destructivo de la pistola de siete cañones, y ninguno de ellos se atrevía a pisar el centro de la habitación para recuperar su pequeño cañón, así que retrocedieron a las esquinas y se quedaron mirando con temor el techo roto. Todavía estaban mirando cuando los soldados de Calvet se acercaron a las puertas con las aspilleras y metieron los mosquetes a través de ellas.

—*Non! Non!* —gritó uno de los dragones.

Sharpe agarró uno de los fusiles y trató de sacar la tabla de al lado de la que estaba rota. Se había aflojado a causa de los dos disparos del cañón y salió con una facilidad sorprendente. Vio a los dragones con las manos en alto y también los mosquetes que asomaban por las puertas, pero no vio a Ducos.

—¡General! —gritó.

—¿Comandante? —la voz de Calvet sonó amortiguada.

—¡Espere ahí! ¡Yo abriré!

Harper trató de detener a Sharpe.

—¡Se romperá las piernas, señor!

Pero Sharpe quería a Ducos vivo. Quería capturar al pequeño y astuto enemigo que le había venido pisando los talones desde la frontera portuguesa hasta aquella casa en ruinas de Italia y, estando tan cerca de su antiguo rival, no le privarían de hacerlo. Descendió a través del agujero abierto, se quedó un segundo colgado sujetándose con las manos y se dejó caer.

La altura desde el techo hasta el suelo era de casi cinco metros. Sharpe había reducido la distancia colgándose de las tablas rotas, pero aun así descendió casi tres metros. Sufrió una sacudida al caer. Golpeó de lado contra el suelo de piedra y el dolor le subió desde el tobillo derecho hasta su recién curado muslo. Gritó de dolor, rodó hacia la derecha y con un gruñido les dijo a los dragones que no se movieran. Esperaba recibir una bala en cualquier momento. Harper estaba por encima de él y apuntaba a la habitación con su fusil. Ninguno de los dragones disparó: se limitaron a quedarse mirando a ese hombre manchado de sangre y salvajemente cubierto de cicatrices que se había descolgado del tejado y que ahora trataba con todas sus fuerzas de ponerse en pie. No había ni rastro de Ducos. La habitación estaba alumbrada por la capa gris pálido del cielo que se iluminaba. Sharpe desenfundó su espada y el sonido del roce de la hoja hizo que uno de los dragones empezara a gimotear y a sacudir la cabeza.

—¿Dónde está Ducos? —preguntó Sharpe en francés.

Uno de los dragones señaló una pesada cortina verde.

Sharpe sabía que tendía que abrir las puertas para dejar entrar en la habitación a los soldados de Calvet, pero en esos momentos estaba demasiado cerca de su

enemigo y había viajado desde muy lejos y sufrido demasiado como para dejar que aquel hombre se le escapara. Se acercó a la cortina cojeando, estremeciéndose cada vez que el peso recaía en su pierna derecha. Se detuvo a una docena de pasos de la pesada tela color verde.

—¡Ducos! ¿Es usted, hijo de la gran puta? ¡Soy el comandante Sharpe!

Estalló una pistola por detrás de la cortina y una bala tiró de la tela verde. La bala de la pistola abrió un agujero hecho jirones, pasó a unos treinta centímetros de distancia a la derecha de Sharpe y fue a encajarse en la mesa de ébano con incrustaciones de plata.

Sharpe se acercó dos pasos más a la cortina.

—¡Ducos! ¡Ha fallado!

Otra bala sacudió la gruesa cortina. Ésa le pasó a Sharpe por la izquierda. La cortina se agitó al pasar la bala. El nuevo agujero tenía los bordes quemados. Los dragones miraban fijamente a ese loco renqueante que jugaba aquella insensata partida con la muerte.

Sharpe se acercó tanto que alargando la mano hubiera podido tocar el verde cortinaje.

—¡Ha vuelto a fallar!

Pudo escuchar la ronca respiración del francés detrás de la cortina y entonces oyó el chasquido de otra arma al amartillarla.

Por el sonido Sharpe intuyó que Ducos estaba de pie bien alejado de la cortina y que debía de estar disparando hacia sus pesados pliegues cegado por el pánico.

—¿Ducos? ¡Inténtelo de nuevo! —le gritó.

La tercera bala sacudió la tela. Le pasó a Sharpe por la derecha, pero tan cerca que no pudo haber fallado por más del grosor de la hoja de una espada. El polvo se desprendió de la espesa trama de la cortina y se dispersó bajo la plateada luz del amanecer. Sharpe soltó una carcajada.

—¡Ha fallado de nuevo!

—¡Abra la puerta! —bramó enojado Calvet a través de una de las aspilleras.

—¿Ducos? —volvió a llamar Sharpe, y de nuevo el francés oculto disparó una de sus pistolas de reserva, pero aquella vez el disparo no fue acogido por las burlas de Sharpe. En lugar de eso, el fusilero dio un grito horroroso, contuvo la respiración y luego gimió como un alma atormentada y sollozante.

Ducos soltó una fuerte exclamación de triunfo. Se precipitó hacia la cortina y corrió la tela de un manotazo. Y allí, en aquel momento de victoria personal, se paró en seco.

Se paró porque la hoja de una espada brilló y se alzó para clavar su punta en la piel de su garganta.

Un Sharpe ileso, con sangre de perro surcándole las cicatrices de su rostro

manchado de pólvora, miraba fijamente a los ojos a Ducos.

El francés sostenía una pistola aún sin disparar pero notaba la enorme espada afilada en su cuello, y los ojos que miraban a los suyos eran como hielo oscuro.

—*Non, non, non.* —Ducos pronunció las palabras como un gemido; entonces dejó caer la pistola al suelo al tiempo que se le aflojaba la vejiga y una mancha se extendía por la seda blanca de sus bombachos de mariscal francés.

—*Oui, oui, oui* —dijo Sharpe, y levantó la rodilla izquierda, con la que propinó una única patada violenta. La fuerza del golpe hizo que a Ducos se le soltaran las gafas, que cayeron y se rompieron, y el francés, agarrado a la cálida mancha de sus pantalones, cayó tras ellas y soltó un terrible grito quejumbroso.

La larga persecución había terminado.

Sharpe fue cojeando hacia la puerta para dejar entrar a un airado general Calvet. En esos momentos ya había amanecido del todo y la luz inundaba el límpido mar con destellos de oro y plata. La villa estaba llena de humo, pero extrañamente silenciosa ahora que los mosquetes habían dejado de disparar. Era el silencio tras la batalla, el silencio inesperado e inexplicablemente decepcionante cuando el cuerpo todavía ansiaba emoción y no había nada más que hacer aparte de recoger a los muertos y heridos y encontrar el botín. Los hombres de Calvet atravesaron pesadamente la habitación y desarmaron a los dragones vencidos. Harper llevó abajo a Frederickson y con ternura tendió al oficial en un diván sacado de la barricada desmantelada. Habían herido a dos de los soldados de Calvet, uno de ellos de gravedad, pero no habían matado a ninguno. A los granaderos heridos los tumbaron junto a Frederickson, que lentamente iba recuperando el sentido. El rostro ya se le estaba ennegreciendo e hinchando en forma de un enorme moretón, pero pudo esbozar una irónica sonrisa cuando vio a Pierre Ducos ridículamente uniformado. El francés todavía jadeaba de dolor por la patada de Sharpe cuando Harper lo ató por las muñecas y los tobillos y lo empujó con desdén hacia una esquina de la habitación para que se uniera a los capturados dragones.

El general Calvet arrancó de un tirón la cortina de la alcoba. Detrás de ella y metida entre las sombras de un hueco por lo demás vacío, había una gran caja de hierro. Encontraron las llaves de la caja en un bolsillo del chillón uniforme de Pierre Ducos. Abrieron las cerraduras con un chasquido y se levantó la tapa que cubría la fortuna de un emperador. Los hombres de Calvet se quedaron mirando en sobrecogido silencio. Las piedras preciosas brillaban tanto en la alcoba ensombrecida que parecía como si generaran su propia luz resplandeciente. Sharpe avanzó poco a poco por delante de un granadero y dirigió la mirada hacia aquel esplendor.

—Todo pertenece al emperador —advirtió Calvet.

—Lo sé, pero Ducos es mío.

—Se lo puede quedar. —Calvet se agachó para coger un puñado de perlas. Dejó

que se deslizaran entre sus dedos regordetes de forma que brillaron como pedacitos de luz de las estrellas.

—¿Señor? —la voz de Patrick Harper sonó extrañamente apagada. Él no se había acercado para ver el tesoro; en lugar de eso, había abierto un pasadizo a través de la barricada y en esos momentos se encontraba de pie en la terraza y miraba fijamente hacia el sur—. ¿Señor? —llamó más fuerte—. Creo que aquí hay algo que debería usted ver, señor.

Calvet cruzó hacia la terraza con Sharpe.

—*Merde* —espetó.

Un batallón de infantería se aproximaba a la villa. Detrás de ellos, y todavía bajo las sombras de una arboleda, había un escuadrón de caballería. La cabeza de la pequeña columna se encontraba a unos ochocientos metros de distancia, todavía en la llanura costera, pero sólo a unos pocos minutos de la colina donde estaba la capturada villa. La sombra del batallón se extendía hacia el mar y la clara luz del amanecer puso de manifiesto que su marcha era desgarbada y su porte poco atractivo, pero de todas formas se trataba de un batallón de infantería completo con al menos seiscientos mosquetes, y su llegada explicaba por qué el cardenal le había dado carta blanca a Calvet.

Porque Calvet y Sharpe habían hecho el trabajo sucio del cardenal y ahora los napolitanos habían llegado para recoger el fruto de su esfuerzo.

—*Merde* —dijo Sharpe.

\* \* \* \*

Ducos dominó su dolor para alardear de un vengativo triunfo. Sus amigos habían acudido a rescatarlo, dijo él, y Sharpe y Calvet iban a sufrir las consecuencias de su osadía. Harper le dio un bofetón para que se callara.

—Podemos escaparnos —dijo Calvet con desánimo—, pero no con esa fortuna.

—Podemos llevarnos una buena porción —sugirió Sharpe.

—El emperador la quiere toda —Calvet miró con el ceño fruncido al batallón napolitano que en aquellos momentos se desplegaba en una línea de tres filas al pie de la colina de la villa, Los soldados de caballería que iban detrás del batallón espolearon los caballos y pasaron por delante de la Infantería. Estaba claro que los napolitanos planeaban rodear la colina. Pasarían unos minutos antes de que completaran la maniobra, y Calvet había calculado acertadamente que esos momentos bastarían para que su pequeña banda pudiera abrirse paso hacia el norte adentrándose en las montañas; pero se verían obligados a viajar con el mínimo equipaje y sin duda serían perseguidos despiadadamente durante todo el largo y caluroso día. Irían cargados con el tesoro que llevaban, con sus heridos y con su prisionero.

El batallón de la Infantería napolitana esperó en la hierba reseca. Por el momento se habían desentendido del pequeño pueblo donde los tres hombres de Calvet deberían estar vigilando un barco, pero no tenía importancia, puesto que en aquellos instantes la Infantería italiana estaba situada entre la villa y el punto de escape costero de Calvet. Tres de los oficiales napolitanos situaron sus caballos a unos pocos metros frente a la Infantería que descansaba, y Sharpe imaginó que pronto mandarían a un enviado colina arriba para que exigiera la rendición de los ocupantes de la villa.

—No haga caso de esos cabrones. —Calvet, al no ver solución, se alejó y ordenó a sus hombres que llenaran sus mochilas, las fundas de los cojines y cualquier otro receptáculo que pudieran encontrar con el tesoro del emperador. Harper se unió a los franceses y se maravilló ante el montón de rubíes, esmeraldas, diamantes y perlas. Había unas cuantas bolsas llenas de monedas de oro amontonadas en un extremo del arcón de hierro y una maraña de candelabros en el otro, pero en casi toda la enorme caja brillaban las piedras preciosas. Estaban a unos treinta centímetros de profundidad dentro de la caja, que medía poco menos de un metro de alto, lo cual sugería que ya se había dilapidado gran parte del tesoro.

—¿Cuánto despilfarró? —le dijo bruscamente Calvet a Ducos, pero el francés de delgado rostro no dijo nada. Aguardaba su salvación.

Salvación que parecía estar en manos de los tres oficiales napolitanos que espolearon sus caballos para subir por la empinada falda sur de la colina. El polvo que levantaban sus cascos se iba hacia el mar.

—¡Diablos! —Harper se había reunido con Sharpe en la terraza—. Esos cabrones tienen aspecto de ir a hacer la primera comunión. —El irlandés escupió por encima de la balaustrada. La causa de su indignación eran los uniformes que llevaban los oficiales. Ni él ni Sharpe habían visto nunca unos uniformes tan magníficos ni tan poco prácticos. Los tres oficiales vestían de un blanco immaculado y deslumbrante. Sus elegantes chaqués eran de una tela dorada de lo más brillante, mientras que los puños y las charreteras iban engalanados de forma similar con tela dorada de la que pendía una cadena de oro. Llevaban unas botas de montar de color negro con vueltas doradas en la caña, y en la cabeza, unos gorros altos de piel de oso blanca como la nieve con unas cadenas de oro que iban desde la parte de arriba hasta las plumas de color rojo como la sangre—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer, luchar con esos hijos de puta o darles besos?

Sharpe no respondió. En lugar de eso se dirigió renqueando a la parte de la balaustrada más próxima a los oficiales que se acercaban. Los tres estaban sudando debido al peso y a la opresión de sus gorros de piel blanca. El cabecilla, cuyo rango Sharpe no pudo identificar, frenó su caballo y saludó al fusilero con un movimiento seco de la cabeza.

—¿Es usted francés? —preguntó en esa lengua.

—Me llamo Richard Sharpe y soy comandante del Ejército de su majestad británica —respondió Sharpe en inglés.

—Mi nombre es coronel Pannizi. —Debió de haber entendido la respuesta de Sharpe, aunque siguió hablando en francés. Esperó, como aguardando a que Sharpe le brindara un saludo, pero el mugriento y ensangrentado oficial no se movió. Pannizi dio un suspiro—. ¿Y qué está haciendo un oficial inglés en el Reino de Nápoles?

—Visitando a un amigo.

Pannizi era un hombre delgado y apuesto. Llevaba un bigote muy fino ondulado hacia arriba y rematado en unas agudas puntas enceradas. Unas borlas doradas pendían del penacho de su gorro de piel de oso mientras que una diminuta coraza de oro y plata le colgaba por debajo de las altas y duras solapas de su chaqueta blanca y dorada. Por un momento cerró los ojos aparentemente exasperado ante la insolente respuesta de Sharpe.

—¿Está con usted el general Calvet?

—Yo soy el general Calvet. ¿Quién diablos es usted?

Pannizi hizo una reverencia sobre su montura en dirección al bajo y fornido francés, que en esos momentos salió pisando fuerte a la terraza.

—Soy el coronel Pannizi.

—Buenos días, coronel, y adiós. —Era evidente que Calvet había decidido que el desafío era la mejor manera de actuar.

Pannizi se llevó un dedo metido en un guante blanco a la punta del bigote. Sus dos compañeros, ambos mucho más jóvenes, estaban sentados con el rostro impasible. Pannizi tranquilizó a su caballo, que se apartaba irritado a causa de una insistente mosca.

—Ha entrado sin autorización en una propiedad de un príncipe de la Iglesia.

—Me importa menos que un cubo lleno de mierda de vaca de quién es esta casa —repuso Calvet.

—La casa y todo lo que contiene —siguió diciendo Pannizi con sorprendente ecuanimidad— se ha declarado bajo la protección del Reino de Nápoles, cuya orden tengo en mi poder. Por lo tanto, le ruego que abandone inmediatamente la villa.

—¿Y si no lo hago? —lo retó Calvet.

Pannizi se encogió de hombros.

—Me veré forzado a arrestarle, lo cual será sumamente doloroso para mí. La valentía del general Calvet es legendaria.

El florido halago agradó sin duda a Calvet, pero no lo convenció. Había una fortuna en juego y, aunque el mismísimo general no recibiera ni una moneda del tesoro, estaba decidido a que su señor no se viera privado de recuperarlo al completo.

—Para poder arrestarme —señaló— tendrá que pelear conmigo. No hay muchos que hayan vivido para contar que lucharon contra el general Calvet.

Pannizi esbozó una sonrisa. Desenvainó su espada, pero lo hizo muy despacio para demostrar que no significaba una amenaza. Con la brillante hoja señaló colina abajo, allí donde estaban sus soldados tirados en la hierba, y luego volvió a enfundarla. El gesto fue elocuente. Pannizi tenía el control de seiscientas bayonetas y debía de saber que Calvet tenía poco más que una docena.

—Su valentía, tal como he dicho, es legendaria. —Pannizi esperaba que, halagándolo, Calvet se rindiera.

El aludido echó un vistazo al batallón napolitano. Habían desplegado su estandarte, aunque el viento no era lo bastante fuerte como para levantar la pesada seda con flecos. Bajo las dos banderas los soldados parecían desanimados y flojos.

—¿Tiene estómago para un combate, coronel? —Calvet desafió a Pannizi.

—Tengo las órdenes necesarias para combatir, general, y soy un soldado.

—Una buena respuesta. —El francés miró colina abajo con el ceño fruncido. Sabía mejor que nadie lo imposible que era ese combate; sin embargo, él también era un soldado y también tenía sus órdenes—. ¿Y si nos rendimos? —preguntó con evidente desagrado.

Pannizi pareció asombrarse.

—¡Mi querido general, su rendición no es ningún problema! Está usted invitado a ser uno de los huéspedes del cardenal, su más honrado huésped. Considere que mi ejército no es más que una escolta que se le ha enviado para conducirlo con el debido honor hasta la ciudad.

Calvet tuvo la gentileza de sonreír ante la exagerada descripción.

—¿Y si optamos por no ser los huéspedes del cardenal?

—Son libres de abandonar el reino, todos ustedes.

—¿Libres? —quiso aclarar Calvet.

Pannizi asintió con la cabeza.

—Completamente libres. Y pueden llevarse sus uniformes y las armas de cada uno —hizo una pausa—, pero nada más.

La amenaza se encontraba en esas tres palabras. Pannizi conocía el tesoro que había en la villa y no le importaba lo que pasara con Calvet, Sharpe o sus soldados siempre que el tesoro pasara a ser suyo.

El general francés se dio la vuelta bruscamente y miró hacia el norte. Los jinetes napolitanos habían cortado aquella ruta de escape. Volvió a girar.

—¿Nos dará quince minutos para considerar nuestra postura, coronel?

—Diez —dijo Pannizi y volvió a desenvainar su espada. Saludó a Calvet con la hoja resplandeciente—. Y usted ¿me concederá el honor de desayunar con mis oficiales, general?

—Sólo si tiene panceta —respondió Calvet—. Me gusta muchísimo la panceta grasa.



Pannizi sonrió.

—Encontraremos panceta para usted, general. Dispone de diez minutos para esperar con ansia su sabor. —El coronel napolitano enfundó su espada, llamó a sus dos compañeros con un gesto de la cabeza y regresaron bajando al galope por la colina.

—*Merde, merde, merde* —dijo Calvet.

\* \* \* \*

—¡Cal! —le gruñó Calvet a Sharpe—. Yo lo tenía atrapado en un fuerte y usted escapó gracias a la cal en polvo. Así que dígame, ¿qué truco inmundo tiene esta vez?

Sharpe no respondió de inmediato. Miraba fijamente colina abajo a los desanimados soldados de infantería napolitanos, a los que, anticipándose al paso de los diez minutos, les estaban ordenando que se pusieran en pie.

—¿Van a combatir?

—¡Claro que van a combatir, maldita sea! —exclamó Calvet—. ¡Ese cabrón de Pannizi les está contando que en este lugar hay un batallón de putas y el rescate de un rey! ¡De un momento a otro estarán deseosos por combatir! Huelen el botín.

—Pues déselo —dijo Sharpe bruscamente.

—¿Qué?

—¡Que les dé el maldito oro! De todos modos pesa demasiado. Quédese las piedras y entrégueles las bolsas de oro.

Calvet se quedó mirando fijamente al fusilero.

—Está loco.

—Todo lo contrario, general. No tenemos cal, pero podemos cegarlos con oro. ¡Una lluvia de oro! ¡Oro cayendo de los cielos! —De pronto Sharpe se entusiasmó—. ¡Por el amor de Dios, general! ¿Cuánto vale para usted este tesoro? ¿Preferiría volver arrastrándose ante su emperador sin nada? ¿O tal vez preferiría comprar la salida de esta trampa con un poco de oro?

Calvet se volvió a mirar al soñoliento batallón.

—Entonces, ¿qué hago, inglés? ¿Bajo ahí y me pongo a regatear como un zapatero? No sea tonto. Si les ofrecemos un poco de oro, lo querrán todo, y cuando lo tengan querrán las piedras, y cuando tengan las piedras nos quedamos sin nada.

—No se lo ofrecemos —repuso Sharpe—; se lo damos. ¿Cree usted que tienen una buena disciplina?

Calvet dio un resoplido.

—¡Son un desastre! He visto soldados apestando a bebida que ofrecían mejor espectáculo que éstos.

—Pues pondremos a prueba su disciplina valiéndonos de su codicia. —Sharpe le

sonrió a Harper—. Quiero el saltamontes. Y un poco de pólvora.

Harper llevó el cañón metálico, un barril de pólvora y una bolsa de mecha rápida a la terraza. Sharpe colocó el arma con la culata hacia abajo, en equilibrio sobre sus torcidas patas traseras, de manera que pudiera disparar muy alto, como si fuera un mortero. Sharpe no quería hacer estallar una descarga de muerte sobre el batallón napolitano que aguardaba a unos cuatrocientos metros más lejos; sólo quería inundarlo de avaricia, y para ello iba a hacer que el oro celestial lloviera literalmente del cielo.

Dos de los hombres de Calvet fueron a buscar las bolsas de oro mientras Sharpe ponía una minúscula cantidad de pólvora en el cañón. La apretó. No se atrevió a cargar completamente el cañón; si no, las monedas iban a saltar por los aires sobre kilómetros enteros de campo vacío. Vertió una pequeña fortuna en oro dentro del cañón metálico y luego puso un trozo de mecha rápida en la chimenea.

—¿General?

Calvet se había enfurruñado ante la perspectiva de perder aunque sólo fuera una pequeña cantidad del tesoro de su señor, pero entonces se animó con la idea de disparar la primera descarga de oro. Habían apuntado el cañón de manera que la ducha de oro cayera hacia el este, lejos del mar. Antes de disparar, Calvet echó un vistazo para asegurarse de que sus hombres estaban dispuestos para la intentona de fuga.

Harper sostenía al todavía aturdido Frederickson y tenía a Ducos atado con un trozo de cuerda. Le había soltado los tobillos para que pudiera correr. Los soldados de Calvet, todos menos los dos granaderos heridos, iban cargados con sus bolsas y fardos de piedras preciosas. Abandonarían a todos los prisioneros excepto a Ducos.

—Estamos listos —dijo Calvet, y entonces, con regocijo, tocó el cabo de la mecha con el extremo encendido de su cigarro.

Hubo un breve silbido, el sordo chasquido de una explosión y un humo oscuro que salió a borbotones. El cañón dio una sacudida hacia atrás y se cayó al tiempo que Sharpe tuvo la impresión, nada más que eso, de un gotear de brillante oro que resplandecía casi directo hacia el cielo atravesando las acres nubes de humo. Luego, al cabo de un segundo, pareció que un pedazo de cielo centelleara como si unos fragmentos del mismísimo sol se estuvieran haciendo añicos en las alturas. Sharpe supo que lo que veía eran las monedas en el punto más alto de su vuelo arqueado, pero entonces desaparecieron. Esperó y de pronto Harper soltó un grito cuando las partículas de luz rebotaron, se desperdigaron y titilaron sobre el suelo justo al otro lado del flanco derecho del batallón.

Sharpe enderezó el cañón caído, puso otro cucharón de pólvora y metió más monedas todavía en la carga. Miró colina abajo y vio el movimiento de los soldados que se daban la vuelta en las filas de la Infantería. Puso otro trozo de mecha en su

sitio y luego aplicó el cigarro de Calvet a la punta.

Otra lluvia de oro se elevó centelleando y luego cayó a la tierra con un destello de codicia.

—¡Intentan contener a esos hijos de puta! —informó Harper alegremente.

Una tercera descarga y luego una cuarta, y en esos momentos Sharpe añadió media onza a la carga para que el oro se diseminara en una brillante franja que condujera lejos del mar. Tocó con el cigarro la quinta descarga y en aquella ocasión, mientras el oro rompía el cielo del amanecer en un millar de brillantes chispas, los soldados del batallón de abajo rompieron filas, dieron unos gritos de entusiasmo y se precipitaron hacia los prados vacíos para hacerse con una fortuna. Las tres filas de napolitanos se habían disuelto como hombres a los que hubieran alcanzado unos botes de metralla. Sus sargentos y oficiales no pudieron contenerlos y los soldados se dispersaron como una muchedumbre caótica en dirección al campo. Tiraron sus mochilas, mosquetes y chacós mientras se peleaban y andaban a la rebatiña por las monedas. Recogían la cosecha dorada y observaban el cielo constantemente por si todavía había más de esas maravillosas cascadas de oro.

Sharpe les ofreció un último y denso chorro de oro, éste de un cañón casi cargado del todo, de manera que las gruesas monedas brillaron durante más de medio kilómetro tierra adentro al caer. Por última vez observó cómo descendía el resplandor y luego se dio la vuelta y fue cojeando tras los hombres de Calvet.

Había llegado el momento de iniciar la carrera. Habían sacado a la Infantería de la ecuación, pero todavía estaba la Caballería y los oficiales a caballo de Pannizi. Los soldados de Calvet, cargados con su presa de piedras preciosas y sus dos compañeros heridos, bajaban a trompicones por la empinada ladera. Harper obligaba a Ducos a avanzar, mientras que Sharpe hacía otro tanto con Frederickson.

—Estoy bien —protestó éste, pero en cuanto Sharpe lo soltó se tambaleó como si estuviera borracho.

—¡Atención a la izquierda! —advirtió Harper.

Pannizi y tres oficiales más espoleaban a sus caballos para cortarles la retirada. Sharpe apoyó una rodilla en el suelo, apuntó y disparó una bala que se cruzó en su camino. El estallido del fusil Baker sonó muy resuelto y el montón de polvo que se levantó ante el pequeño grupo de Pannizi fue más que suficiente para frenar su fervor.

Sharpe siguió corriendo. Uno de los soldados de Calvet vigilaba el flanco derecho, por donde podría aparecer la Caballería; pero un saliente de la colina había ocultado a aquellos jinetes la lluvia de oro y no sabían todavía lo que estaba pasando al sur de donde se encontraban. A la izquierda de Sharpe, y a una distancia considerable, una muchedumbre de soldados de infantería seguía hurgando entre la hierba, los olivos y el rastrojo. Algunos oficiales y sargentos intentaron a golpe de látigo que los soldados regresaran a sus puestos, pero el señuelo del oro había

convertido al batallón en una horda. En sólo cinco minutos algunos de esos afortunados napolitanos estaban encontrando más dinero del que hubieran esperado conseguir durante toda una vida.

Sharpe cruzó dando tumbos el cauce seco de un río, subió gateando por la otra orilla y ayudó a Frederickson llevándolo por un terreno lleno de plantas de hojas gruesas y de bordes serrados. El pueblo estaba a su izquierda, su puerto justo al otro lado. El teniente Herguet, que había conducido al pequeño grupo de Calvet hacia el puerto, daba saltos por el muelle. La Caballería todavía no había aparecido y la infantería de Pannizi estaba tan desperdigada que no servía para nada. Sharpe cojeaba muchísimo, pero Frederickson, con su ojo bueno casi cerrado a causa del oscuro cardenal que se había hinchado, encontró nuevas fuerzas. Harper hacía avanzar a Ducos a patadas. De pronto Calvet se estaba divirtiendo; gritaba a sus hombres para que atravesaran el pueblo, pasaran por delante de los perros que ladraban y se dirigieran hacia el cerrado muelle de piedra silíceo. Pasaron a todo correr junto a redes que se secaban y nasas de mimbre y bajaron hasta el lugar donde Herguet vigilaba un barco pintado de colores vivos, en el cual dos desconsolados miembros de la tripulación estaban encogidos de miedo bajo las dos pistolas de sus hombres.

—¡Caballería! —advirtió un soldado de Calvet. Pero la Caballería llegaba demasiado tarde. Se precipitó por encima del saliente de la colina, desenvainaron las espadas y se desplegaron en excelente formación; sin embargo, los hombres de Calvet ya estaban a bordo del barco pesquero, Harper cortaba la amarra de popa con su bayoneta y la sucia vela ya estaba captando la brisa terrestre del amanecer para dirigir la embarcación de alta proa fuera de la bahía.

A Ducos, que todavía iba con las manos atadas, lo metieron de un empujón en el fondo de la bodega para el pescado. El prisionero lanzó una miope mirada de odio a Sharpe, pero éste cerró la escotilla y dejó a su enemigo sumido en la apestosa oscuridad. Los granaderos reían por el placer de la victoria. Tal vez no fuera Jena, ni Wagram ni Austerlitz, pero seguía siendo una victoria para un emperador de quien todo el mundo pensaba que ya no estaba para ganar ninguna.

Calvet abrazó a Harper, luego al horriblemente contusionado Frederickson y finalmente a Sharpe.

—Le perdono lo de la cal, inglés, y le diré que, para tratarse de un hombre que no es francés, lucha usted con bastante destreza.

Sharpe se rió.

—Alégrese, general, porque no tendrá que luchar conmigo de nuevo.

—¿Quién sabe? —el tono de Calvet era socarrón—. Si consigo traerle suficiente oro al emperador, quizá pueda volver a reclutar un ejército.

El malicioso comentario le recordó a Sharpe el nostálgico sueño del general de división Nairn de una última gran batalla, una matanza culminante en la que el

emperador formaría contra el mundo; pero Nairn estaba muerto: sus viejos huesos se descarnaban en una tumba francesa. Sharpe sonrió.

—No, general, no habrá más batallas.

—Tiene razón. —Calvet sonó abatido al admitirlo—. Usted y yo hemos terminado, amigo mío. El mundo está en paz y ahora no servimos para nada. Somos los perros de caza, pero ahora los conejos dominan la tierra. —Calvet se dio la vuelta para mirar cómo la Caballería napolitana frenaba sus caballos en el distante muelle—. Pero ya le digo yo, amigo mío, que dentro de un año tanto usted como yo estaremos deseando entrar de nuevo en batalla.

—Yo no —dijo Sharpe con fervor.

—Espere y verá. —Calvet se volvió de espaldas a tierra firme y se quedó mirando el mar, donde asomaban dos velas en el brumoso horizonte—. ¿Y qué va a hacer ahora, amigo mío?

—Llevar a Ducos hasta París y entregárselo a Wellington. Luego lo pondrán en manos de las autoridades.

—¿Qué autoridades?

—Las que lo ejecutarán por el asesinato de Henri Lissan.

Calvet le dedicó una sonrisa burlona a Sharpe.

—¿Le preocupa ese insignificante crimen?

—Le preocupa a madame Castineau.

Calvet seguía sonriendo.

—¿Y por qué tendrían que interesarle a usted las preocupaciones de madame Castineau?

Sharpe se dio la vuelta porque uno de los soldados de caballería napolitanos había disparado una carabina contra el barco pesquero. La bala cayó inútilmente al agua a unos cien metros de la popa. Ninguno de los ocupantes del barco se molestó en levantar el arma para responder.

Calvet rebuscó en su bolsa y sacó un puñado de piedras preciosas. Las revisó con un dedo mugriento y seleccionó un rubí perfecto de color rojo como la sangre.

—Dele esto a madame Castineau, porque, aunque de forma involuntaria, al escribir aquella carta le hizo un gran servicio a Francia.

Sharpe tomó la joya con aire vacilante.

—¿A Francia, general? ¿O a Elba?

—Napoleón es Francia, amigo mío. Si lo atara con cadenas y lo arrojara en la fosa más profunda del océano, seguiría siendo Francia. —Calvet cerró la mano de Sharpe sobre la preciosa joya—. No le voy a dar nada más, inglés. ¿Eso le duele? ¿Tener que irse con las manos vacías de una lucha en la que llenamos el cielo de la mañana de oro?

—He sobrevivido —se limitó a señalar.

—Y se va con las manos vacías. —Calvet sonrió—. Así que ya ve, inglés, ¡después de todo ganaron los franceses!

—*Vive l'Empereur mon general!*

—*Vive l'Empereur mon ami!*

Una hora más tarde abordaron un barco mercante piamontés, que por un puñado de oro imperial y bajo la amenaza de una docena de mosquetes, accedió a que los soldados subieran a bordo. Calvet se dirigiría a Elba, y Sharpe, con su prisionero, buscaría un barco de la Marina británica. A partir de entonces serían unos indeseables perros de caza en un reino de conejos, pero habían sobrevivido cuando otros muchos habían muerto y eso, al menos, ya era algo. Por lo tanto, cada uno por su lado, navegaron hacia la paz.

## EPÍLOGO

Pierre Ducos murió en la zanja de un fuerte a manos de un pelotón de fusilamiento del Ejército monárquico francés. Nadie lamentó su muerte, ni siquiera aquellos soldados del pelotón de fusilamiento que en secreto seguían siendo leales al emperador exiliado. Ducos había traicionado al emperador de la misma manera que había traicionado a Francia, por lo tanto, le dispararon como a un perro y lo enterraron como a un suicida en una tumba sin nombre al otro lado del glacis del fuerte.

En Londres, un ayuda de campo del príncipe regente se enteró de la muerte de Ducos y, como consecuencia, pasó unas cuantas noches en blanco. La ejecución del francés era un triunfo para un fusilero que había salido de la ignominia para recobrar su reputación, y cualquier día ese hombre cruzaría el canal. Lord Rossendale consideró la posibilidad de huir hacia lo que quedaba de las fincas irlandesas de su familia, pero su orgullo lo obligó a quedarse y a dar muestras de un coraje que no sentía. Todas las mañanas iba a ver a un maestro de esgrima de la calle Bond y todas las tardes tiraba al blanco con pistolas de duelo de cañón largo en el patio de Clarence House. Afirmaba que sólo estaba afinando sus habilidades militares, pero toda la sociedad sabía que estaba practicando para la dura prueba de la hierba en ayunas.

—Ha salido de París —le dijo Rossendale a Jane una mañana de otoño.

A Jane no le hizo falta que le dijera a quién se refería.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer llegó un correo de la embajada. Los tres se dirigieron a caballo hacia Calais.

A Jane le dieron escalofríos. Al otro lado de la ventana la lluvia caía en forma de cortinas grises por todo el parque.

—¿Qué va a pasar? —preguntó, aunque ya sabía muy bien cuál era la respuesta.

Rossendale sonrió.

—Lo llaman césped antes de desayunar.

—No —protestó Jane.

—Él me desafiará, yo elegiré las armas y nos batiremos. —Rossendale se encogió de hombros—. Me imagino que perderé.

—No. —Jane recordó las terribles discusiones que habían precedido al duelo de Sharpe con Bampfylde. Había perdido aquellas discusiones, pero ahora perdería al hombre al que había llegado a amar.

—No soy ningún espadachín —dijo Rossendale compungido—, y soy un desastre con una pistola.

—¡Entonces no pelees! —exclamó Jane con ferocidad.

Él sonrió.

—No hay otra elección, mi amor. Ninguna. Se le llama honor.

—¡Entonces acudiré a él! —repuso Jane en tono desafiante—. ¡Le suplicaré!

—¿Y qué tiene eso de honorable? —Rossendale sacudió la cabeza—. No se puede burlar al honor —añadió, aunque durante meses él había hecho poco más que eso, lo cual no hacía más que demostrar que el honor se podía burlar pero que su precio tendría que pagarse de todas formas antes de desayunar una mañana húmeda y gris.

Por lo tanto, lord Rossendale y Jane no podían hacer más que esperar, puesto que el honor no dejaría que se escaparan, mientras que el hombre al que aguardaban llegaba a Calais.

A Sharpe y a Frederickson les habían restituido el cargo y les habían asegurado que mantenían la pureza de su honor y la integridad de su rango. Les habían pedido disculpas y en esos momentos, en Calais, desayunaban en el reservado de una taberna del puerto. Sus platos estaban colmados de costillas de cordero añejo, huevos, salchichas de ajo y pan negro.

—Primero irá usted a Londres, claro. —Frederickson sirvió café.

—¿Ah, sí? —le preguntó Sharpe.

—Asuntos pendientes —dijo Frederickson en tono grave—. ¿O no debería mencionarlo?

—Se refiere a lord Rossendale. —Sharpe dio un sorbo al café recién servido—. ¿Debo matarle?

—No sea obtuso. Por supuesto que debe matarle. Yo seré su padrino, si me permite el honor. Naturalmente el duelo tendrá que ser secreto. Ahora ambos debemos pensar en nuestras carreras. —Frederickson sonrió. Aún tenía el rostro oscurecido por las magulladuras, aunque la hinchazón ya hacía tiempo que le había bajado—. Supongo que ya no contempla la posibilidad de un retiro en Dorset.

Sharpe se reclinó en la silla. A través de la ventana podía ver el paquebote cargando junto al muelle. El barco zarparía con la marea al cabo de dos horas y, si él quería, lo llevaría al horrible lío de una mujer infiel y de las pistolas al amanecer.

—¿Y Jane? —le preguntó a Frederickson—. ¿Qué tengo que hacer con Jane?

—Darle un buen rapapolvo, por supuesto, y luego abandonarla. Si no soporta enfrentarse a ella, con mucho gusto se lo diré yo mismo. Puede darle algo de dinero, si es que debe hacerlo; pero no sea demasiado generoso. Ella puede hacerse institutriz o dama de compañía.

O puta, pensó Sharpe con tristeza, pero no lo dijo.

—Es usted muy amable, William.

Frederickson rechazó el cumplido encogiéndose de hombros y luego rebañó la yema del huevo del plato con un trozo de pan.

—No estará pensando todavía en retirarse a Dorset, ¿verdad?



—El campo tiene un cierto atractivo.

—¡Por el amor de Dios, Sharpe! ¡Ya oyó usted al duque! Habrá una indemnización. Por Dios, hombre, ¡podría tener un batallón!

—¿En tiempos de paz?

Frederickson hizo una mueca.

—No tenemos muchas alternativas, ¿no? No podemos encargar otra guerra cuando nos venga bien.

—No. —Y de hecho el duque de Wellington iba a ir desde su embajada en París a un gran congreso en Viena para asegurarse de que no habría otra guerra. El duque, reconoció Sharpe, había sido la amabilidad personificada en París, incluso después de que su embajada hubiera sido invadida por tres fusileros fugitivos que llevaban al contusionado y aterrorizado Pierre Ducos. A las autoridades monárquicas francesas las había perturbado el hecho de que el general Calvet hubiera llevado una fortuna a Elba y la embajada napolitana había realizado una dura protesta contra unos ladrones uniformados que trastornaban la paz de su reino; pero el Duque arremetió con desdén contra aquellas continuas quejas diplomáticas. Se perdonó todo. Hubo incluso una promesa implícita de ascenso para Sharpe y Frederickson, aunque era difícil imaginarse cómo se iba a cumplir tal promesa si no había batallas que crearan vacantes.

—Así que primero, a Londres —Frederickson planeaba su futuro conjunto con deleite—; luego exigiremos un batallón propio. Usted estará al mando, por supuesto, aunque yo seré el segundo comandante y le aseguro que pediré una serie de permisos tan pronto como estemos instalados.

—¿Permiso? —sonrió Sharpe—. ¿Tan pronto?

Frederickson adoptó un aspecto tímido.

—Sabe muy bien por qué quiero un permiso. Puede que usted haya perdido la ilusión en el matrimonio, pero yo no he abandonado todas las esperanzas. ¡Al contrario! Primero me instalaré, por supuesto. Un ascenso, quizás, un poco de dinero y un uniforme nuevo. —Sonrió, como si la consecución de aquellas cosas le fuera a garantizar el éxito de su cortejo—. Sé que no le tiene mucho cariño a madame Castineau, pero en muchos sentidos es la mujer ideal para mí. Es viuda, ya lo ve, por lo que no creo que espere demasiado del matrimonio... Y una vez la haya convencido para vivir en Inglaterra, estoy seguro de que será muy feliz. Que conste que no me disgusta su propiedad. Valdrá una considerable suma de dinero en el futuro.

—No —dijo Sharpe crudamente.

Frederickson frunció el ceño.

—¿No?

—No —repitió Sharpe. De alguna manera se había convencido a sí mismo de que Frederickson había abandonado sus esperanzas con madame Castineau con la

agitación de los últimos días; pero en lugar de eso, su amigo estaba revelando aquellos sueños imposibles que ahora tenían que hacerse añicos cruelmente. Había llegado la hora de que Sharpe le contara aquello que tendría que haberle dicho semanas antes. Había llegado la hora de romper una amistad, y Sharpe se estremeció ante ese hecho, pero sabía que no podía echarse atrás.

—No voy a ir a Inglaterra. —Sharpe levantó la vista para mirar a su amigo—. Patrick sacó mi equipaje del barco hace una hora. Sólo estoy aquí para verlo partir a salvo, William, pero no voy a ir con usted. Me quedo aquí.

—¿En Calais? Perdona, pero es una elección inhóspita. —De repente Frederickson puso mala cara—. ¡Dios mío! Es por su maldito orgullo, ¿no es cierto? ¿Teme volver a Inglaterra por Jane y ese desgraciado? ¿Cree que se van a burlar de usted porque le han puesto los cuernos? —Frederickson menospreció ese temor quitándole importancia con una sacudida de su servilleta—. ¡Mi querido Sharpe! ¡Mate a ese hombre en duelo y nadie se burlará de usted!

—No. —Sharpe detestaba decirlo, pero tenía que hacerlo—. No tiene nada que ver con Jane y no me voy a quedar en Calais. Voy a volver a Normandía.

Frederickson se quedó mirando fijamente a Sharpe mucho, mucho rato. Y durante mucho, mucho rato, no dijo nada; pero entonces, como si le costara un gran esfuerzo, recuperó el habla.

—¿Con Lucille?

—Con Lucille —confirmó Sharpe.

—¿Y ella? —Frederickson titubeó. Su rostro magullado mostraba un verdadero dolor que era prueba de la dureza con la que sus sueños estallaron en sufrimiento—. ¿Accederá a su llegada al castillo?

—Creo que sí.

Frederickson cerró unos instantes su único ojo.

—¿Y puedo preguntar si tiene usted razones para creerlo?

—Sí —respondió Sharpe en voz muy baja—, las tengo.

—¡Oh, Dios! —Entonces parecía no haber nada más que odio en la mirada de Frederickson; si no, sentía un dolor tan intenso que sólo podía reflejarse en su rostro como si fuera odio.

Sharpe intentó explicarse. Se oyó a sí mismo balbucear al contar la vieja historia sobre cómo la antipatía que sentía hacia esa mujer se había convertido en amistad, y de cómo luego esa amistad se había convertido en amor, y recordó, pero no se lo dijo a Frederickson, cómo aquella noche oscura de truenos que rompían el cielo en la que él y Lucille se habían encontrado en el pasillo y no se habían dicho nada, ella había ido a su habitación y luego, mientras dormía, y mientras Sharpe escuchaba el ruido de la lluvia al bajar por los canalones, había pensado que nunca antes había conocido una paz semejante.

—Tendría que habérselo dicho hace semanas —reconoció con abatimiento—, pero no sé por qué...

Frederickson interrumpió las palabras de Sharpe levantándose bruscamente y alejándose. Caminó hacia la chimenea y se quedó mirando el fuego de carbón que chisporroteaba de manera sofocada en el hogar.

—No quiero oír nada más.

—Yo no quería hacerle daño —dijo Sharpe de manera poco convincente.

—¡Maldito sea! —Frederickson se volvió hacia él con una súbita ira ciega.

—Lo siento.

—¡No necesito su compasión de mierda! ¡Maldito sea! ¿Cuántas condenadas mujeres quiere?

—William...

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea! ¡Maldito sea! ¡Espero que le rompa su asqueroso corazón igual que lo hizo la última! —Frederickson todavía tenía la servilleta, que, con irascible enojo, arrojó hacia Sharpe. Entonces, sin decir una palabra más, agarró rápidamente su sobretodo y su espada y abandonó airado la habitación.

Sharpe se agachó, recuperó la arrugada servilleta y la alisó encima de la mesa. Pensó en seguir a Frederickson afuera, pero sabía que no serviría de nada. En lugar de eso se quedó un buen rato sentado, con la mirada vacía, observando el mar.

Harper entró muy silenciosamente en la habitación, miró a Sharpe y luego extendió las manos hacia el débil fuego.

—¿Así que se lo ha dicho, señor?

—Se lo he dicho.

—Dios salve a Irlanda —dijo Harper por nada en particular. Luego se agachó y empujó los carbones con un atizador hecho con una vieja bayoneta francesa—. No hubiera funcionado, por supuesto —afirmó al cabo de un rato—, pero supongo que él nunca se va a convencer de ello.

—¿Qué es lo que no habría funcionado, Patrick?

—Lo del señor Frederickson y la señora. A él no le gustan las mujeres, ¿sabe? Quiero decir que le gustan bastante pero que ahora nunca podría hacer que una mujer se convirtiera en su amiga, ¿no es verdad? No basta con llevárselas a la cama. La verdad es que también hay que quererlas.

—¿De veras, señor Harper? —Sharpe sonrió.

—Ahora es señor Harper, ¿no? —El irlandés se rió. En el bolsillo llevaba sus papeles de baja firmados por el mismísimo duque de Wellington. Entonces el señor Harper era un hombre libre que se dirigía a Inglaterra, donde cogería un barco rápido hacia España, tras lo cual, con Isabel y el bebé, volvería a su hogar en Irlanda. Volvería a su hogar para bien, decía él, a un hogar donde la lluvia caía en unos endebles campos de los que una gente pobre arrancaba el pan de cada día.

Sharpe se puso en pie y lo acompañó fuera al muelle. No había ni rastro de Frederickson en la cubierta del paquebote, aunque su equipaje, junto a la pesada mochila de Harper, estaba apilado al lado de una escotilla abierta. Sharpe se alejó de la pasarela y fue andando con Harper hacia el lugar donde el bauprés del paquebote se erguía, negro como el alquitrán, contra las nubes sombrías.

—No sé qué decir, Patrick.

—Ni yo tampoco, señor —Harper hablaba en voz baja—; pero hemos pasado muy buenos momentos, señor, sí que lo hemos hecho.

—Y también hemos tenido otros condenadamente terribles. —Sharpe soltó una carcajada—. ¿Se acuerda de aquel día que se peleó conmigo en la nieve?

—Hizo trampas, señor, de lo contrario le hubiera abierto la cabeza.

—No le hubiera ganado sin hacer trampas.

Se quedaron en silencio. Había un montón de gaviotas que chillaban y daban vueltas por encima del muelle de pesca. La lluvia caía en forma de intensos agujones oblicuos.

—Si algún día va a Normandía... —sugirió Sharpe.

—Por supuesto, señor. Y si algún día quiere venir usted a Donegal sabrá que le espera una bienvenida excepcional. Vaya a Derry, siga hacia el oeste y alguien sabrá dónde encontrar al compatriota grandote que ha vuelto de la guerra.

—Claro que iré. Usted sabe que lo haré.

Harper metió la mano hasta el fondo del bolsillo de su excelente sobretodo de civil.

—Ahora está bien de dinero, ¿no?

—Ya sabe que sí. —Sharpe se había embolsado algunas monedas de oro cuando cargaba el cañón saltamontes, de la misma manera que Harper había afanado unos puñados de piedras preciosas de la gran caja fuerte—. De todas maneras le debo dinero —observó.

—Páguemelo cuando venga a Irlanda —observó.

El contramaestre del paquebote gritó llamando a los últimos pasajeros. Ya estaban izando una vela del trinquete y había llegado el momento de que Harper se marchara. Miró a Sharpe y ninguno de los dos supo qué decir. Habían marchado juntos todos los kilómetros de soldado y ahora sus caminos se separaban. Prometerían volver a reunirse, pero tales promesas muy raramente se cumplían. Sharpe trató de decir lo que sentía, pero no le salió, así que en lugar de eso abrazó a su amigo.

—Cuídese, Patrick.

—Lo haré. —Harper hizo una pausa—. ¿Está usted haciendo lo correcto, señor?

—Para el señor Frederickson no, no es lo correcto. —Sharpe sacudió la cabeza—. No lo sé, Patrick. Espero que sí. —Volver a Normandía era como la tirada de un dado o como el capricho de una acción en la batalla. No había ninguna racionalidad en

ello, pero la vida no cedía ante la razón, sino ante el instinto—. Creo que es lo correcto. Lo deseo muchísimo, si es que eso es una respuesta. Y no estoy seguro de querer vivir en Inglaterra. Allí nunca me aceptarían. Para ellos no soy más que un cabrón advenedizo que sabe usar la espada, pero en tiempos de paz me escupirán como si fuera una migaja de carne podrida.

—¿Y si les vuelve a hacer falta su espada? —preguntó Harper.

Sharpe se encogió de hombros.

—Ya veremos. —Entonces el contramaestre volvió a gritar a voz en cuello su impaciente llamada, y los últimos pasajeros deshicieron sus abrazos de despedida y se apresuraron hacia la pasarela. Sharpe agarró fuertemente a Harper de las manos—. Le voy a echar de menos, Patrick. Es usted un tipo difícil, pero por Dios que lo voy a echar de menos.

—Sí. —Harper tampoco encontró las palabras adecuadas, por lo que se limitó a encogerse de hombros—. Que Dios le bendiga, señor.

Sharpe sonrió.

—Dios salve a Irlanda.

Harper soltó una carcajada ante la imitación de Sharpe.

—Lo buscaré y lo encontraré, señor, si no viene usted y me encuentra a mí.

—Espero que lo haga. Tal vez nos encontremos a medio camino.

Harper se dio la vuelta y se alejó. Sharpe observó cómo el irlandés embarcaba en el paquebote; agitó la mano una vez, pero luego se fue para no prolongar la despedida. Oyó el azote del viento atrapado en la enorme vela mayor cuando la izaban.

Sharpe volvió deprisa a la taberna y pagó su cuenta. Ató las alforjas a su nuevo caballo, pagó al mozo de cuadra y montó en la silla. Vestía un abrigo de color marrón tejido a mano sobre unos pantalones negros, pero llevaba colgada una larga espada de soldado de caballería en el costado y un fusil a la espalda. Rozó las ijadas del caballo con las espuelas de sus sencillas botas nuevas. El paquebote se estaba alejando del puerto, aunque Sharpe no se volvió para mirar. Cabalgó lejos del mar, lejos de Inglaterra, adentrándose en el país del enemigo, donde una mujer observaba un camino vacío. Era allí, decidió Sharpe, donde se encontraba su futuro; no en Dorset, ni en un ejército en tiempos de paz, sino en el trabajo de una granja normanda y tal vez, algún día, habría un hijo que hablara francés al que él y Lucille legarían una vieja espada inglesa y un rubí robado a un emperador.

Chasqueó la lengua y animó a su caballo al trote. Se sentía aturdido. No había más guerra, ni más soldados, ni más miedo. Ni más emperador, más Harper o más humo de cañón alzándose sobre un campo de sangre. Se acabaron el cerrar filas, los kilómetros de dolor y las líneas de escaramuza, así como la caballería al amanecer y los piquetes al anochecer. Sólo estaba Lucille y lo que Sharpe pensaba que era amor

suficiente para las vidas de ambos. Siguió cabalgando hacia el interior de Francia, dando la espalda a todo aquello por lo que había luchado, porque entonces ya había terminado todo: la guerra, un matrimonio, una amistad y un enemigo; todo había terminado con la venganza de Sharpe.

## NOTA HISTÓRICA

El bagaje de Napoleón se perdió, pero no en Burdeos. La pérdida de ese bagaje fue sólo una pequeña parte del caos en el que se sumió Francia tras la rendición del emperador. La batalla de Toulouse tuvo lugar después de esa rendición, pero la rapidez en los desplazamientos era tal que la noticia no llegó a oídos de Wellington hasta dos días después de que hubiera derrotado a Soult de forma aplastante.

La batalla tuvo lugar de manera muy parecida a como se describe en la novela. Hoy en día se recuerda principalmente por el trágico ataque español, que, emprendido antes de tiempo y sin apoyo, fue repelido de forma sangrienta. En la actualidad el campo de batalla se halla completamente cubierto de edificios y no es más que una parte anónima de la expansión de la ciudad.

En el norte y el sur de Francia se disolvieron los ejércitos imperiales, lo que arrojó a los caminos de Europa un alarmante número de vagabundos y salteadores de caminos. La época de los soldados, según parecía, se había terminado, puesto que la larguísima guerra había acabado. El ejército de Wellington, quizás el mejor que haya poseído nunca Gran Bretaña, había ganado la campaña peninsular y en aquellos momentos, en la primavera de 1814, ya no era necesario. Sus soldados se dispersaron por el globo mientras que sus mujeres, que con tanta lealtad habían apoyado a sus hombres, fueron cruelmente enviadas de vuelta a sus casas en España o Portugal. Del destino de esas mujeres abandonadas se deja fiel constancia en esta novela. En los libros de historia desaparecen y su angustia sólo se puede suponer. Hubo algunos soldados británicos que consiguieron eludir a la policía militar para volver a España con sus esposas, pero fueron muy pocos.

Wellington, antes de ir al Congreso de Viena, fue nombrado embajador británico en París, donde, en nombre del Gobierno, compró la casa de la hermana de Napoleón, Pauline. Hoy en día sigue siendo la Embajada británica. Hubo muchos otros oficiales británicos que renunciaron a sus cargos. Sin duda, al igual que Sharpe, creyeron que podrían colgar sus espadas ninguno de ellos, seguramente, podía haber previsto que la inquieta ambición de Napoleón pronto conduciría a un valle poco profundo en la carretera que llevaba a Bruselas, un valle donde Wellington echaría muchísimo de menos a sus veteranos de la península.

Pero Waterloo es otra historia.

# Notas



[1] Véase *Sharpe y la batalla de Vitoria*. (N. de la T.) <<

[2] Véase *Sharpe y la batalla de Vitoria*. (N. de la T.) <<

[3] Véase *Sharpe y su regimiento*. (N. de la T.) <<